



LUIS DELGADO

El jabeque *Murciano*

OPERACIONES EN ARGEL

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A

Lectulandia

La cuarta obra de la colección de novela histórica de Luis Delgado Bañón se centra en la exaltación del jabeque, uno de los buques de la Armada con más intensa, arriesgada y meritoria labor en el Mediterráneo. El alférez de navío Leñanza, «Gigante», tras recuperarse de las heridas sufridas en la flotante San Cristóbal, embarca en las jornadas llevadas a cabo contra la Regencia argelina, cuyas embarcaciones corsarias continuaban sembrando el pánico por nuestras costas levantinas y baleares en el último cuarto del siglo XVIII.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

El jabeque Murciano

Una saga marinera española - 04

ePub r1.0

Titivillus 28.09.15

Luis M. Delgado Bañón, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Una va pasada, y en dos muele;
más molerá si mi Dios querrá;
a mi Dios pidamos que buen viaje hagamos;
y a la que es madre de Dios
y abogada nuestra,
que nos libre de agua,
de bomba y tormenta.*

*Voz dada por el paje de escoba, que llevaba la cuenta de las ampolletas
durante la guardia, tras picar la hora con la campana del buque en la mar.
Siglo XVI.*

Nota

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

Quiero dedicar un especial recuerdo a los jabeques, aquellos buques ardientes, maniobreros y atrevidos que tan extraordinaria labor llevaron a cabo para limpiar de corsarios berberiscos nuestras costas mediterráneas, un trabajo de vital importancia para el desarrollo del levante español.

Y encuadrado en los jabeques como una parte sustancial del todo, no puedo olvidar a ese genial marino, aguerrido y valeroso hasta el límite, quien desde la más humilde condición de marinero, alcanzara el empleo de teniente general de la Armada, don Antonio Barceló, escasamente reconocido y laureado en nuestra Historia.



El general Barceló

Deseo expresar el más sincero agradecimiento a mis buenos amigos Agustín Ramón Rodríguez González, Pedro Fondevila Silva, Benito Cuesta Ruiz-Berdejo y Jesús Rodríguez Rubio, expertos en nuestra rica y escasamente conocida Historia Naval, así como al Archivo Histórico de la Armada en Cartagena, por su apoyo al acopiar la documentación necesaria para escribir esta obra.

Prólogo

Esta es, querido lector, la cuarta obra de la serie de novela histórica, Una Saga Marinera Española, que ve la luz. Aunque haya sufrido momentos de duda y vacilación, parece ser que los caminos se abren en derechura y mantengo con alegre decisión la ambiciosa idea planteada desde un principio. Con ánimo renovado me decido a continuar este tipo de narraciones que protagonizan las diferentes generaciones de una familia de origen castellano entroncada en nuestra Armada, los Leñanza, de forma que pueda exponer, como obra de aventuras y el necesario rigor histórico, los momentos más importantes acaecidos en nuestra Historia Naval desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta la Guerra Civil sufrida en el XX.

Como punto de cierta importancia, continuo empeñado en que cada nueva entrega pueda acometerse sin que se haga necesaria la lectura de las obras anteriores para comprender cualquiera de ellas; que cada volumen conforme un mundo propio y particular, aunque se recuerden, inevitablemente, momentos vividos en las etapas precedentes.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos de los tres volúmenes anteriores y que el lector se haga una idea general de la colección.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos y conocer parajes desconocidos, como tantos españoles que engrandecieron de esta forma su patria.

Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia fue condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras; a bogar encadenado en aquellos terribles buques de la Real Armada que, sin embargo, tanta gloria y miseria encerraron entre sus cuadernas. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y engrandecer su hacienda.

En la segunda obra, La cañonera 23, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera que sufrió su progenitor a temprana edad, esa especial llamada de la mar a la que sucumbieron tantos recios hombres de tierra adentro que llegaron a alcanzar los más altos empleos de la Armada. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma,

sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar el necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años, para los que aportaban suficiente fortuna.

Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, un noble personaje bien distinto al humilde joven que abandona su pueblo, para recibir la necesaria instrucción y aprendizaje de caballero en la Corte.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, precisamente con Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, La flotante «San Cristobal», basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes, cascos de viejos mercantes acondicionados con las ideas del inventor francés *monsieur* D'Arcon. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tanta gloria alcanzaría con el paso de los años. Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, los vaivenes del teniente general Córdoba al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

Y ahora abordamos el cuarto volumen de la serie, que espero mantenga a los lectores enganchados a importantes retazos de nuestra Historia Naval, a la vez que interesados en los novelescos episodios de nuestro personaje, el ya alférez de navío del Cuerpo General de la Armada Francisco de Leñanza, Gigante para nosotros. En esta ocasión, el joven oficial pasará por momentos de dicha, vacilación y dolor, embarcará en unidades de máximo riesgo y se encontrará presente en acciones bélicas de importancia, por lo que sufrirá duras experiencias, como siempre ha ocurrido en los combates navales y en la vida a bordo de los buques de la Armada.

Este cuarto volumen arranca en periodo de paz relativa, una vez firmado el armisticio con el Reino Unido en 1783. De todas formas, como fue inherente a la actuación de la Armada a lo largo de tantos siglos, las condiciones de posible enfrentamiento y peligro se mantenían en vigor día a día. Un buque en la mar debía encontrarse dispuesto para combatir en todo momento, bien contra los numerosos

corsarios berberiscos o cristianos, o los posibles enemigos que disparaban sus cañones y declaraban la guerra después, una costumbre muy ligada a la política de la Gran Bretaña. También aparecerán una vez más los hábiles manejos de su inseparable y simpático compañero, Pecas, quien se ha convertido en familiar de primer orden tras la boda de Gigante con su hermana, la adorable Cristina.

Como expuse en el prólogo de la primera obra de la serie, pretendo exponer al lector, en forma amena y novelada, los momentos más importantes de nuestra Historia Naval, una parte trascendental de la Historia de España, que forma un rincón desconocido, en general, para el español de a pie. Al mismo tiempo, continuo con la misión emprendida de dar a conocer esas palabras de nuestro riquísimo idioma, catalogadas como de etimología naval, que utilizaron nuestros hombres de mar a lo largo de los siglos en nuestros buques. No debemos olvidar que aquellos navegantes recorrieron mares y territorios desconocidos hasta entonces, con lo que consiguieron esparcir nuestra cultura y nuestro idioma por los cinco continentes. Gracias a ellos, se sembraron con nuestras palabras accidentes geográficos por todo el mundo, a pesar del dominio posterior de otras potencias que intentaron, sin conseguirlo, restar importancia a todo aquel despliegue descubridor.

Espero, animado, que esta obra guste a los que se decidan a emprender su lectura. Les adelanto mi disposición a continuar con ilusión el esfuerzo establecido, que ya parece tomar cuerpo en su concepto general, aunque el trabajo en su conjunto se presente de enormes proporciones. Pero es mucho lo que me atrae escribir estas historias de la mar, al tiempo que aumenta día a día la identificación con sus personajes, que ya considero como una parte importante de mí mismo. También, como amante de la Historia, me alegro de haber decidido mantener el máximo rigor posible, dentro de lo que la novelación permite.

Y quedo con las manos libres para entrever entre brumas el quinto volumen, a cuya empresa me lanzaré en pocos días. Pero he de mantener la calma, porque en el próximo futuro de nuestro personaje se prevén acciones navales de extrema importancia que debo acometer en su momento, sin dejarme detalles significativos en el tintero. Si todo navega con vientos generosos, espero y confío alcanzar el programa general de la serie que he trazado, aunque me asuste de lejos su envergadura.

Luis M. Delgado Bañón

1. Horizontes claros

He de declarar, bien por delante, el notable esfuerzo realizado por mi parte al retomar estas cuartillas que, a mi avanzada edad, se perfilan enhebradas con letra torcida y pensamientos deshilachados en la bruma de la memoria. Tal y como les adelanté en las primeras páginas, continuo decidido a narrar la verdad de mi vida, mi verdad, por supuesto, aunque pueden estar seguros que nunca fui hombre de falsedades, y menos aún en esta etapa postrera de mi caminar en la que he entrado por superior dictamen. Me recrimino, sin embargo, una excesiva lentitud en la tarea emprendida, temiendo que cualquier día pueda temblarme el pulso en exceso, o un soplo perdido de tramontana desarbole definitivamente los restos de mi aparejo. Por fin, esta mañana amaneció la singladura^[1] radiante, de buen cariz, con horizontes claros y cielos despejados, esa fuerza necesaria para volver a tomar la pluma entre mis dedos, un tanto estragados por el paso del tiempo y los rociones de la mar.

Les decía que me ha supuesto un notable esfuerzo retomar este relato, cuaderno de bitácora de mi vida^[2], porque embocaba un momento en la narración de tan profunda felicidad, que sufrí o gocé de irremediable nostalgia, hasta el punto de sentir una dulce escarcha en los ojos, esa bruma de la añoranza que nos azota o acaricia a voluntad cuando regresamos a puerto de forma definitiva. Debo reanudar mi narración en aquel dichoso momento, cuando el mundo se abría rendido a mis pies, recuperado de las terribles heridas sufridas en la sangrienta e inolvidable jornada de las baterías flotantes. ¡Qué malhadado día aquel 13 de septiembre de 1782, que tan grande pudo llegar a ser para nuestras armas con la recuperación de la plaza gibraltareña! Sufría y sufro todavía hoy al pensar que ese trozo de nuestra patria se mantiene en manos del inglés, cuando tan cerca estuvimos de coronar la operación que tantas vidas generosas se cobró en el camino, demasiadas vidas entregadas en aquella inigualable bahía de Algeciras. Me preguntaba una y otra vez sin posible respuesta, por qué daría Dios la espalda a nuestra fiel y católica España, en esa empresa contra los impíos britanos.

Volviendo al diario acontecer de mi vida, el broche de oro lo compuso el inesperado desenlace de mis amores con Cristina, trágicos momentos que arribaban al socaire de restinga segura y culminaron en sencilla ceremonia, unos esponsales íntimos en la pequeña capilla de mi hacienda extremeña bautizada en su momento como El Bergantín^[3]. La maniobra de mi inseparable amigo y compañero de armas, Pecas, el pequeño y reciente duque de Montefrío a quien ya podía llamar cuñado, se podía calificar como redonda. Todos los preparativos del minioficial, como solía llamarlo con cariño, se ajustaron a la perfección, hasta la preceptiva solicitud de autorización para mi matrimonio por Su Majestad don Carlos III, detalle necesario y desconocido para mí, elevada por el inefable Pecas en su momento por conducto reglamentario.

Casi sin darme cuenta, embutido en aquella nube de placer, me encontré unido a quien tanto amaba para toda una vida, el final de un sueño considerado como imposible en algunos momentos de dolor desgarrado. A partir de aquel día, les aseguro que me olvidé de todo y de todos, de los buenos y malos momentos vividos, que era pesada la carga que portaba mi ya abultada mochila en tan pocos años. Se borraron los lejanos recuerdos de mi añorado pueblo natal, Fuentelahiguera de Albatages, así como la dolorosa pérdida de mi familia, los momentos de duda y vacilación. Debe ser cierto que el paso del tiempo y el gozo de la dicha intensa son capaces de hacernos mudar la piel, ahuyentar los miasmas y nublar la memoria del cerebro.

También quedaban en la penumbra, por difícil que les parezca, los primeros días en la Escuela Naval de Cartagena, las batallas a bordo de las cañoneras bajo el mando del inolvidable general Barceló, el cautiverio africano, el regreso triunfal a la bahía de Algeciras, la jornada de las flotantes y aquellas terribles decisiones del duque de Montefrío, padre indigno de mi gran amigo y compañero, así como de la mujer que se había convertido en mi esposa. Por duro que parezca escucharlo, y sin haber deseado el mal a nadie a lo largo de mi existencia, fue la muerte del duque la que abrió de par en par los horizontes de mi vida, anegada en la más profunda oscuridad hasta aquel momento.

Les repito que todo quedaba en un segundo plano mientras vivía las primeras semanas de matrimonio, con aquellos esplendorosos dieciocho años que, para mi desgracia o fortuna, tan lejos quedan en esa larga navegación que ha conformado mi vida. Incluso el hecho de haber sido ascendido por méritos en combate al empleo de alférez de navío del Cuerpo General de la Armada, resbalaba con ligereza por mi espíritu, una condición que habría colmado mis más escondidas esperanzas en otras circunstancias. Pero era la felicidad absoluta el factor determinante, ese sentimiento que deja escasos resquicios para ocupar la mente en otros menesteres. Amar y ser amado con aquella profundidad era más que suficiente, y a tal ejercicio me lancé como ardiente navío que navega a un largo con viento frescachón.

Por las razones que les he expuesto, esa sencilla palabra, bergantín, que a oídos de cualquier persona tan sólo significa un determinado tipo de embarcación, se convirtió con el paso del tiempo en mágica melodía para mí. Esa hacienda con nombre tan marinero, abierta de horizontes como la mar en los campos del sur extremeño, representa mucho más que un trozo de tierra en mi vida. Allí me había refugiado para recuperar las fuerzas del cuerpo y del alma, cuando consideraba el futuro trabado a cerrazón, con el espíritu sumido en una negra tormenta sin rumbo posible. Y sin embargo fue allí, en aquel inolvidable paraje, donde disfruté los momentos más vibrantes de mi existencia, cuando hice mía aquella niña-mujer que tanto había amado y que tan lejana se encontrara durante unas semanas que califico de horror pasajero.

La boda tuvo lugar un 5 de noviembre de 1783, festividad de Santa Isabel y San

Zacarías, padres del Bautista, durante una ceremonia recogida y sencilla. En la pequeña capilla u oratorio de la hacienda nos acoplamos los escasos asistentes, siguiendo las precisas instrucciones de Pecas, convertido en maestro de ceremonias nupciales y bullidor de escenario. Él fue quien nombró padrinos y dirigió la orquesta de forma que, sin darnos cuenta, arrullados por aquel remolino increíble y placentero, Cristina y yo nos convertimos en marido y mujer. Y allí mismo, en El Bergantín, pasamos nuestros primeros días de amor total en exquisito aislamiento, esa divina fusión de la pareja en una sola persona.

Pecas partió para Madrid pocas horas después del obligado banquete, más cercano a un almuerzo familiar, tras alegar compromisos ineludibles en la Secretaría de Marina^[4], donde había sido destinado recientemente. Y hasta el fiel Setum, mi secretario y hombre de absoluta confianza, aquel negro bueno que nos ayudara providencialmente en el cautiverio africano, pareció disolverse entre los pastos de la dehesa. Quedamos solos Cristina y yo, embarcados en una navegación amorosa que merecía ser eterna.

El tiempo comenzó a discurrir a velocidad endiablada aunque, en verdad, no era el calendario motivo de preocupación. A esa edad nos parece la vida como la mar abierta, un horizonte sin límite posible. Sin embargo, fue Cristina quien trajo a nuestra memoria el 7 de diciembre, que se cumplía un año desde aquel inesperado despertar del largo letargo en el caserón de Algeciras, cuando ya pocos daban crédito a mi posible recuperación, tras las heridas físicas y mentales que debí padecer en combate. Ese aviso me hizo recordar que llegaba a su fin el plazo concedido por la Armada para la forzosa curación, lo que me obligó a pensar en la necesidad de una nueva prórroga, preocupación que se vio aliviada al recibir recado de Pecas, tan oportuno como siempre, donde se acompañaba la instancia dirigida a Su Majestad en dicho sentido, para prolongar en seis meses mi periodo de convalecencia.

Aunque ya en aquellos días me encontraba sano y fuerte, cercano al cien por cien de mis aptitudes, no era momento todavía para volver al manejo de las armas en la mar. Así al menos opinaba el inestimable galeno don Francisco Canivell, director del Real Colegio de Cirugía de la Armada, en su inesperada y sorprendente visita girada a la hacienda, más cercana a la curiosidad profesional que al interés por el enfermo, asombrado en verdad de mi rápida curación, cuando tan pocas esperanzas depositara en ella meses atrás. De todas formas, es cierto que me costó firmar aquella petición y devolverla a Pecas, para que le diera curso legal con sus hábiles manejos, como si infringiera algún precepto por encima de las normas dictadas por la Armada.

Absorto en otro mundo por aquellos felices días, sentí placer al comprobar que mi pequeño y gran amigo se mantenía atento a nuestras vidas, sin olvidarnos un minuto. En su misiva, a la vez que nos comunicaba su intención de acudir al Bergantín para pasar con nosotros las entrañables fechas navideñas, adjuntaba la instancia que debía elevar a través de la Dirección General de la Armada y que, por curiosidad, les transcribo:

Señor: Don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfi, alférez de navío de la Real Armada, puesto a los pies de V.M. con el debido respeto hace presente que encontrándose en su hacienda extremeña denominada El Bergantín, recuperándose de las terribles heridas y agotamientos cerebrales sufridos en la jornada de las Flotantes el 13 de septiembre del pasado año, y habiendo sido recomendado por los facultativos mantenerse en descanso para conseguir la sanación definitiva; a V. M. suplica que por un efecto de su Piedad, se digne concederle prórroga de seis meses en la licencia temporal por enfermedad que disfruta.

Es gracia y favor que espera alcanzar de la benignidad de V. M. cuya vida dilate el Cielo por muchos años.

*Hacienda El Bergantín,
a los 15 días de diciembre del año 1783
Señor; A los reales pies de V.M.
El Conde de Tarfi*

Es fácil comprender mi amplia sonrisa al leer la instancia, en la que se dejaba notar con claridad la afectación cortesana que empleaba mi buen amigo cuando era necesario. Comprendí que Pecas tenía razón y firmé la petición.

Como les he asegurado que me encuentro en periodo de verdades sin fisuras, he de reconocer que bien pronto comenzó a runrunear ese pequeño y famoso duende por la sentina, un runruneo que conseguí desatracar de mis costados en los primeros momentos con facilidad pero que fue germinando con el tiempo, a la vez que aumentaba de volumen. Ese duendecillo, conciencia dormida que algunos desprecian por largo, es tan real como el agua de nuestros ríos, no les quepa duda. En algunas ocasiones, escasas al principio, se afanaba en recordar mi condición de oficial de la Armada, entregado al más puro placer terrenal cuando ya me sentía fuerte, sano y repuesto de las heridas y males cerebrales. Pero la segunda conciencia, esa de color más oscuro y ciertamente esquiva, tan activa como su contraria, salía en mi defensa, alegando que fue mucho el empeño y las penas recibidas, que bien merecía ese descanso del guerrero que me concedía Su Graciosa Majestad. Es cierto que el periodo de paz con Inglaterra que disfrutábamos, una de las escasas treguas habidas a lo largo del siglo, colaboraba en el alejamiento del moscón de la discordia, al tiempo que se disolvía con rapidez con sólo observar el rostro de Cristina a mi lado y pensar en una posible separación.

Ese duende insaciable, como broma^[5] encajada en tablazón, continuaba con su trabajo minuto a minuto. En mi interior me aferraba a aquellos seis meses de licencia prorrogada que se abrían ante mis ojos como un mundo eterno, pero consciente que pasado aquel periodo debería volver a lo que era mi vida, a la vocación juvenil que trazara sabiamente mi padre en sus primeros pasos, a los buques de la Real Armada. Debo confesar, sin embargo, que sentía verdadero terror al pensar en comunicarlo a

Cristina que, sabia como tantas mujeres, obviaba el tema en cualquier conversación. Pero estoy seguro que ella también sufría el duende en sus carnes, aunque he de reconocer que siempre se mostró como una mujer sabia y experimentada en esos lances, a pesar de su corta edad.

Las fechas navideñas se echaban sobre nuestros hombros y a ellas nos aprestamos como nueva familia. Por fin, aquella placentera y relativa tranquilidad que disfrutábamos se transformó en pocos segundos, como explosión de bombarda y toque de zafarrancho, cuando nos llegó aviso de que un carruaje con las armas de Montefrío llegaba a la hacienda. Tal y como era de prever, la presencia de Pecas con su habitual marejada física y mental, pareció despertarnos del letargo al que dócilmente nos habíamos habituado.

Cuando el carruaje se detuvo a nuestra altura, en la explanada porticada que se abría ante el edificio principal de la hacienda, diversos sentimientos contrastados se agolparon en mi cerebro en forma desmañada y confusa. Recordé en rápida sucesión, como un libro de aventuras leído a gran velocidad, aquel lejano día en las puertas del Colegio Naval de Cartagena, cuando abordé por primera vez el magnífico landó de cinco vidrios, con sus puertas de color verde oscuro en las que destacaban las armas de Montefrío, dibujadas en tintes dorados. Y en el mismo sentido, muchos otros momentos especiales de mi nueva vida, como la llamo desde que ingresé en la Armada. Después de todo, pensé con cierta nostalgia, aquel carruaje era un mudo protagonista de los principales acaecimientos habidos en mi azarosa existencia, unos dulces y felices, mientras otros evocaban pasajes de duda, vacilación y tenebroso dolor.

Tanto Cristina como yo sentimos una inmensa alegría al observar cómo nuestro pequeño hombre descendía los escalones del estribo con premeditada lentitud, sintiéndose observado como actor en trance, mientras aquella inconfundible y burlona sonrisa aparecía prendida en sus labios.

Pecas se nos ofreció a la vista enjaezado como un príncipe florentino. Amante incansable y sincero del espectáculo y la desmedida galanura en su persona, se giró como maniquí de sastre ante nosotros para concedernos el tiempo suficiente con el que analizar los detalles de su indumento. Lucía con falsa indolencia casaca de color bermellón y bordados al contraste, chupa en tonos complementarios, corbata enhiesta de seda blanca, medias de cuadrillo con liga sencilla y unos zapatos de punta cuadrada y elevado tacón de madera colorada, exagerados posiblemente para elevar su corta alzada. El sombrero tricornio recogía una esplendorosa peluca blanca, de aquellas que se denominaban por entonces como melena de león. Debido al tiempo frío y viento desapacible que se sufría por aquellos días, añadía un grueso sobretodo festoneado de mangas colgantes. Y para remate de la ducal estampa, nuestro pequeño personaje utilizaba por primera vez un bastón de caña de Bengala con empuñadura de oro donde, según pude comprobar después, portaba el escudo de sus armas. Recordé

al instante aquel artefacto en manos del difunto duque, lo que me hizo recordar etapas menos halagüeñas para mi persona.

Una vez finalizada la exposición teatral a la que tan aficionado era, los tres nos fundimos en un apretado abrazo, al tiempo que Cristina reía y exclamaba frases de felicidad.

—¡Qué alegría verte de nuevo, Santi! Ni el mismísimo Príncipe de Asturias vestiría tan elegante como tú.

—Tienes razón como siempre, querida Cristi —Pecas intentó recomponer su figura tras los abrazos, a la vez que dirigía la mirada en derredor—. Pero, bueno. ¿Cómo sigue la vida en este inmundo cuartel? ¿Todavía no has edificado el palacio que mi hermana merece, cabestro de San Juan de Berbio?

—Esperaba tus consejos para llevarlo a cabo —alegué para seguir su broma.

—No me gusta que llames El Cuartel a nuestro precioso palacete extremeño —protestó Cristina, mientras mostraba un falso mohín en su rostro—. El Bergantín ocupará siempre un lugar muy especial en mi vida.

—Ya veo que todavía sigues entontecida por este gigantón. Espero que te proporcione una alegre y dichosa existencia, si no quiere verse conmigo en inamistoso encuentro al alba.

—¿A pistola o florete? —pregunté sonriendo, mientras lo tomaba por el cuello con cariño.

En aquel momento, Pecas advirtió la presencia del fiel Setum, que miraba la escena a corta distancia, sin atreverse a intervenir ni decir palabra. Se giró hacia él con un gesto bondadoso en el rostro.

—¿Todavía se encuentra aquí este negro curandero, que salvó mi pierna en aquellas lejanas jornadas africanas?

Sin esperar respuesta, se abrazó con aquel hombre bueno a quien tanto debíamos.

—Supongo, Setum, que cuidarás de mi hermana como si se tratara de tu señor.

—Los señores condes de Tarfí significan para mí lo que en realidad son, una sola persona.

—Siempre encuentras las palabras adecuadas, bribón africano. ¿Recuerdas nuestra excursión a Gibraltar con aquel contrabandista maltés, para recuperar a este brioso oficial, que mostraba por entonces un aspecto enfermizo y demacrado? —Pecas lo tomaba del brazo, como si se tratara de un viejo compañero.

—Cómo lo voy a olvidar, señor. Aquellos días conforman la peor de las pesadillas en mi memoria.

—Bueno, pasemos al Cuartel de una vez, que el frío es mala compañía. Supongo, Gigante, que habrás adquirido buenos caldos y no aquellos brebajes que fabricabas en estas tierras.

—No protestes, enano, que tu paladar es incapaz de diferenciar la galleta marinera de una rica hogaza de pan, por mucho que vistas galas como un figurín de Corte.

—Aunque te hayas convertido en mi cuñado, a causa del disminuido cerebro de mi hermana, no te consiento ese insulto, caballero Leñanza —volvió a utilizar el tono de voz engolado del que tanto gustaba en sus habituales chanzas—. Pero vayamos al calor del hogar y dejémonos de historias.

De esta forma, nuestra vida se transformó como de la noche al día. Sin disminuir la felicidad un ápice, sentimos cierto regusto de placer al comprobar que retrocedíamos en el tiempo, como si nos transformáramos en aquellos jovencitos que recorrían a caballo la hacienda de Santa Rosalía, cuando disfruté las cortas vacaciones que nos concedieron en la Escuela Naval, dos años atrás en las mismas fechas. Fue en aquellos días, precisamente, cuando mi amor por Cristina comenzó a brotar como fuente inagotable.

Durante el primer almuerzo, asistimos al extenso y divertido monólogo de Pecas que, nervioso e inquieto como siempre, decidió ponernos al día de todo lo acaecido en el mundo durante los últimos meses. Deben tener en cuenta que, perdidos entre brumas de amor y pastos de la dehesa, tanto Cristina como yo nos manteníamos alejados de cualquier noticia procedente del exterior. Sin embargo, aunque no deseara mostrar un interés especial, mis preguntas se dirigían en mayor cantidad hacia la actividad propia de la Armada.

—¿Cómo conseguiste pasar destinado a la Secretaría de Marina? No creo que se encuentren muchos oficiales de baja graduación y del Cuerpo General en el Ministerio.

—Bueno, fue un favor especial del mismísimo Secretario, don Antonio Valdés y Fernández Bazán, hacia mi persona. Por cierto, que se trata de un hombre extraordinario en todos los sentidos. Baste decir que ha asumido, a los 33 años, las carteras de Marina e Indias. Tras la muerte de mi padre, han sido muchos los asuntos que debí acometer y era necesaria mi presencia en la Corte. De todas formas, comienza a aburrirme la permanencia en esos lúgubres despachos, por lo que enderezo otros planes en la cabeza.

—¿Planes? ¿De qué planes hablas? —preguntó Cristina con un deje de prevención en su voz.

—Navegar por la extensa mar, hermanita. No olvides mi condición de oficial de la Real Armada.

—Pero, Santi, debes cuidar los asuntos de la casa, ahora que depende de ti.

—Vamos, Cristi, no me recuerdes algunas recomendaciones de parecido tipo. Sabes perfectamente que de esos asuntos se encargan los administradores, aunque sean ave de rapiña que engordan el buche a costa de su señor. Además, no me atraen los asuntos de la política, ese arte al que se dedican tantos Grandes^[6] como norma general —limpió sus labios antes de continuar en un tono de voz pausado, como si quisiera conceder un carácter confidencial a la conversación—. Se ha ordenado prestar una escuadra bajo el mando del brigadier don Gabriel de Aristizábal, que se hará a la mar a principios del próximo año con destino a Constantinopla. Coincidí con

dicho jefe en la antesala del Secretario y es persona bragada, de talante generoso. Me ofreció un puesto en su fuerza.

—¿A Constantinopla? ¿Guerrearemos con el turco a bolsa abierta? —pregunté, interesado.

—Todo lo contrario. La idea es mostrar nuestro pabellón en los mares de Levante y establecer buenas relaciones con la Sublime Puerta, a la vez que nuestros oficiales aumentan el conocimiento hidrográfico en costas y aguas nunca vistas por ellos. Según se comenta, dicha escuadra estará compuesta por el navío^[7] Triunfante, de 80 cañones, donde izará su insignia el brigadier, el San Pascual de 74, la fragata^[8] Clotilde y el bergantín Infante.

—¿Piensas embarcar en esa escuadra, Santi? ¿Lo has pensado con suficiente detenimiento? —Cristina preguntaba con voz queda, como si se rompiera en pocos segundos una obra labrada durante mucho tiempo.

—Aún no lo he decidido, hermanita. Pero ya mis asuntos corren por sí solos y me apetece recibir un poco de brisa marinera en los ojos. ¿Y vosotros? ¿Pretendéis manteneros fuera del mundo por mucho tiempo? No sabía que el amor profundo generara esos sentimientos.

—Aquí somos muy felices y no nos falta de nada —aseguró Cristina con decisión.

Pecas pareció comprender en aquel momento que las cosas de la mar se encontraban en veda cerrada. Inteligente y astuto como siempre, captó mi mirada con rapidez, por lo que comenzó a derivar el tema hacia otros derroteros, cuestión difícil en nuestras conversaciones.

—Es posible que dicha escuadra estrene una nueva insignia nacional.

—¿Una nueva bandera? ¿Cómo es posible? ¿A qué se debe tal cambio? —pregunté, extrañado.

—Es un asunto que se ha llevado con extrema diligencia en mi sección, de todo punto necesario, por mucho que haya disgustado a algunos de nuestros nobles generales.

—¿Por qué era necesario ese cambio? —preguntó Cristina, interesada.

—El mantener un distintivo nacional que sólo en los cuarteles del escudo se diferencia de los de Francia, Nápoles, Toscana y Parma, estados regidos por la dinastía Borbón simbolizada en el color blanco, genera situaciones de inconveniencia, incluso peligro, en la mar. Debes recordar, Gigante, que al ser blancas las banderas, no se distinguían los bajeles amigos de los enemigos hasta que las unidades se encontraban a escasa distancia. Su Majestad aceptó la necesidad del cambio que le argumentó don Antonio Valdés, y por la Secretaría de Marina se le han presentado diferentes modelos de banderas, gallardetes y estandartes. Entre ellos, parece que nuestro Señor ha escogido el que mejor recuerda las glorias españolas, tras desechar todo signo de linaje y personalidad que son, sin duda, percederos como la misma persona. En el pabellón elegido se fijan, como dice Su Majestad, los colores

rojo y amarillo, tradicionales en la nación y que deben perdurar tanto como ella. Pero aún se necesitarán algunos meses para que la medida se extienda a toda la Armada. Ni siquiera se ha firmado el decreto.

Se hizo el silencio por primera vez, momento que aprovechó Cristina para recomendarnos pasar al salón recogido y familiar, donde un vivo fuego ofrecía el necesario calor. Hábil e inteligente, mi querida mujer intentó llevar la conversación por otros caminos, consciente de la dificultad de tal tarea.

—Cuéntanos algunos comentarios de los que corren en la Corte, Santi. ¿No sufres de amores por alguna jovencita?

—Me dejo querer solamente. Ahora que, de nuevo, soy partido codiciado en extremo, me veo rodeado por demasiadas niñas que no llenan el corazón ni a medias. Las que gustaría mantener a bordo suelen ser maduras en exceso y, para mi desgracia, comprometidas o casadas.

—¿Casadas? ¿Te has vuelto loco? Hay muchas jóvenes en la Corte suficientemente hermosas...

—No me preocupa ese tema, Cristi. Como te digo, una vez resueltos los problemas de la casa, que no han sido pocos, pienso volver a la mar y en buque de proporciones. Pero desearía disfrutar alguna larga navegación, al Oriente o América. Ya embarcamos suficiente tiempo en unidades menores de quita y pon —se dirigió a mí con una sonrisa—. Por cierto, en tema que os concierne directamente, ya indiqué en nota separada los bienes que quedaban a vuestro nombre, entre los que se encuentra tu querida hacienda de Santa Rosalía. He destinado personal suficiente para que esa propiedad, que sé es de especial significado para ti —señaló a su hermana—, se mantenga cuidada con primor todo el año.

—Te agradezco mucho que nos concedieras esa hacienda y tantos otros bienes. Creo que has sido demasiado generoso.

—No digas tonterías, hermanita. Tenía que otorgar una dote adecuada a tu persona, ya que este gigantón aporta escaso capital —hizo señal de burla muy habitual en mi dirección—. ¿Pensáis seguir mucho tiempo en estas tierras? Os recomiendo Santa Rosalía en primavera, cuando rompen las flores, para rematar la buena salud de Gigante.

—Francisco debe recuperarse del todo.

—Ya me encuentro repuesto, querida —miré a Cristina con cariño, a la vez que tomaba su mano—. Soy capaz de cabalgar todo el día y comerme un cochino en matanza.

—¿Ahora le llamas Francisco? Había olvidado que ese era el verdadero nombre de Gigante —Pecas volvió a comprobar que entraba en otro tema que se debía obviar, por lo que elevó la voz en tono guasón—. Por cierto, ¿no será posible probar ese aguardiente que, estoy seguro, se mantiene en esta casa, si el famoso Setum no ha acabado con sus existencias?

—No digas eso —corté con decisión—. El buen hombre no ha vuelto a probar el

alcohol desde aquellos terribles días de búsqueda en la bahía de Algeciras. Ahora cumple los preceptos de su religión musulmana con rigor, salvo contadas excepciones.

—Ya lo sé, Gigante. No creas que olvido lo que hizo por mí y por ti en nuestras convalecencias. Aprecio a ese buen hombre en lo que vale, que es mucho. Te será fiel hasta la muerte y daría su vida por ti. Si embarcara hacia el imperio turco, me gustaría disponer de un criado tan abnegado, aunque tú lo llames secretario.

—Y secretario es, aunque cumpla cualquier misión y lo considere uno más de la familia. Ha sido un regalo enviado desde el cielo.

—Tienes razón —argumentó Cristina—. Los dos le debéis la vida.

Se hizo un ligero silencio. Por mi parte, comprendí que era difícil mantener alguna conversación sin que los temas profesionales salieran a relucir, por lo que adopté una postura natural y sincera.

—Me parece, Pecas, que estás casi decidido a enrolarte en esa escuadra con destino a los confines del Mediterráneo.

—Le sigo dando vueltas en mi cabeza.

Cristina debió llegar al convencimiento que era mejor dejar correr la mar, por lo que se excusó con un asunto trivial para dejarnos en soledad. Siempre supo cuándo debía hablar o callar, una especial cualidad que le he agradecido toda la vida. De esta forma, quedamos Pecas y yo con la botella de aguardiente como única compañía y comenzamos una más de nuestras largas conversaciones, esas charlas que se encontraban amadrinadas a nuestro paso por la Armada en los dos últimos años.

2. El duende se activa

Enfrentados a solas, Pecas se mantuvo en silencio y con cierta severidad en su rostro durante largos segundos, una cualidad poco habitual en él. Sin saber por qué, la seria expresión y aparente solemnidad del momento me recordaron aquella lejana noche, vigilia de nuestra primera salida de combate a bordo de las cañoneras contra la plaza gibraltareña, la primera de las nocturnadas para joder el sueño del inglés, como pregonara con acierto nuestro inolvidable general Barceló. Por fin, mi amigo pareció dirigir sus palabras al recio artesonado del techo, tras depositar la copa de aguardiente sobre la mesa.

—¿Qué sucede, Gigante? ¿No eres feliz?

—¿Cómo puedes pensar siquiera en una idea tan peregrina? —Mi asombro era real—. Nunca llegué a imaginar que el ser humano pudiera ser tan feliz como me he sentido en las últimas semanas. No comprendo cómo puedes dudarlo, tú que tan bien nos conoces. Te recomiendo el amor, amigo mío.

—Me alegro. De todas formas, parece que algunos temas no son del agrado de mi hermana, o se pasa por ellos como mano de sátiro sobre piel de novicia. ¿Piensas permanecer anclado en esta hacienda el resto de tu vida?

Mantuve el silencio alargado, incapaz de encontrar la réplica correcta. No sabía, en verdad, cómo enfocar la adecuada respuesta, por lo que me removí en el sillón, inquieto.

—Creo que he dado en el clavo. Supongo que deseas volver a la actividad marinera y no sabes cómo exponer el tema a mi hermana, cosa rara en ti que andas siempre por las claras y la verdad por delante.

—No es eso exactamente, Pecas, aunque no te falte algo de razón. Cuando el sentimiento de felicidad es tan profundo, sientes terror al pensar en cualquier cambio que pueda distorsionarlo, por mínimo que sea. Te aferras al estado actual como el gaviero a la jarcia en temporal. No sé si me comprendes.

—Lo comprendo perfectamente.

—Cristina es consciente de mi condición como oficial de la Armada, que mi vida y destino se encuentran ahí, en los barcos. Estoy convencido de tal cualidad, sin duda alguna. Pero eso significa la separación, y prefiero no comentar nada al respecto en estos momentos de ventura que vivimos. Te aseguro que me costó tripas adentro elevar la instancia para la prórroga de convalecencia porque, en verdad, me encuentro sano y repuesto al cien por cien. Pero entre las palabras del ilustre galeno don Francisco Canivell y las miradas de Cristi, sentí incapacidad absoluta de alegar en contra.

—Eso es agua pasada, amigo mío. ¿Y después? Te conozco bien y, si no me equivoco, estás decidido a incorporarte en la próxima primavera.

—Así es. Y sufro al pensar en comunicárselo a Cristi, aunque pienso que ella es inteligente y sabrá comprenderlo.

—Puedes estar seguro que ya lo supone y lo comprenderá, aunque sufra por ello. La ocasión te puede ser propicia porque, según he podido saber en la Secretaría, para el próximo verano de 1784 se tiene prevista una nueva jornada sobre Argel. Según parece, la del año pasado no escarmentó lo suficiente a los malditos piratas de aquella Regencia, porque a lo largo del mes de septiembre despacharon cinco de sus bajeles al corso, y nos tomaron dos polacras^[9] del comercio a la vista de Palamós.

—¿Nueva jornada de Argel? ¿De qué me estás hablando?

—Por Dios bendito, Gigante —chasqueó los dedos como si recordara algún dato importante—. Ahora caigo en la cuenta que no sabes nada sobre lo sucedido en este mundo desde el verano pasado, cuando andabas lamiendo tus heridas y rumiando pesares amorosos por estos pagos. Y con las prisas de la boda y necesaria intimidad posterior, tampoco pudimos charlar con la necesaria profundidad.

—Así es. ¿De qué jornada hablabas? —pregunté con rapidez.

—El pasado mes de agosto, una numerosa escuadra bajo el mando de don Antonio Barceló, bombardeó con dureza el puerto y ciudad de Argel.

—¿Barceló? ¿Cómo no me has contado nada, merluzo? ¿Se entabló combate? ¿Cuál fue el resultado? ¿Hay declaración de guerra?

—¿Has olvidado todo lo que nos enseñaron en la Escuela Naval, gigantón descerebrado? Ya sabes que con los berberiscos no hay declaraciones formales de guerra porque ni siquiera reconocemos su pabellón. Una vez aclaradas las condiciones del armisticio con Inglaterra, se propuso nuestro Señor don Carlos obligar a la paz a las regencias berberiscas de una vez, especialmente a la de Argel, que tanto daño ha causado con sus piraterías por nuestras costas al comercio y la navegación en los últimos siglos. Al exigirlo como punto previo y necesario, y a pesar de la sorda oposición que casi todas las potencias extranjeras nos expusieron en Constantinopla, nuestro Señor consiguió ajustar y concluir una ventajosa paz con la Puerta Otomana. La verdad es que, según razonadas opiniones, fue un éxito personal de nuestro gran ministro Floridablanca.

—Y si se llegó a la paz con los turcos, ¿por qué el bombardeo de Argel?

—Bueno, ese tratado de paz entre Turquía y España, primero entre ambas potencias a lo largo de la Historia, firmado en Constantinopla el 14 de septiembre de 1782, al día siguiente de tu combate en las flotantes, se llevó a cabo en los términos que tenían ajustadas las demás potencias europeas. Pero además, España obligó a una cláusula especial en la que el sultán Abdul Hamid hacía saber a las regencias de Argel, Túnez y Trípoli que le sería grato y placentero que firmaran con España convenios amistosos semejantes.

—Lo que no comprendo es cómo se desentendió Argel, dada la dependencia de las regencias en el norte de África con la Sublime Puerta.

—Según creo, los que más intentaron entorpecer este diálogo entre turcos e hispanos fueron las mismísimas potencias europeas, aunque te sorprenda. Ten en cuenta que de cesar la secular enemistad religiosa y política de España con los

mahometanos, nos colocaríamos en disposición de aumentar nuestro comercio e influencia en el Mediterráneo, como han preconizado no pocos de nuestros políticos en los dos últimos siglos.

—Mucho sabes de política internacional, Pecas —reí abiertamente mientras apuraba mi copa de aguardiente—. Quién te ha visto en otros lances.

—Ya sabes que mis oídos son finos, y el hecho de pasear por los despachos de la Secretaría te ofrece información privilegiada —sonrió con su típico gesto travieso—. Por desgracia, tal y como suponías, el Dey de la Regencia de Argel eludió los compromisos a los que se había comprometido, manteniendo la piratería en nuestras costas, que tanto daño produce. Floridablanca pensó con excelente criterio que si Argel cedía, sería secundada con rapidez por sus vecinos, con lo que por fin, después de tantos siglos, quedarían libres de piratas y enemigos los mares desde los reinos de Fez y Marruecos en el Océano, hasta los últimos dominios del Emperador turco en los confines del Mare Nostrum.

—Se acabaría con la esclavitud de tantos infelices.

—Y se ahorraría el Estado un enorme gasto anual que dedica a combatir las correrías berberiscas por nuestras costas. Según asegura Floridablanca, con esa paz se podría poblar y cultivar más de 300 leguas de terrenos en las costas mediterráneas, los más fértiles de la nación, que por el miedo a los piratas se encuentran desamparados y eriales, con sus habitantes huidos hacia el interior.

—Bueno, Pecas, déjate de políticas cortesanas que tanto te agradan y explícame esa jornada de Argel que dirigió nuestro general.

—De acuerdo. Ya veo que recuperas tu normal impaciencia. Pero sírveme un poco más de ese aguardiente, que es el único brebaje decente de esta noble casa, si quieres escuchar el resto.

Conforme pasaban los minutos, encontraba al verdadero Pecas, el amigo de siempre, ese niño que crecía con demasiada rapidez, luciendo su falsa y habitual arrogancia. Pero pocos como yo sabían de su enorme corazón y real forma de ser. Dio un nuevo sorbo antes de continuar.

—Se sopesó la posibilidad de un desembarco, como la desastrosa intentona de 1775, con el controvertido O'Reilly a la cabeza. Pero se estimó muy costosa, a la vez que con evidentes peligros de fracaso. Recuerda que la extensa guerra mantenida contra la Gran Bretaña ha dejado nuestros Arsenales con notable merma de material, y las arcas de la Real Hacienda medio vacías.

—Y se decidió por el bombardeo.

—En efecto, una incursión a fuego abierto para forzar al Dey a la negociación. Pero ten en cuenta que no se disponía en aquellos momentos de la escuadra de navíos, por lo que se pensó en llevarlo a cabo con las cañoneras y bombarderas del general Barceló. Una gran oportunidad para nuestras entrañables cucarachas^[10].

—¿Nuestras cucarachas en acción por el norte de África? Cuesta creerlo. Necesitarían transporte y apoyo. Bueno, sigue y cuenta lo que sucedió.

—La escuadra se formó en Cartagena, donde se desplazó Barceló con objeto de preparar los detalles en persona, que ya conoces su inclinación por el minucioso planeamiento. Para empezar y aunque te resulte extraño, organizó una gran parada marítimo-religiosa, embarcando una imagen de la Santísima Virgen del Carmen a bordo del navío insignia en majestuosa ceremonia, tras hacerla procesionar por el centro de la ciudad.

—Se ve que los años lo acercan a la religiosidad más profunda.

—Los años y unos fuertes cólicos de vientre que casi lo envían con sus antepasados. Pero, bueno, continuaré. Barceló izó su insignia a bordo del navío Terrible. La escuadra estaba compuesta por cuatro navíos, cuatro fragatas, tres bergantines, tres balandras^[11], doce jabeques^[12], el buque ideal para el Mediterráneo y que rindieron un papel magnífico, cuatro brulotes^[13], cuatro transportes si no recuerdo mal, y unas 49 lanchas de diversos tipos. Por cierto, que han recuperado el número 23 para una de ellas, que ahora luce una bombardera en sus amuras.

—Buenos recuerdos trae a mi memoria esa estampa, la cañonera 23. Parece que ha pasado media vida y no llega a los dos años.

—Buenos y malos recuerdos, querrás decir. No olvides que mi pierna tardó un año en recuperarse y todavía siento los cambios de estación en la cicatriz.

—Pero nos supuso la gloria. Bueno, no te desvíes del tema y continúa.

—La escuadra zarpó de Cartagena el día primero de julio. Pero el tiempo resultó tornadizo y contrario en exceso, que es poca la mar necesaria para desbaratar los planes de las pequeñas cañoneras, como bien sabes. Así que el general se vio obligado a sestear por lo llano, barajar la costa bien amadrinado hacia el sur y fondear al reclamo en surgideros^[14] favorables. De tal forma se mantuvo el viento y la marea en contra, que hasta el día primero de agosto no se pudo llevar a cabo el bombardeo inicial.

—Un retraso impropio de esa estación del año.

—Esa fue la opinión general. La táctica ordenada por don Antonio Barceló fue la de emplazar las lanchas en plena vanguardia, protegidas por las balandras Tártaro y la Resolución, así como por los pequeños jabeques San Blas y San Lino, a cargo del Mayor General de la expedición, brigadier don José de Goicoechea. La medida resultó acertada porque los argelinos enviaron contra nuestras lanchas once galeotas^[15] y escampavías^[16], dos lanchones cañoneros y un crecido número de embarcaciones a remo, que se vieron rechazadas por las unidades de apoyo con relativa facilidad. Pero no creas que se trató de paseo por alameda, porque a los disparos de nuestras unidades contestaban en abundancia y con ardor los argelinos.

—Mal rayo los parta, hijos de culebra berberisca y tiburón —Gigante golpeó la mesa—. ¿Hubo muchas bajas?

—Cuide el lenguaje, señor conde de Tarfí —Pecas reía con fuerza—. Me has recordado a nuestro general Barceló con sus exclamaciones.

—Vamos, Pecas, déjate de monsergas.

—Los bombardeos continuaron hasta el día ocho, algunos en blanco por la crecida del viento, pero con ataques dobles en los días bonancibles. En total se lanzaron contra el puerto, ciudad y sus defensas casi cuatro mil granadas y otro número similar de balas.

—Destrozarían la ciudad.

—Bueno, ya sabes que las observaciones son variables, dependiendo de quien las realiza. Puedo ofrecerte la opinión elevada por el cónsul de Francia a su gobierno, donde habla del pánico general que cundió por toda la ciudad, en la que una décima parte de las viviendas quedaron completamente destruidas y una tercera parte en ruina abierta. Asimismo, fue notable el desbarate sufrido en las fortificaciones, puerto y embarcaciones.

—¿Y los daños recibidos?

—Escasos, a pesar de que la artillería en tierra suele ser más eficaz, como bien sabemos por experiencia propia. Los argelinos dispararon más de once mil balas y cuatrocientas granadas, pero sólo consiguieron hundir una de nuestras cañoneras y dañar ligeramente un bergantín y dos balandras. Aunque te parezca increíble, en una de nuestras cañoneras reventó el cañón sin producir daño alguno. Por desgracia, sufrimos 24 muertos y 20 heridos entre los hombres de mar. Uno de ellos conocido nuestro.

—¿De quién se trata?

—El alférez de navío José de Villavicencio. Una bomba le reventó en la cañonera número 1. Pertenecía al equipo de Barceló en Algeciras, en nuestra etapa de guardiamarinas.

—Lo recuerdo muy bien. Mala suerte la del pobre.

Pecas continuó con la detallada narración que, en verdad, forzaba mi perplejidad. Parecía difícil creer que se hubiesen llevado a cabo aquellas importantes acciones de guerra sin tener conocimiento alguno, perdido entre los campos extremeños. Un sentimiento muy parecido a la culpabilidad y vergüenza propia me atacó de improviso. Sin darme cuenta, farfullé para mis adentros.

—Y yo disfrutando de la buena vida en El Bergantín, sin enterarme de nada.

—No digas tonterías. En aquellos días andabas todavía con las heridas de las flotantes abiertas en flor y enflaquecido como un guiñapo, cuando pocos daban una onza por tu pellejo. Peor es mi caso porque tuve noticia de la jornada y permanecí en la Corte. Bueno, puedo señalar en defensa propia, que sufrí por aquellas fechas los peores momentos de mi vida, como bien puedes recordar, y no se encontraba el ánimo para batallas. Pero no volvamos la vista hacia atrás, que de nada sirve. Quedan muchas jornadas por la proa.

—Creía que disfrutábamos de una paz duradera.

—Por favor, Gigante, parece mentira que digas algo así. ¿Cuándo ha dispuesto la Armada de una paz duradera? Aunque nos encontremos sin guerra declarada, en cualquier momento puedes ser atacado por un corsario, pirata o buque de

nacionalidad europea que está pronto a romper las hostilidades. Recuerda el combate de cabo Passaro, que tantas veces nos explicaron en la Escuela Naval, con el ataque del indigno almirante Byng.

—Nuestro general sería recompensado.

—Como siempre fue popular en España la guerra de moros, la alegría por el resultado fue enorme a nivel de la calle. Su Majestad confirmó el ascenso de don Antonio Barceló a teniente general, que todavía no había hecho efectivo, y lo felicitó efusivamente. Pero como es persona poco adecuada al rango, nada de títulos nobiliarios. Entre tú y yo, una vergüenza. Ya es hora de que reciba algún título del Reino ese gran guerrero de la mar, que tantos otros endosaron a sus armas sin merecerlo.

—Y a pesar de la lección recibida, esos piratas berberiscos han osado apresar dos polacras españolas a la vista de nuestra costa. ¡Qué desfachatez!

—Y alardean de poder, intentando minimizar los desastres que le produjeron los bombardeos. Y en espera de una posible repetición de la jornada, que la habrá sin duda, aumentan los preparativos para construir nuevas fortalezas de defensa, hacen acopio de embarcaciones menores, muy parecidas a nuestras cucarachas, han alistado a miles de turcos voluntarios y, para colmo de deslealtades, algunos ingenieros de naciones europeas amigas trabajan como asesores militares del Dey.

—No lo puedo creer.

—Pero no acaba ahí la historia. Otros generales aviesos, los que ven con envidias y malos ojos a Barceló, también opinan que no fue tan ofensivo el bombardeo de agosto. Pronto se olvidan de los cientos de muertos habidos en la jornada de Argel de 1775, sin resultado alguno. Hemos destrozado ciudad y fortificaciones, con tan sólo 24 hombres perdidos. Pero qué te voy a contar que no sepas, es la misma historia de siempre. Al menos, los vecinos de la costa africana piensan de otra forma bien distinta. En el mes de septiembre, la Regencia de Trípoli acordó firmar la paz con nuestro Señor, con lo que renuncia de forma definitiva a utilizar el corso contra nosotros.

—Entonces..., entonces supones que habrá nueva jornada contra Argel.

—Así está previsto, si el Dey argelino no se aviene a razones, lo que no parece a la vista ni de largo. Como se asegura en la Gaceta de Madrid del 12 de agosto, si la constancia del Rey y de nuestro Ministerio repite, como se tiene entendido, esta visita anual a aquel nido de piratas, empleará con más decoro el importe de un tributo vergonzoso que les pagan otras naciones, y corresponderá con un beneficio a los malos oficios que éstas nos hacen con sus influjos en las Regencias Berberiscas por un interés mal combinado y contrario a la humanidad y cultura de la que se jactan. El influir, sostener y auxiliar la piratería y el robo no merecen menos detestación que el cometerlos.

—¿Y cuándo tendrá lugar esa nueva operación?

Pecas me miró con una especial sonrisa en su rostro. Bebió un sorbo de

aguardiente antes de contestar.

—¿Por qué tanto interés, caballero Leñanza? Antes de pensar en otra cosa, debes recuperarte del todo —ahora utilizaba un tono de voz dulce y femenino, imitando a su hermana—. Recuerda tus palabras cuando intentaba embarcar para la jornada de las flotantes. Tan sólo me recomendabas reposo y cuidados.

—No es lo mismo, enano endemoniado. En aquellos días que mencionas, apenas podías mover tu maltrecha pierna. Por el contrario, puedes comprobar que me encuentro fuerte como un toro.

—No decía eso el gran cirujano de la Armada, don Francisco Canivell.

—Porque no creía lo que veían sus ojos. Estoy convencido que llegué a la hacienda como facultativo en ejercicio, para certificar mi enajenación definitiva o defunción. Todavía no comprendo cómo se embarcó en tan largo viaje, desde Cádiz, para comprobar mi estado, a no ser que se trate de especulación para sus estudios profesionales.

—Nada de estudios, que nunca te caes del nido, gigantón. Canivell llegó a la hacienda porque se lo pedí personalmente, lo que no fue tarea fácil. Hube de utilizar todas mis argucias y caminos laterales de presión.

—¿Tú se lo pediste? Ahora comprendo todo. Eres un cerdo, Pecas. Podías haberme avisado de la maniobra, figurín de corte.

—Tan sólo pretendía tranquilizar mi conciencia, aunque ya veo que estás en forma. Pero no quiero entrar en problemas con mi hermana, a la que tanto quiero.

—Nada de problemas, Pecas. Esa nueva jornada contra Argel se llevará a cabo en el próximo verano, para que sea posible utilizar las lanchas en permanencia. Por lo tanto, habré acabado mi nueva prórroga que finaliza en la segunda quincena de junio. Pero ya sabes que necesitaré de tu ayuda.

—¿Ayudarte? No sé cómo.

—Siempre sabes cómo hacer y conseguir esos frutos de forma que parezca natural. Reconozco mi ignorancia y falta de experiencia en tales menesteres. Por favor, Pecas...

Miré a mi amigo con el ruego más abierto en los ojos. La verdad es que, a veces, nos sobraban las palabras.

—Bueno, déjalo de mi mano. Como de costumbre, deberé conducir tu carrera...

Pecas se interrumpió al comprobar la entrada de Cristina en el salón.

—¿Todavía de charla guerrera? Supongo que habrás puesto al día a Gigante sobre los planes de la Armada.

Cristina sonreía, lo que alivió mi sentimiento de culpa en pocos segundos. Sin embargo, tras mirarla con detenimiento, comprendí que la sonrisa era especial, muy especial. Pronto pude conocer la razón.

—Tengo que ofreceros una noticia.

—¿Buena o mala? —preguntó Pecas con rapidez, como hacía con el juego de las adivinanzas.

—Creo que buena, muy buena —me dirigió una mirada que consiguió traspasar el cerebro, una mirada mezcla de amor y agradecimiento—. Tenía algunas dudas en los últimos días, pero Felicia, que tiene suficiente experiencia, me lo ha aclarado todo en pocos segundos. Quiero que os pongáis en pie y toméis una de mis manos.

—¿Felicia?

—Claro, la mujer del casero —intervine, nervioso—. La de los inolvidables guisos.

—Gran cocinera.

Nos levantamos del asiento. Pecas me miró con un signo de interrogación en el rostro, como si creyera que su hermana hubiese entrado en demencia profunda. Pero la obedecimos sin rechistar. Una vez en pie, Cristina tomó una de nuestras manos, mientras nos miraba alternativamente con una abierta sonrisa en su boca. Sentí como apretaba la mía.

—Como bien sabéis, sois las dos personas que más quiero en el mundo. Mañana es el día de la Natividad de nuestro Señor. Creo que no hay mejor fecha para comunicaros que voy a dar un hijo a mi marido, un nuevo Leñanza al mundo. Bueno, Santi, y un sobrino para ti que deberás ser el padrino.

—¿Qué dices? —Repetimos Pecas y yo al mismo tiempo.

Sentí que me temblaban las piernas y no les miento una mota, un temblor no padecido ni en los momentos más duros del combate. Eran demasiadas emociones en un solo día. Pero me olvidé de todo lo que sucedía a mi alrededor y tomé a Cristina entre mis brazos para besarla una y otra vez. Como llegados de ultratumba, escuché las protestas de mi amigo.

—¡Compórtese, oficialillo de baja graduación! Deje esas demostraciones amorosas para la intimidad de la alcoba —Pecas bajó la voz antes de continuar, entre risas—. Bueno, no creía que este gigantón de San Juan de Berbio acertara con tamaña rapidez. Según parece, no salió tan herido en el combate de las flotantes.

Por mi parte, seguí abrazado a Cristina que reía alborozada. Disfrutaba de una sensación nueva, difícil de explicar si no se ha vivido. Y aunque no lo crean, me pareció sentir en su cuerpo los latidos del nuevo ser. Sé que les parecerá un acto de soberbia por mi parte, pero desde aquel mismo momento, me convencí de que un nuevo Gigante seguiría mis pasos en la Armada.

3. Se prepara el plan

Recuerdo aquella Navidad con especial devoción y cariño, envuelta en una dulce melodía de fondo no exenta de cierta tortura. Y entiéndanme bien, porque el dolor me aborda ahora que escribo estas líneas, debido a la lejanía de aquellas fechas, esa falsa añoranza que, después de todo, no es más que una envidia de nosotros mismos, de lo que fuimos, si es posible definirla así. El conjunto de sensaciones que vivía entonces, mi propio estado emocional, no podía ser más placentero. Al sentimiento de familia, amor y amistad, se unía ahora esa especial sensación que produce contemplar a la mujer querida con una parte de nuestro ser en sus entrañas. Deseamos con prisa incontenible, otro factor de la juventud que perdemos con los años, ver crecer ese fruto propio, como los árboles que plantamos con nuestras manos, los más queridos del jardín. Por fortuna, han sido muchos los momentos de gran felicidad en mi vida, de pleno disfrute de todo aquello que el mundo nos ofrece y es necesario vivir con detalle para saborearlo minuto a minuto. Hasta el incómodo y bullidor duende que corroía mis tripas en las últimas semanas, pareció quedar adormilado con láudano en aquellos días, deseoso quizás de no perturbar unos momentos tan especiales.

Sin embargo, esos capítulos de abierta felicidad, como un pasaje más de nuestra vida, llegan a puerto tarde o temprano, antes, incluso, de percibir que se trata de ilusiones irrepetibles. De esta forma, entramos en el nuevo año del Señor de 1784 con la sonrisa más sincera dibujada en nuestros rostros, ajenos a lo que el futuro podía entregarnos como premio o castigo. Pero nada negativo embarca en nuestro cerebro cuando éste se encuentra bien arranchado de placer. Además, era Pecas quien podía solucionar el más mínimo movimiento en contra, en esa su proverbial disposición de disminuir los vientos contrarios, así como de multiplicar generosamente los bonancibles.

Debo consignar con cierto rubor que disfrutábamos de la vida como niños, lo que no es opinión exagerada al comprender ahora lo cerca que nos encontrábamos de esa fantástica estadía en aquellas fechas. Además, un factor nuevo se añadió favorablemente al conjunto. Me recreaba con la simple observación de la figura de Cristina, intentando comprobar cualquier mínima variación en su físico, extrañado a veces de que su cuerpo se mantuviera con aquella perfección juvenil, su entallada y fina cintura, sin aparecer rastro alguno de esa parte de ambos que brotaba poco a poco en su vientre.

Aquellos primeros días del mes de enero fueron generosos en las tierras extremeñas que nos rodeaban. Aunque el frío se mantenía en sus términos habituales, la ausencia de viento y el brillo del sol en todo su esplendor nos concedieron el placer de la bulliciosa cabalgada y el alegre paseo por los montes y prados de El Bergantín. El segundo día del nuevo año celebramos en familia el aniversario de Santiago, con regalos preparados en secreto, diecisiete años que no aparentaba su rostro añorado en forma alguna. Alegó sentirse viejo, con tantas primaveras en sus lomos y sin hembra

a disposición, una frase muy utilizada en sus bromas.

Sin embargo, una vez atravesada la festividad de la Adoración de los Reyes, los ánimos comenzaron a vacilar ante la previsible marcha de Pecas, quien, fiel a su costumbre, nos dio el aviso de forma inesperada al finalizar un almuerzo, uno más en los que gozábamos de la extraordinaria mano de Felicia, cocinera digna del más noble palacio. Después de todo, la inmediata separación era un secreto a voces, que manteníamos en silencio para alargar la dicha.

—Siento comunicaros que mañana dejaréis de gozar con mi inestimable presencia, que tanto alegra esta tristona hacienda —utilizó el tono de voz engolado y bromista tan habitual en él.

—De triste, nada, enano —contesté con rapidez—. Volverás al tedio de la Corte, sin el disfrute de nuestra compañía.

—¿Ya te marchas, Santi? ¿Por qué tanta prisa? —El desencanto se mostraba en el rostro de Cristina con claridad.

—Hermanita, llevo dos semanas largas con vosotros. Aunque he de reconocer que mi trabajo en la Secretaría de Marina no es imprescindible, debo entrever mis pasos futuros. Como bien sabéis, en esta empresa marinera donde nos movemos, quien no corre, vuela, y ya andarán los moscones con sus pertinentes manejos en las antecámaras.

—¿Piensas embarcar en esa escuadra que navegará hacia las costas turcas? —pregunté, tras dudarle unos segundos.

—Con sinceridad, no lo sé —Pecas jugaba, con su copa de vino, extrañamente pensativo—. Son diversas las alternativas que se abren por la proa, y deberé inclinarme por alguna de ellas en pocos días. Puedo embarcar en la escuadra que mencionas, empresa atractiva, pero también intentar que me asignen a un navío o fragata que largue amarras hacia las costas americanas, un deseo que siempre hemos mantenido. Pero es posible que espere algunos meses y me decida por esa jornada de Argel, que se vaticina venturosa para el próximo verano.

Pecas mostraba un rostro inmutable al exponer esta última frase, como si la noticia ofrecida obedeciese a la más pura normalidad.

—¿Jornada de Argel? —preguntó Cristina, interesada—. ¿De qué jornada hablas? ¿Más guerras? ¿No nos encontramos en situación de paz firme y duradera?

—Con los ingleses del demonio sí que andamos en paz, aunque no dure mucho. Pero los piratas berberiscos siguen con sus arriesgadas incursiones, que tanto daño producen en nuestras costas e islas mediterráneas. Bueno, no se trata de asunto embastado, pero es posible que se envíe poderosa escuadra para castigar a los nidos de piratas argelinos en su propia guarida, como el pasado verano, bajo el mando de don Antonio Barceló.

Cristina ofreció un ligero respingo en su rostro al escuchar el nombre del valeroso general, tan unido a nuestras carreras desde el primer momento, aunque intentó ofrecer una sonrisa en su rostro.

—¿Todavía anda el bravo marino que tanto admiráis con salud para guerrear? ¿No le afectan los normales achaques de la edad? Debe haber entrado en la setentona.

—No exageres, querida —la miré con cariño, aunque no era fácil enmascarar mi nerviosismo—. Don Antonio debe cumplir este año, por diciembre, los sesenta y ocho años, si no recuerdo mal.

—Escaso error de fechas el mío —insistió Cristina—. No es esa edad para mantenerse en la guerra, sino para guardar casa junto al fuego y escribir consejos para las generaciones que piden el relevo. Ya ha peleado bastante por su Patria el buen hombre. Debería retirarse a descansar.

—¿El general Barceló a descansar? —Pecas emitió una sonora carcajada—. Se ve que no lo conoces ni de lejos, Cristi. El viejo lobo mallorquín morirá en la mar, donde debió ser destetado por una tonina parda, puedes estar segura. Ese, al menos, será su deseo, de eso no me cabe duda.

—Y esa jornada de Argel será peligrosa, ¿verdad? —Su pregunta, dirigida al espacio, encerraba una indisimulada petición—. No deberías arriesgarte de forma innecesaria, Santi. Eres el jefe de la casa Montefrío y otras muchas responsabilidades...

—Hermana —Pecas tomó su mano sin permitir que rematara la conocida frase, al tiempo que le dirigía una cariñosa sonrisa—, aunque a veces parezca lo contrario y así me guste aparentarlo, no soy un figurín de corte sino un oficial de la Armada. Es una cuestión de principios que no admite duda. No me hagas recordar algunas conversaciones familiares que bien conoces y prefiero mantener en el olvido. Tanto Gigante como yo ingresamos en nuestra gloriosa Institución para navegar y guerrear contra los enemigos de España en la mar. Y a esa vocación nos debemos.

—Navegar y guerrear —hizo un gesto de aversión—. Malditos verbos. Bueno, tú estás ya fuerte. Pero Gigante debería reponerse a fondo. Aún se encuentra magro de carnes.

—¿Has dicho magro? —Pecas volvió a reír con fuerza mientras, para confirmar su aseveración, palpaba mis brazos—. Pues si esta carne es escasa, me darían de baja en cualquier ejército del mundo.

—Porque eres un alfeñique, aunque diestro con el florete —intenté sonreír y chancear antes de dirigirme a Cristina—. Me encuentro bien de salud y con fortaleza más que suficiente, querida. No debes preocuparte por nosotros.

—Pero tienes prórroga por convalecencia —el tono de su voz se acercaba a un pobre lamento.

—Y gozaremos de esos meses de licencia que me restan, muchos por cierto, como si navegáramos de empopada. Pero Santi tiene razón. La mar es nuestra vida y a ella deberemos incorporarnos tarde o temprano.

Intenté utilizar el tono de voz más dulce del que era capaz. El rostro de Cristina fue perdiendo su seriedad poco a poco, hasta mostrar una ligera sonrisa.

—Sois tal para cual. La guerra, la mar. No creáis que nací sin entendederas, que

puedo leer vuestros pensamientos con facilidad.

—Nadie desea engañarte, hermana mía, porque se trataría de empresa casi imposible, bien lo sé yo —para Pecas, por el contrario, era cuestión fácil variar la entonación de su voz a conveniencia—. Pero no has de preocuparte. Si llegara el caso y embarcara de nuevo a las órdenes del general Barceló, esa campaña de Argel es cosa de andar por lo llano y batir gallardetes. Bombardear la maldita capital de la Regencia y volver a casa en un santiamén. Por cierto, he de declarar solemnemente que desde el comienzo de tu embarazo, con ese nuevo gigantón que portas en tus entrañas, te encuentro más guapa todavía.

—Es la mujer más hermosa que Dios ha creado jamás —apunté con sinceridad.

—Zalameros sin vergüenza. Eso es lo que sois. De acuerdo. Me rindo —Cristina reía ahora—. Pero hablemos de otros temas, que los que deseo ahuyentar de mi cabeza llegarán por sus propios pasos y a bordo de algún buque de la Real Armada. Olvidemos las despedidas y pasemos con alegría esta última tarde. ¿Jugamos al brelán^[17]?

—De acuerdo —asintió Pecas de buen humor—. Se nota en ti la influencia marinera que tanto desechas, hermana. Pero os debo recordar que ya me debéis dineros suficientes para comprar esta hacienda, dada mi peculiar destreza con las cartas. Por desgracia, no puedo cobrarme con este inmundo Cuartel, ni mucho menos. Y sería deshonoroso por mi parte, meter la mano en la generosa dote que os he concedido.

—Nada de eso, que he ganado muchas manos —alegó Cristina—. Además, jugamos en broma.

—Un Montefrío jamás se sienta en broma a una mesa de juego —pontificó Pecas, elevando el dedo en forma admonitoria.

—Mete el cañón en batería y juega de una vez, enano —golpeé su espalda con fuerza.

—No seas animal, Gigante —se palpó la zona falsamente dolorida—. Parece mentira que seas conde y alférez de navío con ese lenguaje más propio de grumetes.

Y así cruzamos lo que se había convertido en un mal trago, del que salimos con más aire en las velas de lo esperado. Agradecí en mi interior la habilidad del buen amigo y compañero, agraciado con el don especial de utilizar las frases oportunas en el momento indicado, que parecían abrir con claridad mi horizonte. Pero, por encima de todo, alabé en mi interior la sabiduría de Cristina, esa mujer que siempre supo estar en su sitio como esposa inteligente.

Y llegó el día de la partida. Tanto Cristina como yo éramos conscientes de que su ausencia produciría, de forma inalterable, un vacío difícil de rellenar. Parece mentira que una persona tan menuda pueda sembrar un alboroto mental de tal calibre a su alrededor. Pero así era Pecas, un ejemplar muy difícil de repetir y desconocido para la mayoría, todos aquellos que se quedaron solamente en el simple análisis de su piel.

Por la mañana, nuestro hermano apareció con una falsa sonrisa en la cara. A pesar

de su buen humor habitual, todos sabíamos que odiaba decir adiós a sus seres más queridos. Por esa razón, aliviaba las maniobras y se lanzaba hacia el interior del landó como galera al abordaje. Pero lo retuvimos el tiempo necesario para abrazarnos a él con el verdadero cariño que le dispensábamos.

—Hazme saber la decisión que tomas con la suficiente rapidez.

—La sabrás, Gigante, no lo dudes. Y cuida de mi hermanita, que ahora son dos en uno y lo que viene, supongo, será de buen tamaño.

—No te precipites, Santi. Por favor, no escojas empresa peligrosa ni arriesgada — Cristina se abrazó a él con lágrimas en sus ojos.

—No hay quien pueda conmigo, Cristi. Tanto britanos como berberiscos se rinden a mis pies de lejos —mudó a la seriedad por unos pocos segundos—. Bueno, piensa en ti y lo que llevas dentro. No cabalgues mucho que, según Felicia, es malo en tu estado. Os tendré preparada la hacienda de Santa Rosalía para la primavera. Si no he podido escapar algún día hacia este rincón perdido, lo que es muy posible, y todavía ando por tierras o mares de España, nos veremos cuando paséis obligatoriamente por la villa y Corte de Madrid, donde tenéis mi nada humilde morada que es la vuestra.

—De acuerdo. Y escribenos a menudo.

—Lo haré.

Y partió el carruaje con Froilán a las riendas, espoleado por la voz de Pecas que deseaba salir cuanto antes de nuestra vista, esas extrañas y contradictorias prisas por abandonar a los seres queridos en los momentos finales de la despedida, que he sufrido en mis carnes tantas veces.

Mantuvimos la vista prendida en el carruaje, hasta que transpuso la pronunciada loma que llamaban de las vides. Mantenía a Cristina tomada por la cintura, mientras ella continuaba agitando su mano en una triste despedida.

Tras la partida de Pecas, volvimos a nuestra amorosa rutina, ciertamente dulce y placentera. Intentando seguir los consejos de Felicia, experta matrona según sus propias palabras, procuraba calmar la actividad de la futura madre en vista de su estado, un razonamiento que, sin embargo, no estaba dispuesta a admitir. Cristina alegaba en contra, de forma repetida, como niña encariñada. Aducía en su favor los consejos escuchados a su madre, en los que se pontificaba como mejor medicina para mujer preñada, llevar a cabo la vida normal de siempre. Sin embargo, al observar sus carreras o los movimientos sobre la montura, sufría al pensar en una posible caída o cualquier otro accidente.

Aunque no se volvió a tocar el tema, la voz del duende en mi estómago repetía una y otra vez, ahora con pasmosa tranquilidad, que la cuestión de mi regreso a la vida activa en la Armada había quedado resuelta en aquella conversación mantenida a tres bandas. Pero necesitaba de alguna actividad y dudé durante algunos días en escribir al general Barceló, para solicitar que me incluyera en una de las unidades que, según sus previsiones, formarían la escuadra en la próxima jornada. Sin embargo, recapacité hasta llegar al convencimiento de que era absurdo abordar el

tema con tanto tiempo por delante y cuando, según Pecas, aún no estaba tomada la decisión por Su Majestad. Decidí dejar pasar el tiempo, sabedor que con mi amigo en la Secretaría de Marina, nada se escaparía a su fino olfato, al día de mis deseos.

Y el tiempo comenzó a discurrir a su acostumbrada velocidad, un aluvión de dulces sensaciones que, en estos días, desearía revivir con más lentitud. Puedo decir ahora que nada negativo afectaba a mi vida en aquellas semanas. Para colmar el vaso, creo que debió ser a finales del mes de febrero cuando atisbé los primeros síntomas externos del embarazo de Cristina, lo que me llenó de satisfacción aunque no sepa explicar el porqué. Ella lo negó, alegando que a los tres meses no podía notarse nada. En verdad creo que mentía porque sus formas eran más redondeadas en el vientre, y hasta su rostro comenzaba a denotar ciertas variantes que en nada la afeaban, más bien al contrario.

En beneficio de la sinceridad que me he impuesto, he de declarar que entre las brumas de placer, mis pensamientos se perdían en más de una ocasión en esa jornada de armas venidera, donde podría de nuevo volver a la mar. Puede parecer signo de evidente locura, tras las terribles experiencias padecidas pocos meses atrás, pero escuchaba el retumbo del cañón y parecía percibir el olor de la pólvora con placer y cierta añoranza. Me repetía una y otra vez que finalizaba con bendita justeza el plazo de la prórroga concedida, para incorporarme al servicio en el momento preciso, con tiempo suficiente para habituarme a la unidad que me fuera asignada. También recordé el pensamiento expuesto por Pecas, en el sentido de desear el embarque en unidad de cierto porte, habituado hasta entonces a otras basadas en tierra y sin la necesaria continuidad en el tiempo. Estos pensamientos fueron, sin duda, los que cerraron el cofre de la dicha, sin dejar resquicio alguno a la intranquilidad. Podía asegurar que, una vez más en mi carrera, la suerte estaba echada.

4. Decisión tomada

A pesar de los años transcurridos, recuerdo, como si se tratara de una estampa añeja grabada en el cerebro, que la primavera rompió en El Bergantín de forma temprana y abrupta en aquel año de 1784. Aunque don Melquíades, el fiel encargado que llevaba las riendas de la hacienda con preciosa meticulosidad, lo vaticinara en repetidas conversaciones, me sorprendió una vez más comprobar la belleza de esas tierras cuando la vida retornaba a ellas con una fuerza arrolladora. Cristina y yo las recorrimos a caballo, disfrutando de cada rincón con detalle, aunque por mi parte no deseara alargar en exceso los esfuerzos de las inevitables galopadas, que suponía poco beneficiosas para el estado de mi mujer.

Llegados a este punto, he de reconocer que en aquellos días de placer continuado, mis más encendidos sueños volvían a volar con entera libertad aunque, eso sí, escondidos en el rincón particular que todos fabricamos tarde o temprano, y mantenemos alejados del mundo, incluso de los seres más queridos. Como pueden comprender quienes ya me van conociendo con cierta profundidad, esos sueños se alargaban ahora, como las nubes deshilachadas del ocaso, hacia esa futura jornada de Argel que mi mente evocaba como si se tratara de imágenes al alcance de la mano.

Era especialmente por las noches, en los minutos que antecedían al sopor profundo, con los sueños todavía dirigidos por batuta propia, cuando me enrolaba en aquel ejercicio mental tan particular y reconfortante. Recordaba las palabras de Pecos con puntual exactitud, al explicarme los pormenores de las acciones navales correspondientes al verano anterior, como si las venideras debieran ceñirse a las pasadas en una gloriosa repetición. Aquella escuadra bajo el mando del teniente general don Antonio Barceló, que izaba su insignia a bordo del navío Terrible, había estado formada por navíos, fragatas, bergantines, balandras, jabeques, brulotes, transportes y lanchas, que suponía cañoneras, bombarderas y obuseras, un conjunto de mágicas y embriagadoras palabras que bailaban con reñido placer en mi cerebro. En el despliegue de esa fuerza naval me concentraba, para mover cada una de las embarcaciones como peones de una mesa de ajedrez.

Pero mis sueños profundizaban más y más con el paso del tiempo, hasta el punto de especular con las diferentes unidades en las que me sería posible embarcar, llegada la favorable oportunidad. Los diferentes tipos de buques utilizados, a los que mi magia particular añadía corbetas, polacras, chambequines^[18], escampavías y tantos otros, bailaban en mi cerebro de forma alocada y placentera, hasta llevarme a sopesar los elementos a favor o en contra de cada una de ellas. Y no crean que me decantaba con facilidad por cualquiera, en ese ejercicio marinero mental al que con tanto placer me entregaba.

Por otra parte, me producía cierto malestar y desasosiego comprobar el silencio permanente de Cristina sobre nuestro próximo y cercano futuro, como si temiera la

simple mención del tema o esperase una orden superior que le dictara las acciones a realizar. Decidí que era llegado el momento de aclarar y plantear nuestro posible traslado, cuando ya alboreaba el mes de marzo, que nos bendijo con unas ligeras y desventadas lluvias que, según Ambrosio, el casero, arribaban en un momento muy propicio para alivio del campo. Aproveché el momento estimado como idóneo, durante uno de aquellos largos recorridos que nos concedíamos a lomos de nuestras monturas. Descabalgamos para tomar un descanso en el linde mismo del Portón, una zona de la hacienda poblada de un extenso alcornocal, e iniciamos un paseo tomados de la mano como tantas otras veces. Necesité de un pequeño empujón por parte del pequeño duende pero, como tantas otras veces, llegó en mi auxilio.

—Cristi, querida, dentro de pocos días entraremos oficialmente en la primavera.

Miré a Cristina con cierta prevención. Aunque estaba decidido a entablar el tema por directo, no crean que confiaba en una respuesta adecuada a mis deseos. Su amplia sonrisa, sin embargo, me tranquilizó.

—Podemos decir que en estas tierras disfrutamos de esa bendita estación con algunas semanas de adelanto. Me dijo Felicia que cuando tanto madruga la floración, sufrimos después días fríos y ventosos, como si se cambiara la normal conducta de la naturaleza.

—¿Por qué no marchamos a Santa Rosalía, que se encontrará esplendorosa en estos momentos? —Me detuve en un claro, tomándola por la cintura con cariño—. Le concedemos una especial devoción a esa hacienda, donde nos encontramos por primera vez. Allí el clima es más benigno y podremos disfrutar de todos los placeres.

Cristina se mantuvo en silencio, mientras tomaba asiento en unas piedras abiertas de gran tamaño que parecían formar una escalera natural. Dirigió la mirada hacia la lejanía, como si sus pensamientos se encontraran perdidos a muchas millas de distancia. Creí comprenderlo todo en pocos segundos y, para mi sorpresa, atajé por camino derecho mientras me sentaba a su lado.

—¿Qué te sucede, querida? ¿Has perdido tu especial predilección por aquella hacienda? ¿Qué pensamientos oscurecen tu rostro?

Antes de contestar, Cristina me miró con fijeza, de esa forma tan especial que utilizaba cuando parecía escarbar en lo más profundo de mi alma. Poseía ese extraño poder de atravesar con su mirada mis pensamientos. La encontré preciosa, con las mejillas enrojecidas por la cabalgada. Por fin, exhaló un ligero suspiro, a la vez que apoyaba su cabeza sobre mi hombro.

—Tengo miedo, Gigante.

—¿Miedo? ¿Qué puedes temer? Dispones de un gigante particular a tu lado —pregunté en falso porque sabía por donde se alargaba el rastro.

—Sabes muy bien que de Santa Rosalía solamente guardo maravillosos recuerdos de mi niñez, de la querida familia antes de la terrible explosión que llegó a destruirla, de nuestros primeros momentos de amor. Por supuesto que me gustaría volver allí, no lo dudes. Pero, al mismo tiempo, sé que al abandonar estas tierras cierro una etapa

irrepetible de mi vida y abro las puertas a..., a momentos de posible dolor y desesperanza.

Cristina alzó su rostro, a la vez que tapaba con sus dedos mi boca para impedir la respuesta que ya intentaba brotar. Volvió a abrir sus labios en una sonrisa que me tranquilizó, mientras continuaba.

—Soy consciente de que es irremediable y así lo acepto, como una impuesta y necesaria obligación a la que me debo someter, querido. En mis pensamientos, Santa Rosalía está ligada a cualquier momento hermoso que he gozado en la vida y, en especial, a nuestros primeros contactos de amor. Pero también se encuentra situada a escasas leguas de la ciudad de Cartagena, la capital del Departamento Marítimo mediterráneo, y supongo que será desde allí, al igual que el año pasado, donde se formará la escuadra para esa jornada dirigida contra los piratas berberiscos que, en mi opinión, tanto bulle en tu cerebro.

Ahora fui yo quien quedó sin palabras en la recámara. Me mantuve en silencio, intentando comprender su mirada. Cristina utilizaba un tono de voz dulce y muy bajo, casi confidencial, mientras acariciaba mis manos con exquisita ternura. Volvió a sonreír, ahora con un gesto de abierta picardía.

—No seas tonto. Sé que deseas embarcar en esa escuadra bajo el mando del general Barceló o en cualquier otra, no nos engañemos. Y no creas que protesto por ello en absoluto. Mucho he pensado desde la visita de Santiago y he comprendido, como si un velo se descorriera por fin de mis ojos, que debo estar preparada para la soledad y la espera. Pero de esa forma sé que aparecerá el dolor, la impaciencia, la soledad, las dudas, la terrible expectación de noticias buenas o malas. Además..., además...

—Continúa, mi amor —intenté utilizar el tono de voz más dulce que era capaz de emitir, al comprender su lucha interior.

—Una cuestión me sacude el alma en oleadas, de vez en cuando. Nuestro hijo deberá nacer, si Dios así lo quiere, en la segunda quincena del mes de agosto. Y, la verdad..., la verdad es que sufro al pensar que no estés a mi lado en los momentos...

No pude dejarla continuar. La estreché con fuerza entre mis brazos, acariciando su cabeza, mientras sentía unas punzadas de dolor en el pecho. Recordé una vez más aquellas sabias palabras del general Barceló, cuando aseguraba que los sentimientos de amor son malos para el ejercicio de las armas, como el temporal que desarbola los buques. Me sentí culpable de producirle cualquier mínimo sufrimiento, porque Cristina no lo merecía. Debió notar mis sentimientos en el rostro, ya que atajó con decisión.

—No te creas culpable de nada, esposo mío. Ya sabía cuando me uní a ti quien eras y cual sería tu futuro. Sucede que he soñado demasiado, como si intentara evitar la realidad, lo que a nada bueno conduce. Pero sabes que soy fuerte y podré atenerme a ella.

—No puedo soportar que sufras por mi culpa ni un solo segundo.

—Creo que eso se encuentra unido a nuestras vidas, lo queramos o no. Como me dijiste en una ocasión, disfrutemos del momento presente, muy feliz por cierto, que ya llegarán otros menos deseables.

Volvió a dirigir la mirada hacia el horizonte perdido, como si hubiese largado una pesada carga. Por mi parte, no podía dejar la conversación en aquellos términos o lo sufriría después.

—Tienes razón al suponer que deseo embarcar. Esa jornada que se avecina puede ser una buena oportunidad aunque, como dices, no me importaría otro destino en la mar. Pero también yo he pensado en lo que te preocupa de forma especial. Si se sigue el calendario del año pasado, se intentará llevar a cabo el castigo sobre Argel en los primeros días del verano, estación necesaria para que puedan actuar las pequeñas lanchas, con lo que en los últimos días de julio o primeros de Agosto puedo estar de vuelta y acompañarte en el nacimiento del tercer Gigante.

—O de la segunda Cristina, que esa cuestión se encuentra en manos de Dios — volvió a sonreír, mientras acercaba su rostro hacia el mío para besarme con suavidad —. Marcharemos hacia nuestra hacienda de Santa Rosalía cuando así lo dispongas. La semana que viene podría ser adecuada. ¿Sabes una cosa? Sentiré dejar a Felicia.

—En Santa Rosalía disfrutarás de un mejor servicio. No es mucho lo que te he ofrecido aquí.

—Te aseguro que no lo he echado en falta. Pero allí será distinto. En cuanto a Felicia, reconozco que le he tomado un especial cariño a esa buena mujer, llana pero sincera y leal. Me trata más como una hija que como a su señora, lo que no me disgusta sino al contrario. La verdad es que me recuerda a una vieja niñera a la que adoraba. También es posible que busque en ella los consejos de la madre que perdí.

—Podemos llevarlos con nosotros.

—No. Sería un mal detalle por nuestra parte. Tanto ella como Ambrosio nacieron y morirán aquí, donde se encuentran sus raíces, así como sus hijos. Ya volveremos a esta bendita tierra, porque no pienso olvidar nuestro querido Cuartel en ningún momento de mi vida.

Ahora nos abrazamos entre risas. Qué sabia y desprendida era Cristina en todos sus pensamientos. Por mi parte, no podía quejarme de nada porque parecía que, como tocado por mago sublime, se abrieran una a una todas las puertas que jalonaban mi vida. Recuerdo en la distancia aquellos besos apresurados, rodeados por el bosque como único testigo, besos que nos ofrecíamos con amor desesperado, como si fueran los últimos que la vida nos brindara.

Decidimos partir hacia la hacienda murciana de Santa Rosalía en la segunda quincena del mes de marzo. Una vez dispuestos a acometer la mudanza, comprendí que el viaje sería largo y pesado, ya que deberíamos atravesar España de poniente a levante. Fiel a esas precipitadas decisiones que me han acompañado, para bien o para mal, a lo largo de toda la vida, envié urgente recado a Pecas para explicarle nuestros

planes, en la esperanza de que se encontrara todavía en su residencia madrileña. Le exponía que, en ese caso, disfrutaríamos de su compañía en la ruidosa capital un par de días, antes de continuar viaje.

Aunque don Melquíades, siguiendo mis indicaciones, había adquirido meses atrás una preciosa carretela, que utilizábamos en nuestros transportes desde El Bergantín a las ciudades vecinas, la gran sorpresa nos sacudió tres o cuatro días antes de nuestra partida, cuando sin previo aviso apareció un fastuoso carruaje en la explanada que se abría ante El Cuartel. Fue Cristina quien llegó a mi despacho con gritos y risas para avisarme de la inesperada aparición.

Cuando salí a la puerta con la respiración agitada, me encontré ante la divina aparición, un majestuoso landó de los que, como después supe, se denominaban landó-barco de ocho resortes y siete vidrios. La verdad es que era espectacular observarlo en su conjunto, un carruaje digno de un príncipe, con sus dos caballos negros y brillantes, bellísimamente enjaezados. Todo él se encontraba pintado de un color verde oscuro, salvo algunos toques particulares dorados en ruedas y aparejos. Pero un detalle muy especial destacaba a la vista por encima de los demás. Mi buen amigo, con su habitual tendencia de no olvidar apartado alguno, había hecho incorporar el escudo de mis armas en las portezuelas, grabado también en tintes dorados.

Cristina se adentró en él como niña con especial juguete y fue observando gran cantidad de detalles que a mí, en verdad, me eran desconocidos. De esta forma comprobó, encantada, que la cubierta se replegaba en dos mitades, hacia delante y hacia atrás, con lo que dejaba unos huecos laterales para cerrar los cristales de las portezuelas. También disponía de correderas articuladas a los lados, doble suspensión y con la caja cuadrada de las que llamaban a la latina. Por último, para rematar el lujoso despliegue, en el vidrio frontal de gran tamaño incorporaba, grabadas al fuego, nuestras iniciales. En conjunto se trataba, sin duda, del típico trabajo de mi buen compañero de armas.

El cochero que venía a las riendas, quien había recibido estricta orden de limpiar y acicalar el carruaje pocos metros antes de la llegada a su destino, nos entregó una breve nota del inefable Pecas. La abrí con impaciencia.

Queridos hermanos:

Recibo vuestro recado en momento más que oportuno, y me alegro infinito por las buenas noticias que me ofrecéis. Parece cosa del diablo, siempre he creído que las casualidades vienen de su mano, pero os encargué hace meses a la famosa casa de Sotarens este discreto carruaje, que me han entregado la semana pasada. Espero que llegue a tiempo y mi querida hermana, con ese gigantón que lleva en sus entrañas, pueda navegar por las tierras de Extremadura y Castilla tal y como se merece. Deseo que os guste el presente y que mi viejo amigo se emocione al observar el poco llamativo escudo de las

armas de Tarfi en sus portas.

Tengo muchas y nuevas noticias que ofreceros, algunas os costará creerlas, pero las reservo para vuestra llegada.

Como soy consciente de que mi compañero no habrá caído en la cuenta, me he permitido preparar vuestro itinerario. Debéis salir por la mañana y llegar en una primera etapa a la ciudad de Trujillo, donde os alojaréis con nuestra tía Engracia, marquesa viuda de Valtorán, una viejita encantadora que espero viva todavía. Al día siguiente, seguiréis camino por Navalmoral de la Mata y Oropesa hasta llegar a Talavera de la Reina, donde también os preparo adecuado recibo en el palacio del Mistral, propiedad de nuestro primo Luis del Fresno, barón de Spianelli, quien vive con seguridad porque estuve con él hace pocas semanas. Aunque se trate de un figurín de Corte que habla demasiado, no es mala persona. Tanto a tía Engracia como a Luis les envío urgente recado. Y ya en la tercera jornada, por camino más llevadero, acabaréis en la real villa madrileña, donde os espero en nuestro palacete de la calle Terreros al que, si seguís estas recomendaciones con rigor, llegaréis el martes 25 de este mes, dos días antes del cumpleaños de nuestro querido conde de Tarfi.

Creo que las etapas son suficientemente cómodas para mi hermana. No debéis olvidar que es necesario incorporar la adecuada ración de boca, porque los viajes largos abren el apetito, en especial en mujeres de fecundo estado y esposos con buche agigantado.

Nada más por el momento. El cochero Martín queda a vuestro servicio permanente; es bueno, honrado y muy hábil en su facultad. Que disfrutéis de mi presente como os merecéis y dispongáis de placentero viaje, sin que mi hermana decida excesivas paradas para visitar piedras antiguas o vetustas iglesias. ¡Las sorpresas os aguardan a la llegada!

Recibid el cariño de vuestro hermano

Pecas

Cristina había leído la misiva en voz alta, ahogando la risa conforme desgranaba las frases. Era, sin duda, una típica arenga de mi buen amigo en cada uno de sus puntos. Tan sólo las noticias veladas, con el misterio y el suspense a su alrededor, dejaron el ánimo de mi mujer con cierta preocupación.

—¿Qué habrá querido decir con esas sorpresas que nos anuncia? ¿Se habrá prometido? ¿Algún ascenso, quizás? ¿Un destino hacia América? —Cristina lanzaba todas sus preguntas sin respuesta a gran velocidad.

—Por favor, Cristi —la tomé por los hombros con especial cariño—. Parece mentira que no conozcas todavía a tu hermano. Crear esa incertidumbre en los demás es lo que más puede atraerle. Ya verás cómo, después, se trata de cualquier cuestión sin la mayor importancia o imaginación de nube. Pero hemos de reconocer que el

carruaje es hermosísimo.

—Santi siempre ha sido generoso y desprendido hasta un límite difícil de superar —el enorme cariño que sentía por su hermano se dejaba notar en sus palabras—. Podías haber ahorrado el gasto de la carretela.

—Nos viene bien de todas formas, por si alguna vez... debemos separarnos —me arrepentí de la cuña introducida sin pensar, intentando componerla—. Así podrás incorporar el equipaje que estimes necesario sin límite alguno. También evitamos el imprescindible uso de la carreta que alcanza su destino varios días después. Pondremos la carretela en manos de Simón, a quien prometí el viaje. Setum lo acompañará. Estoy seguro que si no llegamos a la Corte con Martín en el pescante, tu hermano nos mata de un tiro.

—No te quepa duda —Cristina repasaba una y otra vez los detalles del nuevo carruaje—. Es precioso y con el escudo de tus armas grabado. Me encanta la idea de incorporar nuestras iniciales en el vidrio delantero. Debe haberlo copiado de algún ejemplar que circula por la Corte. Mi querido Santi es un ejemplar irrepetible, hasta ha recordado el día de tu cumpleaños. Pero volvamos a subir en él, que deseo comprobar algunos apartados con más detenimiento. Seguro que no te has fijado en que los almohadones se encuentran rellenos de miraguano. ¿Has visto el detalle del pesebrón, con las coronitas? —señaló desde el estribo la alfombra donde se reposan los pies.

—¿Qué coronas?

—No te fijas en nada —ya nos encontrábamos en el interior—. ¿No ves esas pequeñas coronas bordadas en color dorado sobre la alfombra? Son las correspondientes a un condado. Es otro detalle en tu honor.

—Es cierto. Ahora recuerdo las del carruaje de tu casa, bueno, quiero decir...

—De Montefrío. Te comprendo. Pero mira estas pequeñas bolsas a modo de alforjas.

Y así continuó, alborozada. Es posible que esos momentos de alegría infantil sean los que mejor guardo en mi memoria. Después de todo, la vida se conforma dichosa en base a esos pequeños detalles de intensa y pasajera felicidad, que tantos desprecian por desconocimiento o malicia natural. Era fascinante observar cómo Cristina disfrutaba con aquellas experiencias, aunque en estos días comprendo que, después de todo, era reacción lógica en una niña-mujer con sus casi dieciocho años, que tan lejos quedan en el tiempo.

Y partimos en el magnífico carruaje hacia el otro extremo de la península. De esta forma abandonábamos nuestro querido retiro extremeño, donde pasamos momentos que jamás olvidaríamos. Como es fácil comprender, seguimos los planes enhebrados por Pecas sin salimos un solo centímetro. He de reconocer que, en ese aspecto organizativo, era, sencillamente, un genio.

5. Las historias de Pecas

El primer día de viaje resultó lento y pesado, perdida la costumbre de llevar a cabo tan largos desplazamientos. Por fortuna para nuestros cuerpos, deslizarse en aquel precioso carruaje presentaba la ventaja de su confortabilísima suspensión, que amortiguaba los baches y roderas tan frecuentes en nuestros caminos, hasta hacer desaparecer las olas bajo la quilla. Tras pasar por Almendralejo y la ciudad de Mérida, donde atacamos las provisiones preparadas por Felicia, arribamos entrada la tarde en la villa de Trujillo. Y me costó un notable esfuerzo convencer a Cristina para no detener la marcha en cada recodo con hermoso paisaje o en cualquier iglesia cuya cúpula se avistara en el horizonte. Siempre me llamó la atención aquella extraña tendencia suya de visitar todo monumento que recordara algún aspecto importante de nuestra Historia, aunque se tratara de un simple y destrozado conjunto de piedras.

Tal y como nos anunciara Santiago en su misiva, la tía Engracia esperaba nuestra llegada a su palacio trujillano, una edificación de piedra y espectacular tamaño, embutida en el abigarrado centro de la ciudad. Con objeto de que se emplacen debidamente en situación, debo indicarles que para mi amigo Pecas, cualquier pariente, aunque el lazo sanguíneo se remontara a la quinta o sexta generación anterior, pasaba a ser tío o primo a su voluntad, con independencia de la escasa conexión familiar. De esa forma y de acuerdo con su teoría, se encontraba emparentado con la mitad de la nobleza española. Y pueden estar seguros que, en ocasiones, jamás había conocido a parientes de los que hablaba como si los tratara en recibo diario.

Disfrutamos, en principio, de una agradable velada con la venerable anciana. Y he matizado mi aseveración, porque aquella encanijada y bulliciosa mujer hablaba, en verdad, como cotorra despabilada. Con independencia de lo que se le pudiese argumentar en delicada cuña al hilo de la conversación, bien a favor o en contra, continuaba con su perorata de forma independiente y a gran velocidad, hasta desmenuzar todo tipo de detalles en unos temas familiares que, de verdad, desconocíamos en gran medida.

Por fin, la incansable octogenaria pareció caer en la cuenta de mi condición como oficial de la Armada, y cambió el tercio para pasar a enumerar con sorprendentes intimidades, la gran cantidad de pretendientes con alto empleo militar de los que dispuso en su muy lejana juventud, antes de contraer matrimonio con don Ramiro de Aristizaín, marqués de Valtorán. Llegamos al convencimiento que el pobre Ramiro, como denominaba al difunto esposo con sentido respeto, debió sucumbir a los pocos años de su enlace, víctima de aquella temible artillería verbal, hasta conseguir el necesario descanso en el panteón familiar.

Tras una cena espléndida y harto generosa, acompañada de caldos dignos de palacio arzobispal, atisbamos con suficiente rapidez y cierto terror en nuestras almas el decidido intento de tía Engracia para continuar la inagotable conversación en

alargada sobremesa. Fue Cristina la que con sus especiales argumentos intentó convencerla de nuestro extremo agotamiento por el duro viaje sufrido. Pero no crean que ganamos la batalla al primer envite, que debimos recurrir al estado gestante de mi mujer para escapar de sus garras y alcanzar el dormitorio asignado, una magnífica pieza donde, según sus propias palabras, había dormido el Infante don Gabriel en diversas ocasiones. Como es fácil imaginar, nos abstuvimos de indagar sobre la razón que originara tan excelsa visita.

Al día siguiente, continuamos la marcha con las primeras luces del amanecer, aunque también debimos sufrir una buena andanada de a 36 por parte de la marquesa, hasta que alcanzamos las mismas puertas de nuestro carruaje. Me pareció percibir que, conforme se difuminaba su enjuta figura en la distancia, a la vez que agitaba los brazos en señal de despedida, movía la boca en inacabable ejercicio que no parecía agotarle una mota. Sentimos un inmenso placer al vernos de nuevo en soledad, libres como pájaros, con el camino alargado y silencioso por la proa.

Martín enfiló la Vereda Real hasta alcanzar la villa de Navalморal de la Mata y, una vez traspuesta la hermosa ciudad, largamos el ancla en una venta que llamaban del Buen Suceso para probar bocado. Con tan larga y agotadora parla mantenida en la víspera, no habíamos caído en la cuenta de rellenar la cesta provisora, y no era cosa de pedir auxilio temprano a la anciana, que pudiese provocar un tema más de conversación. Continuamos el viaje por la vía de Oropesa y, tras larga etapa con piso duro y en mal estado, arribamos por fin a la ciudad de Talavera de la Reina, donde arrumbamos el carruaje en dirección del palacio Mistral que, para nuestra sorpresa, se encontraba dos leguas más allá de la villa.

Por fortuna, el primo Luis no era de talante parecido a la marquesa, en cuanto a sus prácticas oradoras. También nos recibió con especial cariño, alegando en este caso haber conocido y tratado con cierta periodicidad a un buen número de familiares directos de Cristina, incluidos sus padres, sobre los cuales se extendió en encendido panegírico funerario. Sin embargo, el palacete era más bien caserón de informe estructura y excesivas humedades, donde parecíamos entrar en estación invernal una vez traspasadas sus paredes.

Luis del Fresno era el típico figurín de corte venido a menos, como bien lo había definido Pecas. Solterón y ligeramente amanerado, poseía para mi sorpresa unos profundos conocimientos sobre nuestra historia naval, y en ese tema nos mantuvimos durante la colación, más bien somera y de escasa calidad, que nos ofreció en un comedor que debía haber gozado mejores épocas. Más cansados en esta jornada con las leguas acumuladas en nuestros lomos, y sin las insistencias de la anterior anfitriona, pudimos descansar a buena hora lo que, sin duda, necesitábamos.

Y embocamos la última jornada del que ya se hacía largo recorrido con el ánimo abierto, en espera de encontrarnos con el pequeño caballereite en la Corte. Era ya bien entrada la tarde cuando nuestro magnífico landó atravesaba los portones abiertos al patio del palacio de Montefrío que, he de reconocerlo, congeló mi respiración al

contemplantarlo. Aquello sí era el palacio que siempre había imaginado como morada propia de un Grande de España. Fiel a sus costumbres, me fue mostrado por Pecas con todo detalle y a gran velocidad, mientras Cristina descansaba algunos minutos en nuestros aposentos.

Por fin, nos reunimos los tres en un recogido salón al que los dos hermanos llamaban de los relojes, una designación muy acertada porque jamás había visto tantos y variados medidores del tiempo reunidos en conjunto. Allí mismo y de manera informal, nos sirvieron diversos platos de carnes y pasteles escogidos, magníficamente condimentados, que tanto Cristina como yo atacamos con resolución. Pecas hizo servir un vino añejo y con especial crianza, que alabé sin descanso para aumentar su propia satisfacción.

Una vez silenciada la voz de nuestros estómagos, dimos rienda suelta a la natural impaciencia en saber noticias por ambas partes, en especial Cristina respecto a su hermano. Como era de esperar, Pecas se encontraba presto a la maniobra, con su habitual carácter burlón y divertido.

—Santi, por favor, cuéntanos de una vez esas nuevas encubiertas que nos adelantabas en tu nota.

—Déjame que antes de escuchar todo lo que ha de contarnos, agradezca a este duque de corta alzada el especial presente del carruaje —me dirigí hacia él—. De verdad que nos ha colmado de alegría. Es un ejemplar magnífico, Pecas. Pero como sabes que soy sincero, creo que es un poco estrecho en su interior y con el pesebrón escasamente acolchado.

—¿Estrecho en su interior? ¿Poco acolchado? —Pecas fingía una indignación extrema como continuación a mi broma—. Por si no lo sabes, mastuerzo de San Juan de Berbio, ordené al ilustre constructor Santarens, el más reconocido de España, que copiara el recientemente elaborado para el heredero de la casa de Osuna.

—Nada ha de envidiar el conde de Tarfí a otra casa, por noble que sea —intenté imitar el tono cortesano que tanto utilizaba.

—Dejad ya esas chanzas de academia y centremos la conversación, que no podré aguantar mucho tiempo en pie con el cansancio acumulado —Cristina alzó las manos para llamar al orden como un general de infantería—. Vamos, Santi, cuenta esas novedades tan misteriosas, y sin los excesivos rodeos de los que tanto gustas.

—Nada puedo negar a mi querida hermana, bien lo sabéis. En primer lugar os adelantaré que habéis escogido el momento más oportuno para vuestra mudanza, ya que en una semana debo partir hacia la ciudad de Cartagena. Es posible que pueda realizar gran parte del viaje en vuestra compañía. Hasta la ciudad de Murcia navegaremos en conserva^[19], y a partir de ese punto seguiré en solitario hacia la capital departamental, mientras vosotros continuáis hasta Santa Rosalía.

—¿Te diriges a Cartagena? —pregunté, interesado—. ¿Qué se te ha perdido por allí? ¿Te obligan, quizás, a regresar al Colegio Naval para apuntalar las asignaturas que tanto te hicieron sufrir?

—No contesto a preguntas absurdas, ignorante compañero —chasqueó los dedos para pasar del tema—. Os hablo en serio. Tal y como esboqué en Navidades, se ha ordenado aprestar una escuadra bajo el mando del brigadier don Gabriel de Aristizábal, con la intención de mostrar nuestro pabellón en el Mediterráneo oriental y, especialmente, girar visita de buena voluntad a las autoridades del imperio turco. El puerto final de la escala será la enigmática y fabulosa ciudad de Constantinopla, cazoleta dorada y rellena de misterios, cesta mágica donde se mecen las más bellas y sugestivas mujeres de Oriente, cubiertas apenas con tenues velos, que se entregan a los hombres con extrema facilidad, tal y como estos se merecen, cuna de...

—¡Ya está bien de retórica tan poco aleccionadora! —cortó Cristina entre risas ahogadas—. Entra en materia directa y deja las bobadas aparte, enano.

—Perdona, hermana, pero ese apodo peyorativo y cuartelero sólo se lo consiento a mi buen compañero de armas y esposo tuyo. Bueno, lo del viaje va en serio. También se persigue con esta expedición estudiar los sistemas políticos y religiosos del imperio, el comercio activo y pasivo de los europeos de Turquía, para disponer de conocimientos con que los españoles puedan establecerse allí y extender, de esta forma, nuestro comercio por todo el Levante, uno de los fines principales de nuestro Señor en estos años de paz que disfrutamos. Unos deseos que intentan evitar otras potencias europeas, en base a falsos argumentos y pequeñas argucias diplomáticas. También hemos de estudiar con la mayor intensidad y discreción la constitución militar de los otomanos y, en especial, la capacidad, uso y estado de su marina. Y de orden parejo, como siempre se encuentra añadida a nuestras misiones navales, deberemos observar derrotas y accidentes geográficos de interés, para aumentar el conocimiento que de aquellas costas se dispone en nuestro Depósito Hidrográfico.

—Tendrás que trabajar por primera vez en tu vida —le dirigió la mirada con un guiño significativo.

—Esa es la parte menos grata de la expedición, he de admitirlo. Según me han comentado, son muchas las memorias asignadas a las dotaciones, como si se tratara de viaje exploratorio. Unas memorias que, por desgracia, acaban por redactar los jóvenes oficiales. Pero, bueno, Gigante, ya sabes que suelo salir con éxito de esos trances. Deberé aparejar una buena provisión de succulentos víveres y generosos caldos, que los comandantes en nuestros buques racionan las provisiones de boca de sus oficiales en beneficio personal con demasiada asiduidad. Estoy convencido que un par de paletillas de cerdo bien curadas, serán capaces de abrir los espíritus más enconados a bordo, tras algunas semanas de navegación.

—Pero se trata de expedición de paz —intervino Cristina—. Quiero decir que no...

—Paz absoluta, hermanita. Nada de guerras y combates, a no ser que encontremos a los piratas berberiscos en nuestra derrota^[20].

—¿La escuadra quedará compuesta como nos adelantaste? En ese caso, no creo que se atrevan a molestaros esos piratas de tres al cuarto.

—Adelanto para tu conocimiento, que esos corsarios argelinos disponen de algún navío y varias fragatas, según consta en nuestra información reservada, aunque suelen operar con independencia y nunca en conjunto.

—¿Navíos y fragatas berberiscas? —pregunté, extrañado—. Creía que navegaban en pingues^[21], jabeques, galeotas y unidades menores.

—Te encuentras poco informado sobre el armamento enemigo. Pero tienes razón porque nuestra fuerza será suficientemente poderosa como para obviar ese peligro. El brigadier izará su insignia a bordo del navío Triunfante, de 80 cañones, cuyo comandante, que acaba de ser nombrado, es don Sebastián Ruiz de Apodaca. Según tengo entendido, se trata de persona con trato escasamente afectuoso y poco propenso a las concesiones, por lo que deberé mantenerme alejado de su estampa a la mayor distancia posible.

—¿Qué otros buques se incorporan? —pregunté con mis deseos habituales de llegar al fondo de la cuestión sin tantos rodeos.

—Han nombrado al navío de dos puentes^[22] San Pascual, cuyo comandante será don Francisco Javier Winthuysen, natural del Puerto de Santa María, bien conocido en nuestra corporación como persona aguerrida y fogosa, no sólo contra el enemigo. Es uno de los decididos defensores de la más dura disciplina que, según sabemos por experiencia, escasea demasiado en bastantes de nuestras unidades.

—También escaparás de él, que te conozco.

—Aciertas una vez más, Gigante. Pero no sólo escapo de las personas. Según tengo entendido, los fatigosos y rutinarios trabajos de levantar extensas memorias se llevan a cabo con mayor asiduidad en los buques de cierto porte, con más espacio y disposición para la faena. Por el contrario, a las pequeñas unidades se les encomiendan labores de descubierta y reconocimiento, mucho más divertidas. Por esa razón se integran en la escuadra la fragata Clotilde, de 26 cañones, bajo el mando de don Bartolomé Ribera, y el bergantín Infante, de 18 piezas, que manda el teniente de navío don Juan María de Villavicencio.

—Ese bergantín se encontró a las órdenes del general Barceló, en las labores de bloqueo de la plaza gibraltareña.

—En efecto. Y bien que se parece al entrañable Hércules, que marcó a fuego nuestra carrera. A Villavicencio llegué a conocerlo en las últimas reuniones de aquellos terribles días en la bahía de Algeciras, cuando andabas perdido para el mundo. Pude comprobar que es persona afable en el trato y muy condescendiente con sus subordinados.

—Me parece que embarcarás en ese bergantín —medió Cristina con rostro de comprensión.

—Qué sabia eres, hermanita. En ese Infante, construido con perfumadas maderas tropicales, embarcará el gran Pecas, cuya presencia ante la Sublime Puerta se recordará durante mucho tiempo.

—¿Maderas tropicales? ¿Qué tonterías dices? —Comenzaba a impacientarme con

los adornos de mi compañero.

—Nunca digo tonterías, mastuerzo, sino que me documento correctamente. Ese bergantín que, según aseguran, navega como los ángeles y ciñe el viento a fil de roda^[23], fue construido hace cinco años en Cartagena de Indias, nuestra perla antillana, con lo que le supongo maderas de mejor calidad que estos pinos de la sierra de Cazorla, que tanto se emplean en la actualidad por falta de caudales.

—Bien, creo que hemos cubierto de sobra el tema naval —cortó Cristina con decisión—. Me alegro de que embarques en ese hermoso bergantín en misión de paz, y conozcas puertos exóticos. Pero vayamos a otras noticias de mayor interés.

—¿Qué noticias? —Pecas parecía sorprendido.

—Por favor, Santi. En tu carta nos hablabas de noticias importantes y sorprendentes. Algo más debes guardar en tu colete.

—Por supuesto, lo había olvidado. Pero ya no hay cuestión. Cuando os envié el recado, andaba en perdidos amores con una damisela encantadora, de preciosos ojos y sueltos cabellos, negros ambos como el azabache. Una de las mujeres más hermosas que he conocido a lo largo de mi vida.

—¿Ya no es cuestión? —Cristi parecía decepcionada—. ¿Llegaste a formalizar relaciones? ¿Rompiste con posterioridad?

—Nada de eso. El esposo tuvo conocimiento de mis tiernos galanteos.

—¿Amores con mujer casada? ¿Te has vuelto loco, hermano? Debo recordarte que aunque ostentes el empleo de alférez de navío y luzcas el ducado de Montefrío, no tienes más que 17 años recién cumplidos.

—La misma edad que tú, señora embarazada, aunque sólo sea por unas pocas semanas. Sin olvidar a tu querido esposo, que cuenta un año más solamente y será padre en pocos meses.

—Pero pasado mañana cumple diecinueve. Además, Gigante es otra cosa.

—Otra cosa más grande pero con menos cerebro que yo, querrás decir. El amor es así, Cristi. Me enamoré como un becerro de María de las Mercedes de Fonseca, joven de quince años, recién casada con un infame vejstorio en acordado enlace de provecho. Y creo que le hacían gracia mis guasas y zalamerías, lo que es lógico. Pero intervino el marido, un estúpido coronel de la Guardia de Corps, con bigotes elevados al cielo como bauprés de navío.

—¿Coronel de la guardia de Su Majestad? Estás loco, Pecas —ahora le hablaba con severidad—. Has podido buscarte un disgusto muy serio.

—Pues sí. Cerca anduvimos de enviarnos los padrinos. Y pensé en ti como padrino segundo o ayudante, porque eres poco experto en la etiqueta que se rige en esos lances. Pero ya lo tenía pensado con detenimiento y mis posibilidades eran grandes. En un duelo a pistola, a la señal y 35 pasos, lo habría mandado al infierno.

—Pecas —intenté razonarle con seriedad—, los duelos están terminantemente prohibidos desde la Real Pragmática de don Felipe V. Ya sabes lo que piensa Su Majestad sobre el tema y las instrucciones impartidas desde la Secretaría de Marina.

Te costaría la vida o la carrera y el descrédito.

—Por favor, señor conde, debéis saber que los duelos entre caballeros quedan en la intimidad.

—Pero el ofendido escoge las armas, y un coronel de ese cuerpo habría elegido sable o espada.

—No es eso lo peor. El ofendido, como dices, tiene la prebenda de elegir las armas, si el caso en litigio es el de ofensa simple. Si la ofensa es grave, elige armas y duelo. Pero en el caso de ofensa gravísima o por vía de hecho, escoge armas, duelo y condiciones. Como podría catalogarse el entuerto en el apartado segundo o tercero, se presentaba la maniobra de mal cariz para mis huesos.

—Habría sido un duelo rápido, con un pequeño duque ensartado por el pecho. Estás loco —farfullé, preocupado de verdad—. ¿Se arregló el problema entre padrinos?

—No hubo necesidad. El mismísimo conde de Floridablanca, que recuerda con veneración a mi padre, nos obligó a estrechar la mano en su despacho, al tener noticias de que el asunto marchaba por las bravas. Y lo más triste del caso —parecía abatido—, es que no había llegado a tocar siquiera un dedo de la dulce damisela, y no por falta de deseo o propuesta. En fin, como el coronel quiere hacer carrera y yo mantener la vida, acabamos bebiendo una botella de Madeira excelente en el gabinete de ayudantes.

Al escuchar la entonación de sus palabras finales, comencé a dudar de la veracidad de la narración, conociendo la propensión de mi compañero a las historias truculentas, en especial ante mujeres que acaban con el pulso acelerado y los ojos encharcados.

—Por favor, Santi —insistió Cristina—. Has de sentar la cabeza. Busca alguna jovencita soltera —elevó la voz para recalcar esta última palabra— y cortéjala al modo que marca la etiqueta. No quiero quedarme sin hermano. Pero no hay prisa, que eres muy joven todavía.

—Nadie podría con Pecas, querida. Además, creo imposible que pueda olvidar a esa jovencita. Deseo una guerra en escenarios terrestres, para que ese maldito coronel muera fulminado por la metralla.

—Deja ya de decir sandeces. ¿Esas son todas las noticias? —preguntó Cristi, decepcionada.

—Pues no recuerdo ninguna otra de interés, que el día a día en la Corte es más aburrido de lo que muchos creen.

Sin embargo, Pecas pareció recordar algún punto notable, dando un pequeño salto en su sillón.

—Hay algo importante que olvidaba. Una mañana nos sorprendió la visita de don Antonio Barceló en la Secretaría. Como es fácil comprender, me ocasionó una gran alegría. Además, pude presumir ante muchos, ya que me dispensó un trato de extrema confianza, hasta el punto de invitarme para almorzar con él. Un gran honor y una

velada extraordinaria.

—¿Don Antonio Barceló en la Corte? ¿De qué hablasteis? ¿Te comentó algún detalle sobre la próxima jornada contra la Regencia argelina? ¿Se le otorgará el mando?

Pecas pareció caer en la cuenta de que podía entrar en terreno peligroso, por lo que dirigió especial mirada hacia su hermana, como si dudara de lo que podía o debía decir. Pero fue Cristina quien se adelantó, al comprender las dudas de su hermano.

—Puedes hablar con sinceridad. Gigante embarcará para esa jornada si le es posible. Ya lo hablamos con la necesaria claridad. Pero si todas las noticias restantes se ciñen al tema naval, os ruego que me dispenséis, que el cansancio acumulado es suficiente para mí.

Santiago volvió a mirarnos con fijeza, como si no entendiese bien lo que acababa de escuchar. Le hice una señal de asentimiento con la cabeza, lo que pareció disipar sus dudas.

—Siempre te comenté que casabas con mujer inteligente, lo que presenta muchos y graves inconvenientes, pero también ventajas. Retírate a descansar, querida hermana, que mañana hemos de pasear por nuestra maravillosa villa. Has estado demasiado tiempo alejada de ella.

—Los meses más felices de mi vida, Santi.

Cristina me miró con un cariño tan profundo que, todavía hoy, al recordarlo, siento el agua correr a borbotones por mis venas. Se despidió de nosotros, momento que aprovechó Pecas para encargar una botella de coñac, una bebida francesa muy del gusto en aquellos años. Nos sirvieron dos generosas copas antes de preguntarme, interesado.

—¿Habéis hablado de vuestro futuro?

—Muy a fondo, aunque tú abriste la espita durante la visita navideña. Es una mujer extraordinaria y lo comprendió todo sin decirle una sola palabra. Si puedo, embarcaré para esa jornada y, en caso contrario, buscaré cualquier otro destino en la mar.

—Es inteligente y, lo principal, muy enamorada de ti. En ese caso, continuaré con entera libertad. Puedo asegurarte que Su Majestad ha decidido llevar a cabo una nueva jornada de castigo sobre la ciudad de Argel, dadas las últimas actuaciones de esos malditos piratas que siguen acosando nuestras costas. La escuadra se encontrará, una vez más, bajo el mando de don Antonio Barceló, aunque algunas voces canallescadas opinaran en su contra. Se trata de voces, como puedes comprender, de generales de mar y tierra bien pertrechados en el sillón gestatorio. Sin embargo, como el papel a desempeñar por las lanchas cañoneras y bombarderas de su propia invención se considera primordial, no le han podido arrebatar esa prerrogativa.

—Habría sido un desafuero sin medida que no le concedieran ese honor. Nadie lo merece más que él.

—Eso ya lo sabemos, pero sigue disfrutando de la inquina personal de muchas

testas nobles, con acceso directo a las altas jerarquías. Según tengo entendido, ha sido decisión personal de Su Majestad.

—Lo que indica, como bien sabe el mundo entero, que en nuestro Trono se sienta un gran Señor.

—Y con demasiados achaques, alguno de los cuales lo tuvo a las puertas del Panteón Real. El general Barceló me contó su idea para la jornada, que pretende tome parecidos tintes a la anterior. Es decir, duro castigo a la ciudad, fortificaciones y fuerzas navales argelinas, exponiendo lo mínimo por nuestra parte. Bombardeo generalizado, con las lanchas emplazadas a corta distancia y bien protegidas por unidades ligeras. Por supuesto, nada de desembarcos o maniobras parecidas, tan deseadas por nuestro Ejército, ni siquiera en apoyo. Te diré, para tu satisfacción, que me preguntó por tu salud y proyectos futuros.

—Supongo que..., que le dirías... —Me sentí atacado por los nervios.

—Gigante, aunque me saques dos cuartas de estatura, puedo seguir los tortuosos caminos de la diplomacia en forma más diligente que tú. Le comenté a nuestro general el embarazo de mi hermana, que aplaudió con sinceridad, tu casi completa recuperación e imperioso deseo de embarcar para esa jornada y volver a quedar bajo sus órdenes.

—¿Qué te contestó? —Como pueden comprender, mi pregunta fue lanzada en tono perentorio—. Y no te encarames en rodeos superfluos como guardiamarina en la verga, por favor.

—Contestó que estará encantado por su parte. Además, como está previsto que las acciones se lleven a cabo en los últimos días del mes de junio, y no deben durar más de dos o tres semanas, podrás encontrarte de regreso con tiempo más que suficiente para el nacimiento del guardiamarina Gigante bis.

—En opinión de Cristina, será una niña.

—No creas. En los días que pasé con vosotros, me aseguró estar convencida que será un varón.

—Bueno, volvamos al tema principal. ¿Cuándo deberé presentarme?

—Calma, aguerrido oficial —Pecas bebió con calma de su copa, maniobra habitual en él cuando quería ofrecer un aumento en la tensión ambiental—. Te recuerdo que permaneces en situación de licencia por convalecencia y todavía restan algunos meses en dicha estadía, que debes disfrutar con mi hermana. A Barceló le expliqué tus progresos físicos, pero no que te encontraras completamente repuesto. Como tu prórroga de licencia finaliza en el mes de junio, en los primeros días de ese mes deberás visitar al general Barceló en Cartagena. Se encontrará a bordo de su buque insignia, el navío Rayo, y te asignará adecuado destino. Me dijo que te traspasara las siguientes palabras, que recuerdo muy bien: Dígale a Leñanza que no se preocupe por nada y remate su curación, cosa que merece. Me ocuparé personalmente para que embarque en la unidad más adecuada a sus características y con mejor proyección en su carrera. No podrás quejarte. El mismísimo general te

llevará de su mano.

—¿De verdad dijo esas palabras? —No cabía en mí de gozo—. Aparte de un gran marino, don Antonio es una excelente persona.

—Sabes que nunca te he mentado cuando hablamos de temas serios. El general es persona de ley y no olvida que somos sus muchachos, los dos guardiamarinas de Barceló —a Pecas le brotaba el orgullo al recordar aquellos momentos iniciales de nuestra carrera—. Pero ya le queda poca rueda a ese molino, que los achaques le atacan con demasiada regularidad, aunque se muerda la lengua con fuerza.

—Será por el abuso de esos guisos fuertemente condimentados que tanto le atraen.

—Y el buen vino. Pero es posible que no hayas de esperar a junio para ver al general.

—¿Qué quieres decir?

Conociendo a Pecas, temía alguna de sus especiales maniobras. Me miró con esa sonrisa que tan bien conocía, lo que me hizo sentir un ligero escalofrío.

—Desembucha, enano. ¿En qué lío me has metido ahora?

—Nada de líos, tan sólo trabajo por el marido de mi hermana y buen compañero, a quien llevé de la mano en el Colegio Naval —Pecas disfrutaba con aquellas situaciones—. El general llegará a Cartagena en pocos días y allí deberá permanecer hasta la salida de la escuadra, aunque deba girar visitas al Arsenal de la Carraca para determinados pedidos y algunas escapadas a su querida isla de Mallorca. Como sabes, le gusta el campo en dosis adecuadas, como a todo hombre de mar, y comer bien. Por esa razón, sería oportuna una invitación de tu parte para disfrutar durante unos días del necesario descanso en Santa Rosalía. Además, detalle que ignoraba, es amante de la caza, placer que disfruta poco debido a su larga permanencia en la mar. Entre tú y yo, creo que como cazador deja mucho que desear.

—Barceló en Santa Rosalía —me costaba creer las noticias que recibía como ciertas—. No sé si sería adecuada esa invitación. Podría generar comentarios inapropiados en los corrillos que tú conoces tan bien como yo.

—No digas majaderías. Por el contrario, la considero muy adecuada y gustosa para el general. Así, al menos, me lo pareció cuando lo invité de tu parte.

—¿Qué lo has invitado en mi nombre? ¿Te has vuelto loco? —Aunque era difícil sorprenderse con las maniobras de Pecas, en este caso era sincero en mis exclamaciones.

—Bla, bla, bla —hizo un gesto de desdén con su mano—. No sabes de la vida ni la mitad. Está todo bien hilvanado. A lo largo del mes de abril enviará recado, anunciándote su visita. Ya le expliqué y dejé esbozado en plano cómo debe llegar a la hacienda.

—¿Cómo te has atrevido? —Mi enfado era imaginario, pero debía seguir la corriente—. No sé si sabré corresponder como se merece, ni donde alojarlo, ni...

—Deja esos menesteres a mi hermana, que es ducha en tal apartado. Por tu parte,

deberás preocuparte solamente de que cace mucho y bien, coma buenas y picantosas comidas, beba caldos espesos y generosos, y nada más. Por supuesto, será momento propicio para que abordes en privado tu embarque en la unidad que estiméis oportuno.

Durante algunos segundos, nos mantuvimos en silencio. La verdad es que mis pensamientos volaban hacia las costas africanas mientras, como tantas otras veces, comprobaba que la maniobra de Pecas era perfecta.

—Por cierto, Gigante, que también yo estaré presente, si todo marcha como debe, en ese magnífico alumbramiento del vastago Tarfí.

—¿No decías que embarcabas para Turquía?

—En efecto. Pero se estima en la segunda quincena de mayo el regreso de la expedición. Si no hay contratiempos, llegaré en el momento oportuno.

—Estoy seguro que tu hermana se alegrará al saberlo. Estaba preocupada por mi ausencia, aunque le afirmara que la jornada se llevaría a término con tiempo suficiente.

—Deberá ser así, si no sopla el viento a roción y se ralentizan los ataques, aunque la estación sea ideal para la maniobra. Ya sabes lo que sufren las lanchas con una mínima marejada. Pero seamos optimistas y fiemos que será posible acompañarla.

He de admitir aunque me pese que, en demasiadas ocasiones, somos egoístas al copo y pensamos en nosotros mismos por delante de cualquier otra cuestión. En aquellos momentos tan sólo ocupaba mi cerebro el general Barceló y los futuros ataques contra la ciudad de Argel, por lo que necesitaba conocer más detalles.

—Supongo que hablaríais a fondo durante ese almuerzo. ¿Te explicó Barceló algún dato de esa proyectada jornada?

—Poco más porque nos interrumpió un cretino, de esos que pelotean y después critican por la espalda, y nos envolvimos en conversación intrascendente.

—Hay muchos de esos babosos en nuestra Institución —miré a Pecas fijamente—. Bueno, enano, te agradezco todo lo que has hecho por mí, de verdad.

—Vamos, Gigante. Ya sabes que, desde el primer día en la Academia, he de ocuparme de tu carrera, especialmente ahora que has entrado en la familia. Lo único que me preocupa es que llegues a ascender en la gloriosa jornada y me adelantes en el escalafón. Sería un duro golpe a mi moral.

—Vete al cuerno.

—Deberías descansar, que también las leguas recorridas se notan en tu rostro.

—Tienes razón. Supongo que nos tendrás preparado algún programa para estos días.

—No lo dudes. Conocerás la Corte a fondo, así como todos esos figurines que tanto te atraen.

—Así te pudras en el vientre de una ballena.

—Allí nos veremos.

Los dos reímos y acabamos nuestras copas. Poco después, descansaba en una

placentera cama, donde más sentía las emociones producidas por las palabras de mi compañero, que las muchas horas de carruaje. A pesar del sueño y el cansancio acumulado, por mi mente desfilaban en rápidas oleadas escenas de bombardeos a tierra, ataques en la mar y otras bellas estampas con las que acabé por entrar en una profunda modorra.

6. De nuevo en el camino

Los días siguientes discurrieron con extrema velocidad, acelerados por la inquietud de Pecas y, posiblemente, por el nerviosismo que se cebaba en mi espíritu desde que tuviera conocimiento de los planes que se abrían con claridad en el próximo futuro. Al mismo tiempo, gozaba de un sentimiento más que placentero, como si en pocos segundos me hubiese incorporado de nuevo a la Armada, como si traspasara por fin el umbral que se había mantenido cubierto por una espesa tela de araña que, después de todo, tan fácil era de apartar.

Llegué al convencimiento que la sensación de felicidad es siempre más imaginaria que real. Cuando creemos haber alcanzado las cotas más altas de satisfacción personal, la copa del placer cubierta por la dicha hasta la tapa de la regala^[24], pueden aparecer otros factores que se mecen al compás de las olas y que la mar, en su caprichoso movimiento, mantenía entre dos aguas. Espero que me comprendan aunque no sea fácil, pero el simple hecho de reconocerse de nuevo como miembro de esa Institución a la que he entregado toda mi vida, superaba el listón de la complacencia que ya estimaba elevado hasta las nubes.

Sin embargo, debí centrar mis esfuerzos para que, en aquellos días que disfrutamos sin freno en la capital del Reino, no se desbocara la portentosa imaginación de mi compañero y hermano. Por encima de cualquier consideración, debía recordar en cada momento mi condición de oficial de la Armada en situación de licencia temporal por enfermedad, por lo que era de todo punto necesario mantener mi persona con la necesaria discreción. Y les expongo esta ligera preocupación, porque no fue fácil convencer a Pecas para que eliminara, entre sus planes establecidos, la gran cantidad de asistencias a fiestas y recepciones, en las que la presencia de un oficial en recuperación física no sería considerada como oportuna, así lo creía yo en mi siempre estrecha línea de conducta. La ayuda de Cristina fue necesaria y fundamental para conseguir esa meta de obligada discreción, una cualidad que mi buen amigo desconocía.

Recorrimos de esta forma la villa y sus alrededores, incluida una pequeña reserva de caza que la casa de Montefrío mantenía en la cercana sierra de Guadarrama, donde volví a gozar del placer cinegético, un ejercicio en el que ya me consideraba un experto. En esta ocasión obtuve una impresión más positiva de la villa capitalina, que la guardada en la memoria de mi ya lejana estadía, bajo la tutela de don Melchor de Estiarte, mi querido preceptor. De todas formas, debo confirmar mi natural aversión a las muchedumbres, el paso desbocado de carretas y la suciedad de los arrabales, con gente malencarada y de aspecto tan poco fiable que nos obligaba a cerrar portas y cristales del carruaje. Pero donde Cristi era más feliz, aunque les parezca extraño, era en el propio palacio familiar, que le otorgaba el recuerdo de muchos años felices pertenecientes a su infancia. Qué sabia es la naturaleza al borrar de nuestras mentes

aquellos terribles y penosos momentos de la vida, para dejar paso a los cielos azules tan sólo.

Festejamos mi decimonoveno cumpleaños con relativa intimidad, y le endoso ese calificativo porque los planes acordados por los tres en preciso conciliábulo, se desmadraron con esa innata tendencia del pequeño duque a prodigarse en exceso. Lo que, en teoría, debía centrarse en una pequeña recepción para los miembros cercanos de la familia y buenos amigos de diario, se convirtió en fiesta patronal sin límite alguno. Pero toda regla debe mantener su excepción, y mereció la pena observar la felicidad de Pecas en aquellos menesteres de anfitrión, encantado de presentar a su famoso cuñado, de quien debía haber contado historias y hazañas increíbles. Como tantas otras veces, salí del paso como pude, no sin atravesar ciertos momentos de vergüenza, al no saber qué contestar sobre momentos de espantoso peligro padecidos en la mar, que sólo en la imaginación de Pecas existían.

La gran sorpresa de la noche la recibimos Cristina y yo al ser presentados al coronel de la Guardia de Corps, Martín de Escalona, y su joven esposa, María de las Mercedes de Fonseca. Ciertamente la damita era preciosa de rostro y formas, aunque un poco comprimidas en tamaño. Pecas besó cortésmente la mano de la señora, pero el asombro mayúsculo nos golpeó la coraza cuando observamos cómo se fundía en un apretado abrazo con el coronel de los bigotes elevados en enhiestos espolones, como si se tratara de lejana y entrañable amistad. En verdad que Pecas miraba a la jovencita de forma directa y con ojos de cordero macaco, pero nada hacía pensar en aquella terrible enemistad con peligro de duelo aparejado. Así se lo observé en la primera ocasión al tiro.

—Supongo que ese coronel que me has presentado, el vejete de los bigotes, es el funesto personaje que por poco te arrastra a un encuentro de caballeros al alba. Duelo a pistola a la señal y 35 pasos, por supuesto.

—En efecto —Pecas sabía salir de cualquier trance con facilidad—. Ojalá le caiga un rayo esta misma noche en uno de sus bigotes, y deje a esa preciosa niña en libertad para caer rendida en mis brazos.

—Ya he podido comprobar la profunda enemistad entablada entre vosotros, aunque le hayas concedido un abrazo más efusivo que los brindados a tus primos de sangre.

—Política diplomática tan sólo —farfulló, sonriendo—, simple política cortesana. La falsa careta y el brindis encubierto son armas muy normales en la Corte.

—Sí, eso había pensado.

Cristina no pudo contener la risa al escuchar la conversación. Llegamos al rápido convencimiento de que la trágica posibilidad del duelo que tanto nos hizo sufrir, no era más que un cuento más de nuestro hermano, cuya tendencia a la ficción se elevaba en generoso porcentaje cada día.

Disfrutamos de la velada con cierto recelo abierto en mis venas, que bien conocía la cubierta del buque. Por fortuna, no debí saludar a muchos jefes de la Armada, lo

que me habría hecho sufrir de ansiedad y un poco de vergüenza, por mucho que Pecas confirmara a los cuatro vientos que debía recuperarme de las secuelas mentales que, por desgracia, todavía me afectaban. Pero la gala llegó a su fin sin más contratiempos y disfrutamos con ella.

En los días siguientes conseguí disponer de una mañana libre, en la que pude entrevistarme con don Alonso Sanromán, el viejo amigo de mi padre y fiel administrador de mis bienes, a quien tanto debía. Fue una entrevista muy cordial y entrañable, en la que rememoramos situaciones pasadas que tan sólo él, Cristina y yo conocíamos, ese secreto familiar bien guardado a puerta cerrada sobre mi verdadera ascendencia. A pesar de sus protestas me displicé para concederle visita en su morada de la calle del Desengaño, lo que me hizo pensar en aquella lejana entrevista mantenida con mi padre, de la que nació mi nueva vida, tan alejada a la de mi natural nacimiento. La verdad es que, gracias a sus hábiles manejos, mi fortuna personal progresaba a buen ritmo, aunque nos encontrásemos, según sus propias palabras, en un penoso momento económico, tras los ingentes gastos habidos en la guerra contra la Gran Bretaña, que dejaron las arcas del Estado como bolsa de gavilán.

Pero como todo llega en esta vida, el primer día de abril, con cierto alivio por mi parte, decidimos emprender la marcha hacia el Levante. Al observar los preparativos de carga, más parecía mudanza palaciega, porque a nuestros dos carruajes se unían dos más de Montefrío, uno especial con las necesarias viandas que Pecas deseaba incorporar como propias en el bergantín Infante. Era cuestión sencilla imaginar el contenido, al observar los bultos ajamonados y el tintineo del cristal al golpear las garrafas entre sí. Como criado particular para embarcar a su servicio, eligió a Fulgencio, un antiguo sirviente de la casa con demasiados años para el trabajo en la mar, observación por mi parte que no surtió efecto.

Quien también recibió con buen talante y amplia sonrisa la noticia del inminente traslado fue Setum, que tanto mundo ha corrido a mi lado, porque no era hombre para permanecer en gran ciudad, perdido entre cubiertas en el palacio de Montefrío y sin poder disfrutar de la cercanía de sus señores, a cuya protección se había encomendado de por vida. Aunque el buen africano echaba de menos El Bergantín con más pasión que Cristina, si ello era posible, pensaba adaptarse con soltura en la nueva hacienda de Santa Rosalía, que le habíamos descrito como la novena maravilla del mundo. También se había aficionado a la caza, donde destacaba como magnífico tirador y fino seguidor de rastros, una habilidad que debía marchar prendida en sus genes.

En esta ocasión, el viaje se nos hizo rápido y placentero en su primera etapa. La lógica explicación se encontraba en Pecas, con quien es difícil aburrirse. Sentado en nuestro carruaje, narraba aventuras, cuentos y chanzas sin freno, las más de ellas inventadas pero con gracia a raudales. Por él adelantamos la partida de Madrid, al ser avisado que debía embarcar en el bergantín Infante a la mayor brevedad, ya que se estimaba la partida hacia Turquía para el día 24 de abril, si los vientos así lo

permitían.

Llevamos a cabo la primera parada en las afueras del Real Sitio de Aranjuez donde, a la ribera del Tajo, Pecas ordenó levantar mesa y mantel, al punto de ofrecernos un almuerzo con tan esmerado servicio como en el mismo palacio madrileño. Era una de sus típicas sorpresas, con las que disfrutaba como niño con rongigata en la mano. Continuamos viaje sin saber el itinerario a seguir ni calendario previsto, fiados a la buena mano del oficialillo. De esta forma volvimos a probar bocado en una villa llamada Mota del Cuervo, en la provincia de Cuenca, donde pudimos observar un gran número de molinos de viento en su cerro cercano, así como un hermoso castillo que, según Pecas, pertenecía a la orden de Santiago. Y ya, por fin, tras una agotadora jornada de risas, comidas y buen vino, arribamos con las luces perdidas a la villa de La Roda, metidos ya en la provincia de Albacete.

Como no podía ser en contrario, en la villa manchega buscamos el palacio de don Borja María de Estinelli, barón de Arabella, preciosa construcción renacentista enclavada en la misma plaza del pueblo. Según narración de Pecas, se trataba del hijo de uno de los nobles napolitanos que acompañaron a Nuestro Señor don Carlos en su venida a España para ceñir la Corona, casado con una parienta lejana de los Cisneros, condición que lo convertía de forma automática en el tío Borja. Sin embargo, poco pudimos disfrutar de su agradable compañía, porque el pobre hombre sufría de tercianas y se encontraba en el día correspondiente a la calentura. Tan sólo Pecas y yo lo saludamos en el lecho del dolor, evitando la presencia de Cristina en las cercanías, actividad poco aconsejable dado su estado. Según los galenos más afamados, era extrema la facilidad del contagio en mujeres preñadas, especialmente las primerizas.

Al día siguiente continuamos viaje aunque, en esta ocasión, Pecas ordenó a los cocheros jalearse a los tiros sin desmayo, tarea facilitada por el excelente estado del camino. Como en otras ocasiones, sentía el comezón de la prisa desmedida, aunque su excusa era la necesidad de no llegar muy tarde a la capital departamental. De esta forma, nos vimos envueltos en una marcha agotadora, con escasas paradas para desbravar el hambre de nuestras propias provisiones. Atravesamos en las primeras horas de la tarde la hermosísima ciudad de Murcia, regada su incomparable huerta por el caudaloso río Segura, embravecido por las recientes lluvias.

Fue poco después, una vez traspuesto un puente de escasa fortaleza, con los torrentes besando su cimera, cuando debimos sufrir la nueva y triste despedida, una más de esas experiencias tan poco reconfortantes. Detuvimos la caravana en un rollo de sólida edificación, de los utilizados como picota o en penas de vergüenza pública, rodeados de limoneros y naranjos en flor. Recuerdo como nota dominante de aquel momento, el penetrante y agradable perfume de azahar que nos envolvía en suaves oleadas. Por fin, Cristina abrazó a su hermano con fuerza, mientras sus ojos se aguaban de dolor.

—Por favor, Santi, cuídate mucho y no emprendas locuras sin sentido. Recuerda que prometiste retornar a mi lado en el mes de julio. No puede haber bautizo sin

padrino.

—Y así será, Cristi. Regresaré de este exótico viaje con preciosas telas, perfumes orientales, regalos nunca vistos y, hasta es posible, alguna hermosa mujer cubierta con tenues velos tan sólo. Naturalmente, para el servicio de casa —como siempre, Pecas sabía manejar los malos tragos, haciéndonos reír.

—¡Déjate de mujeres e historias truculentas, mal bicho! —Cristina tiró de su nariz hacia abajo—. En serio, no te busques problemas añadidos y regresa sano y salvo.

—Y trabaja duro en las memorias, aunque sea por una sola vez, que así lo requiere el servicio —le guiñé un ojo en señal de complicidad.

—Tú calla, gigantón, y cuida de mi hermana, si no quieres verte conmigo a duelo de pistola, a la señal y 35 pasos —volvió a reír con fuerza—. Y cuida del general Barceló como se merece, cuando os visite. Espero que la jornada de Argel sea brillante en resultados y no asciendas al empleo de teniente de fragata.

—Que no te degraden a ti, si incumples alguna norma de etiqueta con las señoras enveladas. Creo que en Turquía los duelos son con cimitarra y ojos vendados.

Conseguimos amañar falsas risas con la tristeza prendida. Por fin, los tres nos fundimos en un fuerte abrazo, mientras sentíamos, como siempre, el resquemor que la separación del ser querido produce. Allí mismo, a la orilla de la vereda, nos mantuvimos como estatuas de sal mientras los carruajes de nuestro hermano se perdían poco a poco hacia el sur. Cristina movía todavía su mano cuando me preguntó, ligeramente acongojada.

—No correrá peligro en esta misión. ¿Verdad?

—Puedes estar segura, querida mía. Se trata de visita amistosa y protocolaria. Cumpliré como el primero y sortearé los problemas que se presenten con su habitual soltura —la tomé por el hombro, apretándola contra mí para aliviar su pena—. Y con ese equipaje tan especial que le sigue, se convertirá en el oficial más famoso de la escuadra en pocas semanas.

—Pero los turcos han sido nuestros enemigos seculares y tienen bien ganada fama de sanguinarios, con costumbres peligrosas.

—En misión diplomática como ésta, las formalidades superan cualquier otra cuestión. Además, según dicen, la Corte del Imperio turco es de las más exquisitas.

Y embarcamos en nuestro magnífico carruaje, virando en dirección a la vereda de Granada, que nos castigó en los primeros momentos con un piso en infame estado, al punto de necesitar abreviar el paso de los animales hasta el límite. Por fortuna fue cosa de media legua, con lo que restablecimos la marcha al ritmo normal en pocos minutos. Pero tal y como suponía, conforme dejábamos las aguas por nuestra popa, Cristina creía comenzar a percibir el perfume de su inolvidable hacienda, lo que le hizo recobrar el ánimo con extrema rapidez.

Atravesamos las villas de Muía y Bullas sin que mi mujer les prestara excesiva atención, un sorprendente e inesperado detalle, pendiente en todo momento del

horizonte anclado en el más allá, como si esperase que se abriera su especial visión a la vuelta de cada virada. Y de esta forma, con los recuerdos prendidos en mi mente, evoqué aquella primera ocasión en la que crucé por el mismo camino.

Eran ya demasiados los baches y las roderas atravesadas, lo que nos golpeaba el cuerpo de forma repetida, como trancazo en moretón. Tras una curva cerrada, nos elevamos sobre un pequeño cerro, desde donde divisamos un largo y hermoso valle que serpenteaba de forma caprichosa, delineado por un río. El camino parecía haberse deteriorado todavía más, por lo que los movimientos se hicieron bruscos y periódicos. Poco después, fue Cristina la que hubo de golpear el vidrio frontal con energía, avisando a Setum para que ordenara al cochero entrar en el pequeño camino que se abría hacia la derecha. Cuando por fin lo embocamos, dejamos la villa de Cehegín perdida a la vista en la lejanía, cuajada por un manto semejante a la boria matinal de la mar.

Recorrimos un largo trecho, subiendo y bajando vertientes, a cuyos lados se aparecían extensas tablas de cereal, viñedos y, por fin, un profuso campo de olivos. Todo se mantenía en mi cerebro como grabado a fuego y parecía revivir aquellos inolvidables momentos de mi primer encuentro con Cristina. Pero fue al bajar una loma más pronunciada, con los tiros embridados al freno, cuando se apareció la esperada visión. Allí abajo, donde el río Quipar dibujaba una caprichosa y pronunciada curva, permanecía abrazado lo que años atrás me pareció un auténtico castillo medieval. Fue el momento en el que Cristina, con la cabeza por fuera del carruaje, apretó mi mano con fuerza.

—¡Mira, Gigante! —Me señalaba en la dirección que ya conocía, con infantiles aspavientos de alegría—. Nada ha cambiado. Regresamos a nuestra casa. Nunca agradeceré la generosidad de Santi lo suficiente, por concedernos esta prenda tan especial.

—Ya lo sé, mi amor. Cuando lo vi por primera vez, más que un palacio me pareció el castillo del Cid Campeador.

—Acertada comparación, que de ahí le viene su nombre. El Castillo de Santa Rosalía.

Conforme avanzábamos por el camino, el edificio se hacía más colosal, agigantándose poco a poco ante nuestros ojos. Disponía de un cuerpo central rectangular de enormes dimensiones y doble planta, flanqueado por dos torreones almenados de impresionante altura y robustez. Llamaba la atención el material elegido para su construcción, una piedra jaspe rojiza sobre sillería, que le ofrecía un aspecto sobrecogedor. Recordé con detalle las extensas explicaciones ofrecidas por Pecas, al exponerme en aquella lejana ocasión cómo la hacienda había pasado a formar parte de la familia Montefrío.

La historia se remontaba a la enajenación por el Rey Felipe V de las tierras baldías y realengas, así como la posterior confiscación de los bienes y temporalidades de los jesuitas por nuestro Señor don Carlos. La hacienda había pertenecido,

precisamente, a la denostada orden fundada por San Ignacio de Loyola, pero el antiguo duque de Montefrío, gracias a las maniobras llevadas a cabo desde su privilegiado puesto en la Secretaría privada de Su Majestad, consiguió hacerse con ella a un precio más que asequible; un paradisíaco conjunto de tierras fértiles en las cercanías de Cehegín, regadas primorosamente por el río Quipar. El nombre de Santa Rosalía era, sin embargo, de nuevo cuño, un capricho de la madre de Cristina, aquella buena señora que tan bien me tratara en vida.

En realidad, la hacienda fue denominada en sus orígenes como El Castillo de la Ribera, un nombre muy ajustado a la realidad de lo que acarician nuestros ojos, al vadear la pronunciada loma que la circunda. Según leyenda transmitida en el cercano pueblo de boca en boca, el castillo había sido construido en la más remota antigüedad por los tenebrosos caballeros de la Orden del Temple, aunque eran datos con escasa credibilidad. Según me comentó el padre de Pecas en su momento, aquella proscrita Orden templaria dispuso de poca presencia en estos rincones del sudeste español, por lo que no era posible tal afirmación. Él se inclinaba más a que su primitiva edificación se debiera a la mano de caballeros de la Orden de Santiago o Calatrava, aunque los jesuitas se llevaron el archivo y, por desgracia, se perdieron las pistas. De todas formas, podía conjeturarse con bastante exactitud su construcción inicial en el siglo XI, aunque sufrió muchas restauraciones posteriores, la última de ellas bajo la experta mano de la madre de Cristina, que acabó por volver locos a constructores, carpinteros y demás operarios en la faena.

Y como Rosalía era el nombre de la señora de la casa, que le tomó especial cariño a la hacienda hasta convertirla en su retiro favorito, se creyó oportuno cambiar la denominación anterior, y así borrar cualquier recuerdo de la depredación cortesana. De esta forma fue santificada con ese extraño nombre de Santa Rosalía, y así bendecida por cardenales y obispos en singular ceremonia religiosa, según comentarios de Pecas que me fueron corroborados con más exactitud por su padre. Bueno, he de comentarles que en opinión de mi pequeño compañero, el incienso utilizado en la ocasión fue de tan profusa proporción, que hubo necesidad de ventilar el palacio durante varias semanas y, aun así, se percibía el divino aroma en algunas estancias. Esto último, como pueden comprender, entraba en la serie de ficciones del pecoso oficialillo.

Pero los nervios de Cristina iban en aumento, conforme arribábamos a nuestro destino. Por fin, el landó se detuvo frente a la fachada principal, donde diferentes parterres de flores formaban caprichosos dibujos.

—¡Santi! ¡Ha llegado Santi! —grité de forma inesperada, batiendo palmas.

—¿Qué dices, Gigante? —Cristina se volvió hacia mí, pensando que desvariaba.

—Querida, esas fueron las primeras palabras que escuché de tu boca, cuando arribamos en aquella primera visita. Después apareció ante mis ojos la visión celestial.

—¿Visión celestial? ¿De qué visión hablas? —Cristina deseaba que le repitiera

aquella primera experiencia.

—Lo sabes muy bien. Después de escuchar aquellos gritos alocados que proferías para anunciar nuestra llegada, te vi por primera vez. Bajabas por esas escaleras laterales que dan acceso a la entrada, aunque la impresión inicial fue la de un vestido blanco de grandes vuelos en permanente movimiento. Me enfrenté a ti, cara a cara y a corta distancia, para quedar ahogado, sin respiración, perdido en una blanca nube o en sueños celestiales. Cuando me tendiste la mano con estudiada dejadez, comprendí que me encontraba ante el ser más maravilloso que jamás había visto o imaginado.

—Me encanta escuchar esas palabras, que podría recitar de memoria —Cristina me besó con suavidad en el momento que el carruaje se detenía junto a las escaleras—. Pero bajemos, mi amor, que mucho hemos de disfrutar todavía en este paraíso.

Y así lo hicimos. Descendimos del landó con extremo cuidado, como si temiéramos que el cuadro fuese retirado de nuestra vista al realizar cualquier brusco movimiento. Pero no, allí se mantenía nuestra casa, y los recuerdos comenzaron a fluir sin freno.

7. Santa Rosalía

Y nos instalamos en Santa Rosalía como dueños y señores de la hacienda, lo que me produjo extrañas y contradictorias sensaciones. Durante los primeros días, al despertar por las mañanas, esperaba chocar con la fantasmagórica aparición del antiguo duque de Montefrío, de quien guardaba tan tenebrosos recuerdos, en cualquier recodo de los pasillos. Podía imaginar su autoritaria voz, exponiendo las habituales falsedades y argucias que solía utilizar, impropias de su nacimiento y condición. Asimismo, me atacó un inicial e inexplicable rechazo al ocupar la cámara principal, dormir en el mismo lecho donde él yaciera, aunque se tratara de una magnífica pieza cuya terraza volaba como alcatraz sobre las columnatas del porche. Como es fácil comprender, nunca llegué a comentar estas especiales sensaciones que, para mi bien, se disolvieron con el paso del tiempo.

Durante muchos días me dediqué a la simple observación de Cristina, a comprobar su dicha infantil mientras recorría castillo, río, riberas y campos. Sin embargo, en esa agrídulce revisión del pasado, pues no navegaba en otro rumbo su andadura, suponía que sus recuerdos llegarían aparejados de añoranza, de la familia perdida, de los caminos que se truncaron como buque varado en las piedras hasta llevarla al sufrimiento, por mucho que las mieles sobrepasaran la acidez con probada soltura. También ella debió atravesar su particular Rubicón, hasta encontrar el necesario sosiego.

Pero otras facetas retornaban al nivel normal y deseado. Disfruté de una sentida alegría al comprobar la renovada felicidad de Setum, integrado de nuevo a nuestras vidas en todo minuto, tal y como él deseaba. Procuré prestarle más atención, que en la estancia cortesana donde lo dejara abandonado entre rincones desconocidos debía haber sufrido su alma en demasía. Y nos entregamos al placer cotidiano sin esfuerzo, que no es difícil esa tarea, como quien se deja caer, abatido, entre mullidos almohadones.

Pero no desearía que mis palabras les hicieran creer que esta hacienda nos hacía olvidar El Bergantín. Me han preguntado en algunas ocasiones sobre mi consideración de ambos predios en absurda comparación, como si debiera elegir uno de ellos como principal o más querido. En realidad se trata de cuestión imposible, porque ambos se compaginaban a la perfección, como la grasa adosada sobre la carne. Si El Bergantín significaba para nosotros la unión definitiva de cuerpo y alma, una vida en común y la realidad del día a día, Santa Rosalía se aparecía a nuestros ojos como el inolvidable escenario de nuestros primeros momentos de amor, el pasado feliz de Cristina y, en su conjunto, esos sueños de los que tan necesitados nos encontramos en diversos momentos de la vida.

Como pueden deducir y suponer de mis comentarios pasados, esas escenas de placer se complementaban con las que mi imaginación adelantaba, en las que ya me veía navegando a bordo de poderoso buque en demanda de las costas africanas.

También el fiel Setum, atento como siempre al primer quite, me comentó cierto día su inquietud sobre la conocida expedición de castigo.

—Señor, supongo que no se le ocurrirá concurrir a esa jornada guerrera que se avecina en solitario.

—¿En solitario? No te comprendo —mentía a sabiendas para forzar sus palabras, porque sabía muy bien por donde apuntaba el mosquete del secretario.

—Quiero decir —se le veía azorado y nervioso— que la señora estará bien cuidada en la hacienda, con el espléndido servicio que mantiene a su disposición. Pero entiendo que el caso de esta jornada venidera de combate, no es cuestión parecida a las llevadas a cabo en flotantes o cañoneras, de embarque pasajero y fugaz, por lo que bien podré estar a su lado para protegerlo.

—¿De verdad quieres embarcar y guerrear otra vez a mi lado, buen amigo? Mira, Setum, ya has hecho más que suficiente por mí, lo que deberé agradecerte durante toda la vida. Aquí puedes empeñarte en una existencia más placentera y sin riesgo. Aunque hayamos comentado que se trata de una expedición armada sin aparente contingencia, sabes que tal circunstancia no es cierta, sino argucia de batayola para tranquilizar a la señora. Supongo que los fuertes y unidades argelinas intentarán repeler la agresión, lanzando miles de balas y granadas sobre nosotros.

—Pero, señor, aquel lejano y glorioso día en el que arribamos a la bahía algecireña a bordo del bergantín apresado, selló en firme la promesa para mantenerme siempre a su lado, ya sea en mar o tierra. Sabe que puedo guerrear como el más fuerte —alzó los poderosos músculos de sus brazos en mi dirección, acción innecesaria porque todos sabíamos de su extraordinaria fortaleza—. Don Santiago lleva criado propio en su incorporación a esa escuadra y, según tuve conocimiento, es práctica normal entre los oficiales de la Armada que pueden costearlo de su propia bolsa. Debería embarcar con esa ocupación.

—Setum —miré a aquel buen hombre con el cariño que de verdad le profesaba—, tú no eres ningún criado. Te prometí que siempre estarías a mi lado, pero nunca como siervo o esclavo sino como igual.

—Ya lo sé, señor. Pero poco me importa la condición, bien lo conoce. Fingiremos que ocupo el puesto de criado, y de esa forma podré encontrarme a su lado, servirle en lo que necesite y, llegado el caso, protegerlo del enemigo. Además de guerrear, sabe que puedo sanar las heridas con eficacia, aunque me tilden de curandero algunos ignorantes que se precian de cordura. Si hubiese permanecido a su lado, habríamos podido evitar los desastres acaecidos en la flotante San Cristóbal, y no me refiero al desarrollo de las operaciones, que en esa cuestión soy parco de entendederas, sino a sus tribulaciones personales.

Me hizo sonreír aquella salida, que pronunciaba con absoluta convicción y sinceridad. Comprendí una vez más, que entre las muchas gracias que debía a Nuestra Señora de Valdelagua, a quien seguía rezando todas las noche con extrema devoción, se encontraba el haberme concedido la inquebrantable fidelidad de aquel hombre, un

irrepetible personaje a quien tanto Pecas como yo debíamos la vida y, en mi caso particular, por partida doble.

—Vendrás a la jornada si así lo deseas. Pero aunque figures en la lista de la tripulación con el puesto de criado, haré saber que eres mucho más que eso, un fiel secretario.

—Con estar a su lado es suficiente.

—De acuerdo. Pero deberás encargar provisiones en abundancia, porque la ración que te suministrarán a bordo será corta y de escasa calidad. Y no es cuestión de alterar costumbres, que ya andas con mandíbula habituada a generosas carnes —le golpeé el hombro con cariño—. Por cierto, que uno de los guardas, ese que apodan el navajero, me ha avisado de la presencia de un macho montés en los riscos del Garbanzal, de esplendorosa cornamenta, como jamás se ha visto.

—Pues si es cierto, que esos hombres son muy dados a la exageración, es una cuerna que deberá adornar el pabellón de caza, no lo dude. Me encargaré de hablar con él y preparar el aguardo.

—De acuerdo.

Me sentí feliz al observar cómo el buen Setum se alejaba con abierta sonrisa en su rostro, feliz y satisfecho. Y no crean que desdeñaba su compañía a bordo o la aceptaba por compromiso impuesto, sino muy al contrario, que su sola presencia en las cercanías me confería una gran seguridad.

Por nuestra parte, continuamos con la placentera vida que nos regalaba el cielo, esos momentos inolvidables a los que nos aferramos en los tiempos malos y, no lo duden, llegan a salvar algunos terribles vacíos de nuestro cerebro. De todas formas, aunque gozaba por el placer que Cristina sentía, no era comparable en nada a nuestra situación en la hacienda extremeña, como si dividiéramos nuestras existencias por la mitad. En El Bergantín disfrutábamos de una vida más primitiva y natural, que también presenta sus agradables sensaciones para los que, como yo, procedíamos de modesta cuna y aldea llana. Santa Rosalía era, por el contrario, una prolongación del palacio cortesano, con servicio en abultado número y donde todo se encontraba resuelto sin mover un solo dedo. Sin embargo, parecía como si el alma propia, nuestro ser más íntimo y humano, se evaporara como el rocío de la mañana. Además, con sinceridad, echaba de menos los guisos caseros de Felicia, aunque Cristina intentara que las cocineras arbitraran algunos de ellos con receta escrita, sin éxito.

El primer domingo habido en nuestro nuevo emplazamiento, llevamos a cabo una pequeña excepción a las normas largamente establecidas en Santa Rosalía. A pesar de disponer de fastuosa capilla propia, enclavada en la antigua ermita de San Froilán, a tiro de piedra del castillo, decidimos no hacer uso de la prerrogativa papal para convocar prelado propio. De esta forma, nos trasladamos a la vecina ciudad de Cehegín, con el fin de asistir al Santo Sacrificio de la Misa en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena que, en opinión de Cristina, presentaba una especial belleza. Tras los oficios divinos y saludos de rigor por parte del párroco, mi esposa se empeñó

en recorrer la villa, a lo que accedí, incapaz de negarle un solo capricho.

—Aunque sé que catalogas como extraña rareza mi gusto por visitar castillos, iglesias y ciudades, he de explicarte que esta hermosa villa de Cehegín es muy noble y antigua, con profunda y notable historia corrida en los tiempos de la Reconquista. Hace algunos años, en una de las periódicas visitas a la hacienda, nos explicó el alcalde que, según han conjeturado los eruditos en la materia, esta histórica ciudad es la que aparece en las tablas de Ptolomeo con el nombre de Segisa, de notable importancia entre las ciudades bastitanas.

—Me parece impresionante.

Intenté mostrar cara de asombro aunque, en verdad, poco me importaba aquella información. Pero era difícil ocultar la verdad a Cristina y lo reconoció al instante.

—No me des la razón como a los pobres desvariados —tiró de mi brazo con fuerza—. Aunque no te guste, te lo explicaré todo, hasta las ruinas romanas que se encuentran a media legua de distancia.

—Lo que tú quieras, querida.

Horas después, cuando regresábamos a Santa Rosalía en nuestro carruaje, Cristina dejó caer una pregunta de forma casual, en apariencia.

—¿Cuándo crees que acudirá don Antonio Barceló de visita a la hacienda? ¿No será una broma más de mi querido y teatral hermano?

—No lo creo. Pecas nunca bromea cuando se trata de asuntos del servicio, y éste lo limita muy de cerca. Pero no debes preocuparte porque, en ese caso, lo anunciaría con tiempo suficiente —no estaba muy seguro de esta última indicación, conociendo los arrebatos y urgencias del general.

—Debo saberlo para hacer los preparativos necesarios. Lo instalaremos en el dormitorio del cardenal, el más noble del castillo. También me gustaría saber de sus gustos en comidas, bebidas y costumbres, con suficiente detalle. Debemos quedar a buena altura por muchas y variadas razones. Tanto Santi como tú le debéis mucho, desde vuestros primeros momentos en la Institución.

—Tienes toda la razón.

—Además, con su habitual generosidad jugó un papel muy importante en tu recuperación —elevó las palmas de sus manos hacia arriba en un gesto de sumisa aceptación, a la vez que se abría una pícara sonrisa en su boca—. Y como preveo que la Armada será siempre tu vida, como dice mi hermano, es bueno disponer de agarraderas en las alturas, por lo que el favor de tan alto personaje ayudará a que un día te vea los entorchados de jefe de escuadra en la bocamanga.

Al decir aquellas últimas palabras, su rostro se iluminó de una forma especial, como si irradiara cariño y amor por los cuatro costados. La tomé por las manos para observar sus ojos a corta distancia, ese color de la aguamarina que adquiría tonalidades cambiantes según el momento y la condición. Pienso ahora con sana envidia que esos sentimientos son los que aparecen como cuentas perdidas de collar a lo largo de la vida, y nos acarician el corazón de forma irrepetible. Quedé mudo

durante unos largos segundos, mientras percibía la emoción en el vello de mi piel. La besé con ternura y acaricié sus mejillas.

—Qué razón tenía Pecas al decir que casé con mujer inteligente y enamorada. Debe ser un especial regalo divino que te fijaras en este pobre Gigante.

—De pobre, nada. Que según me contaste, tu fortuna aumenta de forma generosa conforme pasan los años —volvió a reír de forma infantil—. Mía fue la suerte, y en qué medida. Pero no me desvíes del tema que abordaba. Necesito más detalles de los deseos o caprichos de don Antonio.

—Te aseguro que se trata de persona llana, como cualquier ciudadano de a pie. Es cierto que le gustan los guisos condimentados en exceso, las carnes de cualquier tipo, en especial la de caza bien macerada, y los vinos de mucho cuerpo, como bala rasa de a 36, y conste que repito sus propias palabras. Durante las sobremesas, en las que suele quedar dormido sin previo aviso con sonoros ronquidos, tanto sea en sillón arzobispal o tijera de monte, gusta de los aguardientes, un deseo fácil de cumplir en esta tierra, con los magníficos ejemplares que se elaboran en Cehegín y que tu padre adquiriría para su palacio madrileño, por su bien ganada fama.

—Habría que preparar también las habitaciones para sus ayudantes y séquito personal. En cuestión de protocolo es posible que necesite de tu ayuda, que sé poco de las normas de antigüedad y jerarquía militar.

—No creas que abordará la finca con cohorte principesca, nada más lejos de su habitual carácter. Incluso es posible que aparezca en modesto carruaje, con Sebastián a las riendas, un viejo marinero con muchos quinquenios a su servicio, desde sus primeros días como corsario en los jabeques.

—¿Corsario, dices? No lo imaginaba de pirata —Cristina parecía sorprendida.

—No es lo mismo, querida. Mucho beneficio nos ha reportado el corso en las guerras contra la Gran Bretaña. Y en cuanto al del Mediterráneo, con los jabeques baleares, se consiguió frenar a los piratas berberiscos cuando no se disponía de otra cosa. Pero ya le escucharás a él, que es su tema de conversación favorito. Comenzó de corsario, recién destetado, y ha alcanzado el más alto grado en el escalafón de la Armada. Como puedes imaginar, gracias a su valor y arrojo personal, que nunca dispuso de padrino en las Secretarías, más bien al contrario.

—Pues los generales que han sido invitados a esta casa por mis padres en otras ocasiones, acudían con ayudantes emperejilados y numeroso séquito por contera.

—No es el caso del capitán Antoni, como gustaba que le llamaran sus viejos amigos. Si acaso, acudirá acompañado por un solo ayudante y de no muy alta graduación. Es una pena que Jaume Escach, quien ejerció tal destino durante el bloqueo de Gibraltar, no siga a su servicio, pero me contó Pecas que le concedieron el mando de un bergantín. Se trata de persona excelente, que embarcó conmigo en la jornada de las flotantes, aunque dispuso de mejor suerte. También fue ascendido por Barceló al empleo de teniente de navío, tras la funesta jornada.

—Ya recuerdo oír hablar de él. Bueno, creo que acabaré por conocer con todo

detalle los empleos y buques de la Armada.

—Sabes que te agradezco la comprensión que...

Cristina se adelantó para tapar mi boca. Volvió a sonreír con extrema dulzura.

—Ya te lo dije en El Bergantín aquella mañana y lo repito por última vez. Sé muy bien con quien casé y no soy de las que, una vez traspuesto el tálamo matrimonial, desean cambiar las costumbres de sus esposos, bien sea por seguridad, comodidad o simple capricho.

Volví a estrecharla entre mis brazos, con la emoción prendida en cada poro de mi piel. Pero he de confesar que mi adorada Cristina siempre fue así, desprendida y generosa en sus sentimientos hasta un límite difícil de alcanzar.

Al domingo siguiente, volvimos a cumplir el precepto religioso en las mismas condiciones. Pero esta vez y para nuestra desgracia, debimos sucumbir a la parla sin freno de don Eleuterio, el cura párroco titular, quien se excusó con elocuencia por no haber mencionado en la anterior visita, las misas de todo tipo que todavía se oficiaban por el alma de sus padres. Cuando conseguimos escapar de sus garras, tomamos el camino de la hacienda sin pausas ni visitas arquitectónicas, única ventaja del sermón recibido.

En esta ocasión, cuando atravesábamos los portones de la hacienda, dos severos picachos que asemejaban la estampa de viejos mojones del Reino, divisamos en la lejanía la inconfundible figura de Setum a lomos de Maldito, un gurrufiero negro como el tizón, desabrido y con malos tacos, que sólo las manos del africano aceptaba como patrón de sangre. Tanto Cristina como yo comentamos aquella extraña habilidad y disposición de mi secretario para sacar de aquel rocín matalón furiosa cabalgada, con aquella su costumbre de montarlo puro en pelo, con lo que las dos pieles negras se unían como pasmosa prolongación para formar un conjunto compacto y armonioso.

Pocos minutos después, Setum detenía su montura a escasos metros del carruaje. Abría su boca en franca sonrisa, lo que suponía, de forma invariable, alguna buena nueva.

—¡Señor!

—No hace falta que grites, que bien te oigo —asomé la cabeza por fuera de la ventanilla—. Vas a dejar sin sangre ese bicho que tanto gustas.

—Maldito aguanta como ninguno, aunque pocos en la hacienda lo comprendan. Pero tengo dos noticias de interés que ofrecerle —entabló la cabalgadura a la velocidad de nuestra marcha, para mantenerse a la altura—. Noticias importantes y halagüeñas.

—Dispara de una vez y no te andes con rodeos.

—La primera es que se ha recibido recado desde Cartagena. Nuestro general, don Antonio Barceló, acudirá a esta digna hacienda el próximo 28 de abril, si así se le dispensa. El mensajero, con nota personal del general, se encuentra en el castillo en espera de adecuada respuesta. Pero ya le he sonsacado la información principal.

—Muy bien, hablaré con él en pocos minutos.

Setum seguía cabalgando a nuestro lado. Ahora su sonrisa se abrió más si cabe, a la vez que parecía esconder alguna sugestión imprevista. Hube de azuzarle, como tantas otras veces.

—Vamos, acaba de largar el velacho.

—Señor, he comprobado la noticia que me comentó.

—¿Qué noticia? —A veces desesperaba con sus rodeos—. Habla de una vez, por todas las toninas del Mediterráneo.

—Se trata del macho montes. Me llegué de madrugada al risco de poniente del Garbanzal, donde arribé sin aire en el pecho. Lo he visto con mis propios ojos. Le aseguro, señor, que no hay cuerna de tan colosal tamaño en este mundo conocido. Más que cabra, parece un búfalo de los de mi tierra.

—Iremos por él, amigo mío, no lo dudes.

Y arribamos al castillo minutos después. Me sentía tan nervioso en aquellos momentos, como pocos podrían comprender. Deben tener en cuenta que, después de todo, era mi primer contacto directo con la Armada, desde aquel inolvidable 13 de septiembre de 1782. Con permiso de Cristina, salté del carruaje para alcanzar con rapidez el salón de recibo, donde, según me avisaron, aguardaba el recadero.

Me alegró sobremanera encontrar a Martín, otro viejo marinero que atendía al servicio personal del general Barceló desde muchos años atrás. Debía haber llevado a cabo un notable esfuerzo para arribar en su montura desde la ciudad departamental, a más de veinte leguas de distancia, porque ya no se trataba de un jovencito. Me costó imaginarlo sobre una montura, cabalgando por los caminos. Su figura cuadraba más con la del marinero bragado, dando bandazos en la mar a causa de las olas, o en tierra por el aguardiente. Me reconoció al primer vistazo y abrió su boca desdentada en amplia sonrisa.

—¡Martín! Me alegro de verte por estas tierras.

—Y yo a usted, señor. Parece milagro divino que aquel cuerpo sin vida que llegara al cuartelillo tras el rescate de su compañero, se haya repuesto de tal forma. Me alegro mucho.

—Gracias, Martín. Pero supongo que me traes noticias de tu señor.

—Así es. Ya sabe que gusta poco de la escritura y menos aún de dictar cartas personales, así que me ofrecí a traerlas de boca.

—Pues desembucha cuando quieras.

—Dice don Antonio —elevó la mirada hacia el techo, como quien recita una lección aprendida de memoria— que agradece su invitación y le sería grato comprobar su recuperación. Si les viene en forma acomodada, gustaría de descansar dos o tres jornadas en esta incomparable hacienda. Pero deberá llegar aquí el día 28 de este mismo mes de abril, porque ha de regresar con prontitud para continuar la preparación de la escuadra encomendada.

—Contesta a tu señor que aquí le esperamos impacientes, que nos depara un

inmerecido honor con su compañía. Añade que mi casa será siempre la suya, allí donde me encuentre.

—Así se lo haré saber. También me dijo que en caso afirmativo, le exponga que vendrá acompañado solamente por mi modesta persona para su servicio personal y con el viejo Sebastián a las riendas del carruaje —sonreí para mis adentros, al recordar que el cochero era de edad pareja a quien me hablaba—. Se trata de visita familiar y no protocolaria, por lo que sería de su gusto absoluta normalidad y sencillez; vida normal y diaria, sin recepciones ni fiestas que, como sabe, tan poco le agradan, y esto último es fruto de mi propia cosecha. La verdad es que le vendrán bien unos días de descanso, porque no para un segundo y sufrirá algún mal irreparable si continua con esa actividad desbocada, que ya calza tantos años como Matusalén, aunque le cueste reconocerlo.

—Me comentaron que anduvo muy enfermo, con el vientre inflamado y dolores agudos.

—Ya sabe, señor, que eso entra dentro de la normalidad en su diario quehacer. Cuando se olvida del dolor y los malos tragos, mete la cuchara de lleno en la cacerola y traga como un joven de veinte años.

—Ya lo recuerdo. Dile que se hará todo a su gusto y como disponga. Tampoco me atrae la vida cortesana, que en ningún momento seguimos en esta casa.

—Muy bien. En ese caso, volveré a Cartagena, que me echará en falta si lo abandono demasiado tiempo.

—Pero deberá estar agotado, Martín. Descanse hoy, coma bien, y regrese mañana.

—¿Mañana? ¿Ha olvidado como las gasta nuestro general? Pero sí que le acepto una generosa comida, que el largo paseo me ha abierto el apetito como tronera del puente bajo. Por cierto —pareció recordar un detalle de importancia—. Nuestro general acudirá en ropa ciudadana. Textualmente me dijo: Nada de uniformes ni entorchados. Vida familiar y de descanso.

—Me parece una decisión acertada. Nos amoldaremos en todo a sus deseos.

Martín comió en abundancia, como si no hubiese probado bocado en varios días, a la vez que tragaba vino como agua de lluvia por gatera. Pero no se detuvo más tiempo. Aproveché la ocasión y le hice preparar una buena bolsa con algunos obsequios para él y su general: embutidos diversos y unas botellas de aguardiente como adelanto.

Nos despedimos en la rotonda, donde por medio de un robusto apeadero le ayudamos a izarse en los lomos de Selim, el famoso y bello animal que tan bien recordaba y sobre el que cabalgué a toda vela en momentos de dicha y dolor. Viéndolo alejarse, me extrañó su habilidad para el trote, aunque temiese su caída en cualquier momento, después del almuerzo cobrado. Rogué al cielo para que no quedara dormido durante el trayecto.

Conté a Cristina la conversación mantenida, con lo que entró en ebullición desde aquel mismo instante, como si la llegada del general estuviese prevista para el día

siguiente y no dos semanas después. Pero la dejé hacer porque, en el fondo, gustaba de jugar su papel de anfitriona en toda regla. Estaba convencido que rayaría a la altura que por cuna y sabiduría le correspondía.

Y por mi parte, las noticias recibidas redoblaron esos sueños enquistados. Comencé a contar los días, como quien espera el santo advenimiento. Deseaba ver a mi querido general de nuevo, charlar, informarme y corresponder con él como se merecía. Pero, al mismo tiempo, también pensaba en mi próximo futuro que veía, con regodeado placer, navegando entre las olas.

8. Un marino llega al campo

Nuestra vida tranquila en Santa Rosalía se vio sacudida al pronto por una pequeña revolución. Aunque esa palabra, utilizada hasta el momento para denominar el movimiento de un astro en todo el curso de su órbita, se adosara de forma permanente al impulso popular habido en Francia pocos años después, que sembró las ciudades de nuestro habitual aliado con profundas tropelías y atrocidades, no es descabellado adjudicarlo también para calificar el zafarrancho de inusitada actividad que se estableció en nuestra casa.

Ya les decía que Cristina entró en trance de intensa ocupación, con prisas y rebatos como si el cornetín hubiese batido a llamada de alarma general. En los primeros momentos intenté calmar su ansiedad, aclararle que disponíamos de dos semanas para preparar lo que no era más que la visita de un hombre sencillo, que no alteraría nuestra vida más de lo indispensable. Pero siempre se arrancaba con el mismo estribillo y el asombro marcado en su rostro.

—¿Visita de hombre sencillo has dicho? Por favor, querido, has debido perder la cabeza. Llega a Santa Rosalía nada menos que un teniente general de la Real Armada, a quien Su Majestad ha entregado el mando de poderosa escuadra en la que, posiblemente, embarcarás para guerrear a los piratas argelinos. ¿Pretendes concederle la misma importancia que al sencillo recibo del alcalde? Nada de eso, señor mío. Se preparará todo como es debido. Dedicáte a matar ese macho montés con esplendorosa cuerna del que tanto hablas con Setum, y deja que me encargue de ordenar lo pertinente.

Y así lo hice. Les repito que, nervios al mesana, Cristina gozaba en su papel. Creo que fue en aquellos días cuando, en realidad, comprendió que era la verdadera y única señora del Castillo de Santa Rosalía, como si hasta aquel momento hubiese desempeñado un papel transitorio, en espera de la definitiva aparición materna para indicarle, con su frágil figura y como tantas otras veces, lo que era necesario hacer. Y a fe mía que todo se llevó a cabo como si hubiese sido su cometido desde muchos años atrás. Ahí se encuentra la ventaja de la educación recibida, a diario sin gasto adosado, y no mi caso en el que debí recabar esos frutos con preceptor acelerado y a buena soldada.

Siguiendo las órdenes recibidas de la señora, que lo eran en verdad, dejé de meter las narices en asunto ajeno y me relajé entre sueños navales y cinegéticos. Setum había preparado el terreno para intentar cobrar la codiciada presa, y a ello nos aprestamos con decisión. Debimos partir hacia los riscos del Garbanzal con más de tres horas de antelación al alba, para encontrarnos en el puesto de aguardo escogido por Setum con las primeras luces, momento en el que las cabras bajaban para alimentarse.

Aunque habíamos olvidado incorporar en el equipaje algunas de las escopetas de caza utilizadas en El Bergantín, comprobé con placer que los dos armeros del antiguo

duque se encontraban bien surtidos de magníficos ejemplares, algunos de ellos con inscripciones decorativas en cañones y platinas de bellísima elaboración. De esta forma, nos aparejamos con dos armas espléndidas para la faena. También contribuyó en la empresa la pericia de Torneo el chato, experto armero de la casa, que las cargaba con especial maestría y nos acompañó en la batida.

He de reconocer que dudaba de los manejos profesionales de Setum en ése su nuevo papel, y que el aguardo surtiera efecto al primer envite. Como suele suceder a menudo en los lances de caza, cuando se busca con especial ahínco una pieza codiciada, ésta suele desaparecer del universo como por encanto. Sin embargo, en esta ocasión triunfamos al duelo de arranque, para mi sorpresa. Andaba ya bien entrada la mañana, con fuerte sol sobre nuestras cabezas y atisbos de desaliento en el ánimo, cuando por una de las regueras del despeñadero apareció como celestial imagen el macho que parecía ser el dios menor de aquellas tierras. Y podría sellar con lacre de sangre tal afirmación, que jamás había visto un animal de su familia con aquella altivez y proporción.

Alcanzamos el momento decisivo, punto este más que controvertido y que cerca estuvo de desbaratar el empeño. Como especial detalle por mi parte, cedí el tiro a Setum, que lo negó insistentemente con el movimiento de su cabeza, hasta recibir la señal perentoria e inequívoca de mis ojos.

Quedé de esta forma en reserva, por si el africano marraba el intento. Sufrí momentos de duda tras los humos del disparo, hasta comprobar con inmensa felicidad que el montes de incomparable cuerna se derrumbaba como cegado por el rayo, para resbalar por la reguera un buen número de metros. Se trató para mí de satisfacción ampliada, porque a la magnífica visión del acto definitivo, se unió la expresión en el rostro del africano, una mueca parecida a la felicidad eterna. Creo que siempre me agradeció aquella deferencia, como si hubiese recobrado la libertad una vez más.

Y para rematar la faena, ordené resecar el trofeo en blanco y prepararlo sobre metopa, adosándole una placa de plata donde podía leerse: El Garbanzal. Setum, 19 de abril de 1784. Desde que quedó colgado en el pabellón de caza, como trofeo singular sobre la chimenea, las visitas del buen secretario eran periódicas, como si se convirtieran en oficios divinos de nueva religión.

Aunque me había aislado de los preparativos y necesidades caseras, percibía con claridad los cambios que se producían a bordo, conforme se sucedían los días. Se ordenó la caza de variadas especies, actividad a la que me incorporé con mi sombra negra, de forma que el general dispusiera de un nutrido y diferente plantel de posibilidades gastronómicas. Pero, conocedor de algunas debilidades de mi admirado jefe, recordé a Cristina la preferencia que daba al pelo sobre la pluma, así como la necesidad de condimentar los guisos y carnes con generosidad. No es necesario decir que los vinos y aguardientes se habían escogido con esmero, actividad en la que decidí entrar por derecho.

Y llegó el esperado 28 de abril que, por fortuna, amaneció de radiante cariz.

Conforme se desplegaba el sol por las crestas de las lomas levantinas, parecía aumentar el brillo azul de los cielos en prodigiosa progresión, para dar paso, por fin, a uno de los días más hermosos del año. Bien es cierto que tal condición suele tener lugar en esas tierras, de forma invariable, durante las primaveras, con esa temperatura ramera que amolda nuestro cuerpo al ambiente en perfecta armonía.

Para romper la norma habitual, cuando abrí los ojos aquella mañana me encontré con la ausencia de Cristina en la alcoba, que ya andaba la capitana en danza, impartiendo más órdenes que un contramaestre de trinquete en virada por avante. Vestí de acuerdo al plan preparado, de forma sencilla y natural, no exenta de la mínima elegancia que era necesario dispensar en honor del invitado. Elegí una casaca ligera de color marrón con chupa clara, corbata alzada sobre camisola, calzas valonas a juego y medias de seda blancas. Tras comprobar el efecto en el espejo, deduje que la elección era acertada.

Pensaba en los planes que podría prevenir don Antonio para el traslado, sin llegar a convencerme ninguno de los que mi mente barajaba. Cristina presionaba con sus preguntas, aunque no pudiese ofrecerle una respuesta definitiva. Debí reconocer que perdí la ocasión de requerir a Martín en su anuncio, pero eso era agua pasada que no retorna al hueco. Por evitar el silencio, indiqué a Cristi que, en mi opinión, podría abandonar la ciudad departamental en las primeras horas de la mañana, de forma que arribara en momento apropiado para el almuerzo. Pero también era posible que despachara los asuntos de urgencia con el crepúsculo matutino, de acuerdo a su proverbial insomnio, para comparecer en la hacienda con las primeras horas de la tarde. Puestos en orden de combate, nos dispusimos en prevención para la necesaria espera, con todas las posibles alternativas preparadas, desde el primitivo almuerzo hasta la última colación.

Pasó la hora de la meridiana sin noticias avanzadas, que habíamos destacado serviolas a larga distancia, tanto para la protocolaria compañía como el necesario aviso. Y las horas transcurrían en idéntica proporción que aumentaba la tensión en El Castillo, hasta el punto que también yo comencé a sentir las lombrices en el vientre, por mucho que evitara dejarlas traslucir e intranquilizar todavía más a Cristina.

—¿Estás seguro de que vendrá? —Cristina me miraba con intensa preocupación—. ¿No habrás entendido mal el día?

—Estoy seguro, querida —sentados en la terraza, la tomé por los hombros para ofrecerle una seguridad que no sentía en absoluto—. Llegará antes de que anochezca. Conociendo sus costumbres, es posible que haya olvidado cualquier detalle o que acciones de urgente necesidad lo retrasaran en la salida. Cálmate que todo se ocupará a la perfección.

—Espero que le gusten las viandas seleccionadas para la cena, aunque eran de más calidad las del almuerzo. Bueno, de calidad parejas —hablaba a toda velocidad, cualidad impropia en ella—, aunque...

—Tranquila, querida. Todo lo que has elegido y preparado para la ocasión es

perfecto.

Pero mis intentos eran en vano, porque su agitación seguía creciendo conforme pasaba el tiempo que, a nuestros ojos, parecía acelerarse de forma extraordinaria. Volví a observarla como mirón escondido y me repetí que estaba bellísima con aquel vestido blanco de amplios vuelos, su pelo recogido en bucles elevados que formaban un triángulo inverso. Además, era en esos momentos cuando más brillaban sus ojos.

Como siempre he dicho, todo llega en esta vida en su momento, para bien o para mal, como las olas a la costa. Comenzaba a decaer la tarde, con el sol cercano a los riscos del Garbanzal, cuando escuchamos generosa cabalgada por el sendero del agua, caminillo de difícil acceso, pero más directo para alcanzar la vereda a caballo. Cristina dio un respingo al comprender que era uno de los vigías dispuestos para adelantar la noticia. Antes de que llegara a nuestra altura, ya lanzaba la pregunta como andanada de aviso.

—¿Es el carruaje del general?

—Sí, señora —era Pascualín, el hijo del armero que disponía de ganada fama como veloz jinete—. Deben estar doblando los picachos en estos momentos, precedidos por Antonio.

Cristina se levantó con premura, como si ya se encontrara a la vista el objeto esperado. Volví a intervenir, calmadas ya mis ansias.

—Puedes tomar asiento, amor mío. Todavía necesitará bastantes minutos en llegar aquí.

—Por poco necesitamos sacar los faroles a la terrera —ahora sonreía, como si hubiese alcanzado la meta deseada.

—Hay luz más que suficiente. El sol se pondrá en una hora. Te repito que se trata de hombre llano y sin complicaciones de protocolo.

—Eso te lo he oído decir en un centenar de ocasiones. Pero ten en cuenta que es mi primera..., mi primera... —Me miró como niña desvalida.

—Ya lo sé —volví a tomarla contra mí—. Y todo saldrá a la perfección, no lo dudes. Don Antonio retornará a su barco como si regresara del paraíso terrenal.

—No seas guasón.

Minutos después, comenzó a escucharse el característico sonido de ruedas gruesas sobre el empedrado, con lo que en pocos segundos pudimos divisar el negro y alargado carruaje del general. Comprobé con satisfacción que no era Barceló persona propensa al gasto superfluo, porque en ese mismo vehículo había navegado en su compañía, durante la preparación del ataque de las flotantes casi dos años atrás. También reconocí la estampa de Sebastián sobre el pescante, con el viejo Martín a su lado.

Cuando aquel elongado esquife se detuvo ante la escalinata, un criado de la casa se apresuró a bajar el pliegue del estribo. Poco tardó el viejo marino en asomar la cabeza, iniciando la maniobra de desembarco con poca soltura y una abierta sonrisa en su rostro. Vestía indumentaria parecida a la mía, aunque la casaca de grueso paño

debía pertenecer a su época de joven oficial, que se abría hacia las bandas como las alas de una fragata. Me aproximé a él para darle el recibo de cortesía.

—Bienvenido a Santa Rosalía, mi general. Sin novedad en este apartado rincón campestre.

Por fin, me miro con ese especial afecto que siempre me había dispensado, para recorrer con su mirada mi cuerpo, como si se encontrara ante una mágica aparición.

—Por todas las barra... —Comprendió que andaba en presencia femenina, con lo que viró el rumbo de sus palabras—. Por todos los santos del cielo, Leñanza, que nunca habría creído volverlo a ver con estas trazas tan corpulentas. Bien recuerdo aquel cuerpo que no era tal, sino amasijo de huesos sobre piel chamuscada. Déme un abrazo, muchacho.

Y me dejé embutir entre sus poderosos remos, hasta llegar a sentir un ligero ahogo, que el general era de los que todavía apretaba como molinete de arsenal. Al mismo tiempo palmoteaba con fuerza sobre mi espalda. Pero crean que sentí una especial emoción, un ligero escalofrío por el cuerpo, mezcla de afecto y añoranza. Después de todo, bajo las órdenes de aquel gran hombre había hecho la mayor parte de mi carrera, y gracias a las concesiones otorgadas en su momento a Pecas, en los días de búsqueda, me encontraba entre los vivos.

—Esto es un milagro —volvió a repasarne con detalle—. Quién lo habría dicho, cuando no dábamos una pieza de cobre por su pellejo.

Ya Cristina se acercaba, por lo que intenté proceder a la presentación. Sin embargo, el general se dirigió a ella directamente, avanzando un paso.

—Ya conozco a la señora condesa —Barceló le besó la mano con una torpe maniobra de cintura—. Recuerden que asistí en aquella finca de Castellar de la Frontera a singular ceremonia, donde recibió charretera y título. No creo que la hayan olvidado.

—Imposible olvidar aquellos momentos. Estamos encantados con su visita, general —Cristi lo tomó por el brazo para certificarle el cariño personal y la confianza que le otorgaba—. Pero ya me dijo Gigante que se trataba de visita familiar, así que apee los tratamientos y considérenos como sus hijos.

—Ya lo imaginé al primer vistazo, que aprendí a calibrar en pocos segundos el alma de las personas —se dirigía a mí, mientras señalaba a Cristi con su mano—. Ha tenido mucha suerte, Leñanza o Gigante, al casar con una dama tan hermosa y adecuada. No sé si lo explico bien, pero yo me entiendo a las claras.

—Yo también, general —Cristina le ofreció la mejor de sus sonrisas—, y agradezco sus palabras. Mucho le debemos en esta casa, que bien lo sabe.

En aquel momento recordé el ascenso efectivo del valiente marino, por lo que, mientras nos dirigíamos a la entrada, le expresé mi felicitación.

—Queremos darle nuestra más sincera enhorabuena por su ascenso a teniente general, lo que desconocíamos hasta que nos lo comunicó mi cuñado. Si alguien merece ese empleo es usted, sin duda, que ya debería recibir los entorchados de

capitán general. Y le hablo con la sangre, bien lo sabe.

—Muchas gracias, pero para alcanzar ese escalón que menciona hay que calzar noble corona, o pronunciar sonoras palabras con virgulilla en la boca.

—Mi general —acabábamos de alcanzar el zaguán—, supongo que deseará asearse. Si le parece, le acompaño a sus aposentos.

—De acuerdo, muchacho. El camino recorrido en su última legua, alberga sorpresas que encabritan el carruaje como saetía^[25] en marejada gruesa.

Con el trato sencillo y cariñoso que Barceló desplegaba, pareció serenarse la bahía, con lo que Cristina pudo comenzar a respirar con normalidad, traspuestos los momentos iniciales. Pocos minutos después, el general se presentó de nuevo en la planta principal, ligeramente refrescado y sonriente. Entrados de sobra en hora apropiada, pasamos directamente al comedor, obtenida su aquiescencia, donde ordenamos servir la cena. También aquí sufrió Cristina durante los preliminares, aunque al ver como el general atacaba las viandas en derecho y por su orden, esbozó una sonrisa que parecía de incontestable triunfo. Y comenzó a disfrutar, mientras don Antonio alababa con sinceridad la calidad de los alimentos.

—O este venado acababa de ser destetado en el momento de entrar en perolas, lo que no es posible tras observar el tamaño de su pierna, o quien haya cocinado estas carnes debe recibir auxilio celestial. Porque ya no ando en edades poderosas, que en ese caso habría atacado la pata gemela sin dudarle un segundo. Señora, sólo puedo decir que jamás probé bocado tan exquisito.

—Muchas gracias por su extrema cortesía, general, aunque ya me avisaron de su tendencia a la exageración.

—Quien tal dijera, miente como britano al envergar el pabellón —dirigió su mirada hacia mí, con el buen humor reflejado en el rostro, rasgo habitual cuando comía carnes de su agrado.

—¿Le ha gustado el vino que hacemos en bodega propia? —pregunté a sabiendas del éxito, al ver como se debía rellenar su copa con elevada frecuencia.

—¿Fabricado en casa? Pues es digno de palacio, con más cuerpo que una granada. Mucho mejor que aquellas jarras de aguachirle que nos servía Martín en el cuartelillo, ¿recuerda? —Palmeó la mesa con alegría.

—A veces dispusimos de buenos caldos, como aquel cargamento apresado a la goleta maltesa.

—En efecto, bien que lo recuerdo.

Y la cena no pudo extenderse con más acierto y agrado de don Antonio, lo que supuso una enorme satisfacción para nosotros, especialmente para Cristina. Sin seguir los consejos de Martín, a quien fulminó con la mirada, el viejo marino comió de acuerdo a su costumbre, de forma más que generosa. Tan sólo fue parco con los dulces y golosinas porque, en verdad, no gozaba con ellos en exceso, limitándose a cumplir con la necesaria etiqueta. Cuando ya la maniobra se daba por zanjada, fue Cristina, ahora ya con más empaque y decisión, la que ofreció el cambio de escena.

—¿Gusta de café y licores, general?

—Todo en su justa medida, señora.

—Si le parece adecuado, podemos pasar al salón familiar. Le repito que le consideramos uno más de la casa.

—Y aprecio esa deferencia como se merece, no lo dude. Ya veo que su esposo la ha puesto en antecedentes sobre mi habitual tendencia a la vida llana. Es cierto que disfruto poco empingorotado en frases huecas y esquinado sobre esas sillas palaciegas de bella factura, que dejan la riñonada para entrar en carena.

Cristina reía ahora con el especial y directo lenguaje marinero de nuestro invitado, aunque no comprendiese alguna de sus palabras. Volvió a tomarlo por el brazo para conducirlo al salón que llamaban en el castillo del jesuita, pequeño de tamaño pero muy acogedor, donde solíamos disfrutar a diario de las sobremesas. Se ordenó el servicio del café, algunos dulces sueltos y, material indispensable, una frasca generosa del mejor aguardiente, que brillantó la mirada de don Antonio.

Y una vez servidos, tras el elogio inicial y apasionado de don Antonio sobre el licor de Cehegín, acometimos una conversación general, sin embarcar en detalles, más de cortesía que otra cosa. Sin embargo, fue Cristi quien entró por nueces, con lo que bendecí una vez más su habilidad.

—Bien, general, deberá contarnos algún chascarrillo guerrero sobre ese mando que le ha conferido Su Majestad, para rematar la faena contra esos malditos infieles.

—Intentaremos dar el golpe definitivo, que según parece no quedaron satisfechos con las caricias del verano pasado. Pero no crean que la designación Real fue rápida y limpia, que más de un tiburón intentó morder el anzuelo a proa del sedal. Ya sabe, Leñanza, que no soy dado a mantener a puerta cerrada mis comentarios.

—¿Y será escuadra poderosa?

—En efecto. Y según creo, anda con cierto interés sobre ella algún que otro alférez de navío —rió maliciosamente, mientras me señalaba con el dedo índice—. Según estimo, en esta ocasión superaremos las 130 velas. Y no sólo concurremos con fuerzas de nuestra Armada. Su Majestad consiguió, por fin, el apoyo de otras naciones o religiones que también sufren la piratería berberisca, aunque les cueste embarcarse en empresas contra ellos. De esta forma, espero que a lo largo del mes de mayo se incorporen en Cartagena fuerzas napolitanas, portuguesas y de la Orden de Malta.

—Una nube blanca que cubrirá los mares con nuestro pabellón —comenté, emocionado—. Recibirán la necesaria puntilla esos rebeldes sin causa ni religión.

—No fíe tanto, Leñanza, que son poderosas esas regencias, en especial la argelina. Y según nos relatan por escritos confidenciales de los consulados, parece que se preparan para darnos una cálida bienvenida. Pero disponemos de una tremenda superioridad artillera. Siempre fueron buenos y aguerridos marinos los costeños del norte de África, pero con la desventaja de su escasa y precaria artillería, que han de adquirirla por fuera de sus fronteras y ya no les resulta empresa fácil, ahora que la

Sublime Puerta no los apoya.

—Y nuestras cucarachas al frente de la marea —manifesté con orgullo.

—Por supuesto. Aunque siempre ha habido voces que intentaran restar méritos a mis campañas, nadie podrá evitar que a esas lanchas se les agregue mi nombre de por vida, como si constituyeran hacienda propia. Incluso se han despejado las dudas y nadie critica mis sistemas de blindaje, motivo de burla en los primeros meses. ¿Recuerdas, muchacho —comenzaba a pasar a la confianza, conforme el aguardiente soltaba los lastres— aquellos primeros días, cuando los ingleses se mofaban de nuestras lanchitas? Mucho ha cambiado el panorama desde entonces.

—¿Se han seguido construyendo a buen ritmo?

—Así es, por fortuna. En esta jornada creo que sobrepasaremos las setenta, entre cañoneras, bombarderas y obuseras. Pero eso conlleva el farragoso y siempre complicado trabajo de embarque y desembarque de la artillería en la mar, para facilitar su estabilidad durante las muchas millas de remolque. Por esa razón disponemos de pocas semanas, en las que la mar no suele levantar el pico en demasía, lo que podría llegar a imposibilitar la jornada.

—¿En que fechas piensa iniciar las operaciones? —Cristina iba a su apañío con la pregunta acertada, aunque debió creer que podía atravesar la raya—. Bueno, si puede comentarlo conmigo.

—Claro que sí, señora. Mi idea, si los arsenales no lo impiden con sus lentos manejos y abundante papeleo, es hacerme a la mar en la segunda quincena del mes de junio, para llevar a cabo el castigo contra el enemigo en la primera semana de julio. Y en cuanto les endosemos los regalos de fuego, de regreso para Cartagena.

Cristina pareció complacida con la respuesta. Ya sabía yo por donde circulaban sus pensamientos, lo que me hizo sonreír. Pero ahora fue Barceló quien me preguntó directamente.

—Según tengo entendido, Leñanza, desea incorporarse a esa escuadra. No comprendo cómo sigue empeñado en encontrarse bajo mis órdenes —volvió a palmear su muslo, riendo.

—Así es, mi general. Acabo mi prórroga de convalecencia en junio, pero ya me encuentro bien repuesto, como puede ver con sus ojos.

Cristina creyó ver llegado momento oportuno para abandonar la escena, con lo que comenzó una disculpa.

—Bien, señores. Creo que si piensan en honduras navales, debo dejarles a solas.

—No se preocupe, Cristina, si me permite llamarla por su nombre, que podría ser mi nieta. También yo siento hoy el cansancio, que desperté antes del canto del gallo. Sólo quería decirle a su esposo que le tengo seleccionado embarque para la jornada, y hablé con el comandante del buque que entiendo mejor para su proyección en la Armada.

—¿Ha seleccionado un buque para mí? —La sorpresa era sincera, porque no creía que llegara a tal detalle la noticia de mi futura incorporación.

—Muchacho —me miró con afecto, como otras veces en las que anduvimos por terrenos pantanosos—, embarcarás en un tipo de buque que hizo por nuestra Historia mucho más de lo que nuestras autoridades pueden llegar a creer, los buques más ardientes, marineros y agradecidos, los que te devuelven cien por uno y se hicieron dueños del Mediterráneo. Naturalmente, te hablo de los jabeques.

—¿Los jabeques?

—En efecto. Embarcarás en el jabeque Murciano, de 34 cañones de porte, bajo las órdenes del teniente de navío don José Girón.

Aquella declaración hizo planear el silencio por primera vez en la velada, como si se hubiese alcanzado el clímax más profundo. Cristina dirigió su mirada en mi dirección, intentando descubrir las posibles reacciones en el rostro, ignorante de lo que aquella palabra, jabeque, podía significar. Pero no tuve tiempo de preguntar o pensar, que ya Barceló abandonaba el asiento.

—Querida condesa y niña mía, no soy de frases protocolarias, ni mucho menos. Pero le aseguro que hace muchos años que no comía con tanto gusto y tan grata compañía. Creo que es hora de retirarnos, que ha sido un día largo. Ya sabe que este gigante y esposo suyo se ha criado en la mar a mis pechos, y así seguirá algún tiempo por lo que barrunto, aunque en esta ocasión lo sea a más larga distancia. Pero velaré por él, no lo dude.

—Ya lo sé, querido general, y le agradezco con el corazón sus palabras e intenciones.

—Veo mil preguntas en su galleta^[26], Leñanza. No se preocupe, que tenemos tiempo suficiente para charlar sobre el tema. Además, creo que esta hacienda es famosa por su abundante caza. No me disgustaría pegar unos tiros.

—Cazará a gusto, mi general, y todo género de animal que desee. Ya he oído que es bueno con las armas.

—Vamos, muchacho. Ya sabe que no me gustan los halagos inmerecidos. Con el chuzo en la mano o con pistola a quemarropa no soy malo del todo. Pero con la escopeta al hombro contra bicho volador, más parezco un gato a bordo de lancha desfondada.

Reímos todos mientras abandonábamos el salón. Acompañamos en persona al general, a quien Martín esperaba en la puerta de su alcoba. Pocos minutos después, en la cama, creía imposible la llegada del sueño. La palabra clave circulaba por mi cabeza como títere de feria, incontrolada. Deseaba saber más y más sobre aquellos buques, los jabeques, que tanto habían dado que hablar en las costas levantinas y las islas. Sentí no poseer una más extensa cultura naval. Pero estaba seguro que en los dos días siguientes, recibiría lección magistral de quien, en suma, había hecho posible que esos buques ganaran su merecida fama. Creía que soñaba en solitario, cuando escuché la voz de Cristina.

—¿Son peligrosos esos jabeques, mi amor?

—Por favor, querida. Se trata de los reyes del Mediterráneo. Por eso don Antonio

me embarcó en ellos.

—Si son ciertas tus palabras, encenderé una vela por el general.

Cristina quedó dormida con rapidez. Por mi parte, continué con la noria en la cabeza, preguntándome si había mentido a mi mujer o no. Lo cierto es que aún no lo sabía. Pero bien que lo supe en su momento.

9. Excelente compañía

El general nos anunció a la mañana siguiente que, si a bien lo teníamos, pensaba disfrutar de nuestra compañía hasta el domingo, ya que dicho día debía dormir a bordo por necesidades imperiosas del servicio. Protestamos con la debida cortesía y sinceridad del escaso tiempo que nos dedicaba, aunque debimos aceptarlo como necesario. De esta forma, disponíamos de dos jornadas completas para ajustamos a sus deseos, por mucho que el buen hombre se amoldara a cualquier circunstancia y condición, sin exigir prebenda alguna para su persona. Ante su expreso deseo de practicar la caza, dejamos las mañanas para encarar la faena campera, a cuya organización dediqué todo el esfuerzo.

Don Antonio disfrutó de lleno como bebé al chupón, en aquella actividad tan alejada de su entorno habitual. Abandonamos el Castillo con las primeras luces del alba, sin esfuerzo aparente en persona tan madrugadora, con lo que nos era posible disfrutar de los más bellos momentos que se destilan en el campo, cuando éste se despereza ardiente y comienza a cantar su propia vida. Me sorprendió en esa faceta de sencillo admirador, como si descubriera por primera vez los majestuosos espectáculos que la naturaleza nos ofrece día a día sin peaje alguno.

En cuanto a la pura actividad cinegética, vivimos experiencias de gran regocijo personal. Era en verdad gracioso atisbar la figura del general en los puestos escogidos, ataviado con prendas poco adecuadas para la labor, mientras desplegaba unos movimientos y vocabulario más propios de marinero sobre cubierta. Prevenidos mis hombres de forma conveniente, cubrimos en lo posible sus yerros, que fueron notables y sucesivos, de forma que se le endosaran cobranzas que en ningún momento correspondían a disparos producidos por sus armas. Y eso que le asigné como secretarios a Torneo el chato y su hijo Jesulín, que dominaban las artes de la caza como pintor de Corte.

También Setum colaboraba en la posible, encantado de charlar de nuevo con quien, en su opinión, tanto hiciera por salvar mi vida.

Pero era listo el general y se dejaba querer con tranquila filosofía, aunque a veces remontara las crestas con frases burlonas y satíricas que a todos nos hacían reír.

—Buen tiro, mi general —jaleaba Jesulín en una de las jornadas, tras ser abatido un hermoso venado—. Ni nuestro Señor don Carlos, el mejor cazador del Reino según dicen, conseguiría un disparo tan atinado.

—Buen tiro el de tu padre —señaló hacia atrás, donde el chato recargaba las armas—, bien situado en la retaguardia, que mi carroñada^[27] ni siquiera habría perturbado la respiración de ese bicho.

—No crea, don Antonio —argumentó Mateo en escondida excusa—. Disparé a continuación de su señoría para asegurar la suerte, aunque ya el animal andaba herido de muerte.

—De muerte gloriosa y hasta milagrera, que si fuera por mi tino seguiría navegando a un largo por ese aprisco. Pero, bueno, no discutamos y acérqueme esa bota de vino, que la emoción ha secado mi garganta.

Y con juegos y adivinanzas pasamos la mañana, mientras Martín, el inseparable servidor, terciaba a menudo con verdadera gracia en comparaciones marineras, sin abandonar su tono respetuoso y deje burlón.

—Creo que ese disparo pasó por la proa del animal a una milla larga, mi general. El venado debió morir por el susto, al encontrarse ante el azote de los corsarios mediterráneos. Menos mal que, en la mar, afina su puntería, o no habría conseguido apresar ni una pequeña fusta^[28] argelina.

—Habla en tierra con libertad, parto de tiburón y cobra cascabelera, que ya te arreglaré en Cartagena esa lengua.

—Será cosa de permanecer por aquí, bien cerca de las viandas que nos ofrece el señor conde en esta su santa casa, antes de retornar a la galleta marinera y el aguachirle de su buque insignia.

—Ya volverás a bordo, bribón, y te colgaré por los pulgares del peñol del trinquete.

Cuando regresamos al Castillo, fuimos recibidos por Cristina en la era del portón, donde se llevaba a cabo normalmente el recuento de las piezas por categorías. Mi inteligente mujer comprobó las cobranzas al detalle, elevando sus alabanzas con mayor o menor sinceridad porque era experta en el tema. Pero siempre felicitaba al grupo por la empresa y en especial al general, quien contestaba con risitas ahogadas y alguna chanza de puerto.

Y pasamos a la segunda actividad principal de nuestro invitado, que no era otra que el buen yantar, materia en la que destacaba con luz propia. Era entonces, en las sobremesas, cuando disfrutaba de verdad con su compañía, aprovechando aquella su innata disposición a la narración de sus propias experiencias guerreras. Comprendí que con sus cuentos recibía lecciones de nuestra Historia Naval en primera persona, así como consejos de viejo guerrero que valían su peso en oro. Tras el almuerzo del viernes, Cristina se mantuvo con nosotros durante algunos minutos. Pero fue cuando quedamos a solas con la compañía del aguardiente, cuando la lengua del general se abrió como cola de pavo real. Y no era difícil prender la mecha en el oído^[29].

—Tiene suerte en la vida, Leñanza, aunque haya sufrido en sus carnes los mordiscos de la guerra en forma repetida y de gravedad, que casi lo perdemos —me pareció entrever un deje de admiración en sus palabras—. Por el contrario, mal lo sufren en estos días tantos oficiales y compañeros nuestros, faltos de hacienda propia, sin pagas recibidas en los últimos seis meses, que ni a tierra pueden salir por falta de medias que abriguen sus piernas. Sin embargo, no puede soñar hombre alguno con mejor equipaje, que mujer y hacienda como las suyas.

—Le agradezco sus palabras y me uno a ellas. Cristina fue la mejor aparición con que me regaló el Señor. En cuanto a la situación de tantos oficiales que menciona, es

en verdad vergonzosa e inmerecida. Según tengo entendido, muchos se ven forzados a enviar sus familias con los progenitores, que ni para la diaria necesidad les alcanza, mientras ellos se mantienen a bordo.

—Así es, muchacho. Tanto gasto en armamentos y la desidia más infame respecto al personal. Siguen sin comprender que más importante que el buque es su dotación.

Se estableció un ligero silencio por primera vez. Pero de nuevo atacó el general, entrando por tema cambiado.

—Pues he disfrutado esta mañana como un jovencuelo en sus primeras experiencias amorosas. Y le prometo que colgaré en mi cámara una de esas hermosas cuernas, que serán la excepción de la Escuadra. Por supuesto que, entre nosotros, aseguraré que la abatí de un solo disparo y a larga distancia —guiñó un ojo en señal de complicidad—. Es bella y emocionante esta actividad de la caza, que mantiene nuestro corazón en tensión permanente. Aunque haya fallado más tiros que un tuerto en duelo nocturno, es hermoso observar tanto animal a nuestro alrededor. Parece cosa celestial escuchar el lenguaje propio del campo, con esas variaciones más propias de excelsa sinfonía. Con el concurso de los ayudantes, hemos abatido carne suficiente para la dotación de un buque mediano.

—Es abundante la caza en esta hacienda.

—Cuando sacaba mis primeros dientes de guerra en los jabeques, no disponíamos de mucho tiempo para apuntar con el pistolón, si llegaba la ocasión, por lo que tirábamos a bulto y hacia la barriga, que nunca se falla. Ese consejo me lo ofreció mi padre en nuestras primeras aventuras.

—¿Por qué le dispensa tanto cariño a esos buques, mi general? —Desde el primer momento intentaba llevarlo a mi camino.

—¿A los jabeques? Porque en sus cubiertas me crié y a ellos les debo todo lo que soy. Creo que la Historia deberá reconocer en su momento, la realidad de esa importante labor que llevan a cabo por España. Aunque, en verdad, se trata de unas embarcaciones que nacieron por pura necesidad, y no por bellos diseños de los ingenieros.

—¿Por necesidad?

—Así es. La piratería que han debido soportar las costas mediterráneas españolas durante siglos, hizo que nacieran estos buques. Los corsarios de las regencias, Argel, Trípoli y Túnez, sin olvidar a los marroquíes, llegaron a estrangular nuestro comercio marítimo e incluso la pesca, que no despreciaban presa alguna. Eso sin contar las incursiones en los pueblos costeros, donde saqueaban haciendas y acopiaban esclavos para chusma de sus embarcaciones, o ser redimidos con generoso rescate. Por esa razón comprobará que nuestras poblaciones costeras se retranquearon hacia el interior, sembrando el perfil de la costa con un buen número de torres de alarma.

—Bien que se divisan desde la mar.

—Y desde ellas las naves que hacia la costa se dirigen, que era su principal cometido. Aunque los corsarios han utilizando desde los años de la Reconquista las

embarcaciones a remo, como las galeras, fustas y galeotas, pronto comprendieron que se trataba de buques demasiado frágiles, poco armados y con excesiva demanda de brazos, por lo que se decantaron por otro tipo de buque, el jabeque, ideal para navegar por este mar nuestro.

—¿Fue, entonces, invento de esos piratas?

—Bueno, ningún tipo de buque se ha inventado como artefacto de uso del día a la mañana, ni nadie posee la exclusiva. En la mar todo es evolución a través de los siglos, con la lentitud necesaria para sacar provecho y enseñanza. Nadie sabe con exactitud de dónde proceden esos barcos. Pero sí es cierto que se necesitaban buques con la toldilla elevada, acusados lanzamientos a proa y popa, y mucha eslora en relación a su manga. El Mediterráneo es mar de ola corta, vientos variables a voluntad de los peces y periodos de calma o suaves ventolinas, con lo que estos buques de tres palos con sus velas latinas y algún foque en el bauprés, eran los ideales. De todas formas, hay variantes como la saetía, el pingue y otros, con misiones paralelas.

—Pero los jabeques no son ya tan ligeros. Según me comentó anoche, el Murciano dispone de 34 cañones.

—Bueno, en nuestro caso fueron derivando, la evolución que le mencionaba, de acuerdo a nuestras necesidades. Yo navegué mucho en jabeques pequeños aparejados de latina^[30]. Pero pronto comenzaron a aumentar su desplazamiento, pasando de las 200 toneladas de arqueo, hasta llegar a sobrepasar las 400. También sus dotaciones han aumentado de forma considerable, que algunos rondan los 300 hombres. En realidad, podríamos calificarlos como fragatas ligeras o de usos especiales, en cuanto a su potencia artillera y dotación.

—Pero las galeras continúan en vigor.

—Hacen su papel, desde luego. Pero no olvide que también oscuros intereses forzaron a nuestro Señor don Carlos para rehabilitar la Escuadra de Galeras, disuelta por su hermano y Rey don Fernando VI, aunque sea éste un tema para guardar bajo la almohada con precaución. A pesar de ello, fueron los jabeques los que ocuparon, en general, el eje de las operaciones contra los corsarios. Poco tienen que hacer contra buques fuertemente armados en andanas corridas y con cubiertas altas, los que fían al remo y el abordaje su actuación guerrera, salvo que se encuentren en una de las típicas encalmadas que nos ofrece este Mare Nostrum. Pero hay momentos y ocasiones en que son necesarias las galeras y similares, como veremos en la venidera jornada que debemos protagonizar. Y todavía han sorprendido en acciones importantes. Recuerdo una que me emocionó en la juventud, cuando andaba yo con quince años, más o menos, en el jabeque que patroneaba mi padre. Debió ser en el mes de abril de 1732.

Pareció perderse en sus recuerdos, mientras dirigía la mirada hacia el infinito. Pero debía mantenerlo vivo, antes de que cayera en la modorra sesterá, por lo que me aplique a azuzarle convenientemente.

—Muchos años han pasado.

—Demasiados. Pero recuerdo aquellos momentos como si pertenecieran al día de ayer. Pues en esa fecha que le decía llegaba de Italia un pingue correo español que fue atacado por un jabeque argelino en las costas gerundenses, un jabeque bien armado con 16 cañones y diez pedreros. Llegó el momento en el que la rendición del español era inevitable porque, todo hay que decirlo, esos corsarios argelinos son marinos curtidos, valientes y de los que faenan a las bravas. En ese conflictivo momento apareció la galera capitana del teniente general don Manuel Reggio, separado de su escuadra por un temporal en el golfo de León. En circunstancias normales, poco podía hacer una galera con sus cañones de proa contra el jabeque, pero el general, que los tenía bien puestos, ordenó a su chusma ropas fuera^[31] y boga a muerte, poniendo la proa hacia el jabeque enemigo, sin darle tiempo para sacar provecho de su superioridad artillera. Reggio embistió al argelino, atravesándolo con su espolón de banda a banda. Rindió la presa y acopió 65 hombres, liberando un buen número de cristianos cautivos. Pero, bueno, hemos de reconocer que, en esta ocasión, el arráez^[32] argelino anduvo poco resolutivo.

—Buena hazaña.

—Pero pronto se comprendió que para luchar contra los corsarios, eran necesarios los jabeques, más todavía cuando se disolvió el Cuerpo de Galeras en 1748.

—Y la Armada comenzó a construirlos en buen número.

—Nada de eso, hijo mío —abrió sus brazos en aspa para mostrar mi error—. En principio, utilizamos los jabeques como transportes, buques correo y al corso puro, que aquí y sin que salga de estas paredes, tan piratas éramos nosotros como los argelinos, y yo el primero —rió con fuerza, mientras batía sus manos contra los muslos—. Lo que sucede es que nuestra Corona siempre ha sido parca y poco generosa con las naves de particulares armadas al corso, un fallo clamoroso que se alivió en algunos momentos, como las últimas guerras habidas contra la Gran Bretaña. Hemos sufrido una tendencia por parte de nuestras autoridades, para intentar controlarlo todo en exceso. Por una parte, el Estado proporcionaba el armamento y la munición, con lo que el armador se comprometía a pagar posteriormente la parte consumida. Pero el punto más negativo era la necesaria y generosa fianza a depositar, así como el caso de que el combate resultase negativo y sin presa, con lo que el propietario podía sufrir el embargo de su nave por impago.

—Es injusto desde cualquier punto de vista.

—Y cicatero, como tantas veces lo han sido nuestras altas jerarquías, faltas de visión naval. Recuerdo que en 1748 solicité para mis jabeques, muy escasos de artillería como siempre, cuatro cañones de a 8 que se encontraban en la escollera de Palma, sin servicio. Me fue denegada la petición. ¿Sabe qué razones me ofrecieron?

—Pues no sé.

—Que eran necesarios para las salvas y saludos de reglamento. Ya se puede figurar las bichas y culebras que salieron por mi boca. Pero como usábamos de la

cabeza, que para el combate en la mar se despabila uno con rapidez, a falta de artillería desarrollamos una táctica intermedia galera-jabeque: el abordaje a la mayor velocidad.

—¿Abordaje? ¿No quedaba reservada a las galeras esa táctica primitiva?

—Bueno, así es en teoría. Pero por falta de cañones o munición, hacíamos por el enemigo con duelo artillero, cerrando distancias con rapidez, para regarlos con frascos de fuego^[33] antes de aparejarnos y abordarlos.

—En la Escuela Naval nos mostraron el difícil uso de esos frascos.

—Peligroso uso debería decir, que en más de una ocasión nos produjo algún desaguisado. Pero el efecto era demoledor. Aprovechando la sorpresa y la desmoralización que producían, lanzábamos los garfios de abordaje, para pasar a la cubierta enemiga con chuzos, hachas, sables y, por mi parte, un grueso pistolón que heredé de mi padre, bien metido en los huevos. Cuando mis hombres pedían más acción artillera previa, les respondía con una frase que se hizo famosa con el tiempo. ¡Ahorremos la pólvora del Rey! En realidad, ahorra el gasto que su utilización me producía, porque era materia escasa a bordo. Pero, bueno, tampoco eran los frascos de fuego las únicas armas de fortuna, que también usábamos granadas de mano y toda clase de armas portátiles, como esmeriles, trabucos de borda y fusiles, sin olvidar las camisas de fuego^[34].

—Qué penuria de medios.

—La penuria ha sido la constante en nuestras armas. Al menos, aunque el jabeque al corso seguía siendo propiedad del armador, en aquellos años nos embarcaban como guarnición un destacamento de soldados del Ejército o de la Infantería de Marina, que echaban una mano muy necesaria.

—Esperemos que se remedien los males económicos.

—¿Remediar? Debería bajar algún santo del cielo hasta las aguas, para producir tal milagro. Mire ahora cómo quedaron las arcas del Estado, tras la larga guerra mantenida contra los británicos. Ya entran navíos a los muelles de desarmo^[35], con lo que se me van los grillos al infierno. No comprenden, como hace el inglés, que es en la paz cuando más se han de ejercitar en la maniobra y el cañón, para llegar a la guerra con la soltura y rapidez con que lo hacen esos malditos britanos que Dios confunda. Peto escasea el oro, y no sólo para las pagas de los hombres, que también me adeudan en la actualidad cinco soldadas.

—Por esa razón, disparan el cañón a doble velocidad que nosotros.

—¿A doble ha dicho? —Barceló abrió su boca en amplia sonrisa—. Lo normal en nuestros buques es que consigamos un disparo cada cinco minutos, con las nueve órdenes necesarias. Con comandantes que mucho empeñen en los ejercicios, y aporten pólvora propia para tales ocasiones, se llega a un disparo cada tres minutos, y muy pocos, dos, todo un récord. Pues los ingleses consiguen en estos días, tres disparos cada dos minutos. En la práctica, tal diferencia se traduce en que los buques británicos parecen disponer de un número de piezas muy superior al nuestro. Y eso

sin contar que para el servicio de un cañón de a 36, por ejemplo, necesitamos 14 hombres, mientras los ingleses lo hacen mejor y más rápido con solo nueve. Todo ello se traduce en una dotación inferior en número, menor peso, más velocidad y mayor ritmo de fuego. Si le suma que maniobran mejor y más rápido, ahí tiene la diferencia entre las escuadras hispano-francesas y las de nuestros seculares enemigos.

—Es usted muy pesimista, mi general —intenté ofrecer una ligera sonrisa.

—Realista, muchacho. No hay nada peor que no querer ver la realidad. No fiamos nada en los ejercicios diarios, en mar y puerto, en guerra y paz, aunque algunas voces lo proclamen con insistencia. Y ya es hora, que en la última guerra se vieron los resultados.

—Los vimos bien de cerca. Pero en mi opinión...

Callé al escuchar los silbidos de sirena, como se denominaban, entre sus más directos colaboradores, los habituales ronquidos del general, que acababa de entrar en su cotidiana modorra. Era de admirar aquella facilidad de caer en trance somnífero a plomo, sin el necesario preámbulo seestero, porque envergaba el sueño como trabucazo al ojo y en pocos segundos. Me levanté en silencio y salí a la terraza, donde Cristina hablaba con el Molondrón, un jardinero con muchos años de servicio en la casa. Al menos, había conseguido una larga y maravillosa lección, aunque todavía se mantuvieran en mi cerebro muchas interrogantes que debía aclarar.

10. Charlas inolvidables

Barceló despertó de su profunda siesta a las dos horas, un poco más alargada de lo habitual, aunque era justo reconocer que el almuerzo había sido copioso en exceso. Pero, siguiendo su inamovible proceder, a los pocos segundos parecía como si mantuviera frenética actividad desde horas atrás, despejado y activo, aunque fuera necesario que Martín le endosara una copiosa taza de infusión amarillenta que, en su opinión, limpiaba las sentinas de cualquier cristiano en un santiamén. En realidad, y como después supe, se trataba de las flores de unas hierbas llamadas manzanilla, de uso generalizado en todo el Reino. Pero el general exigía que se las trajeran del castillete menorquín de La Mola, por ser, en su opinión, las de mejor calidad.

Dispuesto como dócil invitado a cualquier sugerencia, Cristina le ofreció la oportunidad de un paseo, para mostrarle los jardines circundantes al Castillo, de los que se encontraba tan orgullosa. En verdad que aquellos días ofrecían un espectáculo fascinante, cuando las plantas parecían reventar de hermosura, con flores de todos los colores que puede cubrir el arco iris. Era poco experto en plantaciones don Antonio, pero se mostró encantado con la experiencia, aunque debíamos indicarle el nombre y detalle de cada uno de los ejemplares.

Tras el paseo entre parterres multicolores y árboles de variadas especies, ese pequeño jardín botánico que se empeñó en formar mi difunto suegro, llevamos a cabo una ligera excursión a los Caños del Barranco, donde las aguas del río Quipar se abrían de forma esplendorosa como los dedos de un dios, uno más de esos mágicos rincones en los que el hombre se siente más y más pequeño, hasta reconocer sin remedio la obra de un ser superior. Recorrimos el margen a pie, ascendiendo a los dos observatorios privilegiados para cubrir el cuadro en toda su extensión, con cierto miedo por mi parte, al observar la figura de Cristina entre los riscos. Por fin, regresamos al Castillo al trote lento de nuestras monturas, cuando ya comenzaba a declinar la tarde.

Siguiendo mis indicaciones y las de Martín, Cristina bajó el tono de la colación vespertina, para no cargar en demasía el buche del general, que lo aceptó en silencio y una sonrisa en su rostro. De todas formas, compensó la merma de sustancia con el aumento de caldos, que trasegaba vino como bomba de picar^[36] en temporal corrido. Y llegamos al nuevo momento por mí esperado, cuando pasamos al recogido salón. Se sirvió el cotidiano aguardiente, del que tanto gustaba don Antonio, para amenizar la velada que presumía larga, a sabiendas de las costumbres del general, noctámbulo impenitente como una lechuza. Para mi sorpresa, fue Cristina quien abordó la conversación con soltura, intrigada también en muchos aspectos navales y guerreros que, por lo general, a las señoras tan poco interesan.

—Ya veo que mucho gusta de estos aguardientes que fabrican en la ciudad cercana de Cehegín. También mi padre lo bebía con agrado y lo encargaba para su

transporte a Madrid. Si así lo desea, podemos estibar en su carruaje algunas barricas para su disfrute a bordo.

—No me hable de esa bebida a bordo, señora. Aguardiente y buque se contraponen como el fuego con el agua. Tengo prohibido, bajo severas penas, su embarque en buques bajo mi mando, que una vez sufrí de sus funestas consecuencias en mis propias carnes.

Cristina quedó callada, como si hubiera comentado algún punto inconveniente. Barceló observó su rostro cohibido, para alargar en cortesía.

—Pero le agradezco su generosidad, Cristina, en lo que se merece. No tiene por qué estar al día de los usos y costumbres marineras. Estos caldos con alto contenido alcohólico son muy inflamables, por lo que su uso a bordo es más que peligroso. Piense en las velas de cera y faroles con el inestable movimiento de un buque en la mar. Así se perdieron algunas de nuestras unidades, como el navío Brillante, que ardió por los cuatro costados en la dársena de Cartagena. Según comentaban los vecinos, iluminó la ciudad de mil colores al reventar sus pólvoras, como si se tratara de fuegos artificiales en festejos de la Corte.

—Se deben pasar rondas a bordo, para comprobar que no se embarcan dichos productos —tercié con soltura—. Una vela y una barrica de aguardiente pueden organizar un incendio sin posible sofoco.

—Y que lo diga, Leñanza. Recuerdo lo que nos cantaba un viejo marino a bordo de los jabeques, en aquellos mis primeros años de mar: Bebamos a bordo caldos rojos de buen vino y dejemos los aguardientes para disfrutar con las mujeres en las tabernas de puerto, que en los barcos son más peligrosos que las balas rojas del inglés —Barceló creyó haber sobrepasado la raya de la cortesía, por lo que se excusó—. Con el perdón de la señora por la letra. Sólo se trata de una vieja canción marinera.

—Lo comprendo, mi general —Cristina le ofreció una sonrisa de complicidad—. Pero cuéntenos alguna de sus aventuras. Creo que en todo el mar Mediterráneo le llaman azote de piratas berberiscos, y así lo ha mencionado su Majestad en diversas ocasiones. Según dicen, ascendió siempre por especiales méritos en combate.

—El pueblo habla mucho —intentó parecer cohibido, aunque gustara del tema con largura—. Pero sí que hube de luchar para sobrevivir y, por qué no decirlo, me sirvió para entrar en el Cuerpo General de la Armada.

—¿No ingresó en la Real Compañía de Guardiamarinas? —Cristina pareció sorprendida.

—¿Yo? —Barceló abrió los ojos como si hubiese escuchado una locura—. Para entrar en el Cuerpo desde ese noble escalón, hay que demostrar limpieza de sangre en los cuatro apellidos familiares. Y puede estar segura que, en mi caso, no está limpia ninguna de las ramas. Con sólo observar mis manos, habría sido imposible demostrar la necesaria ausencia de trabajos manuales —rió de buena gana—. Tampoco es cierto que me destetara una tonina en la playa, como alegan muchos malintencionados. Los primeros recuerdos que llegan a mi memoria son escenas a bordo del jabeque de mi

padre, que tenía concedida la misión de correo entre Barcelona y mi querida Palma de Mallorca, donde nací el 21 de diciembre de 1716. Debido a su enfermedad, en 1735 fui nombrado patrón de dicha unidad con el mismo cometido, aunque sólo contara con dieciocho años.

—¿Mandaba ese buque con 18 años? —El asombro de Cristina era sincero.

—Sí, señora. Pero ya llevaba bastante tiempo bragado a la fuerza y en danza, con lo que fue como seguir las aguas en la pleamar. Años duros aquellos, en los que era necesario ajustar alguna presa de vez en cuando para mantener los alimentos de la familia, porque casé a los veinte años con mi buena Francisca. Pero he sido hombre de suerte, no puedo negarlo, y en 1738 se presentó la primera ocasión propicia de mi carrera en la mar. Me ordenaron el transporte de un destacamento de Dragones del Regimiento de Orán y otro del de Infantería de África. En las primeras horas de la mañana, tras horas de espesa bruma, me vi en presencia de dos galeotas argelinas, rápidas y bien armadas, que hicieron por mí a la mayor velocidad, en la creencia, como muchos supondrían, que era presa fácil. Pero les planté cara, y tras un duro combate de dos horas a cara de perro, se dieron a la fuga los muy bastardos, bastante dañados por mis fuegos de todo tipo, que llegamos a distancia de disparo a pistola. Aunque no pude apresar ninguna de ellas, la acción se consideró heroica, razón por la que Su Majestad me concedió el grado de alférez de fragata.

—Y así ingresó en el Cuerpo General de la Armada —Cristi parecía comprobar un hecho.

—Nada de eso, señora mía. No es tarea fácil entrar en tan elitista cuerpo, procediendo de la mar llana. Debió transcurrir más tiempo y meterme en muchos fregados. El empleo concedido era más honorífico que otra cosa, y sin paga. Sin embargo, mi economía se estabilizó un poco en 1743 cuando, como arrendatario del oficio de teniente del correo de Mallorca, recibía 16 000 reales de vellón anuales. Era poco para el gasto generado, pero lo compensaba saliendo al aviso de corsarios berberiscos y con algunas presas de poca monta. Pero fue en 1748, si no recuerdo mal, cuando me ascendieron otra vez, en este caso al empleo de teniente de fragata, graduado y sin sueldo para mi desgracia.

—¿Qué heroicidad debió hacer en este caso?

—No había alimentos en Palma, en especial granos, por lo que fue necesario adoptar medidas durísimas de racionamiento. Pero a pesar del temporal que se sufría y los consejos en contra de los viejos marineros, me hice a la mar hacia Barcelona y allí embarqué una buena provisión, con tal rapidez que ni llevé a cabo la necesaria aguada, lo que, por otra parte, dejaba más espacio en la bodega para la carga. Corrimos un tremendo temporal al regreso, sin agua para beber, pero un 10 de abril arribé a la isla con 2300 cuarteras de trigo, más de cinco mil panes y 388 quintales de bizcocho blanco. La alegría en las autoridades y población fue explosiva, hasta el punto que el Comandante General de las islas, don Juan de Castro, me propuso al marqués de la Ensenada para una recompensa. Y así se produjo aquel ascenso.

—Y sin paga. Es inaudito —se lamentó Cristina.

—Debí correr mucho todavía. Pero aquel año, para combatir a los piratas berberiscos, cuyas acciones tomaban proporciones escandalosas, se dispuso que se armaran en corso por cuenta del Estado cuatro jabeques de los mayores que sirvieran en las islas Baleares. Nos proporcionaban el armamento, siempre escaso, y un pago mensual, pero debíamos abonar por nuestra cuenta los gastos de la dotación y su manutención, aunque nos adelantaran cuatro mensualidades. Uno de los jabeques elegidos fue el mío, aquel inolvidable Santo Cristo de Santa Cruz, al que acompañaron dos mallorquines y un ibicenco. Nos entregaban 150 pesos por buque y ocho por hombre, sin contar la guarnición militar que se componía de un sargento, un tambor y 24 soldados, de los Regimientos establecidos en Palma. Y como, después de todo, era teniente de fragata graduado, se me dio el mando de lo que podríamos llamar pequeña flotilla, aunque estuviéramos a las órdenes del capitán de navío don Julián de Arriaga, que con los navíos América, de su insignia, y Constante debían apoyarnos.

—Y comenzó a capturar piratas —dijo Cristina, que seguía la narración emocionada.

—Y fue entonces cuando se comenzó a cantar aquella coplilla —tercié yo— que decía, si no recuerdo mal:

*Tengo que pasarme al moro
Y tengo de renegá,
Tengo que sufrir más penas
que Barceló por la mar.*

—Las coplas populares me han favorecido siempre —se le veía ufano y orgulloso—. Pero aquella medida dejaba mis manos libres, quiero decir que ya podía actuar de forma oficial. Me encontraba presto a salir al menor aviso de presencia de moros y los despachaba bien o liberaba las presas acopiadas. También conseguí numerosos apresamientos, que suponían beneficiosas entradas para nuestras arcas, en especial los prisioneros que transportábamos a Cartagena para su uso como esclavos en las construcciones y chusma de las galeras. Por aquellos apresamientos fui ascendido al empleo de teniente de navío en 1753, todavía graduado y sin paga.

—Pero, buen hombre, ¿le han asignado soldada alguna vez en su vida? —Cristina se encontraba escandalizada por los detalles.

—Todo llega en esta vida, señora mía. Por fortuna, la suerte continuó obsequiándome con sus favores. Llevé a cabo otra acción notable, o de las que alguien importante presencia para contarla después, que sin testigos nada vale. Fue en junio de 1756, cuando tuve que enfrentarme a dos galeotas, propiedad del Dey de Argel, por fuera de la punta del río Llobregat, a las que barrí con mis fuegos para intentar abordarlas después. Les aseguro que se trató de un combate muy duro y nos

castigamos tenazmente, hasta el punto que sólo cinco moros quedaron con vida de la que conseguí apresar, aunque también perdí muchos de mis hombres. Pero con ella llegué a Palma y, como premio extraordinario, se me concedió el total de la presa, que repartí con mi dotación. Este fue, quizás, el desencadenante de mi nuevo ascenso e ingreso en el Cuerpo General de la Armada.

—¿Con paga? —preguntó Cristina con una sonrisa burlona en su rostro.

—Por fin con la anhelada paga. Se me otorgó el empleo de teniente de navío efectivo y en propiedad, con el sueldo de cuarenta escudos de vellón mensuales. En Palma, donde ya era muy popular, se celebró el acontecimiento por las calles. Fue mi ingreso en la Real Armada, con casi cuarenta años a mis espaldas y casi todos ellos en la mar. Dejaba de ser corsario del día a la mañana, para ser oficial de mar y guerra. Tenía ahora gran cantidad de compañeros en ese empleo, mucho más jóvenes que yo, pero en verdad y aunque peque de inmodestia, pocos podían presentar una hoja de servicios como la mía, repleta de hechos de armas. A partir de ahí, todo fue más fácil.

—Pero continuó ascendiendo por sus acciones en combate —Cristina parecía escuchar una obra teatral.

—Con fortuna y a costa de mucha mar y no menos guerra, que nunca me concedieron un ascenso por mis méritos declamatorios —volvió a reír mientras palmeaba con fuerza—. En 1762 ascendí a capitán de fragata y recibí el mando de una flotilla de jabeques en toda regla. Fue entonces cuando se me comenzó a endosar ese remoquete de azote de corsarios, aunque es cierto que llevé a cabo una actividad frenética y conseguimos disminuir de forma cuantiosa las pérdidas por nuestra parte. Pero en los jabeques, por entonces, estábamos en actividad permanente, que allí no había tiempos de guerra o paz, sino mar y guerra cada día. Esa ha sido la diferencia de la Armada con el Ejército a lo largo de los años. Aunque la nación se encuentre en periodo de paz, como sucede en estos días, siempre hay peligro en la mar, bien sea de piratas, corsarios o esos temporales que tantas veces nos comen. Sin contar que es necesario continuar con el transporte de los caudales de las Indias.

—¿Y en uno de esos barcos tan peligrosos piensa embarcar a mi esposo? —Ahora preguntaba con voz queda, temerosa de la respuesta.

—Señora, le hablaba de tiempos corridos hace cuarenta años, muy diferentes a los actuales. Además, podríamos decir que el jabeque Murciano es casi una fragata, y pocos moros se atreverían contra él. En cuanto a la venidera jornada para castigar a los argelinos, será coser y cantar, que nuestra fuerza es muy superior. Bombardeo de castigo y regreso a casa —Barceló terció en exageración, al comprender que podía haber resbalado sobre manteca. Hábil como siempre, cambió el tema con rapidez—. Otra escena de suerte propició mi nuevo ascenso. Fue cuando nos enfrentamos, en febrero de 1769, junto al Peñón de Vélez de la Gomera, con el jabeque moro de mayor porte, el famoso Castillo Blanco, de 24 cañones y 212 hombres de dotación. Fue un combate durísimo y con muchas pérdidas por ambas partes. Pero lo rendí y pasó a servir en la Armada con nuestro pabellón y el mismo nombre, cumpliendo

notables servicios. Y me ascendieron a capitán de navío.

—¿Fue entonces cuando capturó a Selim? —pregunté para mostrar que sabía alguna historia del general.

—No, el caso de Selim tuvo lugar años antes, en 1763, cuando apresé aquellas tres galeotas de una sentada.

—¿Quién es Selim? —preguntó Cristina.

—Era un sanguinario corsario, famoso por su despiadado trato a los vencidos, que capitaneaba con mayor frecuencia las incursiones de los piratas berberiscos en nuestras costas. Yo mandaba por aquellos días el jabeque Vigilante, de 20 cañones, y las tres galeotas moriscas hicieron por nosotros, convencidas de mi rendición. Pero abrimos fuego a boca ancha, hasta conseguir abarloarme a la capitana de Selim con los garfios, como niño a los pechos maternos. La lucha se encontraba demasiado pareja, por lo que debí cruzar las regatas^[37], pero no con una cimitarra grande, como se ha contado por ahí. Lo que sucede es que por entonces usaba un chuzo de extraordinario tamaño en mi mano derecha, ligeramente curvo, que le había tomado a un tunecino años atrás. La izquierda se ocupaba de mi viejo pistolón, que nunca me falló aunque acabara por perderlo en un choque y cayera al agua.

—Ese chuzo es el que tenía colgado en la pared de su despacho en Algeciras —sonreí al recordarlo.

—El mismo. Nunca me separo de él porque lleva la suerte amadrinada a su hoja. Ahora se encuentra colgado en la cámara de mi buque insignia. Como le decía, entré al abordaje con mis hombres porque se chamuscaban las barbas y el desenlace corría muy en el aire. Al abordar de popa a popa, alcancé la toldilla enemiga por su coronamiento, y allí me encontré al tal Selim, flanqueado por los famosos gemelos, que no se separaban de él una pulgada. Eran dos negrazos de extraordinario tamaño que lo protegían en todo momento, a los que apodaban Yufy Yafi así al menos lo entendí yo. Cuando el que se encontraba a su derecha advirtió mi presencia, intentó alzar su cimitarra, pero le endosé un mandoble con el alma que le cortó el brazo a la altura del codo. En ese momento, apunté el pistolón a su hermano, pero ya andaba el sudanés con el suyo amartillado. Disparamos al tiempo. Mi perdigonada le abrió un respetable boquete en la barriga, tumbándole patas arriba. Por contra, recibí un balazo en la mejilla izquierda —señaló con el dedo la cicatriz que deformaba su rostro—, que salió entre el labio superior partido y mis dientes, que tres de ellos volaron como gaviota aventada y tuvieron que ser repuestos meses después con ejemplares de porcelana. El tiro me derribó a cubierta, pero aturdido como estaba, levanté de un salto y con el ánimo ariscado a borbotones. Según aseguran los que observaron la escena, sangraba por la boca como un cochino en matanza, con el labio superior abierto de par en par. Son recuerdos que guardo en nebulosa, pero alcé mi chuzo en dirección a Selim, con intención de abrirlo por canal. Sin embargo, la actitud del sanguinario pirata me desarmó. El muy cerdo comenzó a implorar con los brazos en alto y el rostro del color de la cera. Aunque portara nombre de valiente sultán turco,

no era más que un cobardón achulado. Y si me perdona la señora, pude apreciar que con el miedo bien encastrado en el cuerpo, había largado sus intimidaciones líquidas y menos líquidas sobre la cubierta. Le pasé una guía por el cuello, como a los perros, y así lo llevé apresado a Cartagena.

—Qué barbaridad, la de experiencias terribles que ha debido sufrir —Cristina tapaba sus ojos.

—Terrible la marca que dejó, señora mía, que tanto afea mi rostro. Pero créame si le digo que es la condecoración más preciada de mi carrera, aunque los artistas intenten soslayar esa lacra en sus cuadros, que ahora me hacen posar para ellos como príncipe de sangre.

—¿Y cuando ascendió a brigadier? —Cristina parecía empeñada en recorrer la carrera del general hasta el último punto.

—Fue con motivo de un desastre, la expedición de Argel de 1775, aquella de Castejón y O'Reylly. Según dicen, fue menos catastrófica gracias a la oportuna intervención de mis jabeques, lo que valió el ascenso. A partir de ahí, me concedieron el empleo de jefe de escuadra cuando recibí el nombramiento como Jefe de las Fuerzas del Bloqueo en Gibraltar, y este último a teniente general con motivo de esa misión encomendada, donde tanto brilló el entonces guardiamarina Leñanza, que se llevó dos ascensos por méritos, que tampoco le han regalado nada en las ferias. Y sin olvidar a su hermano, el renombrado Pecas —Barceló movió su cabeza hacia ambos lados, recordando la figura de Santiago—. Le aseguro que se podría escribir un libro con sus andanzas.

—Quiero mucho a mi hermano Santi —aseguró Cristina, emocionada—. Y ya debe navegar con rumbo a Turquía. Espero que no se meta en líos.

—Se hizo a la mar la escuadra bajo el mando del brigadier don Gabriel de Aristizábal hace pocos días, el 24 de este mes. Llegó a despedirse de mí, vestido como un príncipe. La verdad es que le dispenso especial aprecio a ese mozalbete. Tiene valor a raudales, aunque no levante una cuarta del suelo.

—En fin, general, que ahora comprendo el apodo por el que es tan conocido y temido. Le aseguro que desconocía la existencia de esos buques, los jabeques, hasta mencionar que mi esposo embarcaría en uno de ellos. Supongo que no querrán verlos de cerca los piratas berberiscos.

—Tampoco los ingleses, para mi regodeo personal. En las guerras mantenidas contra la Gran Bretaña en este siglo, que no fueron pocas, nuestros jabeques actuaron al corso contra ellos, hasta llegar a las costas italianas, con buen número de presas en su haber, lo que más puede doler a los hijos de aquellas lejanas islas.

—Tenía entendido que el éxito del corso contra el inglés se había limitado a las costas americanas —comenté con sinceridad.

—Nada de eso, amigo mío, que en el Mediterráneo obtuvimos éxitos clamorosos contra los britanos. En 1741, por ejemplo, y en sólo dos meses, les sacamos de los ojos cinco bergantines y tres mercantes.

—Debe sentirse muy orgulloso, general, que todo lo ganó por sí mismo, sin influencias ni prerrogativas de nacimiento —Cristina lo miraba con sincera admiración.

—He de reconocerlo, que la modestia no es mi fuerte. Pero para serle sincero hasta el pico de la cangreja, le declararé que sólo una nube negra cubre mi memoria de aquellos años, y no crean que se trata de esas falsas acusaciones de las que fui objeto, de matar a sangre fría gran número de prisioneros berberiscos, para evitar la cuarentena de la peste que nos imponían.

Dejó las palabras en el aire y oscureció el semblante, como si sus pensamientos retrocedieran en el tiempo con amargura.

—Si le duele, no insista, general —Cristina abordó en falso, que se notaba su interés por la historia.

—No es complejo de culpabilidad, se lo aseguro, porque debí acometerlo como orden superior imposible de obviar. Los hechos tuvieron lugar a primeros de agosto de 1741. Durante la madrugada, una religiosa del convento de la Misericordia en Palma de Mallorca, huyó en compañía del teniente del Regimiento de Dragones de Orán, don Manuel Bustillos, un hombre aguerrido y valiente, tanto en los lances de guerra como de amor —tocó su sien con la mano en forma preocupada—. La monja, enamorada a muerte del teniente, se descolgó desde una tribuna de la iglesia y, tras dejar sus hábitos, salió por la puerta disfrazada con ropas de hombre. Allí la recogió Bustillos, que la llevó a su domicilio donde permanecieron breves momentos. La pareja, dispuesta a afrontar cualquier peligro a cambio de su amor, escapó de la ciudad por el desaguadero existente entre la Puerta del Muelle y el Cuartel de Dragones. En el pequeño muelle de levante, embarcaron con pasaportes falsos en un gánguil^[38] francés que debía pasar por Almería, antes de continuar viaje.

—Raptar a una monja es pecado grave —se atrevió a sentenciar Cristina.

—Por rapto se entiende según las leyes, aunque actuara de forma voluntaria. Son muchas las jóvenes que, para su desgracia, son destinadas por la familia a entrar en religión, sin vocación ni aptitudes, lo que produce casos que escandalizan al buen cristiano. Cuando se tuvo conocimiento de la fuga, se ordenó al jabeque-correo que persiguiera a los fugitivos. Para mi desgracia era yo el patrón de El León, un jabeque que andaba como las gacelas sobre la mar, y tuve que obedecer. A los tres días descubrí al gánguil que se llamaba Nuestra Señora de Gracia, a 30 leguas de Cartagena. Conminé al patrón, que se llamaba Agustín Barriere, a detenerse y lo apresé con su tripulación y pasaje, marinándolo con mi gente para entrar en Palma días después. Hablé largo y tendido con Bustillos, un buen hombre de 30 años, aunque demasiado ardiente. Desde el primer momento aceptó su suerte. Me aseguró que prefería la muerte a vivir sin aquella mujer.

—Qué historia más triste y hermosa a la vez —Cristina se sentía emocionada—. ¿Qué suerte corrieron?

—La que marca la ley. La religiosa fue devuelta a su convento, condenada por su

superiora a reclusión perpetua, privación de voz activa y pasiva, así como ejercer empleos en la comunidad, en la que debía ocupar siempre el último lugar. También se le aplicó el necesario ayuno dos días a la semana y dos disciplinas en iguales periodos, besando los pies a las religiosas reunidas en capítulo. Por último, se le prohibió salir al locutorio, ni por razón de visita paterna. Una pena más horrible que la muerte. Y no crean que abandonó este mundo con presteza la enamorada monjita, que no falleció hasta bien entrado 1782, hace dos años.

—¡Pobre mujer! Lo que puede llegar a forzar el amor —Cristina se dejaba llevar por sus románticos sentimientos con facilidad—. ¿Y el teniente?

—Sometido a Consejo de Guerra, se le condenó a muerte, sentencia que se ejecutó nueve meses después, en el Borne de Palma. Lo tristemente gracioso del caso es que este teniente había inventado un artilugio mecánico para ajusticiar a los reos, y con él se le ejecutó, que ni siquiera le concedieron el honor de morir fusilado. Era buena persona y muy culta, aunque su situación de hombre casado no le beneficiara.

—¿Casado? —Cristina cambió el ademán de su rostro—. En ese caso, bien que merecía la pena.

—No sé —Barceló continuaba con el tono de voz disminuido—. Siempre he dudado que obrara correctamente. Mal viento el que empujó mi jabeque en aquella operación. Si me sucediera en estos días, dudo mucho que los llevara de vuelta a Palma, aunque contraviniera una orden. De todas formas, fue un caso del que mucho se habló, durante años, en mi ciudad. Como le decía, un triste suceso.

Y se hizo el silencio por primera vez. Fue el momento que aprovechó Cristina, con el sueño reflejado en su rostro.

—Bien, creo que por hoy es más que suficiente mi adoctrinamiento naval —abandonó su asiento, dispuesta a retirarse. Le dirigió una sonrisa a su huésped—. Y le ruego que me perdone, general, si le he acosado con mis preguntas y les evité la conversación privada.

—Nada de eso, señora, soy yo el agradecido. No hay mejor oyente que mujer noble y hermosa, cual es su caso. Y le pido disculpas si en algún momento utilicé lenguaje poco apropiado, o descripciones demasiado crudas.

—Puede estar seguro que he disfrutado como niña con viñetas de feria. Ha sido una conversación muy agradable e interesante.

—Le agradezco sus palabras.

Y quedamos los dos en amigable soledad. Temía que Barceló sugiriera la oportunidad de retirarse, pero sentí una gran alegría cuando me señaló su vaso vacío y la frasca de aguardiente, a la que habíamos endosado un apreciable mordisco. No podía perder la oportunidad y centré mi artillería en la dirección deseada.

—Si esos buques los construían en las Baleares y eran en un principio de particulares, llegaría el momento en que la Armada tomaría las riendas, porque recuerdo la botadura en Cartagena de alguno de ellos.

—Parece que mucho le interesa el tema de los jabeques, muchacho —me ofreció

una sonrisa burlona.

Pensaba elevar una ligera disculpa, cuando me atajo con un gesto de sus brazos.

—No se preocupe, Leñanza, que vierte miel en boca golosa. Soy noctámbulo desde hace años, porque no me alcanza el sueño hasta bien entrada la noche. Por esa razón gozo de la amena conversación, en especial cuando la compañía es grata y escuchadora, que conozco mi tendencia al monólogo. En este caso, todavía más comfortable con este aguardiente capaz de enterrar los miasmas de un ejército. Ya sabe lo que me atrae ese tema. Además, ha tocado un punto fundamental.

Dio un sorbo a su copa rellena, chasqueando los labios con placer antes de continuar.

—La Armada comprendió que podía disponer de un arma poderosa, tanto para el corso oficial, aunque ese nombre no guste, como para defendernos de los piratas africanos. Y se decidió que formaran parte regular de nuestra Armada esos buques, aunque de mayores dimensiones. Por ejemplo, en el Proyecto de Reformas que elevó nuestro gran hombre, don Juan José de Navarro y Búfalo, marqués de la Victoria, estimaba que la Armada debía disponer de 36 navíos y doce fragatas, proponiendo a su vez la construcción de una docena de grandes jabeques.

—El héroe del combate de cabo Sicié.

—Bueno, aquel combate que celebramos como victorioso y que le valió el título a Navarro, no lo fue tanto, y que no me oigan algunos de nuestros compañeros o me tildarán, como tantas otras veces, de derrotista. Lo que sucede es que aquí celebramos como victorias lo que pareció quedar en tablas a lo mucho, aunque nuestros aliados franceses, bajo el mando de aquel vejete y decrépito almirante De Court, actuaran con su consabido menester, cal y arena en adecuadas proporciones. Pero volviendo al tema que nos ocupa, también el marqués de la Ensenada, gran impulsor de nuestra Armada, se preocupó personalmente del tema de los jabeques, alentando su construcción. En un principio, se basaron en los astilleros que llevaban muchos años construyendo esa clase de buques, es decir, en las islas Baleares. Pero cuando por encargo de Ensenada, don Jorge Juan y Santacilia racionalizó la construcción naval en nuestra Armada, pasaron a construirse esas unidades en los arsenales militares, que para eso estaban.

—En el Arsenal de Cartagena nos contaron que el primer buque que se construyó en sus instalaciones fue, precisamente, un jabeque, el Galgo.

—En efecto, entregado a la Armada el 25 de abril de 1750, ceremonia que se llevó a cabo con bombo y platillo porque, como dice, era la primera unidad que salía de sus gradas, con el arsenal cartagenero todavía en construcción. Pero a los pocos días salían otros tres con las mismas características, los Cazador, Liebre y Volante, con nombres apropiados a nuestra actividad cinegética de estos días. Eran buques de 298 toneladas y veinticuatro cañones de a 8, con una eslora de sesenta codos^[39], y una manga cercana a los quince. Como puede comprobar, eran muy superiores a aquellos con los que nos desbravamos los isleños. Pero no crea que la construcción se

limitó a los arsenales de la Armada, que se fueron alternando con los baleares para no perder su experiencia. Incluso los que se construyeron en Francia, lo hicieron bajo la mano de aquellos cuatro carpinteros de ribera de mis islas que marcharon a Tolón. También Nápoles y la Orden de los Caballeros de Malta siguieron nuestro ejemplo, aunque no con tanta intensidad.

—Y continuaron el aumento en sus dimensiones y porte, con el paso del tiempo.

—En efecto. En 1753 salió el Aventurero del Arsenal de Cartagena, un magnífico ejemplar en el que mucho navegué, con 30 cañones, más que algunas fragatas de su época. Por desgracia, este buque se perdió en ruta hacia Buenos Aires en 1767, al varar en el Banco Inglés, siendo su dotación recogida por el Andalúz, que también cruzaron los jabeques el océano en repetidas ocasiones. Pero volviendo a la cuestión, de esta forma comenzaron a dividirse en dos clases, los pequeños dedicados a la exploración, que también llamaban velacheros^[40], y los grandes para el combate. Pero cuando comenzamos a aumentar el número de sus piezas de fuego, fue donde ganamos la batalla, porque los argelinos siguieron apostando por buques de escasa artillería, de seis a doce cañones, aunque con elevada dotación para abordar y marinar sus presas. Después quisieron enmendar el error y artillaron en mayor cantidad, como ese Caballo Blanco que les he mencionado.

—¿Tienen problemas los argelinos para producir artillería? —pregunté siguiendo una deducción lógica.

—En efecto, esa es su gran debilidad. No disponen de una producción industrial adecuada, lo que les hace limitarse a calibres pequeños o adquirirlos en trueque con cristianos villanos, una vez que han perdido parte del favor turco. En jabeques, por ejemplo, nunca llegarán a un ejemplar como el Murciano, con sus 34 cañones y diez pedreros. Por esa razón, con una potencia de andanada tan poderosa, se consiguió que mis queridos frascos de fuego y las tácticas de abordaje pasaran a un segundo plano.

—¿Por qué cambiaron sus aparejos de forma tan radical? —me había convertido en una máquina de formular preguntas, aunque la ocasión así lo propiciaba—. Me cuenta que en sus primeros jabeques incorporaban vela latina, mientras que, en estos días, la mayoría utilizan aparejos de vela redonda.

—El cambio llegó forzado por el aumento en los tamaños y cargamento. En aquellos primeros jabeques era ideal la vela latina, la más adecuada para superar las ventolinas y vientos tan cambiantes del Mediterráneo, así como para ceñir y navegar de barlovento. Pero imagine el Murciano, con sus 460 toneladas de arqueo y 150 pies de eslora con velas triangulares. Conforme aumentaron el desplazamiento, las velas latinas eran de difícil y peligroso manejo con esas entenas^[41] de tan enorme envergadura. Además, no ofrecían el impulso necesario. Incluso hubo problemas en algunos jabeques al correr temporal y caer la entena sobre cubierta, con gran cantidad de muertos y heridos. Si no recuerdo mal, el primero en armar velas cuadradas fue el Atrevido, botado en Cartagena en 1763, con planos de Jorge Juan y las primorosas manos del carpintero de ribera Juan Real, pero el cambio se generalizó con el paso

del tiempo.

—Y los tres palos pasaron a aparejar vela redonda.

—De forma gradual, como suelen ser los cambios en la mar. Comenzaron con el palo^[42] trinquete, después se añadió al palo mayor, para acabar con vela redonda en los tres palos, incluido el mesana, aunque éste último ofrezca variaciones. De todas formas, si yo fuera el comandante de alguno de estos grandes jabeques, dejaría el mesana siempre con latina, que puede ofrecer cierta seguridad en todo momento. No se olvide que nuestros grandes navíos arbolaban latina en el mesana hasta hace pocos años, cuando copiamos esas velas cangrejas a los ingleses.

—Deberían haber cambiado el nombre, que estos jabeques poco se asemejan a los primitivos.

—Ahí sí que tiene razón, muchacho. Y conste que, por mi parte, cuando comenzaron a aparejar velas redondas, los llamaba jabeques-polacra porque, en realidad, eran polacras aunque sus líneas y cascos se asemejaran al cien por cien con los jabeques. Pero tampoco era del todo correcto y lo reconozco, que las polacras no utilizan masteleros, sino palos enterizos sin cofas^[43], y estos jabeques acabaron por utilizar algún que otro mastelero, incluso visité uno francés sin galcés^[44] y con una pequeña cofa incorporada en el trinquete. Pero, bueno, las variantes son infinitas, como todo lo que navega por la mar, y para nosotros siguen siendo los jabeques, con sus cascos iguales y aparejos de toda clase. Y no crea que nos limitamos a los de grandes proporciones, que también seguimos construyendo ligeros, que tan necesarios son, como el Nuestra Señora del Carmen, botado hace pocos años en Palma de Mallorca, con 178 toneladas de arqueo solamente.

—El Murciano lleva los tres palos con vela redonda —era más una afirmación que una pregunta.

—Trinquete y mayor redondos. El mesana puede variar, aunque en estos días utiliza latina y redonda en sobre. Si hablamos con propiedad, podríamos decir que se trata de una polacra con casco de jabeque, aunque no guste a algunos ingenieros. Pero para siempre será el jabeque Murciano, un extraordinario elemento de guerra. Ya me hubiera gustado poseer ese buque en mis años mozos —sonrió con añoranza—. Me habría hecho de oro.

Se hizo el silencio. Para mi pesar, comprobé que la frasca de aguardiente había recibido su último latigazo.

—Pediré otra frasca, mi general.

—Déjalo ya, muchacho, que le hemos dado un buen meneo a estos caldos. Y hace su efecto somnífero, como el láudano. Si mañana queremos cazar, como es mi deseo, deberíamos intentar conciliar el sueño.

—Lo que usted diga. Y nos retiramos por fin, aunque por mi parte habría seguido horas y horas con aquella conversación que era la mejor escuela. Pensé con alegría que todavía me restaba un día completo para abordar otros temas, con lo que pasé revista en mi mente a los que consideraba de mayor interés. Me dormí pronto, entre

velas latinas y redondas, polacras y velacheros dando vueltas por mi cabeza. Pero, por encima de todo, imaginaba a la perfección ese jabeque de grandes proporciones, el Murciano.

11. Noticia importante

El sábado repetimos la faena cinegética con parecidos resultados a la precedente, aunque la brisa de levante que comenzó a soplar entrada la mañana se tornara roladiza, con lo que las reses venteaban en exceso. Pero la abundancia del monte era muy amplia y querenciosa, con lo que se consiguió rodear una espléndida mancha de reses a sotavento, que dejó magníficos ejemplares a nuestra disposición. Incluso el general pareció haber acopiado sabiduría de su sangre antigua y abatió un ejemplar extraordinario, sin subterfugios por nuestra parte, lo que le hizo vibrar de emoción. Cuando nos acercamos al animal, pudimos comprobar su espléndida cuerna, con más de veinte puntas y las palmas abiertas en racimo al cielo, para formar lo que bien parecía una gloriosa bandeja de orfebrería.

Aunque el viento amainó a mediodía y las recovas eran de suficiente tamaño, con lo que podíamos aplacar el hambre que la tensión desata en el campo y continuar la faena, preferí regresar al Castillo. He de reconocer mi cuota de egoísmo en esta ocasión, pero no era cosa de perder la posibilidad y repetir la interesante charla en la sobremesa, que ya se traficaban los pensamientos cruzados en mi cerebro a pabellón alzado. De esta forma, alegué excusas que mis hombres aceptaron sin comprender, para agilizar el regreso.

Cristina volvió a brillar en la organización del almuerzo, dispuesta a dejar ahíto a nuestro huésped con fuertes machetazos, condición difícil de alcanzar, dada la capacidad del general para embarcar viandas en su alforja estomacal. De esta forma, don Antonio atacó las carnes y guisos con todo el aparejo y la suficiente lentitud, sin menospreciar ofrecimiento alguno. Para nuestra sorpresa, alabó de forma especial un faisán estofado en base de higadillos, con lo que derribó la que entendíamos como una menor querencia por la pluma. Así lo declaró.

—Mi general, creía que las aves no eran su punto fuerte, razón por la que Cristina, siguiendo mis consejos, ha cargado la mano en las reses.

—Y así ha sido mi norma durante muchos años, aunque no hiciera ascos a ningún manjar, condición habitual para los que han sufrido periodos de dura sequía. Pero he de declarar sin formalismos, que jamás había catado un faisán tan tierno y sabroso. Y comería más a gusto si el rostro de este pegajoso Martín, no reflejara un continuo reproche en su espantosa cara.

—Porque le aprecio de bien, señor, y luego llegan los arrepentimientos.

—Eso me sucede cuando eres tú quien prepara los alimentos, en connivencia con ese cocinero maltés que me sigue a todas partes y apareja perlas sin orden ni concierto. Debíais pasar por esta escuela y no sufriría los ataques que me ponen las tripas de vuelta.

Y continuó a su ritmo, hasta con dulces y pasteles que normalmente evitaba. Cristina parecía encantada con tan excelente comensal y soltó su lengua en animada conversación, ganada la confianza de nuestro invitado.

Para mi desgracia, tan apetitoso y alargado almuerzo presentó negativos resultados. La esperada sobremesa con la frasca de aguardiente como testigo, duró en esta ocasión un leve suspiro, que a los pocos minutos roncaba el general como ballena herida y debimos dejarlo en cuarentena. De esta forma, recomendé a Cristina mesura en la colación vespertina, aunque alegara como razón principal los muchos años de nuestro hombre y su habitual tendencia a los cólicos.

Volvimos a pasear por la tarde, en labor dirigida por mi mujer, que conocía hasta la última piedra digna de ser observada en muchas leguas a la redonda. Debimos tomar el carruaje en esta ocasión, para visitar las ruinas de un viejo castillo moro de la Reconquista, del que tan sólo velaba la estructura, así como un conjunto de piedras desbastadas que, en opinión de la experta, se remontaban a los años de la dominación romana. Aunque Barceló asentía con rostro interesado y preguntaba al quite de cualquier información, creo que nos aburríamos con tanta historia vieja.

Y llegó el momento esperado por mí, en la sobremesa nocturna. Por fortuna, el largo paseo había cansado a Cristina, que se excusó con rapidez, con lo que a los pocos minutos de general conversación, quedé a solas con don Antonio, dispuesto a rematar la faena informativa.

—No me cansaría de tomar este aguardiente a diario, bien lo sabe Dios —paseaba la lengua por sus labios con placer—. Parece mentira que con tanta fuerza, presente asimismo un sabor delicado, más propio de esos vinos de Morea que acarician el paladar.

—También yo disfruto con ellos.

Barceló me miró con una sonrisa en sus labios. Comprendí que era hombre inteligente y capaz de leer mis pensamientos, lo que corroboró con sus palabras.

—Pero creo que usted, Leñanza, alberga todavía suficientes incógnitas en su mochila.

—Y está en lo cierto, aunque no comprenda el camino seguido para deducirlo —me sonrojé ligeramente, como si hubiera sido cogido en falta.

—Más sabe el diablo por viejo, aunque preferiría la ignorancia del joven en estos momentos. Pero no se enturbie y largue las alas cuando quiera, que me sabe conversador y este licor suelta la lengua.

Aunque quedara desarmado en los primeros segundos, recompuse mi estrategia y atacé con el tema que estimaba fundamental.

—Me gustaría saber, mi general, si lo cree oportuno, la razón por la que ha decidido embarcarme en un jabeque, si es que ha sido de forma premeditada.

Barceló volvió a sonreír, con aquel su gesto paternal que exhibía a veces.

—Nunca disparo sin apuntar contra el objetivo, aunque yerre mucho en la caza. Mire —abrió las manos para adornar la explicación—, los jabeques han sido y, en mi opinión, siguen siendo la mejor escuela para los jóvenes oficiales de nuestra Armada. Así lo recomendé siempre a los que me pidieron consejo. No es bueno para el que intenta sacar sus primeros dientes marinos, mantenerse en navíos o fragatas que, en

determinadas épocas, calzan más el muelle que las olas. Además, estos buques que se encuentran prestos día y noche para hacerse a la mar y luchar con uñas y dientes, en muchas ocasiones de igual a igual, generan la necesaria tensión que aviva el pensamiento, dan alas a nuestra imaginación marinera y fomentan el ardor combativo.

—Pero no embarcaré, solamente para la jornada de castigo —en mi fuero interno temía la temporalidad de los destinos asignados hasta el momento.

—Nada de eso. Ya sé por donde navegan sus temores. La jornada será un aliciente más, pero deberá seguir embarcado en esa unidad durante algún tiempo. Aprenderá a costear, tomar los abrigos y buscar al enemigo barajando su pensamiento. Tan sólo he de reconocer que adolecerá de práctica y conocimientos en navegación astronómica, que sólo en las navegaciones de altura se obtienen. Pero ya le llegará esa moscarda. Y no se trata de ideas mías, peregrinas según muchos. Los que hoy en día considero como los mejores y más bragados oficiales de nuestra Armada, chuparon de la teta en estos buques. Además, volverá a quedar bajo las órdenes de su antiguo jefe.

—¿Mi antiguo jefe? No le comprendo.

—Cuando deseaba embarcar en las flotantes, lo asigné a la San Cristóbal porque la mandaba un gran oficial, uno de los mejores y al que le auguro un brillante porvenir, aunque sea siciliano de nacimiento —esbozó una sonrisa, al recordar su crítica a los habitantes de esa isla—. ¿No lo recuerda?

—¿Don Federico de Gravina y Nápoli? ¿Vuelvo a quedar a sus órdenes? Me pareció entenderle ayer que mi comandante sería... —Intenté recordar el nombre.

—El teniente de navío don José Girón, y así lo será. Estoy seguro que se trata de un comandante con todos los ingredientes necesarios, porque valor y condiciones no le faltan. Su destino anterior fue el de segundo comandante en el jabeque San Damián, donde demostró una sangre fría envidiable. Es posible que le sorprenda el empleo que ostenta ya que, según ordena el Reglamento General de guarniciones^[45] y tripulaciones, debería ser un capitán de fragata quien llevara las riendas de ese buque. Pero Girón es de suficiente antigüedad y ha demostrado ser capaz. Hasta el mes de febrero mandaba el Murciano el capitán de fragata don José Wsell de Guimbarda, bravo hasta las nubes, fecha en la que pasó destinado a mi Estado Mayor. Ambos son hombres bragados y con amplia experiencia en estos buques. Pero la división compuesta por nueve jabeques grandes y tres ligeros, estará bajo las órdenes de Gravina.

—Pues cuánto me alegro —era sincero en mi opinión—. Todos a bordo de la flotante lo apreciábamos mucho. Y recibí en mi hacienda extremeña una cariñosa carta suya, deseando mi pronta recuperación.

—Ya anda Gravina con bien ganada fama. Y en los jabeques llevó a cabo señalados servicios, que mandó los Pilar y Gamo, antes de asumir el del San Luis.

—Ése era uno de los que estuvo incorporado en las divisiones que actuaban a sus órdenes en el bloqueo gibraltareño, que bien lo recuerdo.

—En efecto. Como norma habitual, muchos oficiales desearon embarcar en estos buques para conseguir acciones de renombre y rápidos ascensos, aunque también fue destino de castigo para otros.

—¿De castigo? —No comprendía el sentido de sus palabras.

—Algunos oficiales con negativo comportamiento o escaso valor demostrado ante el enemigo, eran destinados a servir como aventurero^[46] en los jabeques del Rey, por un periodo de tiempo más o menos largo, hasta que su valerosa conducta en la vida exigente de patrulla y combates continuos, los redimiera de sus penas. En mi época recibí bastantes hombres en estas condiciones, a los que exigí como el que más y he de reconocer que cambiaron en su proceder. Algunos murieron con actos de valor extremo.

Me dejó dubitativo aquella información, que Barceló pareció interpretar a la falsa.

—Si no le seduce la vida en esos buques, podríamos cambiarla por otro...

—Ni lo mencione siquiera, mi general. Es para mí un honor servir a bordo de unidades que tanta fama han aportado a nuestra Institución. Y le agradezco una vez más que encauce mi carrera, que mucho le debo en estos últimos años.

—No me debes nada, muchacho. Todo lo conseguido lo ganaste a pulso, bien lo sabe Dios. De todas formas, ya te he dicho que en estos días, los jabeques, aunque con muchos periodos de patrulla por culpa del curso, no ofrecen los peligros de otros tiempos. Incluso es posible que les asignen labores normalmente dedicadas a las fragatas, por escasez de las mismas, como ocurrió en la funesta jornada de las flotantes.

—¿En las flotantes? No recuerdo a los jabeques en misión de apoyo.

—Porque bastante faena tenía usted a bordo de la suya. En aquella fantástica escuadra que mandaba don Luis de Córdoba y que fuera burlada por el almirante Howe, se tenía asignada especial misión a los jabeques. Se organizaron tres divisiones ligeras, formadas por una fragata, dos jabeques, dos balandras y cuatro faluchos^[47] cada una, que debían caer sobre el convoy inglés mientras la escuadra combatía al grueso britano. Si no recuerdo mal, allí se encontraba el Murciano, con sus compañeros Lebrél, Pilar, San Lino, San Antonio, África, San Sebastián, San Luis y San Blas. Algunos de ellos, precisamente, colaborarán con el suyo en la próxima jornada. Por desgracia, no pudieron llevar a cabo su función por falta de pericia en quien más debía tenerla, que bastante lo sufrí. Pero no es momento de desbarrar, que ya conoce mi opinión sobre alguno de nuestros más ilustres y laureados capitanes generales.

—Sí, señor. Bien que lo recuerdo.

Se produjo un silencio, como si nuestros pensamientos viajaran en aquellos momentos por separado. Pero no necesité achuchar al general, que ya andaba con la pistola amartillada. Volvió a hablar, sin dirigirme la mirada.

—Deberá embarcar pronto en el Murciano, Leñanza.

Me tomó desprevenido aquella declaración. Pero en pocos segundos caí en la

cuenta de que la programación embastada en mi cerebro no había sido correcta. Y así se lo declaré con decisión.

—También quería hablarle de ese tema concreto —mentí en esta ocasión, pero no por tibieza—. Si la salida de la escuadra para la costa argelina está prevista, según nos dijo, para la segunda quincena del mes de junio, debería embarcar con la suficiente antelación para hacerme con mi destino a bordo.

—Me alegro que lo diga. Como puede comprender, a ningún comandante le gusta embarcar personal pocos días antes de una importante acción. En este caso concreto, el día 10 del próximo mes de mayo finalizará la carena del Murciano en el arsenal cartagenero, por lo que su comandante quiere hacerse a la mar en cuanto embarque los pertrechos y municiones. Saldrá en misión de vigilancia aunque, en verdad, el teniente de navío Girón quiere acoplar a la dotación, nueva en un cincuenta por ciento. Y éste hombre es de mi escuela, por lo que les sacaré los belfos con ejercicios a todas horas.

—¿Le parece bien que me presente a bordo el mismo día 10? —pregunté, mientras algunas dudas y el rostro de Cristina rondaban por mi cabeza.

—Era el momento que pensaba recomendarle —Barceló había pasado a la seriedad más absoluta, rasgo normal en él cuando mudaba a cuestiones del servicio—. Me entrevisté con el comandante, un día que vino a verme al navío insignia, y le pedí su embarque. Está encantado de tenerlo a sus órdenes, que todavía recuerda alguna de sus hazañas. Y no es de los que suele adular al superior, que es hombre de verdades. Pero no crea que mentí al recomendarlo, porque nunca lo he hecho y usted se lo merece. Con valor y a las claras, no tendrá problemas con ese oficial, se lo garantizo.

—No sé cómo agradeceréelo —volví a sentir una especial sensibilidad por aquella persona a quien tanto debía—. Sigo una vez más bajo su manto protector.

—Los que se han encontrado bajo mis órdenes sufrieron duras pruebas, como las suyas. Disfrute de estos pocos días que le restan con su mujer, y trasládese a Cartagena. Cuando llegue, pase por el detall de la Mayoría General, que allí encontrará su orden de embarco.

—¿No he de renunciar a las semanas de prórroga que me restan?

—Yo me encargaré de ese detalle. Ya sabe que suelo saltarme algunas normas, cuando lo considero necesario para el adecuado servicio de las armas. Aunque los capitanes de papeles y despachos son lentos como tortugas en sus disposiciones, capaces de retrasar una escuadra por meses, un grito en momento oportuno les hace brincar como picadura de avispa. Su orden de embarque se encontrará preparada, no lo dude, anulada el resto de la prórroga sin seguir el conducto reglamentario, una maniobra necesaria en determinadas ocasiones.

Permanecí en silencio, que eran muchos ahora los mensajes que debía descifrar mi cerebro a gran velocidad. Volví a escuchar la voz de Barceló.

—Y puedo ofrecerle otro consejo que estimo oportuno y necesario.

—Siempre los seguiré.

—No diga eso y acate solamente los que considere adecuados en cada momento, según su libre disquisición. Pero creo que tanto usted como el famoso Pecas, gozaron de escaso tiempo en la Escuela Naval, provocado por su ascenso al empleo de alférez de fragata. En cuanto a mar y guerra en el más amplio sentido de la palabra, nada les falta, que se abrieron a las aguas con valentía y buena práctica. Pero han adelantado mucho algunas técnicas, en especial las de navegación. Por esa razón se imparten cursos específicos en los tres departamentos, para que los oficiales se pongan al día, tanto en los nuevos armamentos como en el cálculo de la longitud, con esas complicadas tablas y los preciados cronómetros que algunos buques incorporan. En la primera oportunidad de relajo en puerto que disfrute, debería acometerlos.

—Así lo haré, puede estar seguro.

El resto de la conversación se mantuvo en tintes anodinos hasta retirarnos a descansar. Es difícil explicar en pocas palabras los sentimientos que me asaltaban, y ninguno era de temor al cercano futuro. Por una parte, ansiaba embarcar cuanto antes y hacerme a la mar en ese jabeque por el que bebía los vientos, podría jurarlo. Sin embargo, temía con espanto el momento de decirle a Cristina que se acortaba mi periodo de recuperación, por llamarlo de alguna forma, que debería alejarme de ella un mes antes de lo previsto. Y ahí sentía la punzada del dolor, como tantas otras veces. Eran esas repetidas estadias en las que deseas ver pasar el tiempo como el vuelo de una gaviota, para encontrarte semanas después, soslayados esos momentos de gran tristeza.

Me costó conciliar el sueño, como es fácil comprender. A ratos intentaba descubrir en la oscuridad el rostro de Cristina, lo que aumentaba la desazón que me atenazaba. Deseé disponer de láudano a mi vera con el que excitar ese huidizo sueño, arma que se ralentiza cuando más la requerimos. Ni siquiera la silueta del Murciano me concedió el necesario alivio.

12. Momentos tristes

El domingo pareció nublarse el cielo y la tierra a portillo cerrado, que como aseguran esos viejos marineros de innata sabiduría, los malos vientos que barren la mar aparejan en las crestas de sus olas otras muchas calamidades, bien sean físicas o mentales. Y como ya les he asegurado en otras ocasiones, la tierra no es más que una prolongación artificial de las aguas, una minúscula excepción, quizás, que no elimina sus milenarias costumbres, aunque muchos crean posible cambiar de vida al pisar un nuevo puerto.

La amanecida se tornó sombría y ventosa, raro acontecer porque las bridas venían de orden en los dos últimos meses, con lo que decidimos reposar hasta el momento del Santo Sacrificio de la Misa, que escuchamos con la necesaria devoción en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena. Antes de la ceremonia religiosa avisé al párroco, don Eleuterio, de la presencia del general. Para mi sorpresa, me pidió de forma encarecida la oportunidad de conocerlo en persona, por haber escuchado muchas historias sobre sus hazañas en la mar. Como después supe, el buen hombre era natural de la villa costera de Palamós, donde Barceló había dejado importantes secuelas de sus acciones marineras. Hablaron por llano durante algunos minutos, con el positivo rédito de que elevara el oficio del día en especial rogatoria, para que la venidera jornada contra los argelinos resultara beneficiosa a nuestras armas y la propia religión.

Pero ya el ambiente se mostraba ciertamente alicaído. Y no crean que me amilanaba el próximo embarque en el jabeque, nada más lejos de la realidad, que mi alma brincaba batiendo a son de mar. Pero quedaba el mal trago del anuncio familiar y Cristina, que parecía bruja en los adivinamientos, debía barruntarse malas nuevas con sólo observar mi rostro, tan reacio en aparentar lo que no brotaba del corazón. Pero mantuvimos la alegre cortesía exterior hasta la despedida de don Antonio, quien rehusó almorzar en nuestra compañía ante el largo viaje con riesgo de lluvias que le esperaba. Al menos, aceptó una generosa cesta con alimentos para aliviar las necesidades en el trayecto, así como una frasca de aguardiente que, según estimamos, no llegaría a tiempo de incendiar buque alguno.

Nos despedimos en la rotonda de entrada. Barceló nos miró con extremo afecto, como si, en verdad, sintiera hacia nosotros un cariño paternal. Besó la mano de Cristina a la vez que volvía a manifestar su agradecimiento.

—Nunca me arrepentiré de haber aceptado su invitación y seguir el consejo del joven Pecas. Necesitaba un descanso y ningún lugar mejor para ello, que me parece haber disfrutado de una esplendorosa etapa en el paraíso celestial. Pueden estar seguros que siempre recordaré estos días y los momentos disfrutados, tanto en la caza como en los paseos y el yantar. No volveré a comer como príncipe hasta dentro de quién sabe cuánto tiempo.

—Con esas palabras me siento más que pagada y muy agradecida —Cristina

mostraba con claridad la emoción que la embargaba.

—Ya sabe que nuestra casa, bien sea en esta hacienda o donde quiera Dios que nos encontremos, será siempre la suya, mi general.

—Muchas gracias, muchacho.

Barceló evitó la mano tendida y me ofreció en cambio un abrazo. Aquel gesto pareció hacerme retroceder en el tiempo, cuando se produjo una escena en parecidos términos, aquel inolvidable día de la llegada a la base de Algeciras a bordo del bergantín.

—Muchas gracias a los dos. Si alguna vez puedo repetir una escapada, no duden que me encontrarán aquí.

Comenzó a subir por el estribo, hasta arrancharse en su asiento con un esfuerzo por su parte. Fue entonces cuando Cristina, con un tono de voz ligeramente emocionado, que más parecía especial súplica, le tomó la mano a través de la ventanilla.

—Por favor, general, cuide de Gigante, aunque sé que no debería elevar tal petición. Ya sabe que sin él no podría vivir, y ahora seremos dos los que lo necesitamos.

—No se preocupe, niña mía —el general palmeó la mano de Cristina con especial cariño—. No le miento al decirle que las operaciones que acometeremos son de escaso peligro, y espero que la paz con Inglaterra se mantenga durante muchos años. Sin embargo, como persona inteligente sabe que nuestra profesión lleva el peligro aparejado y así la elegimos. Su hombre se encontrará aquí para el nacimiento de su hijo. Y no crea que necesita Gigante mucha protección, que ya es ducho en salir bien librado de los conflictos.

Cristina pareció quedar contenta con la respuesta. Cuando ya arrancaba el carruaje, Barceló se dirigió a mí.

—Venga a visitarme y almorzar al buque insignia cuando pueda, aunque con los cocineros que disfruto no podré corresponder como sería de mi agrado.

—Con su compañía es suficiente, mi general. Así lo haré en la primera oportunidad.

Saludamos con la mano mientras se alejaba el carruaje, y así continuamos hasta perderlo de vista en el recodo que formaba una gruesa pinada. Tomé a Cristina por el hombro, sintiendo como si algo bello y hermoso se marchara a bordo del carruaje del general. Temía encararme con ella y permitirle bucear en mis ojos, para encontrar la verdad que intentaba retardar. Nos giramos en silencio, tomando las escalinatas de piedra donde la viera por primera vez. Con la mirada perdida en el suelo, escuché su voz anclada en la distancia, con un tono casi derrotado.

—Has de partir pronto. ¿Verdad?

—Sí.

Contesté con excesiva rapidez, como si de esa forma largara un pesado fardo de mis espaldas. La apreté con más fuerza contra mí, mientras observaba el perfil de su

rostro. La supuse con los ojos abiertos al agua. Su voz volvió a sonar como venida del más allá.

—¿Mañana?

—No, mi amor. Todavía podemos disfrutar juntos de una semana alargada. Pero no pensemos en las separaciones y disfrutemos del momento, que así debemos enfocar nuestra vida o se convertiría en un suplicio. Para nuestra desgracia, son muchas las despedidas que nos aguardan por la proa y a ellas hemos de acoplarnos, como el día sucede a la noche. Ya te lo dije en serio una vez, y no te mentí. Nadie podrá impedir que vuelva a ti.

Por fin, se detuvo para girarse hasta quedar enfrentados. Clavó sus ojos en los míos, como en aquellos primeros momentos en los que nos declaramos nuestro amor. Deseé besarla, aunque no era lugar apropiado.

—Soy el hombre más afortunado del mundo. Ya lo dijo el general, y los jefes siempre tienen razón —intenté utilizar un tono de voz alegre y distendido.

—Sabía que se cocía algo anoche, por tu inquietud. Eres un bandido —por fin volvió a sonreír—. Pero tienes razón, disfrutemos de los momentos que la vida nos entregue y olvidemos el resto. Detengamos el tiempo.

—De acuerdo.

Era muy fácil decir aquellas palabras y a ellas pareció asirse Cristina como cabo salvavidas. Pero bien sabíamos que no era tarea de sencilla conclusión.

Por desgracia, el tiempo no se detuvo, y les hablo desde el punto de vista como hombre enamorado, que la mar produce esas corrientes contrarias en nuestras almas, hasta el punto de hacernos mudar el corazón y desear fervientemente el agua y el fuego al mismo tiempo. Porque, en esos mismos momentos en los que odiaba separarme de Cristina y el dolor se cruzaba a espaldas en mi pecho, sentía la inquietud y nerviosismo por embarcar cuanto antes, con la figura del jabeque rondando por el cerebro. Y no crean que se trata de abierta locura, aunque sea difícil de comprender.

Avisé a Setum con objeto que dispusiera los necesarios preparativos para abandonar el Castillo el día 9. No quería forzar la suerte, por lo que prefería tomar el camino del sur en dicho día y dormir en posada, para arreglar el papeleo necesario en la mañana siguiente, jornada prevista para mi embarque, que llevaría a cabo a continuación. El buen secretario, desconfiado como siempre, volvió a preguntarme si mantenía mi promesa sobre su compañía, lo que ratifiqué para su tranquilidad. De esta forma, comenzó a hacer acopio de víveres a gran escala, hasta el punto de necesitar recordarle que no se trataba de navío de tres puentes el buque de destino, sino un simple jabeque. Pero como después pude comprobar, hizo caso omiso a mis recomendaciones, que ya andaba mi negro protector por libre en la hacienda.

Cristina supo desempeñar su papel con admirable convicción. En los momentos que escribo estas líneas, tan lejanos en el tiempo, me maravillo de su saber estar a tan

temprana edad, que sólo contaba 17 años en aquellos días. No volvió a salir el tema de la inminente separación en ningún momento, hasta la mañana en la que debíamos decirnos adiós, esa palabra tan odiada por los enamorados. De acuerdo a su norma de evitar largas despedidas, la llevamos a cabo en la intimidad de nuestra alcoba, único momento en que se derrumbó su ánimo.

—Cómo podré vivir sin ti —se embutió entre mis brazos, largando por fin los sollozos que pugnaban por salir en los últimos días—. No te arriesgues de forma innecesaria y piensa que cuando vuelvas, si Dios así lo quiere, tendrás un hijo que te necesitará tanto como yo.

—No te preocupes, mi amor. En los últimos días de julio o primeros de agosto estaré de regreso para esperar contigo lo que ha de venir. ¿Has vuelto a pensar en la posibilidad de vivir en Cartagena? Podríamos arrendar alguna buena casa...

—No me lo pidas, por favor. Quedar sola allí, en morada desconocida e impersonal que nada recuerda, me resultaría insoportable. Aquí es mucho más agradable. Puedo pasear a caballo por donde anduvimos juntos, dormir en nuestra alcoba y muchas otras experiencias que todavía mantendrán tu sello personal.

—Me prometiste abandonar la montura —recriminé con la mirada—. Ya lo dijo el galeno de Cehegín, a partir del quinto mes, nada de cabalgadas.

—Aún restan unos días para cubrir ese plazo —me ofreció una sonrisa—. Y si lo de mudar a Cartagena lo dices por el parto, no ha de preocuparte. María, una de las doncellas que ya servían con mi madre, es excelente parturienta y nos trajo al mundo a mi hermano y a mí. Y el médico se encuentra a tiro de pistola, aunque prefiero las manos de esta mujer. Te esperaré aquí, aunque me verás muy gruesa a la vuelta.

—Me gustarás más todavía —la besé con ternura—. Tan sólo siento no estar presente en tu decimoctavo cumpleaños, el 24 de julio.

—Bien recuerdas la fecha.

—Cómo olvidarla. Hace dos años fue el momento culminante para mi carrera y mi vida. Con un poco de suerte, puedo llegar ese día. Dependerá de los vientos.

—Que sean generosos contigo y con la escuadra, por el bien de todos. Pero conque llegues sano y salvo es suficiente. Marcha ya aunque no lo desee, mi amor, que debes arribar a Cartagena antes de la anocheada.

Nos besamos por última vez antes de separarnos. Bajé con premura las escaleras y embarqué en el carruaje al salto, como marinero en toque de zafarrancho y prevención para el combate. No fue necesaria pregunta alguna por parte de Setum, que ordenó jalearse el tiro a la brava nada más cerrar la portezuela. Y de esta forma largamos el aparejo sin mirar hacia popa, aunque sabía que Cristina se encontraría asomada tras las cortinas.

Por fortuna para mi atormentado y dividido cerebro, dormí como un bendito las primeras horas del recorrido, a pesar de baches y roderas, tanto así que debí despertarme Setum para ofrecer el almuerzo estibado en el cestón. Comí poco pero bebí por largo del garrafón, con lo que la agradable modorra se mantuvo hasta cruzar

el pequeño puerto que llamaban de La Cadena, obligada separación arancelaria del campo cartagenero con el interior.

De acuerdo al plan previsto en mis adentros, ordené parar por fuera de las murallas de la capital departamental, en una posada que llamaban La Gaditana, a media legua de distancia de las puertas de Madrid, situada en una pequeña loma desde la que se divisaban los castillos construidos para defensa del complejo naval. Me había sido recomendada por el general cuando le hablé de mis intenciones para el traslado. Aunque me ofreciera camarote en su navío o residencia en el Arsenal, me decanté por la teoría de entrar por derecho y con pasaporte propio.

Cené con la sola compañía de Setum a la mesa y los sentimientos encontrados por la cabeza. Aunque la posada era de aspecto limpio y aseado, era mala a rematar la cocinera y de regular calidad los caldos que tanto necesitaba. Mi fiel secretario se mantuvo en silencio, que también embarcaba el africano dotes de brujería y sabía cuando era necesario callar. Pero tras los primeros vasos de un vino aguada y picantón que arañaba la garganta, me sentí obligado a largar mis primeras palabras.

—Cómo cambia la vida en tan pocas horas, amigo mío. Pasamos del norte al sur como aves en migración.

—Y que lo diga, señor. Pero mañana será otro día y en cuanto pise la cubierta de ese hermoso bajel se elevará su espíritu, ya lo verá.

Me hizo sonreír la sabiduría de aquel hombre, que parecía criado entre cuadernas de buques de la Armada, sin haber pisado cubierta más que unas pocas horas.

—Eres inteligente y creo que atinas. Mucho trabajo se abre por mi proa y siento cierto nerviosismo o prevención. La verdad es que se trata de mi primer embarque en regla, que los destinos anteriores no pueden llamarse así sino de quita y pon. No sé si me entiendes.

—Sí, señor. Ahora pasará a formar parte de ese buque al cien por cien, como sus velas y aparejos, y seguirá su suerte durante muchos meses. Pero algo por dentro me dice que disfrutará en él y sacará experiencias de provecho.

—Dios te oiga.

Y nos retiramos pronto a descansar, que deseaba presentarme fresco como coliflor cortada en las primeras horas de la mañana. Para mi sorpresa, a pesar de la alargada siesta, caí rendido como un fardo nada más posarme en el camastro, sin llegar siquiera a fijar el rostro de Cristina o el perfil del jabeque en mi pensamiento.

Recibimos con alegría unas recias tajadas de tocino, al sentarnos a la mesa en la siguiente mañana, que Setum atacó con sable desenvainado. Pero andaba acelerado y mastiqué cual martinete para aligerar la maniobra, que los nervios se arracimaban como borregos en el estómago. Creo que comenzaba a despuntar el sol cuando enfilamos la vereda abierta contra las murallas del Arsenal, para dirigirme a la Mayoría General, que se encontraba por fuera de ellas. Y allí sufrí durante dos horas, pasando por despachos con personajes siniestros y avinagrados, esos que tanto dañan

nuestra institución con dilaciones y eternos papeleos que acabarían por desquiciar al santo Job.

Me movía por terreno conocido, que la escuela Naval donde pasara momentos inolvidables se encontraba a pocos metros. De esta forma, dulces pensamientos llegaron a mi cabeza, donde destacaba con fuerza la figura de Pecas, quien conformó los mejores momentos de aquellos meses tan intensamente vividos. Y fue entonces cuando me pregunté por dónde andaría el buen amigo, navegando quizás por aguas del Bósforo o en el tornaviaje hacia Cartagena. También pude observar a pocos metros el siniestro edificio del Cuartel de Presidarios y Moros, lo que me hizo elevar una oración por el alma de mi padre, que penara injustamente entre sus paredes.

Por fin, conseguí mi preciada orden de embarque, aunque tuviera que recurrir al nombre de don Antonio Barceló en un par de ocasiones, lo que hizo abrir puertas enquistadas como por arte de magia. Y asimismo cobré el permiso para embarcar criado propio, que esa guinda del pastel no preparada me hizo sufrir un segundo calvario. Pero me sentí libre al abandonar el edificio de las oficinas siniestras, donde me crucé con mucho uniforme engalanado sin reconocer a nadie.

Y aproamos el carruaje hacia los portones del Arsenal, de impresionante y majestuoso tamaño. Como vestía para la ocasión el uniforme grande, de tan vistosa ornamenta, los soldados del Cuerpo de Batallones me cedieron la entrada con respeto y rapidez, indicándome la ubicación del jabeque Murciano en el muelle de poniente de la dársena. Debimos recorrer todo el perímetro del recinto, bordeando los muelles, a la vez que observábamos los diferentes talleres con sus especiales olores que los identificaban a la perfección. Setum se maravillaba al observar un complejo industrial de tal magnitud, como si se encontrara en otro planeta.

Doblamos para rodear el muelle norte, con lo que se abrieron las gradas de construcción a la vista, aunque sólo una de ellas se encontrara en uso con lo que parecía ser la estructura de un navío de dos puentes. Siguiendo nuestro camino, dejamos por estribor los talleres de gálivos, a la vez que Setum dirigía su mirada hacia la izquierda, donde un navío y una fragata se encontraban en los diques de carenar. Mucho le alarmó observar los cascos en seco, debiendo explicarle que era la mejor forma para limpiar los costados del barco y mantenerlos en perfectas condiciones. Entre ambos diques se escapaba una densa humareda de una caseta donde el gran sabio Jorge Juan instalara las famosas bombas de fuego^[48], para extraer el agua de los diques y evitar el trabajo de esclavos y forzados que morían, en elevado número, por el trabajo tan extenuador.

Y por fin llevamos a cabo el último giro para encarar el muelle de poniente, más conocido como muelle de desarmo, por encontrarse frente a él dichos almacenes donde se guardaban los efectos de los buques que entraban en periodo de convalecencia y descanso. A lo largo del muelle se veía atracada una fragata en primer lugar, pero a continuación se mecía ligeramente el objetivo de mis pensamientos. Mandé parar el carruaje para observarlo a distancia.

Dice la voz popular que la primera impresión es la buena y así lo he creído siempre. Aunque el general Barceló me explicara que los jabeques se construían de gran tamaño, mi mente seguía anclada en los grabados de los libros de texto estudiados en la Academia, buques pequeños y escaso porte, por lo que me sorprendió encontrar aquel majestuoso buque. En una primera ojeada les aseguro que me pareció encontrarme ante una fragata en toda regla, y poco desvariaba de la realidad. Recién carenado y retocado de pintura, su casco se alzaba esplendoroso por encima del muelle. Elevé la cabeza para alcanzar la galleta de sus tres palos, perdidos allá en las nubes, y sonreí de felicidad. La voz de Setum me volvió a la realidad.

—Con este barco puede conquistar medio mundo.

—Y más de medio, Setum.

—Pero le faltan cañones, señor —pareció preocupado al observar troneras abiertas sin contenido.

—Por eso se encuentra en este muelle. Acaba de salir de los diques y esas cabrias embarcan artillería, pertrechos y algún mastelero. Pero ya verás cómo navega.

—Lo comprobaremos los dos, porque usted tampoco lo ha catado hasta ahora.

Reímos ante su contestación, que tanta verdad encerraba. Pero volví a repasar con la mirada, lentamente, la estructura del jabeque Murciano, el buque que sería mi hogar de ahora en adelante, por un periodo indeterminado de tiempo, como tantos avatares y sorpresas nos concede la vida en la Armada. También quedaban en la incógnita las azarosas circunstancias que podría vivir en él, buenas o malas. Pero no era momento de dudas sino de largar los sueños hasta el juanete, y a ellos me abandoné con inmensa felicidad.

13. A bordo

Y pisé la cubierta de mi nuevo destino, el jabeque Murciano, en la mañana del 10 de mayo de 1784. Pecas habría asegurado que embarcaba con buen pie, pues el sol se abría en aquel día de forma radiante, anticipando calores gruesos, por lo que el paño del uniforme hacía resbalar mi sudor por la espalda con generosidad. Pero se trataba de cuestión menor en aquellos momentos en los que, pueden estar seguros, sentía todos los grillos del mundo runrunear por mis venas con inmensa satisfacción.

Fui recibido a pie de portalón^[49] por un guardiamarina espigado de cuerpo y rostro marcado de viruela, que se ofreció con respeto para acompañarme a presencia del comandante. Circulamos hacia popa por la banda de babor de la cubierta principal, porque la contraria hervía de pertrechos y fardos que se embarcaban en aquellos momentos desde el muelle. De esta forma, alcanzamos la entrada a la cámara, bajo la toldilla^[50], que nos hizo avanzar por un estrecho pasillo. Reinaba la oscuridad en exceso, lo que me hizo ralentizar el paso para no tropezar. Por fin, escuché los golpes del joven alumno contra una puerta, solicitando permiso.

Al penetrar en el camarote, quedé deslumbrado por la fuerte luz que penetraba a través de una amplia lumbrera. La estancia era de reducido tamaño, aunque me sorprendió la calidad de sus muebles, posiblemente acopiados por el propio comandante de su ajuar personal, y noble disposición general en su conjunto. Un teniente de navío trabajaba parapetado contra una mesa de fuerte estructura, atiborrada de carpetas y cartas. Pocos segundos después, acabó por apartar un documento a su derecha, momento en el que elevó la mirada. Al comprobar mi presencia, abandonó el asiento de forma apresurada, a la vez que ofrecía una amplia sonrisa en su rostro.

—A sus órdenes, mi comandante. Se presenta el alférez de navío Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, en situación de licencia por convalecencia hasta el día de hoy, para embarcar en el buque de su mando.

Intenté dar seguridad a mi voz, a la vez que evitaba el título nobiliario que se solía añadir al nombre, lo que fue corregido por mi superior.

—Y conde de Tarfí, según tengo entendido. Bienvenido a bordo —me tendió la mano, que apretó con energía—. Precisamente en el día de ayer almorzamos con el general Barceló los comandantes de los jabeques asignados a su escuadra. Me habló de usted una vez más en términos muy elogiosos, aunque ya me adelantara algunos detalles cuando cursó la petición, hace semanas, para solicitar su orden de embarco en este buque. No hay mejor recomendación que la de don Antonio, a quien admiro como se debe.

—Le agradezco sus palabras, señor.

Aunque nunca he sido hombre de calibrar las personas al vistazo inicial y por la rápida, errónea pasión que confunde en demasía a tantos, me gustó aquel hombre

desde que escuché sus primeras palabras. Y no saben lo importante que es en la Armada quedar situado bajo comandante con buenas armas interiores. El teniente de navío Girón era delgado y bajo, aunque se le adivinaba un extraordinario vigor personal. Moreno de cabello y piel, destacaba su cara ancha, donde una nariz roma se abría como porta de mira. Debía rondar los veintitrés o veinticuatro años, aunque siempre sea ésta cuestión difícil de calibrar, en especial cuando se trata de hombres de mar. Por último, nadie podía evitar una mirada directa a sus opulentos mostachos, enhebrados a banda y banda como enhiestos espolones. Pero ofrecía una estampa de conjunto honorable y comprensiva, no exenta de la necesaria gravedad acorde a su mando.

—Me alegro de que embarque bajo mis órdenes, porque sé de su valor y atrevimiento personal. Y esas son, a mi entender, las mejores virtudes para las misiones que desempeñaremos, si consigo salir de las garras de este arsenal. Espero que se encuentre plenamente restablecido de sus heridas, ganadas a pulso en la triste jornada de las flotantes. Pero le adelanto que deberá trabajar en cantidad y rapidez, que el tiempo nos come a uñas de gato. Por desgracia, es mucho el personal de nuevo embarque y se nos abren las operaciones contra Argel a la vuelta de la esquina. Me gustan los equipos conjuntados, cuestión difícil en la división de jabeques con tanta mudanza de personal cada dos días. Por esa razón, intento salir a la mar cuanto antes y llevar a cabo los ejercicios necesarios.

—Me tiene a su disposición las veinticuatro horas del día, señor.

—De acuerdo. Preséntese al segundo comandante, teniente de fragata don Ciriaco de Llanos, que le ofrecerá los detalles de su destino a bordo. Podrá comprobar que la plantilla se encuentra ligeramente descompensada, lo que es el pan nuestro de cada día en muchas unidades, aunque en este caso no sea cuestión de preocupar. Como debe saber, ejerzo el mando en destino de superior categoría, aunque espero ascender pronto —se abrió en sonrisa de complicidad—, y asimismo el segundo. Sin embargo, disponemos de algún oficial por más. En cuanto al arranchamiento, como no se ha dispuesto el embarco de jefatura de división o escuadra, andaremos más sueltos de espacio y acomodación. Pero, bueno, todo eso se lo explicará de Llanos al punto. Le repito mi bienvenida y ya sabe que si sufre algún contratiempo oficial o personal, mi puerta estará siempre abierta para usted.

—Muchas gracias, mi comandante.

Y abandoné el camarote con un sentimiento de enorme satisfacción abierto en el pecho. Deben saber que en las diferentes unidades de la Armada, no siempre es fácil el trato con quien se encuentra por encima en la escala de mando, que los buques conforman un mundo interior y cerrado donde las pasiones, buenas o malas, se multiplican en exceso. Sin embargo, cuando se siente confianza y aprecio personal por el superior, parece ensancharse el horizonte y el trabajo se desempeña con más orden y acierto, esa al menos fue la consecuencia que saqué en mis muchos años de servicio. Aunque haya quien opine en contrario, les aseguro que es mil veces más

difícil mandar que obedecer.

Salí a cubierta un tanto atolondrado y con excesiva rapidez, por lo que a punto estuve de toparme de bruces con la escotilla mayor, por donde intentaban descolgar unos fardos de considerable tamaño por medio de un aparejo de viento. Pero aproveché la ocasión para preguntar a un veterano oficial de mar, quien resultó ser el primer contramaestre^[51], que se excusaba sin necesidad.

—Perdone, señor. Por poco le envío a la cubierta baja con el aparejo de respeto.

—No se preocupe. Salí de la oscuridad a la luz con demasiada velocidad. Por cierto, ¿dónde puedo encontrar al segundo comandante?

—Don Ciríaco acaba de pasar hacia proa y debe estar inspeccionando la munición que esa cabria mal parida, nos deposita en cubierta a la velocidad de una tortuga — señaló en dirección al artilugio armado en el muelle.

Continué en la dirección indicada, sorteando como podía personal y material. Y una vez más, volví a sufrir esa sensación tan negativa al observar a la marinería de nuestros buques, con indumentaria tan variada como zarrapastrosa. Aunque se encontraba previsto en la Reglamentación de Vestuario las prendas que los marineros debían lucir, éstas no se recibían de la Real Hacienda ni de tarde en tarde. Dicha merma llevaba a los hombres a vestir de acuerdo con sus propias y muy escasas posibilidades, lo que era causa de enfermedades y debilidades extremas en los inviernos o épocas frías. Si se tiene en cuenta el escaso haber asignado al citado personal, comprenderán que anduvieran medio desnudos o con sucios guñapos sobre el cuerpo, especialmente en los meses con temperaturas benignas, hasta formar un grupo heterogéneo más cercano a banda de leprosería que a dotación de un buque de la Real Armada.

Por fin alcancé el castillo donde, en efecto, un teniente de fragata de gran alzada y entrado en carnes discutía con quien parecía ser un guardián^[52] de la tripulación. Me detuve a dos pasos de él, como marcaba la cortesía, en espera que descubriera mi presencia. Además de su particular corpulencia, era don Ciriaco nervioso y vehemente en exceso, rasgo normal y natural en los segundos que son, en definitiva, quienes desarrollan las órdenes del comandante, con lo que suelen ser conocidos como la cara negra del mando. Pareció advertir mi presencia, por lo que despidió al guardián con una última orden.

—Espero que me haya entendido, porque no lo repetiré una vez más —elevaba la voz a gran altura y con deje autoritario—. No se embarcará jarra de pólvora alguna en la santabárbara, sin la inspección personal del alférez de fragata Desloves.

—Lo que usted mande, mi segundo.

Se giró hacia mí con el disgusto reflejado en el rostro, como si hubiese sido importunado en momento decisivo. Me apresuré a elevar el formulario.

—A sus órdenes, mi segundo. Se presenta el alférez de navío Francisco Leñanza, en situación...

—Ya lo sé, Leñanza —cortó con un movimiento brusco de sus brazos, aunque

intentó dulcificar el tono de su voz—. Disculpe el momento, pero don Andrés consigue sacarme las cuadernas del cuerpo a brazadas. Acompáñeme a la cámara para que le exponga sus obligaciones.

Y comenzó a desfilar hacia popa a paso largo, con lo que hube de desandar el camino ceñido segundos antes. Embocamos nuevamente el pasillo de oficiales, hasta penetrar en la cámara donde arranchaban. Era ésta una estancia un poco más amplia que el camarote del comandante y colindante con él, a la banda de babor. También disponía de una generosa lumbrera a popa, sin llegar al rango de balconada, que permitía la entrada de abundante luz. En el centro se situaba una mesa de falsete, también llamada de quita y pon, donde después supe se servían las comidas a los oficiales y, como norma de la Armada, siempre por cuenta de los comandantes^[53].

El segundo comandante tomó asiento, señalándome una silla contigua a la suya. Desabrochó su chupa con rapidez, para quedar en comodidad. Observaba cómo el sudor corría por su cara, cuando comenzó a hablar con extrema velocidad.

—Bienvenido a bordo del jabeque Murciano, Leñanza. Como sabrá, no son estos buques unidades para disfrutar periodos de descanso o bailes de Corte, sino de empeño diario con mucha mar y poca tierra, aunque el acoso corsario haya descendido en los últimos años. Espero que se haya recuperado de sus heridas al completo.

—Sí, señor. Me encuentro totalmente recuperado y listo para el servicio —tomé del forro de la casaca la necesaria documentación—. Aquí tiene mi orden de embarco y la licencia para mi criado personal.

—Supongo que será ese negrazo que ronda por el carruaje en tierra. Lo celebro porque andamos escasos de servicio y se trata de hombre fuerte. No soporto a los enclenques y esmirriados, que hay por más en nuestra casa.

—Dos veces le debo la vida a ese hombre, al que aprecio en mucho. Llegado el momento, sabe batirse por diez.

—Bien —tomó los documentos para apartarlos a un lado—. Se los entregaré al contador para la oportuna revista. Ya ajustará con él, personalmente, su situación de haberes. Disponemos de la tripulación al completo, aunque un elevado tanto por ciento de la marinería esté más verde que la alfalfa y poco bragada en la mar. Ya nos encargaremos de aparejarlos en conveniencia, aunque sea necesario zurrarles la badana. En cuanto a la guarnición, la tropa de infantería y artillería debe embarcar mañana, si las noticias son correctas. El comandante piensa salir a la mar el próximo lunes, con lo que en dos días debemos normalizar esta colmena de grillos.

Golpeaba con sus palmas la superficie de la mesa, elevando la mirada a condición.

—En cuanto a oficiales de guerra, aparte del comandante y segundo en destino de superior categoría, disponemos de otro teniente de fragata, dos alféreces de navío, entre los que se cuenta usted, y tres alféreces de fragata. Suman ocho, uno más de lo que marca el reglamento, aunque de inferior categoría en su conjunto. Pero no

estamos mal, porque todos presentan experiencia en jabeques, menos usted, por lo que deberá apretar los machos y trabajar duro. Como sabe, la escuadra de jabeques es independiente en el reparto de personal, lo que presenta ventajas pero también el inconveniente del excesivo cambio entre unidades. Y digo esto porque casi todos llevan pocas semanas a bordo y acabamos de distribuir los destinos.

Escuchaba con atención y asentía con la cabeza, aunque no me gustara aquella excepción que concurría en mi persona. Pero opté por callar porque la avalancha continuaba.

—Tenemos asignados dos guardiamarinas de primer embarque, bastante inexpertos, y un aventurero del que después le hablaré en particular. En cuanto a oficiales mayores estamos al completo y en orden; es decir, que disponemos de un contador, un capellán que mucho gusta de las viandas, un cirujano segundo, un piloto práctico de absoluta confianza mientras naveguemos por el Mediterráneo y un pilotín. El cirujano es joven y no sabemos de las posibles aptitudes en su facultad, aunque oyéndole hablar parece que nos encontremos ante el mismísimo médico de cámara de Su Majestad —soltó una risita floja—. Ya veremos si mantiene el carácter cuando chorree la sangre sobre su mesa de trabajo. ¿Viene al pelo, Leñanza?

—Por supuesto, señor. ¿Y los oficiales de mar? —Intervine para que comprendiera que seguía al punto sus comentarios.

—En cuanto a oficiales de mar, disponemos de un primer contraamaestre excelente aunque nos falte el segundo, merma que se compensa en parte con un guardián de más, de los dos que nos corresponden. El primer calafate es muy hábil en su facultad, auxiliado por dos segundos, uno por más de la plantilla. Por desgracia, disponíamos de uno excelente, José Rodríguez, que murió hace tres semanas, apuñalado extramuros de la ciudad. Le tenía excesiva querencia a los vinos y las mujeres. El primer y segundo carpinteros son buenos y acopian material extra con facilidad, que siempre es necesario en la mar —me ofreció una sonrisa de complicidad.

—Le comprendo, señor.

—Siguiendo con los oficiales de mar, tanto el patrón de lancha como el de bote son mediocres, lo que me forzaré personalmente a su instrucción. Por el contrario, el armero es veterano y aplicado, que ya lo tuve a mis órdenes en el Gamo hace dos años. Por desgracia, sufrimos dos huecos de importancia, el del maestro velero y el cocinero de equipaje. Un segundo guardián hará las veces de experto en velas, aunque con poca práctica, y el farolero que nos acaba de embarcar y no corresponde en plantilla, se ha ofrecido voluntario para meterse en el fogón. Ya veremos la calidad de sus guisos. Por último, también nos embarcó por más un sangrador, que queda a las órdenes del cirujano.

—Con la falta de personal que se comenta, no está nada mal en su conjunto.

—Estoy de acuerdo. Pero ya conoce al general Barceló y su lucha personal con los oficiales del Ministerio, a los que menea como velachos rifados. Hasta el momento, todo lo que le he comentado está en razón. La merma viene ahora, y no en

cantidad, precisamente.

—La marinería —me atreví a comentar.

—En efecto. La tropa será, como siempre, más veterana y ajustada en número, que nos corresponden 70 infantes y 17 de artillería. En cuanto a artilleros de mar, preferentes y ordinarios, disponemos de 11 y 33, número adecuado aunque con escasa práctica. Son lentos como tortugas para cargar y disparar, razón por la que el comandante ha escogido estas próximas jornadas de mar en las que la teórica patrulla, se convertirá en adiestramiento intensivo noche y día. Debemos hacerles sudar sangre si es preciso, hasta conseguir un elevado ritmo de fuego.

—¿Disponemos de pólvora en suficiente cantidad?

—Así es, aunque no le pueda explicar los tortuosos caminos seguidos para conseguirla —volvió a abrir una sonrisa torcida—. Pero los 103 marineros que se encuentran en estos momentos a bordo, conforman un conjunto heterogéneo en exceso. Como sabe, es éste un número que oscila en demasía, bien sea por las deserciones que tanto nos dañan, como por las incorporaciones de muchos no pertenecientes a la matrícula naval y que tan poca afición muestran en las cosas de la mar. Este es el objetivo fundamental, hacer de ellos hombres de mar, quieran o no. Le adelanto que no soy conocido como oficial de blanduras, aunque tampoco de garrote sin razón, y el comandante me apoya. Por desgracia, es escasa la disciplina en muchas de nuestras unidades, un error que sería necesario enmendar con la mayor rapidez.

—Estoy de acuerdo con usted, señor.

—Bueno, para acabar la relación, le diré que contamos con 46 grumetes, cuatro por más, donde hay de todo y por su orden. Y, por último, ocho pajes y siete criados particulares. Bueno, ocho contando el suyo. En total unos trescientos hombres, más o menos, que cada día hay variación.

—¿Cuál será mi cometido a bordo, señor?

—Bien. Sé de su experiencia en la artillería, lo que es de alabar y utilizaremos en su medida. Ya sé que anduvo en las cañoneras, con un buen número de misiones, y en las malditas flotantes del jodido francés. En cuanto a la maniobra, el palo mayor será del teniente de fragata Espino, como corresponde. Y ya que el alférez de navío de Soria queda a la voz directa del comandante como oficial de órdenes, le he asignado el palo trinquete, donde le auxiliará el primer guardián, don Andrés Cerda. En cuanto a puesto de combate, por su posición de maniobra y especialidad, le asigno el mando de la primera batería que incluye, como debe saber, los dos montajes de punto de mira. El Murciano dispone de 34 cañones. Cuatro de ellos son de a 12^[54], dieciocho de a 8 y 12 de a 4. También contamos con 10 pedreros^[55] de a 2.

—Mucha artillería para un jabeque —me atreví a declarar—. Lástima de no poseer dos piezas de a 24 para la proa.

—Mucho suspiramos por esos cañones que disparaba usted en las cañoneras y flotantes, pero no los asignan a estas unidades, salvo comandante adinerado que los

incorpore de su peculio personal —elevó las manos hacia arriba como si rogara al cielo—. Bueno, Leñanza, le recomiendo que el tiempo restante de la jornada, tome de la mano un alférez de fragata y se recorra el buque del tajamar al coronamiento, pañol a pañol, artillería, pertrechos, etc. Le recomiendo a don Pedro Lázaro, que lleva tiempo suficiente a bordo. Después, tengo otra misión que asignarle.

—Usted dirá.

—Se trata del aventurero, don Álvaro de Galdomar —pareció dudar en seguir sus palabras—. No se trata de un caso normal, de ahí el encargo personal. Según parece, y me muevo en rumores porque ninguna noticia concreta me alcanzó, era teniente de la Guardia de Corps hasta hace pocos meses. Creo que hubo un duelo abierto en escándalo, con mujer de Corte por medio, o un problema grave de índole parecida, por lo que fue degradado, perdiendo empleo y título nobiliario. Como sabe, la entrada como aventurero puede ser un camino de rehabilitación, si así se estima. Pero lo veo orgulloso en exceso, por muy noble que fuera, lo que puede ser muy negativo para él en buque a flote. Como el día de ayer fue el primero que pisó una cubierta de barco, no conoce de la mar ni el perfume. Tómelo a su cargo y explíquele como es un buque de la Armada, sin dejar una sola tabla, de quilla a perilla. Infórmeme de su situación personal con cierta frecuencia. Y conste que se trata de orden directa del comandante, aunque desconozca la razón, habiendo recomendado la necesaria discreción. Supongo que ha sido usted escogido para la misión por ser conde, aunque lo ganara por las bravas en la mar y no de herencia —por primera vez me pareció atisbar un reflejo de amabilidad en su gesto.

—No se preocupe, que intentaré hacer de él un hombre de mar y lo mantendré informado.

El segundo pareció haber concluido una penosa tarea. Abrió los brazos hacia los lados, en señal de finiquito.

—Bien, eso es todo. Arranchará con el otro alférez de navío, los tres alféreces de fragata y los oficiales mayores en la celda situada bajo esta cámara, aunque se comience a llamar en nuestra Armada a esas piezas con el nombre de camarote. Al igual que en los buques de mayor porte, se establece por división de mamparos falsos y acorde a las necesidades. Como no embarcamos estado mayor, se encontrarán amplios y cómodos. Los oficiales de mar arranchan en la cámara de proa o camareta.

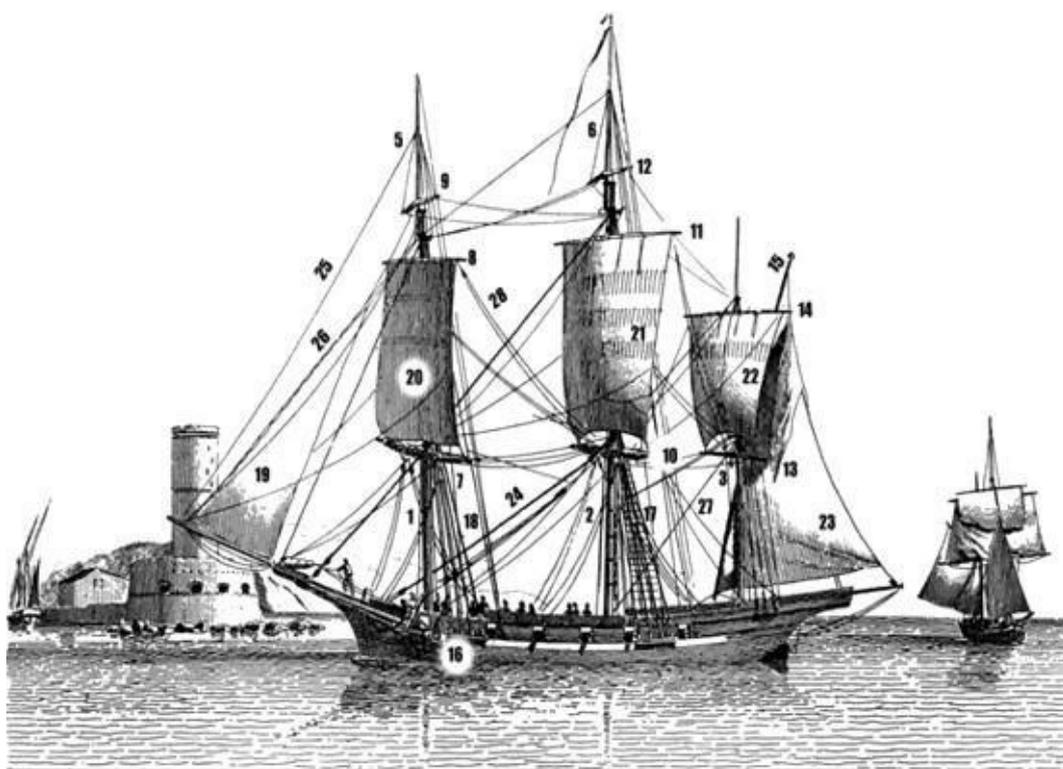
—Muy bien.

—Pues he cumplido con lo reglamentado, de momento. El comandante ha dispuesto que el almuerzo se sirva a mediodía y la cena a las seis de la tarde, actos de servicio a los que suele acompañarnos. Me refiero en puerto, claro. En la mar será de forma parecida, aprovechando los necesarios cuartillos. Y eso es todo. No pierda el tiempo porque, sencillamente, no dispone de él.

Y aquel hombre, de quien todavía no tenía formada opinión, se levantó con extraordinaria rapidez, dejándome en soledad. Durante el largo monólogo al que me sometió, me pareció descubrir en él signos positivos de su carácter en algunos

momentos, aunque he de reconocer que su sonrisa no me gustaba del todo, como si guardara alguna bala en la recámara que no deseaba ofrecer a la vista. Pero intenté aliviar los pensamientos, que no era cosa de perder ni un segundo.

Salí a cubierta e intenté buscar a Setum en el muelle, sin conseguirlo hasta comprobar que se encontraba en animada conversación con Mariano Martín, uno de los criados del comandante con el que parecía haber intimado. Le informé de las normas de la casa con rapidez, aunque ya parecía saber algunas de ellas. Quedó a disposición del tal Mariano, quien se ofreció a mostrarle mi alojamiento y el suyo, así como la necesaria estiba de mis pertrechos personales. Fue entonces cuando decidí buscar al alférez de fragata Pedro Lázaro, para iniciar el conocimiento a fondo del buque que sería mi hogar durante un tiempo indeterminado, que consideraba largo. Pero no crean que mi cerebro se abría en derechura, que algún moscón barría en contra con demasiado ruido.



Aparejo de jabeque. 1. Palo trinquete; 2. Palo mayor; 3. Palo mesana; 4. Bauprés. Palo bauprés; 5. Mastelero de juanete de proa; 6. Mastelero de janete mayor; 7. Verga de trinquete; 8. Verga de velacho; 9. Verga de juanete de proa; 10. Verga mayor; 11. Verga de gavia; 12. Verga de juanete mayor; 13. Verga de sobremesana baja; 14. Verga de sobremesana alta; 15. Entena; 16. Mesa de guarnición; 17. Jarcia del palo mayor; 18. Obenques del palo trinquete; 19. Contrafoque; 20. Velacho; 21. Gavia; 22. Sobremesana; 23. Mesana; 24. Estay del palo mayor; 25. Estay del mastelero de juanete; 26. Nervio del contrafoque; 27. Braza mayor; 28. Braza de velacho.

14. Don Álvaro de Galdomar

El alférez de fragata don Pedro Lázaro Aldaba era de mi edad aproximada, aunque de cuerpo enjuto, flojo de brazos y rostro ligeramente aniñado. Se presentó a mí con extrema deferencia, aunque hubiese ingresado dos años antes que yo en la Armada, en el Colegio Naval de Cádiz. He de reconocer que me entró por derecho desde el primer instante aquel compañero de armas, y siempre lo consideré como persona noble, muy trabajadora y honrada de corazón. Además, era inteligente y sagaz, cualidades a las que se debían añadir sus nueve meses de permanencia ininterrumpida a bordo del Murciano, con lo que me rindió a base de concienzuda y pertinente información.

Comenzó sin pérdida de tiempo ni tregua alguna para informarme de que el buque presentaba una eslora de 150 pies de Burgos^[56], una manga de 39, un calado de 17 y un arqueado de 460 toneladas, que se transformaban en 800 de desplazamiento con su carga normal y los 3700 quintales de lastre en plomada. Para el fondeo o maniobras de seguridad disponíamos de cuatro anclas, dos anclotes y seis cables^[57], así como seis calabrotes de ordinario. Intentó explicarme el aparejo de cada uno de los palos con detalle, lo que corté en redondo por disponer de suficiente información con sólo mirar hacia los cielos, que no hablaba con leñador de secano. Comprendió mi lanzada al instante, por lo que se creyó obligado a ofrecer una ligera disculpa, que atajé de buena cara.

No le arredró el ligero lasconazo y continuó la marcha a todo trapo sin perder un segundo, con lo que supe en briosa cabalgada que el cargo asignado de armamento a bordo era de unos tres mil disparos, entre bala rasa y palanqueta^[58], así como 400 saquitos de metralla para los cañones, diez esmeriles con doscientas balas mosqueteras para su uso, 64 fusiles con bayoneta, 260 pistolas, 266 libras de balas de plomo, 174 espadas, 32 chuzos, 34 hachuelas de abordaje, 180 granadas de mano, 120 frascos de fuego, dos camisas de fuego y 96 quintales de pólvora en barril. Un pequeño arsenal embarcado en un buque de mediano porte.

Recibí aquel aluvión de números y calibres como lluvia pedrera en la cabeza, aunque al escuchar los mencionados frascos y camisas de fuego, no pude remediar que mis pensamientos evocaran la figura del general Barceló a bordo de sus primeros jabeques, saltando la borda con el chuzo en la mano en busca del enemigo. Pero ya mi ilustrador compañero se dirigía hacia la santabárbara para continuar la tarea encomendada, cuando corté el racimo al escuchar el pitido del contramaestre que avisaba del almuerzo de oficiales, con lo que nos dirigimos con la necesaria presteza a la cámara, que no era cosa de llegar tarde al primer envite.

Antes de sentarnos a la mesa para el almuerzo, que se llevó a cabo en un solo turno debido a la ausencia del contador, capellán y el teniente de fragata don Francisco Espino, resolviendo asuntos en el Arsenal, fui presentado por el segundo a

mis compañeros de dotación. Y puedo asegurar que Nuestra Señora de Valdelagua me colmó, una vez más, de sus especiales dones porque, en general, no podía haber caído en mejor cámara, donde tantas veces los garbanzos negros llegan a oscurecer el ambiente general. Tan sólo uno de los alféreces de fragata, llamado Benigno Gamarra, parecía mirarme con ojos aviesos aunque intentara disimularlo. Pero deben tener en cuenta que llevaba ocho años en la Armada, retrasado en ascenso, y esa condición duele en la sangre aunque sea justa la medida, en especial cuando se observa un joven como yo con dos rápidos ascensos por merecimientos personales.

Presidió la mesa ese primer día el comandante, que consiguió establecer un ambiente de cordialidad y camaradería, tan necesario en los buques de reducida dotación, no exento de la necesaria cortesía militar a que obliga la jerarquía entre los diferentes empleos. Para mi sorpresa, se sirvió una menestra ricamente condimentada y con torreznos de llano en dulce compañía, seguida de un cuarto de cordero que me hizo chasquear la lengua de gozo. Es cierto como la muerte que no esperaba tal calidad en las viandas, más propias de posada alegre. Fue opinión general que gozábamos de suerte extrema al comprobar que el farolero, metido a su nuevo oficio en el fogón, debía poseer conocimientos culinarios dignos de buena casa. Y sin olvidar la generosidad del comandante, responsable del gasto de mesa, aunque fuese éste un tema que guardamos en la faltriquera.

Para aderezar el ambiente, el comandante nos puso en aviso entre bromas y chanzas, que por una sola vez, y sin posibilidad de repetición, nos ofrecía un vino excelente, aprestado para su uso personal, que no volveríamos a catar a no ser que lleváramos a cabo una presa de suficiente valor. Y a fe mía que no desentonaba una filástica aquel caldo grueso, con tinte suficiente como para levantar el ánimo de los llamados al otro mundo. Tomé asiento en la mesa entre el alférez de navío Fernando de Soria, un gaditano con gracia a raudales e indudable realce personal, y el cirujano Josef Abargues, relamido en exceso aunque de general bondad en una primera y rápida impresión. Recordé las palabras del segundo sobre el galeno y reí para mis entrañas, porque era afectado de más en la exposición de sus conocimientos con latinajos profesionales que nadie comprendía.

Y tras el almuerzo regresé al torniquete de inquisidor con el alférez de fragata Lázaro, que parecía dispuesto a impedir la necesaria digestión del cordero, con tanto hacerme bajar y subir escalas de proa a popa. Pero he de reconocer que llevó a cabo su misión con modesta elocuencia y acertada puntualidad. Estoy seguro que no dejamos un solo pañol, compartimento, cuartel o recóndita caja sin inspeccionar, por lo que ya bien entrada la tarde nos tomamos un merecido descanso en el combés, zona de cubierta situada entre el palo mayor y el trinquete, apoyados contra la borda.

—Le estoy muy agradecido por su amplia y detallada descripción, Lázaro. Ya se ve que anda metido en este buque un tiempo corrido.

—Sí, señor. Pronto cumpliré un año y espero que, tras la jornada de Argel, se me permita embarcar en alguna unidad con destino hacia las Indias. Si me permite la

confianza, he de declararle que se trata de mi más escondido deseo, cruzar el océano próximo y el lejano, aunque sea a bordo de modesto bergantín.

—Y el mío, que siempre anduve por unidades menores. Pero en mi caso preferiría una fragata o un navío de dos puentes, que ya pisé bergantín como comandante, aunque solo fuera por unas horas, y no gusta regresar en menor escala.

—Ya sé de la famosa captura que llevó a cabo con aquel bergantín inglés, por las bravas —se iluminó su rostro con sincera admiración—. Mucho debió sufrir en el cautiverio africano.

—Ya veo que conoce bien mi andadura —le ofrecí una sonrisa amistosa—. Pero el sufrimiento de aquellas semanas quedó aliviado por la llegada a Algeciras a bordo de aquel hermoso buque, por lo que podemos decir que la suerte me favoreció con su manto.

—Por cierto, señor —pareció preocupado mientras inspeccionaba la situación del sol—. Cité a los oficiales de mar en su camarote para serle presentados al toque de fin de trabajos, y ya se produjo el aviso hace unos minutos.

—Pues acudamos al encuentro.

Y continuamos la tarea. También en el caso de los llamados como oficiales de mar, apoyo incuestionable e importantísimo del mando a bordo, era elevado el nivel profesional. Por fortuna disponíamos de dos buenos contramaestres, aunque quien debía desempeñar tal misión a mi lado, don Andrés Cerda, estuviera catalogado como primer guardián. Pero, en general, parecían honrados y con larga experiencia en la mar, un punto fundamental para llevar a cabo su función con garantía.

La colación vespertina fue más floja en forma y fondo, aunque ya Setum había establecido mis provisiones personales a buen recaudo y pude saborear una buena frasca de vino en compañía de Lázaro, a quien invité para corresponder con su amabilidad. Precisamente, este alférez de fragata sería mi ayudante en la primera batería, lo que le haría trabajar bajo mis órdenes en los momentos cruciales del combate.

Y con el alma cumplida y los vientos con perfume por la aleta, arranché mi jergón en el lugar asignado, a proa y babor del camarote, bajo la lumbrera. Era ésta celda de irregular tamaño, siguiendo los perfiles del costado y con mamparos falsos para ampliar o disminuir su capacidad de acuerdo a las necesidades de alojamiento. Pero mucho me costó alcanzar el sueño en la primera pernoctada a bordo, el tiempo suficiente para comprobar que el contador roncaba como un becerro, aunque entraba en la normalidad tras llegar del arsenal con los mofletes enrojecidos y la lengua floja, producto probable de un ágape alargado.

El cornetín dio el toque de llamada a las seis de la mañana, como era norma habitual en los buques de la Armada amarrados en puerto. Y la primera sorpresa del día fue comprobar que Setum se movía a bordo como perrillo por hacienda. No me cansaré de repetir la tremenda capacidad de aquel hombre para aprender sin maestro, así como ceñirse a cualquier estado y situación con prodigiosa facilidad. Cuando

alcancé la cámara, allí se encontraba el buen hombre con un generoso tazón de leche tibia y migas blandas, que embarqué por la gorguera con placer y sin mediar palabra. Y como estaba dispuesto a cumplir mis obligaciones con extrema puntualidad desde el primer momento, le encargué al fiel secretario que buscara al caballero aventurero en la chaza de guardiamarinas sin pérdida de tiempo, con la orden de acudir a mi presencia en el castillo a la mayor brevedad.

Comprobé que amanecía el nuevo día con tintes parejos al anterior, fresco ligero de modorra que auguraba calores medianos, y un sol espléndido que comenzaba a clarear por encima de los tejados de la jefatura del arsenal. Llevaba pocos minutos en el castillo, paseando por la cubierta, cuando vi aparecer por la banda de babor, en mi dirección, un hombre de pocos años, recién traspasada la veintena, que vestía ropa inadecuada a bordo de buque. Ante mis ojos se presentaba un apuesto joven, de pelo dorado y lacio, agraciado rostro, figura enjuta pero fuerte y caminar decidido. Era de extrañar su impecable casaca negra, abierta y sin chupa, corbatón blanco, calzas, medias y zapatos arracimados para no resbalar por la cubierta, indumental acorde con la prohibición establecida a los aventureros de vestir uniforme. Sin titubear un segundo se detuvo a dos pasos.

—Don Álvaro de Galdomar y Mediencourt, aventurero de la Armada, a su servicio, mi oficial.

No debo negar que aquel personaje me fue extremadamente simpático desde el primer momento, hasta el punto de sentir cierta debilidad por él y sincera pena por la situación que tan buena persona sufría. Y discrepé de entrada con la opinión expresada por el segundo, en cuanto a su excesivo orgullo personal, que no atisbé ni por corto. Era un hombre de verdad en cualquier sentido de la palabra, y noble en todos los aspectos de la persona, aunque también de cuna.

—Caballero^[59], debo indicarle que el segundo comandante lo ha puesto a mis órdenes directas y he de explicarle cómo se conduce el personal de la Armada a bordo de los buques, así como las características generales de este jabeque en particular.

—Le agradeceré sus indicaciones —pareció dudar unos segundos—. No desearía ser incorrecto en momento alguno, señor. Con todo respeto quiero indicarle que desconozco la forma correcta de dirigirme a usted ya que, según me han comentado, a su empleo une el derecho de condado.

—No se preocupe por ese detalle. Diríjase a mí como a cualquier otro oficial de guerra, con el tratamiento de señor o mi oficial, salvo al comandante o segundo a los que deberá incluir dichos términos —intenté aflojar la rigidez inicial—. Según tengo entendido, es poca su experiencia en unidades de la Armada.

—Ninguna diría yo, señor. Hace dos días pisé por primera vez la cubierta de un barco y tan sólo en Sevilla, hace tres años, divisé un bajel de guerra a cierta distancia. Pero estoy dispuesto a aprender con la necesaria rapidez y merecer la oportunidad que se me ofrece.

Como no era cuestión de explicarle en detalle lo que no aventuraba el caballero ni por grueso, intenté ajustar sus conocimientos por encima en la navegación a vela, ya que debería desempeñarse a mi lado en las maniobras del palo trinquete. Tras ofrecerle los datos generales de medidas y armamento, necesarias siempre como primer escalón, pasé en concreto al aparejo, que más me interesaba como primera lección.

—Quiero que sepa que aunque se denomine jabeque, la maniobra de este buque es pareja en un tanto por ciento muy elevado a la utilizada en las fragatas o navíos de gran porte. El sistema es el mismo, aunque difiera en cantidad y calidad de sus velas. Comenzaremos por los palos, que en ellos basamos nuestro andar, también conocidos como árboles o mástiles. Aunque siempre se asegura que disponemos de tres palos, en realidad son cuatro si contamos el bauprés —señalé hacia el extremo de proa—, que de palo se trata en verdad, aunque presente esa lanzada con leve inclinación y emboque zunchado en el tajamar. Por el contrario, los otros tres son verticales y perpendiculares a la quilla. Si no le suena alguna expresión, no dude en consultármela. ¿Va comprendiendo, caballero?

—Con perfección, señor. El bauprés es un cuarto palo con ligera inclinación hacia proa. Aunque... perdone mi ignorancia marinera, pero no sé ni de lejos lo que significa ese tajamar que ha mencionado.

Su voz, con entonación pareja a la de un barítono, me hizo sonreír. Por propia inercia lo tomé por el hombro, intentando quitar marcialidad al momento, que más parecía oficial superior sometido a consejo de guerra.

—El tajamar es esa especie de espolón que sale hacia proa, formado por un grueso tablón encajado en la roda y que, en realidad, es el que corta las aguas. Aunque no es la norma, en estos buques se encastra en él el llamado bauprés. Pero no es necesario que repita mis palabras al detalle. Con una afirmación es suficiente. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Bien. Como puede ver —señalaba ahora hacia popa—, disponemos de tres palos, como los navíos, fragatas, corbetas, chambequines y otros muchos tipos de buques. El principal y de más envergadura es el mayor, que de ahí le viene el nombre, situado en el centro. El de proa, cuya maniobra queda bajo mi responsabilidad y donde trabajará a mis órdenes, es el trinquete. Y nos queda el palo de popa que se llama mesana. ¿Vamos bien, don Álvaro?

—Perfecto, señor.

—Como es fácil suponer, estos palos deben disponer de una sujeción en los dos sentidos, si tenemos en cuenta los esfuerzos que soportan con las velas hinchadas y los movimientos de la mar, muy bruscos en demasiadas ocasiones. Por una parte, para que no tiendan hacia popa, su caída natural, se encuentran los estayes, gruesos cables que se fijan en el palo anterior o de más a proa. Por ejemplo, el estay que aguanta el trinquete —se lo señalé con la mano—, se afirma al bauprés y corre desde ahí hasta la

parte alta del palo. Pero también necesitan sujeción en el sentido transversal, babor-estribor, y esa misión la cumplen los obenques, afirmados a la cabeza del palo por un lado ya la borda de cada banda. Sobre los mencionados obenques se forman las jarcias, donde se instala esa especie de red que facilita la subida de los marineros para laborear.

—Pero aquí no se afirman a la borda —señalaba la banda de babor, donde moría la jarcia.

—Tiene razón —la atinada observación me hizo sonreír—. En nuestro caso particular, como el buque es muy estrecho en comparación con la altura de los palos, se dispone de una mesa de guarnición por fuera de la borda para afirmar los obenques, con lo que se aumenta su capacidad —pareció quedar conforme, por lo que decidí continuar—. Los palos pueden ser tiples, también llamados enterizos, como es el caso de nuestra mesana. Eso quiere decir que son de una sola pieza. Pero hay otros que disponen de mayor número de velas y altura superior, por lo que al no existir árboles en los montes de la Armada cuyos troncos sean suficientes para sacarlos enterizos, utilizan palos menores que se zunchan a ellos y continúan en altura. A estos palos de prolongación se les llama masteleros, como es el caso de nuestro mayor y trinquete. A veces hay más de uno y toman el nombre de las velas, con lo que los llamaremos mastelero de velacho, de juanete, etc. —observé la interrogación en su rostro, por lo que me apresuré a tranquilizarlo—. Pero no se preocupe, que ya me encargaré de explicarle las velas en su momento.

—De acuerdo, señor.

—Relájese, caballero, por favor. Siempre he sido de la opinión que para trabajar a bordo con personal a las órdenes directas, es necesaria cierta familiaridad. Y aunque sea aventurero en estos días, no olvido que ha sido teniente de la Guardia de Corps.

—Le agradezco mucho sus palabras y soy sincero.

Me pareció entrever en un rápido destello, cierta emoción en sus ojos, como de penosa y lejana añoranza. Creo que fue entonces cuando percibí por primera vez una sensación de instintiva compasión hacia aquel hombre. Se encontraba como un ser ajeno y aislado del mundo que lo rodeaba, demasiado marcial y encorsetado, por lo que intenté dulcificar la situación. Después de todo, había sido teniente del más escogido regimiento pocas semanas atrás. Sin embargo, tras unos pocos segundos, pareció como si mis últimas palabras le concedieran cierta satisfacción personal, lo que provocó su primera sonrisa. Pero, fiel al programa, continué con su adoctrinamiento.

—Y por último tenemos las vergas, esos palos que cruzan los verticales a diferentes alturas, de ahí el nombre que se da a los buques como aparejados en cruz, y de extrema importancia porque en ellas se envergan, valga la redundancia, las velas. Toman el nombre de la vela que despliegan, aunque algunas lo hagan de forma particular —me di un ligero respiro para que asentara las palabras—. Bueno, vayamos ahora con el aparejo, también llamado velamen o trapo. Las velas pueden

ser, por su forma, cuabras, hay quien también las llama redondas, o triangulares. Hablaremos en primer lugar de las utilizadas en cada palo, de abajo hacia arriba. Pero le adelanto que, como norma inalterable, la primera y de mayor tamaño toma de forma automática el nombre de su palo correspondiente. Por ejemplo, hablemos del trinquete. La primera vela se denominará...

—Trinquete.

—En efecto. A continuación, y de menor tamaño, se encuentra la denominada como velacho. En este buque solamente contamos con uno, aunque hay otros que los dividen en dos y se llaman velacho alto y velacho bajo. Pero no debo extenderme y ceñirme a lo nuestro que es suficiente —creí ver una señal de comprensión en su rostro—. A continuación tenemos la vela denominada juanete, ya con mastelero propio, al que se denomina mastelerito o perroquete —le señalé la cruceta donde se zunchaba—. Al juanete del trinquete, suele llamarse juanete de proa. Y siguiendo hacia arriba, aparece otra vela más pequeña llamada sobrejuanete de trinquete. Y hemos liquidado el primer palo, que otro día examinaremos con el necesario detenimiento, por ser nuestro lugar de faena marinera en maniobras. ¿Vamos bien, don Álvaro?

—Creo que sí.

—Entremos en el palo mayor. La primera vela, siguiendo la norma, se llama...

—Le ruego que me perdone, señor, pero no recuerdo... —Parecía turbado.

—No se preocupe. Sé que hablo rápido y son demasiadas palabras nuevas del tirón para poder asimilarlas. Bien, en ese palo la primera vela se denomina como él, es decir, vela mayor. A continuación tenemos la gavia, que se corresponde con el velacho del trinquete en situación. Y siguiendo hacia arriba aparece el juanete mayor y el sobrejuanete de mayor, estas dos últimas con su mastelero de juanete.

Le concedí unos segundos de descanso porque era fácil comprobar que su cara se nublaba poco a poco.

—Y ya nos quedan solamente las velas del palo de popa, llamado mesana, que es el más variado, porque las popas ejercen poderosas acciones en las maniobras y rumbos. Tanto así, que se aparejan de distinta forma en cada tipo de embarcación, incluso con variaciones en las de la misma familia. Pero vayamos a nuestro caso. La primera vela se llama, de acuerdo a la norma, mesana. Pero ésta ya no es cuadra sino triangular, del tipo denominado comúnmente como vela latina, la vela mediterránea por excelencia, y no se enverga o despliega desde una verga cruzada sino inclinada, a la que llaman entena. Le recuerdo que el palo de popa es tiple, es decir, de una sola pieza, y por encima de la mesana solamente lleva, en este jabeque, una vela más que se llama sobremesana, que sí es cuadra como las restantes. Esta vela latina, muy utilizada en los palos de popa de todos los buques, está siendo sustituida en la actualidad por otra denominada cangreja, cuadra y con pico. Ya se la indicaré cuando nos crucemos con algún navío que la incorpore a su aparejo.

—Mi oficial —parecía abrumado—, con todo el respeto debo comunicarle que he

olvidado casi todos los nombres que me ha enumerado tan sabiamente. Lo comprendo bien conforme lo explica, pero no sé si seré capaz algún día de reconocerlos en su conjunto. Todas esas palabrejas bailan en mi cabeza en absoluto desconcierto.

Me hizo reír su sincera salida, lo que era de esperar. Volví a tomarlo por el hombro.

—No se preocupe, que eso nos sucedió a todos en su momento. Con el paso del tiempo, se hará a la faena sin problemas y recitará esas palabras como si se tratara de un padrenuestro. Pero no crea que hemos acabado.

—¿Hay más velas todavía? —preguntó, incrédulo.

—Siento comunicarle que así es. Hemos acabado con las velas principales de los palos, pero el buque incorpora otras más en los mismos mástiles, que podríamos llamar secundarias o de prolongación. Mire —dirigí mi mano hacia el trinquete—. Podrá observar que esas vergas que le he mencionado, las que hacen la cruz, incorporan otros palos de menor grosor en sus extremos, adosados a ellas por encima, que reciben el nombre de botalón. La misión de estos botalones es desplegarse hacia fuera, como una prolongación de la verga misma, y en ellos se envergan otras velas que reciben los nombres de alas y rastreras. En realidad, se persigue ampliar la superficie vélica hacia fuera, cuando las condiciones climatológicas lo permitan, porque debe tener en cuenta que conforme la vela es más pequeña o su soporte de menor fortaleza, antes las revienta el ventarrón como mariposas asustadas.

—¿Alas y contreras ha dicho? —El pobre hombre se deprimía por momentos.

—Rastreras, caballero, que son las de prolongación en la vela principal de cada palo. En este jabeque solo se utilizan rastreras en el trinquete. Sin embargo, las alas se incorporan en la gavia, velacho, juanete de proa y juanete mayor.

—Pues si no he calculado mal, son ya veinte velas las que me ha nombrado. Nunca imaginé que se tratara de un número tan elevado.

Me miró con cierta sonrisa burlona, lo que nos hizo reír al tiempo. Pero debía darle una última estocada.

—Y nos falta la guinda final.

—¿Más velas?

—En efecto. Pero es el remate y de corta alzada, se lo aseguro. Le hablé de esos cables que sostienen los palos para evitar su caída hacia popa y llamamos estayes. Pues bien, en alguno de ellos se envergan unas velas que reciben, por esa razón, el nombre de estay, velas triangulares y situadas entre los palos para aprovechar el rebufo de los vientos. Este jabeque lleva solamente un estay de mesana, situado entre este palo y el mayor, y un estay de gavia, entre el mayor y el trinquete. Podría llevar, como otros buques, otros como el estay de mayor, de volante, de juanete, etc, pero supongo que se estima como demasiado trapo para la estructura del jabeque. Pero también tenemos los dos estayes que mantienen el trinquete desde el bauprés, a proa, y ahí se incorporan dos más que por desconocida razón para mí, reciben el nombre de

fok. El de más abajo es el fok, muy usado en situaciones de capear temporal, razón por la que algunos la denominan malos vientos. Y por encima se encuentra el contrafok, aunque cada día más se emplean los nombres de foques y contrafoques para estas velas. Y eso es todo, caballero, en cuanto a velamen se refiere.

—¿Seguro que no guarda alguna sorpresa más? —Parecía soltar la rigidez—. Con estas últimas, el número se eleva a veinticuatro.

—Y ese es el total. Si algún día embarca en fragata o navío, se ampliará el número con cebaderas, pericos, maricangallas, y otras varias.

—Menos mal que comencé por buque pequeño, aunque no pudiera elegir. Debía haber apuntado cada nombre que mencionó, para estudiarlo en la chaza por la noche.

—La noche en puerto para dormir, que ya llegarán los tiempos duros sin sueño posible. Lo aprenderá con el manejo diario, aunque en las maniobras se hable poco. El oficial da la orden, de acuerdo a la decisión de maniobra del comandante. Pero después sólo se escuchan los pitos de los contramaestres, que cada pitada tiene sentido y dueño propio, por lo que también deberá comprenderlas. De esta forma es posible manejar tantos hombres, con mandos intermedios, sin llegar al desconcierto y confusión que el tumulto de voces suele producir. Pero, como todo en la vida, la práctica hace al maestro.

—Creo que la Armada presenta materias más complicadas que el Ejército —quedó pensativo unos segundos antes de continuar—. Si le parece oportuno, mi oficial, desearía hacerle un par de preguntas, aunque no vengan al caso del velamen o trapo.

—Pregunte lo que quiera, que para eso le dedico el día. Tan sólo hemos dado el primer paso.

—Cuando embarqué anteayer, observé que bajo el agua relucía el casco, como si la madera brillara.

—No es madera lo que parecía destellar. Se debe al forro de cobre.

—¿Forro de cobre?

—Los barcos deben carenarse cada cierto tiempo para llevar a cabo algunas reparaciones y, motivo principal, limpiar los cascos, a los que la vida marítima adhiere todo tipo de parásitos que le hacen perder velocidad. Pero los ingleses comenzaron a forrarlos de cobre hace años, con lo que conseguían sacarnos un par de nudos^[60] de extraordinario valor. En nuestra Armada dudamos en utilizar esta medida. Había y hay quien opina que, de esta forma, no podrá observarse el estado real de la madera, atacada a menudo por la broma hasta deshacerla. Pero se impuso el cobre porque nos dejaba en clara desventaja.

—Muy interesante. La segunda pregunta puede parecerle absurda. ¿Por qué algunas troneras de los cañones llevan tapaderas y otras no?

—Lo que usted llama tronera, es decir, por donde sacan la boca los cañones para disparar, se denomina en los buques con el nombre de porta o porta de artillería, porque ese nombre también se atribuye a las aberturas para dar luz. La misión de las

tapas es impedir la entrada del agua y se utiliza normalmente en las cubiertas bajas, más cercanas a la línea de flotación. En este jabeque, por ejemplo, montamos diez cañones por banda en la cubierta baja, con tapas en las portas que, como puede comprender, se abren en situación de prevención para el combate. Sin embargo, los que se encuentran en la cubierta principal no necesitan tal medida, porque el agua entra y sale con facilidad.

—Comprendido.

Aunque nos manteníamos con exquisita cortesía, comprendí que acabaría por ser buen amigo de don Álvaro, al tiempo que presentía el sentimiento como recíproco, lo que me satisfizo. Y pueden estar seguros que jamás tuve que llamarle la atención por exceso de confianza, más bien al contrario, que era formal caballero en todos los sentidos.

—Bien, hemos de continuar. No intente memorizar tanta palabra de uso habitual en los buques de la Armada, que todo llegará por su camino. Ahora daremos un vistazo general al barco.

—Lo que usted diga, señor.

Y continuamos la agotadora tarea, paralela a la acometida el día anterior con el alférez de fragata Lázaro aunque, como es fácil comprender, con mucho menos detalle, que el aventurero se encontraba como labrador en falúa. Llegó un momento en el que el galimatías embarcado en el cerebro de don Álvaro fue tan intenso, que dudaba de cualquier palabra común, como babor y estribor, o proa y popa. Pero intenté animarlo de continuo y restar importancia a lo que consideraba normal.

Fue a media tarde, al cruzarnos con el segundo comandante en cubierta a la altura de la escotilla mayor, cuando recibimos la alentadora noticia. Don Ciríaco me apartó unos metros para hablar en confidencia.

—¿Cómo se conduce nuestro aventurero, Leñanza? ¿Ha averiguado alguna noticia interesante? —Parecía encontrarse de buen humor, en ese vaivén emocional de su persona al que llegué a acostumbrarme, aunque no me gustara la segunda parte de su pregunta.

—Muy bien, mi segundo. Es un caballero dispuesto a cumplir al máximo de sus posibilidades aunque, como usted me adelantó, verde como las ranas en temas navales. Pero aprenderá con rapidez porque no le falta interés ni voluntad. En cuanto a las averiguaciones que menciona, no acabo de comprenderlo —mentí porque estaba muy claro el camino trazado.

—Quería decir que si tiene noticia sobre las razones que produjeron..., ya me entiende, me las comunique. Pero es cuestión secundaria, por supuesto. Me alegro de que lo considere útil para el servicio, que no quiero problemas de nobleza enguantada. Haga de él un buen hombre de mar. Por cierto, le adelanto como primicia que mañana saldremos a la mar, según la autorización que nos acaba de entregar la jefatura del arsenal. Como le supongo impuesto en su destino a bordo, tome las medidas reglamentarias que le competen.

—Sí, señor.

Y dimos remate al día con aquellos sentimientos que levantan el espíritu en nervios encontrados, que ya eran muchos los meses sin verme rodeado por las aguas. Con el aventurero a mi lado sin separarse una pulgada, tomé las disposiciones para salir a la mar como oficial del trinquete, primera batería y cubierta de proa.

Fue un día largo en todos los sentidos, que me dejó rendido a matacaballo. Como parte positiva, aquella noche sí que entré en los brazos de Morfeo con placer y en pocos segundos. Ni siquiera tuve algún minuto para pensar en mi querida Cristina, ni elevar los habituales rezos a Nuestra Señora de Valdelagua. Pero soñé con las aguas en movimiento, un dulce e inagotable paisaje.

15. A la mar

De acuerdo a las órdenes impartidas por el comandante y transmitidas a las autoridades del arsenal, debíamos salir a la mar una vez rendida la guardia de noche, con las primeras luces del nuevo día. De esta forma, se intentaba aprovechar al máximo las cinco jornadas concedidas para acoplo y adiestramiento de la dotación, acción habitual tras un largo periodo del buque en obras o en el muelle de desarmo. Desde las seis de la mañana se podía observar una frenética actividad a bordo, comprobación de las maniobras en cada puesto, cabos de verga aligerando aferrados y contramaestres distribuyendo las últimas instrucciones entre el personal a sus órdenes. Sin embargo y para nuestra desgracia, debimos esperar un par de horas que alargaron la ya espesa tensión muy por largo.

Desatracar y salir del arsenal con el aparejo propio era cuestión difícil y peligrosa, por encontrarnos en dársena cerrada, a no ser que el viento soplara en forma y fuerza extremadamente favorables. Sin embargo, el jabeque disponía de remos propios, enterizos^[61] en madera de haya y 32 pies de longitud, una reliquia de su antigua procedencia, que se instalaban en, sus respectivas portañuelas^[62], entre las grandes portas de la artillería. Su utilización quedaba relegada para salidas de puerto sin auxilio, o en casos especiales como maniobras complicadas, viradas duras y paso de bajíos o restingas. Pero con objeto de facilitar y aligerar la maniobra, evitando al tiempo la lenta instalación de las perchas como impulso alternativo, en los arsenales se empleaban embarcaciones específicas que disponían el remolque necesario. Y en espera del lanchón del arsenal al que llamaban el cangrejo, nos mantuvimos con evidente desesperación del comandante que alargaba sus pasos por la toldilla.

Llegó por fin el lanchón, al que tendimos el cable de remolque, momento en el que los forzados al remo comenzaron su penosa tarea. En verdad que la maniobra se alargó en el tiempo con desesperante lentitud y fue gloria bendita encontrarnos fuera de puntas y abiertos de las primeras lajas, con la mar abierta por nuestra proa. Ya comenzaba a soplar un levante flojito tras la calma aterralada de la noche, viento ideal para el momento y la situación, por lo que el comandante ordenó largar todo el aparejo y aproar al SSO^[63], con lo que sería posible navegar a un largo.

Y se produjo el esperado milagro, aunque no fuera consciente de su belleza en los primeros momentos. Cuando di la orden de largar al palo trinquete, comenzó don Andrés la faena de pito y brazos en forma tan firme y profesional, que tranquilizó mi ánimo y disipó las dudas porque, en una primera impresión, parecía dominar la maniobra con soltura. De esta forma, con parte de la marinería elevada a las vergas y otra en cubierta cobrando o largando escotas y brazas^[64], comenzamos a desplegar el trapo que fue hinchándose como pellejo de vino, hasta conformar el espectáculo más maravilloso que el hombre puede presenciar. Y puestos a batir el cobre, largamos alas y rastreras a continuación, con lo que el Murciano pareció engordar como cochino

cebado. Cuidábamos los últimos retoques a la orden de aparejo, cuando pude elevar la mirada hacia los cielos con cierta tranquilidad, para comprobar que todas las velas, sin excepción, se mecían engolfadas como bujarronas por las caricias del viento. Me sentí feliz como un niño.

Álvaro se mantenía en mi proximidad, atento y en silencio, aunque echara una mano a la cordada cuando lo estimara necesario, acción que consentí sin dudarle. Pero finalizada la faena y dada por concluida la maniobra, me pareció entrever en su rostro una imagen de felicidad, al comprobar que el barco navegaba como los ángeles, ligeramente escorado a estribor.

—Bonita estampa, ¿verdad? —Lo golpeé con el codo.

—Y que lo diga, señor. Cuando comenzó ese monumental despliegue de personal palos arriba y en cubierta, manojos de cordelería que parecían sin amo ni dueño, más el concierto de pito por parte del contramaestre, nunca creí que se aclarara ese monumental jaleo de velas, cuerdas...

—Cabos. Recuerde que en los barcos no existe ninguna cuerda, don Álvaro.

—Perdone, señor. Ya me avisó el guardiamarina Moreno que se trataba de palabra prohibida. Pero tiene razón, es una estampa magnífica que nunca un pintor podrá plasmarla con su real belleza. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—A ningún sitio en concreto, aunque continuaremos con rumbo hacia fuera durante bastante tiempo. Ahora tocará el cornetín la orden de prácticas y ejercicios por brigadas, y de acuerdo a las instrucciones del segundo, deberemos comprobar como andan los sirvientes de la artillería que nos corresponden en la primera batería, en cuanto a conocimiento y experiencia. Y crucemos los dedos.

—¿No están duchos en la materia? —preguntó con serena inocencia.

—Lo desconozco. Pero tras salir el buque del dique de carenar, con gran parte de la dotación en reciente embarque, podemos encontrarnos con sorpresas desagradables.

Mis sospechas resultaron fundadas para nuestra desgracia. Aunque los artilleros de preferencia mostraron alguna soltura, gran parte de los ordinarios y los sirvientes de las piezas no debían haber disparado ni una onda contra pajarito en el campo. Así se lo comuniqué al segundo en su primera ronda por la batería, con lo que se alargó el tiempo dedicado a los ejercicios en la mañana, hasta el toque de armar las mesas del rancho. Quien sí se puso al día con rapidez y parecía disponer de abundantes conocimientos en el tema fue el aventurero, a quien dejé encomendada una de las bandas con el alférez de fragata Lázaro, mientras controlaba la contraria.

Los primeros ejercicios fueron de tan escandalosa ineptitud, que decidí andar de vuelta y avanzar desde las nociones mínimas, como era el explicar uno a uno los diferentes aparejos para meter el cañón en batería, proceso de carga, simulación del disparo, así como su salida en el imaginario retroceso. Eché en falta el personal que nos asignaron para la jornada de las flotantes, que despachaban la maniobra con elevada velocidad y eficacia. Pero pronto comenzó a mejorar el personal en su

aptitud, aunque no lo suficiente como para efectuar los cinco disparos de ejercicio asignados a cada pieza, acción que pospusimos para la tarde en la que, a pesar de los murmullos, continuamos a todo tren.

Por fin, más por premio que otra cosa, disparamos los cañones de a 12 y a 8 una sola vez, con espanto de algunos novicios, que no era cosa de gastar pólvora por amor al ruido, dada la escasa asignación para los ejercicios. Por fortuna, el contador no era de los que menean el rabo a diario y dejaba de aplicar los cargos asignados con la necesaria elasticidad, lo que, en verdad, resultaba muy beneficioso para el servicio.

Y abiertos a la mar por todo el horizonte, entramos en una anochecida clara y de extrema visibilidad, con el gajo de la luna casi cerrado, lo que parecía disponer las estrellas al alcance de la mano. No es fácil describir un cuadro de tanta belleza, si no se ha presenciado alguna vez. Aunque el viento rolara a sudeste a lo largo del día, se mantenía flojito, con tendencia a amainar, mientras la mar levantaba suaves rizos que lamían los costados del jabeque con extrema dulzura. Navegábamos con la miel en los palos, según rezaba el dicho marinero que anuncia condiciones extremas de favor en viento y mar.

Aunque la marinería servía a dos guardias, llamadas de babor y estribor, los oficiales repartimos a tres, con lo que me correspondió el turno de cubierta, responsable de aparejo y artillería, en la guardia de alba^[65], con gran placer al ser mi favorita. Pero antes de dormir unas pocas horas disfruté de la feliz soledad en cubierta, dejándome acariciar por la brisa y con el suave sonido de la mar como único acompañante, esa música tan particular que llega a conformar una extraordinaria fantasía. Recobré sensaciones perdidas que me transportaron a la estadía de guardiamarina a bordo del Vencedor, hasta el punto de hacerme sonreír de pura felicidad. Tan sólo eché en falta la presencia de Pecas y su especial parloteo, que andaría muchas millas a levante, y una frasca de vino a mano, aunque no se podía tomar el pastel al copo del primer bocado.

Fueron cinco días de mar duros, y me refiero al trabajo a bordo con sus necesarios periodos de adiestramiento, que la mar y los vientos nos fueron favorables como dama cortesana. Tan sólo al cuarto día, tras una noche de encalmada absoluta, se levantó un leveche fresco que nos hizo arriar algunas velas altas por precaución, aunque pude comprobar maravillado que el Murciano tomaba la mar de forma admirable y respondía a la caña como cadete en formación. Se ordenaron periodos de trabajos continuos y demasiado alargados, a veces por la noche y sin previo aviso, hasta el punto de reventar los cuernos. Sin embargo, el personal respondió con gallardía aunque fueran de rigor los rumores y murmullos de algunos malencarados, que siempre los hay en toda perola, aplacados con rapidez y mano cerrada.

Como pueden suponer, continué con mi norma habitual de trepar por la jarcia del trinquete con las primeras luces del alba, porque no hay momento más hermoso en la mar. Nadie podrá asegurar que ha presenciado una amanecida auténtica, sin disponer de medio tan apropiado y único. Como nuestro jabeque no incorporaba cofas en los

palos, tan sólo un pequeño galcés para el atalaya o vigía de guardia en el mayor, me mantenía incorporado sobre la cruceta hasta comprobar que el Murciano se convertía en una hormiga desde aquella altura, bailando al son de las olas.

Aunque el objetivo principal de la salida a la mar era el adiestramiento de la dotación, así como comprobar el funcionamiento general de los sistemas del buque, éramos conscientes que en cualquier momento podíamos entrar en acción de armas, razón por la que se mantenían las vigilancias y aprestos de rigor que toda unidad de la Armada mantiene navegando. No deben olvidar que en la mar no existe periodo de paz auténtico y es necesario andar con cuatro ojos abiertos a cada banda, que podía aparecer vela corsaria en el horizonte sin noticia previa, y ser necesario aprestar el buque para el combate. Sin embargo, y para desilusión de unos pocos, tan sólo avistamos algún pequeño buque de cabotaje o pesquero, salvo el paso de la fragata Juno, que regresaba de la isla de Mallorca para alistarse bajo las órdenes del general Barceló, a la que rendimos los honores de ordenanza a corta distancia.

En cuanto a noticias de interés personal, recibí una alargada revelación de don Álvaro, sin ser requerida por mi parte en momento alguno. Creo que la inesperada confesión tuvo lugar la tercera noche de nuestra navegación, cuando tras llevar a cabo una de las rutinarias rondas, nos manteníamos en cubierta en silencio, con el simple disfrute de observar la mar y las estrellas. Se dirigió a mí con voz queda, como si deseara mantener una confidencia.

—Señor, quisiera..., quisiera agradecerle su comportamiento conmigo.

Aunque no pude observar su rostro con suficiente claridad, me pareció observar un gesto de pesadumbre.

—Nada tiene que agradecerme, caballero. Suelo comportarme de la misma forma con todo el personal que bien lo merece.

—Bueno —pareció dudar a la vez que mesaba sus cabellos—, no es fácil de explicar. Creo que usted ha comprendido mi situación desde el primer momento con nobleza y caballerosidad, lo que no ha sido norma general ni mucho menos. Y juro que no se trata de protesta por mi parte, que sé ajustar las calzas sin criado. Como puede suponer, no fueron muy llevaderos los tres últimos meses para mi persona, con situaciones que no deseo al peor de los enemigos. Me embarqué en esta empresa como única salida en el camino, para restablecer mi honor si ello fuere posible, o perder la vida cuando tan poco se estima.

Su voz decaía hasta acercarse a un triste lamento, aunque no perdiera la compostura en momento alguno, que no era de esos aquel hombre.

—La vida es el don más preciado, que de allí arriba nos alcanza, y todas valen su peso en oro.

—Me gustaría creerlo. En fin, quería decirle que sin su especial trato, esta prueba habría sido mucho más difícil o imposible.

Nos mantuvimos en silencio, aunque una voz muy dentro me indicara que el buque no había llegado a puerto todavía y restaba la entrada de la ría con sus

accidentes. Dejé alargar los segundos hasta que volví a escuchar su voz, ahora con tono decidido.

—Ascendí a teniente de la Guardia de Corps hace dos años, recién cumplidos los diecinueve, un especial momento en la vida que jamás olvidaré. Todos me auguraban una brillante carrera. Perdí el padre siendo niño y mi madre, duquesa de Beauvoir, siguió su camino poco después. Horfandad descarnada que se rellena con el vaivén de los meses. El parentesco por vía materna con la casa de Artois abrió los caminos necesarios en la Corte, aunque siempre me sentí muy español y soy el primero en atacar a nuestros aliados del norte en forma y fondo, que nos dejaron en la estacada más de una vez. Su Majestad me concedió el privilegio de entrar en su Guardia. Pero todo se oscureció en pocos días, como por arte de magia. Parece mentira que se pueda pasar del blanco al negro con tal rapidez, mudada la piel por la avalancha del río, pero así sucedió.

—Don Álvaro, no se crea obligado a contarme su historia, que supongo triste y desgarrada. Nada le obliga y hablo en verdades.

—Lo sé y esa actitud lo ennoblece ante mis ojos, señor. Pero prefiero narrársela yo a que la oiga deformada por otras fuentes. Sé que soy el corrillo de muchas conversaciones a bordo, entre los oficiales, incluso recibí preguntas inoportunas que no se deben formular a un caballero, ni se deben responder por orden ajena. Pero quiero que usted lo sepa, si me lo permite.

Callé para otorgar, aunque sintiera cierto rechazo vergonzoso en las tripas, acorde con mi habitual pudor. La inquisitoria lanzada por el segundo comandante llegó a mi memoria, doliéndome por aquel hombre que parecía necesitar un acto de honorable confesión. Pero ya su voz volaba en libertad.

—Hace pocos meses me comprometí con María Antonia de los Gavilanes, una joven de extraordinaria hermosura y buena de ser como pocas. Precisamente en estos días debíamos contraer matrimonio, paradojas del destino. Qué lejos quedan aquellos momentos —movió la cabeza con pesar—. Sin embargo, el infierno se volcó en mi vida en pocos días, como si abrieran una sima bajo los pies. Aunque le cueste creerlo, me vi perseguido por una dama, y puede estar seguro que no hay situación más violenta ni antinatural para un caballero. He de reconocer que he sido proclive en los años mozos a correr amores con libertad, aunque siempre entrado en situación, hasta mi compromiso formal, bien lo sabe Dios. Pero esa dama era el reflejo de Satán, si es que existe en forma terrenal. Sin citar nombres, aunque algún día le lleguen por descortesía de los que deberían guardar censura, puedo decirle que se trataba de mujer madura pero casada, todavía de hermosura sin parangón y de muy noble cuna. Mi jefe, el coronel Quesada de los Ríos, advirtió del peligro pero no me ofreció la oportuna salida, porque no era mi intención cambiar de Regimiento al no considerarme culpable de requerimiento inapropiado. Una noche que más valdría haber borrado de esta vida, la señora en cuestión acudió a mi vivienda, bien entrada la madrugada.

Volvió a dudar durante unos segundos, ocasión que aproveché para intentar acortar la escena.

—No repita escenas que le pueden doler. Más vale olvidar algunos pasajes de nuestra vida, para mantener la esperanza. Le repito que no es necesario que... —me interrumpí porque don Álvaro no escuchaba y ya seguía con su lamento.

—Para mi desgracia, acababa de regresar de una celebración ofrecida por un compañero de armas, en la que bebimos en abundancia, demasiado quizás. Ya sabe cómo suelen finalizar esos actos de euforia y compañerismo. Pero debe creerme —parecía elevar una súplica—. A pesar de mi estado le rogué que abandonara la casa, y tomada del brazo la arrastré hasta la puerta. Forcejeamos en el zaguán. No puede imaginarse las palabras que salían de su boca, más propias de góndola prendida, teniendo en cuenta de quien se trataba. Después debió llegar el torbellino que llevamos en nuestra sangre sin desearlo. No sabría explicarle con exactitud lo que sucedió porque, como le decía, mi estado era de embriaguez, si hablo con sinceridad. Debí ceder en algún momento o así lo interpretó ella. Tan sólo recuerdo que desperté entre sus brazos a la mañana siguiente con lo que, según supongo, consiguió su propósito. Pero ni siquiera llegamos a cruzar palabra, que ya ella corría hacia su carruaje. A partir de ahí, todo se aceleró hasta el infinito. Aquella misma tarde recibí la visita de los padrinos. Según supe después, para aplacar al marido informado de la escapada, alegó haber sido seducida con malas artes por mi parte.

Otro silencio, aunque en esta ocasión opté por callar y permitir que liquidara lo que, estoy seguro, se convertía en un suplicio para él.

—A partir de aquel momento me moví como un enajenado. Le cedí la elección de las armas al ofendido y se estableció el duelo a pistola. Puede estar seguro que acudí al alba con el ánimo dispuesto para dejarme matar, que poco más quedaba por hacer con honor. A treinta pasos le permití disparar sin presión, con la mano baja. Según dicen fue su primer fallo en muchos años. Y en aquel momento no sé qué viento pasó por mi cabeza, o mejor sería decir huracán. En principio, pensé tirar el arma y que el ofendido lo estimara a su decisión. Pero no lo hice. Algún demonio debió actuar por mí o levantar el brazo, que mi espíritu no fue. Por desgracia no fallé.

—No fue culpable —me arrepentí de la frase por su falta de sentido.

—En esta vida no hay culpables o inocentes, como bien sabe, señor. La dama en cuestión dejó escapar su versión, vegonzosa versión debería decir aunque parezca increíble, así como el resultado del duelo a voz pública. En definitiva, me acusó de sus propios pecados. Fui sometido a Consejo de Guerra particular en mi propio regimiento. Sé que mi coronel sufrió, pero pesaron en él más las prevenciones que el honor. Fui degradado ante mis compañeros y condenado al destierro con añadida pérdida de títulos y bienes. Tan sólo María Antonia me creyó, aunque su padre la obligó a romper nuestro compromiso. En ese momento, cuando la vi por última vez, comencé a morir. Todavía recuerdo sus ojos, arrasados en llanto.

Se detuvo por unos segundos mientras dirigía su mirada hacia la mano, donde

brillaba un anillo, posible fruto del amor perdido. Continuó con el mismo tono lastimero.

—Un buen amigo de mi padre me indicó que disponía de escasas posibilidades. O bien marchaba a las Américas con el injusto deshonor amadrinado a mi apellido, o intentaba desfacer el entuerto por medio del valor. Entre las posibles salidas escogí ésta de ingresar como aventurero en la Armada. Y aquí estoy. Puede estar seguro, señor, que le he contado la única verdad de ese escándalo del que tanto se habló en la Corte y que es posible haya llegado a sus oídos.

—Nada ha llegado caballero, porque no soy aficionado a los chismes de cámara. Pero sepa que le creo sin atisbo de duda. Y poco más puedo decirle.

Y se extendió un silencio más que comenzaba a herir mis sentimientos. Los que van abriendo su conocimiento sobre mi persona, comprenderán que siempre fui fácil de cuerdas y defensor de injusticias, aunque a veces me costara cara la postura.

—Descanse sin tortura, caballero, que no lo merece. Ablande su sesera y piense que la razón se vuelve al camino derecho las más de las veces. Por mi parte, tan sólo he de decirle que puede contar con mi amistad y que aprecio su honor en lo que se merece.

—Muchas gracias, señor. Juro por Dios que nunca olvidaré sus palabras.

—Acabemos la última ronda y reposemos algunos minutos, que falta nos hace. Mañana será otro día duro.

Aquella conversación dejó rastros amargos que ni la placidez del momento consiguieron aplacar. Pero no atacó por falso en esta ocasión, que bien lo demostró el destino con el paso del tiempo. Dicen los curtidos en mil y un temporales, que la mar muestra el signo de los vientos y de las almas tarde o temprano, como justicia celestial. Y siempre creí en los viejos proverbios, que tanta sabiduría encierran.

16. Una agradable sorpresa

Entramos en Cartagena en la mañana del 19 de mayo, fondeando frente a sus recias murallas con dos ferros^[66], aunque la mar y el viento se encontraran en calma bendita. Pero no era el comandante de los que dejaban aguja por enhebrar, y así quedamos tan firmes al fondo como el cabo Tiñoso. Aunque se tratara de llegada a puerto tras días de intenso trabajo, no por ello descendió la actividad a bordo, ni mucho menos, que los periodos de ejercicios, con prácticas de mar y guerra, continuaron a toda marcha. El segundo, siguiendo las normas del comandante, no bajaba la vara un centímetro, lo que se tradujo en comentarios y murmullos excesivos de la dotación, que debimos cortar por lo sano como naranja tronchada.

De tal forma, no se permitió la salida del personal a tierra. También es cierto que la situación de gran parte de los oficiales, sin pagas en los últimos cinco o seis meses, aplaudía tal medida, que ni a recibos de casa noble podían asistir por faltas graves en sus uniformes, si no disponían de ayuda familiar o hacienda propia. Era ésta cuestión que me deprimía y avergonzaba, al verme en situación tan holgada, sin problemas añadidos. Pero no era cosa de ofrecer limosna, que tan negra ofensa puede llegar a producir si no se entabla la necesaria confianza. En cuanto a la marinería, era mejor mantenerla a bordo con espita cerrada, que de las salidas en francos se perdía cantidad y calidad, en especial los marcados en libreta, que desertaban con facilidad.

En la segunda o tercera mañana, descendí a tierra en la lancha para acompañar al contador, don Francisco Puerto y Borja, en sus misiones particulares por el arsenal. En realidad, debíamos ventilar unos pedidos atrasados de jarcia y víveres frescos, así como, de forma muy encarecida por nuestro comandante, intentar completar el cargo de pólvora, según lo acordado semanas atrás. Resultaba gratificante deambular con don Francisco por el arsenal, donde conocía hasta el perro del maestro mayor de velas, siendo de destacar su especial habilidad para torcer voluntades en beneficio propio. Ya les decía que era de extraordinario valor contar a bordo con este personaje franco, conciliador y de natural bondad, tan separado de la rigidez habitual entre los oficiales del Cuerpo del Ministerio de Marina, que tantos roces suscitaban en los buques con los diferentes mandos.

Pero además de las gestiones propias del servicio, era nuestro contador amante de la buena mesa y capaz de percibir el aroma de la noble manducatoria a larga distancia. Por esa razón, y sin esperarlo de mi parte, consiguió incorporarnos a un festivo almuerzo que se celebraba en el taller de gálivos, gracias a su lejana amistad con uno de los maestros que allí servían. En resumen, la jornada fue fructífera al cien por cien y regresamos a bordo con el espíritu alegre y dos lanchones que transportaban una cantidad de material, víveres y pólvora superior a la solicitada.

Comenzó a extenderse el rumor a bordo de la posible petición de voluntarios para marinar las lanchas cañoneras que atacarían la plaza argelina. Deben creerme si les

comento que sufrí momentos de dudas y desazón, que no deseaba abandonar mi vida en el jabeque Murciano, a quien ya quería como hijo de buena cría. Aunque mi experiencia a bordo de las pequeñas unidades podía forzar el destino, nuestro comandante consiguió que, de momento, ningún miembro de su dotación fuera asignado para tal cometido. Debió comprender mi estado de ánimo porque, una mañana en la que coincidimos en la toldilla, se dirigió a mí con una sonrisa bonachona.

—No tema, Leñanza, que su bien ganada fama en esas pequeñas cucarachas, no le harán desembarcar de este buque. También yo le necesito.

—No crea que deseo permanecer a bordo por temor al peligro del combate en las cañoneras, que tan bien conozco, señor. Pero es mi parecer que ya cumplí con creces esa tarea y debo ampliar mi formación.

—Lo comprendo y creo a pie juntillas. Cuando llegue el momento, los navíos y fragatas son los que deben aportar oficiales para marinar esas lanchas, que ellos permanecerán por fuera de la línea de fuego. No se preocupe que nadie le obligará a desembarcar ni un solo día.

—Se lo agradezco, mi comandante.

Y de esta forma tranquilizó mi ánimo hasta la borda. Por el contrario, dos de los alféreces de fragata se ofrecieron voluntarios para la mencionada acción aunque, en principio, el comandante les explicó los mismos argumentos expuestos a mi persona. Eran muchos los jóvenes que buscaban la gloria con prisa desmedida, aunque no sea ése el camino que se deba escoger, que ésta llega por capricho divino y cuando menos se espera.

Creo que fue en los últimos días del mes, cuando recibimos la visita oficial del capitán de navío don Federico de Gravina y Nápoli, jefe de la división de jabeques, que izaba su insignia a bordo del Catalán. He de reconocer que mi orgullo se elevó por las nubes cuando, en el acto protocolario y formal de la revista, se detuvo ante mí para ofrecerme un emocionado abrazo. Deben tener en cuenta que no lo había visto desde la trágica jornada de las flotantes, aquel inolvidable 13 de septiembre de 1782. Pero ya sabía por el general Barceló de mi reincorporación al servicio, y se alegró al comprobar mi total recuperación y encontrarme, una vez más, bajo sus órdenes. Se trataba, sin duda, de uno de los jefes de la Armada de más elevada categoría personal, al que muchos admiraban y, por desgracia, no pocos envidiaban sus meteóricos ascensos, que por entonces contaba con veintisiete años tan sólo, y ya se hablaba de su próxima promoción a brigadier. Fiel a su costumbre, se reunió tras la pertinente revista con todos los oficiales de la dotación, para ofrecernos su apoyo personal en todo momento. Pero ya hablaré más adelante de las relaciones mantenidas con este inolvidable personaje, quien el destino cruzó a lo largo de mi vida en tantas ocasiones.

Para nuestra sorpresa, el día 27 volvimos a salir a la mar en compañía de los jabeques Pilar y Lebrel. Aunque en teoría se trataba de llevar a cabo una descubierta

sobre el cabo San Antonio, por aviso de corsarios, no era más que una repetida estratagema del jefe de la división para conseguir días de mar y adiestramiento de sus unidades. De esta forma, levamos las anclas y arrumbamos en demanda de la costa norte con no poco esfuerzo, que el trapo caía escaldado de las vergas por falta de viento. Aunque el Pilar actuaba como capitana, al ser mandada por el capitán de fragata don Federico Portales, nos dejó navegar con independencia sin perder de vista su insignia, para llevar a cabo los ejercicios de mar y guerra que se estimaran convenientes.

En esa mi segunda salida a la mar con el Murciano recibí dos sorpresas, aunque sea norma en la mar andar con los pies revueltos a toda hora. La primera fue sufrir durante la segunda noche un levantazo en toda regla, con rachas atemporaladas, que se nos vino encima sin indicios ni premoniciones de los expertos que se conocían esas aguas como pila de bautismo. Por fortuna no nos afectó el aparejo, que llevábamos largado con excesiva alegría hasta la galleta, aunque debimos trabajar a fondo durante unas horas que se hicieron largas de más. Quedamos con el trapo mínimo en volanta y un falso borriquete^[67] en mi palo, dejándonos correr en capa^[68] a la bendición de Dios, que el jabeque tomaba las olas como el difunto los santos óleos. Además, al encontrarnos bien alejados de la costa, no sentimos peligro en ningún momento. Sin embargo, se produjo la primera baja entre la dotación, la pérdida de un marinero atacado en el peñol del juanete de proa por inesperado socollazo, que le hizo caer al mar. Aunque intentamos buscarlo, todos sabíamos que la pérdida era irremediable.

Aquel ventarrón seguido de aguacero impertinente, se encalmó a las pocas horas de abrir el día en forma milagrera y sorpresiva, con lo que volvimos a la normalidad en pocas horas. A pesar de ser el Mediterráneo caprichoso en vientos repentinos y mar corta, el contraamaestre primero, con costras de escaramujo acolchadas a sus muñones, se extrañó de aquel comportamiento más típico de mares tropicales. Pero de todo se aprende en esta vida y el incidente quedó bien grabado a mi cerebro, que en la mar no se puede pasear como caballero en la Corte y hay que mantener cuatro ojos en los puntos cardinales, resguardando el quinto para los cielos.

La segunda sorpresa tuvo lugar el último día de mar y del mes de mayo, cuando navegábamos de bolina^[69] en demanda de la isla de Escombreras. Me encontraba en la toldilla en compañía del teniente de fragata don Francisco Espino, tomando el punto^[70] por adiestramiento, cuando me señaló con el brazo hacia la mar.

—Si no me fallan los recuerdos, esa silueta pertenece al Triunfante.

—¿El Triunfante en estas aguas? —Miré en la dirección señalada, comprobando la presencia de un navío de dos puentes, aunque no fuese capaz de distinguir característica alguna—. ¿No se trata del buque insignia de la escuadra del brigadier Aristizábal, enviada a las costas de Turquía?

—En efecto. Pero ya se esperaba su llegada para estos días. Hace algunas horas hizo su entrada la fragata Clotilde, con algún problema serio en su aparejo —abrió el

anteojo^[71], enfocándolo en la dirección observada—. En efecto, ya se ve el Triunfante con claridad, así como dos sombras por su través y a popa, que deben ser el navío San Pascual y el bergantín Infante.

—¿Ha dicho el bergantín Infante? —Una inmensa alegría recorrió mi pecho—. En ese buque anda embarcado mi cuñado y gran amigo, el alférez de navío Santiago Cisneros. No esperaba su regreso tan pronto. Ni siquiera me cabía la posibilidad de hablar con él antes de nuestra salida para Argel.

—Pues creo que lo tendrá bien cerca durante semanas, porque es posible que su amigo se incorpore a nuestra escuadra. Según escuché al comandante, el navío San Pascual y otra unidad menor de esa fuerza, se uniría a la nuestra. Como la fragata anda con problemas, supongo que se referiría al bergantín, que falta nos hacen buques de ese tipo en apoyo propio.

Ya pueden imaginar la alegría, al tener conocimiento de que mi buen amigo Pecas llegaba a puerto, así como la posibilidad de su incorporación a nuestra escuadra. Suspiré de felicidad, a la vez que imaginaba su rostro en sonrisa permanente. Llegué a pensar en la posibilidad de que hubiese empleado alguno de sus procedimientos especiales, las típicas argucias del minioficial, para no perderse la jornada contra los argelinos.

Por nuestra parte, entramos en Cartagena con ímprobo esfuerzo de maniobra y repetidas bordadas sobre la boya, que poco ayudaba el viento en la ocasión, para quedar nuevamente fondeados frente a sus murallas. Sin embargo, esta vez largamos las anclas a poniente, hasta quedar enfrentados a la parte más cerrada de la ciudad. El resto de la mañana me moví con nerviosismo, sin apartar la vista de la bocana. Por fin, pudimos observar el navío Triunfante con la insignia tremolando al viento, seguido poco después por el San Pascual. Pero el buque de mi buen amigo se hizo esperar, porque ya se encontraba el sol en la meridiana cuando el bergantín Infante apareció con andar alegre, mientras arriaba su aparejo conforme se enfilaba para fondear frente al Real Hospital de Marina, magnífico edificio que era orgullo de la ciudad y de la Armada. Pero por más que apretaba el anteojo, un preciado regalo de Pecas, no descubría su escasa alzada por la cubierta.

Aprovechando que el calafate debía acudir al arsenal en el bote, para recoger algún material de su especialidad, le endosé al ayudante una nota que debía entregar en el Infante, a la mano del alférez de navío Cisneros. Pecas no debía tener conocimiento de mi embarque en el Murciano, lo que le hacía saber en pocas líneas, así como los deseos de verlo a la mayor brevedad.

No tardó mucho en llegar la respuesta. Andábamos con las últimas boqueadas a los ejercicios de la tarde, cuando una pequeña lancha se acoderaba al botalón de nuestro costado de estribor. Fui avisado con tiempo suficiente de acudir a la toldilla, donde mi cuñado, vestido como un príncipe florentino, solicitaba al comandante el preceptivo permiso para llevar a cabo su visita de recibo.

Nos fundimos en un fuerte y alargado abrazo, intentando no exteriorizar nuestra

verdadera alegría, que ya Pecas deseaba saltar como potro desbocado. Me separé para observarlo mejor. Parecía más fuerte y curtido de piel, con el rostro adobado por el sol. Me dije para mis adentros, que el jovencito perdía la niñez a pasos agigantados. Nos dirigimos hacia la cubierta para pasear con comodidad.

—No lo podía creer —insistía una y otra vez—. Imaginaba tu regreso para el próximo mes.

—¿Y perderme la gloriosa jornada de armas? Nada de eso, amigo mío, que te creo capaz de conseguir un nuevo ascenso y adelantarme en la escala.

—¿Es segura la incorporación de tu bergantín a la escuadra de Barceló?

—En efecto. También el navío San Pascual, que manda ese tal Ruiz de Apodaca del que más vale mantenerse a diez millas de distancia. ¿Cuándo partimos por esos piratas?

—No tengo la menor idea, aunque lo presumo cercano. Pero todavía no ha tenido lugar el Consejo de generales y comandantes.

—¿Sabes algo de mi hermanita? ¿Cómo va ese embarazo?

—Hasta el día 9 que abandoné Santa Rosalía, muy bien. Pero no me ha llegado recado alguno. Es posible que lo reciba hoy, que acabamos de fondear pocas horas antes que vosotros.

—Así que embarcaste en un jabeque, uno de los hijos más queridos de nuestro general Barceló. Ya te dije que no lo dejaría de la mano. ¿Qué tal el comandante y dotación?

—Todo dulce como la milla sin viento. Alguna vara mágica debió bendecirme con su toque. Pero deja de preguntar y cuéntame tus aventuras por el oriente.

—No es posible hacerlo en pocos minutos, que embarco en el talego historias para varias horas y sin perder detalle —observó un rastro de incredulidad en mi rostro—. Y confía en tu amigo porque no pienso alargar las verdades, que nunca lo hice contigo. Pero puedo adelantarte que más nos vale ser amigos de esos súbditos de la Sublime Puerta, que se trata de un imperio en toda regla. La capital, Estambul, parece ciudad sacada de las narraciones épicas y fantásticas, imposible de creer si no se ve con los propios ojos. Jamás pensé que pudiera existir tal refinamiento y esplendor entre los infieles. Miles de torres puntiagudas, que llaman minarettes, adornan la ciudad hasta formar un conjunto de rejas interminables, más propias de fantasmagórico palacio. Fuimos objeto de todo tipo de atenciones y deferencias, como si se tratara del más especial y querido aliado.

—Pues han sido nuestros más encendidos enemigos durante siglos, hasta hace pocos años.

—Ya lo sé, mastuerzo. Por esa razón lo decía. Pero presumen de hospitalidad desmedida, y son sinceros en ese ejercicio. Y qué decirte de las mujeres, con cuerpos esculturales aunque lleven el rostro recogido por un velo. Como puedes..., como puedes suponer, me enamoré a muerte cerrada. Conocí la mujer más hermosa que jamás ojos cristianos han visto.

—¿No dices que llevaban el rostro cubierto por un velo? —Tuve que mantener la seriedad con notable esfuerzo, que ya la risa se escapaba de mis labios—. ¿Se lo quitó quizás en tu honor?

—No digas barbaridades, que tal acción les está prohibida. Pero pude observar sus ojos. Jamás has podido pensar que una mujer pudiera...

—Acaba con tanta majadería, Pecas —lo empujé por el hombro, mientras reía a borbotones—. No cambiarás nunca. ¿Y la vida a bordo?

—¿Qué crees? —me ofreció la más picara de las sonrisas—. En los primeros días andaba con la mosca en la oreja y no veía el futuro abierto con suficiente claridad. Pero cuando comencé a sacar de mis provisiones y colmé la mesa de oficiales con géneros más propios de cortesanos, me convertí en el más querido de la dotación. Los trabajos y estudios de observación fueron numerosos, pero ya sabes que sé salir de esos trances con habilidad. Y tocamos algunos puertos de incomparable belleza. Pero es mucho lo que debo contarte.

Y así seguimos hablando durante horas, con tal interés que solicité al segundo no asistir a la colación de la tarde. Ya estaba Setum al tanto quien, tras abrazar a mi amigo con especial cariño, nos repuso de embutidos y vino sin racionamiento. Parecíamos volver a nuestros días de guardiamarinas que, después de todo, tampoco quedaban muy lejos en la memoria.

Entramos en el mes de junio un tanto inquietos, por la falta de noticias seguras sobre nuestra próxima campaña, esa típica situación que suele terciar en inconveniencia. Sin embargo, volví a ver a Pecas tres días después y conseguimos bajar a tierra en la lancha de su barco, con lo que pudimos explayarnos en confianza a tiempo abierto, ante una buena mesa y con caldos generosos. Es fácil comprender que disfruté de su compañía como si no nos viéramos desde años atrás, porque nuestras conversaciones suponían una repetida y agradable experiencia. Y también esperaba de sus noticias, conocedor de ese sexto sentido que siempre lo acompañaba, para enterarse antes que otros de los planes urdidos por el mando. Sin embargo y en esta ocasión, tan sólo me pudo adelantar que el bergantín Infante había quedado bajo las órdenes de Barceló, así como que la salida de Cartagena tendría lugar en los últimos días de junio.

—No debe retrasarse mucho la salida de la escuadra —era más un ruego que una opinión—. El tiempo es propicio en estos días.

—No te preocupes, Gigante. Llegarás al alumbramiento de mi hermana con tiempo más que suficiente.

—Bueno, si salimos en los últimos días del mes, podemos alcanzar la costa argelina en los primeros de julio. No creo que el castigo dure muchos días, aunque se encuentren prevenidos, que la munición acaba por faltar.

—Dependerá de los vientos. Ten en cuenta que llevamos muchas lanchas en conserva, algunas de ellas tan ligeras que ni ese nombre merecen, con las complicaciones que aparejan. Pero en los últimos días de julio estaremos de regreso y

marcharemos a Santa Rosalía para el feliz acontecimiento.

—Dios te oiga —decidí olvidar la preocupación que ya me asaltaba a destiempo—. Espero que nos expliquen el plan de ataque, aunque hay comandantes que poco aclaran a sus oficiales.

—El Consejo tendrá lugar en esta semana. Después, cada comandante expondrá el plan a sus oficiales, como previene el general por norma. Pero todo el tocino lo repartirán las lanchas cañoneras, bombarderas y obuseras, protegidas por jabeques y bergantines, según comenta mi patrón. Por fortuna, me libré de marinar esas unidades, que ya andan con listas y peticiones.

—Ya lo sé. También yo quedé libre. Creo que ya hemos batallado suficiente con las cucarachas.

—Hay mucho voluntario entre las dotaciones de los buques grandes. No les arriendo la ganancia, porque el combate será a corta distancia y con argelinos metidos en las barbas. Además, esas granadas que arman los morteros y obuses fallan más que la llegada a tiempo de nuestros sueldos.

—En efecto. Pude observar como probaban un mortero que debía superar las doce pulgadas, que no reventó por milagro divino. Según parece, les falló el saquete de pólvora y para su fortuna debió apagarse la mecha de la granada. Ya corrían los sirvientes como endemoniados ante los duendes del Santo Oficio.

—Ahora disponemos de granadas que llaman de un solo fuego. De esa forma, no es necesario prender la mecha y esperar a que actúe en tiempo la pólvora impulsora, sino que es el mismo fuego del disparo quien inicia el de la granada. De todas formas, prefiero las cañoneras clásicas, con nuestra buena pieza de a 24 en la proa.

—Y yo también, aunque corren rumores que se embarcarán morteros y obuses en algunas unidades de mediano y gran porte.

—No creo que sea en los jabeques, donde no cabe un solo mosquete más.

Pecas acabó su vaso, indicando con un gesto que sirvieran una nueva frasca de vino. Cambió el tema de la conversación.

—¿No has visitado a nuestro querido general?

—Si te digo la verdad, no he dispuesto de un solo segundo, que andamos a la brega noche y día. En Santa Rosalía acordamos un futuro almuerzo, pero también don Antonio debe apenar con trabajo las veinticuatro horas y prefiero no incordiarlo.

—Tienes razón. Pensaba presentarme en su buque insignia, pero estimo conveniente quedar en la sombra. Ya lo veremos en momento más oportuno.

Y así continuamos con una más de nuestras largas conversaciones, que acababan de forma irremediable en extendida alegría y planes desbocados. Pero, de esta forma, la felicidad que sentía se alargaba como botalón de trinquete, porque a la dicha de sentirme dotación de un buque importante en la Armada, unía la presencia y alegría de mi buen amigo y cuñado.

Recibí por fin un correo de mi querida Cristina, pocos días después. Con sólo observar su preciosa letra, y el inolvidable rostro abierto como un cuadro en el

cerebro, me sentí mal, como reo culpable de terrible delito. La verdad es que pecamos de egoísmo a veces y llegamos a borrar de nuestra mente los seres más queridos, cuando nos vemos metidos en fregado de intensa felicidad. Pero aquellas líneas me volvieron a la realidad de mi propia vida familiar, hasta teñir la mente con una capa de amorosa tristeza. Por fortuna, todo andaba bien en la hacienda, así como su salud, aunque, según sus palabras, lo que portaba en el vientre crecía a ritmo vertiginoso.

Y llegó el aviso del Consejo General para el próximo día 23. Sentí alegría al tener conocimiento de la noticia, porque tal detalle significaba que la acción se acercaba. Partió el comandante en la lancha, convenientemente empavesada para la ocasión, en las primeras horas de la mañana, en dirección al navío Rayo, insignia del teniente general Barceló, atracado al muelle de levante del arsenal. Y mucho debieron durar las deliberaciones, porque no regresó hasta bien entrada la tarde, momento en el que fuimos citados en la cámara todos los oficiales. Sentí una mezcla de excitación nerviosa y apagada felicidad, recordando al tiempo la charla mantenida a bordo de la flotante San Cristóbal con el entonces capitán de fragata Gravina. Llegaba el momento de conocer con algún detalle lo que nos deparaba el destino, aunque luego cambien los vientos en forma y condición inesperada.

17. Plan de operaciones

Todos los oficiales de guerra y mayores, sin excepción, tomamos asiento en la cámara de oficiales, apretados unos contra otros a lo largo de la mesa, no de estado precisamente, sino de tan reducidas dimensiones que apenas era capaz de albergarnos con cierta comodidad. Manteníamos el silencio más absoluto y respetuoso, en espera de la llegada de quien dirigía nuestro destino, que muchos equiparan al comandante de buque en la mar con la figura de un dios particular a bordo. Pero se dejaba notar la tensión en los rostros, aunque fuéramos conscientes en líneas generales del plan trazado para los próximos días y su significado.

Por fin, el teniente de navío don José Girón hizo su entrada con una carpeta bajo el brazo. Sin haber mudado el vestuario presentado en el Consejo General, exhibía uniforme grande con sobria dignidad, aunque brillaran los paños con cierto desdoro en alguna de sus tablas. Me extrañó la gravedad que su rostro reflejaba, tan alejada de la normal placidez y relajación. Pero era oficial concienzudo y capaz, por lo que su cabeza debía encontrarse bien repleta de órdenes y necesidades perentorias que tocaban de lleno a su unidad. Una vez tomado asiento a la cabecera de la mesa, abrió los balduques de su carpeta, desplegando algunos documentos a su vista. Ahora esgrimíó una amplia sonrisa al dirigirnos la mirada y comenzar sus esperadas palabras.

—Señores oficiales del jabeque Murciano, tengo el honor de comunicarles que el próximo martes, día 28 de junio, ha sido la fecha escogida por nuestro general para que la escuadra bajo su mando se haga a la mar y lleve a cabo las operaciones ordenadas por Su Majestad contra la Regencia de Argel. De acuerdo con sus deseos, la empresa se encontrará bajo la advocación de la Santísima Virgen del Carmen, cuya imagen embarcará a bordo del buque insignia, tras religiosa procesión desde la iglesia de Santo Domingo.

Me extrañó aquella profunda y especial devoción mañana de don Antonio Barceló, cuando era normal quedar bajo el manto de la patrona de la Real Armada, Nuestra Señora del Rosario. Pero nada dije porque ya corría la voz de mi jefe.

—Sin embargo, algunas unidades, entre las que se encuentra este buque al que tengo el honor de comandar, abandonarán el surgidero dos días antes, en operaciones previas de descubierta que luego analizaremos. De esta forma, acometemos la jornada de Argel, una más debería decir en esta larga contienda que se extiende a través de los siglos, desde aquella lejana en el tiempo que dirigió en persona nuestro Emperador don Carlos en 1541. Por desgracia, corren barbas luengas en nuestros desencuentros con los piratas del norte de África.

Dejó sus últimas palabras en el aire, mientras movía las manos en forma ceremoniosa, dando a entender la importancia de la información que nos transmitía. Continuó con el mismo tono de voz.

—La idea básica de la operación diseñada por nuestra Armada es la de castigar

con generosa profundidad la ciudad de Argel, capital de su Regencia, en la misma forma que la llevada a cabo en el verano del año pasado. Se trata, en opinión del general Barceló, y puedo adelantar que concuerdo plenamente con ella, de una estrategia realista y económica desde cualquier enfoque. Es decir, que a costa de un previsible y escaso número de vidas humanas, así como una posible pérdida de algunas lanchas de bajo costo, consigamos castigar con severidad un enemigo muy peligroso y osado, que durante siglos ha dificultado nuestro comercio mediterráneo y la vida de nuestros pueblos ribereños levantinos e insulares, con el consiguiente abandono de una franja de territorio nacional extremadamente rico y fértil. Todo ello sin contar con el elevado número de cautivos que deben ser redimidos, o purgar sus penas de por vida.

Nuevo descanso para sedimentar las palabras. Era aquel uno de los momentos en los que el hombre eleva sus argumentos en categoría, como iluminado por superior aureola acorde a la importancia de su misión. Algunos oficiales asentían conforme el comandante desgranaba sus ideas, mientras otros se mantenían sin mover un solo músculo de sus cuerpos.

—En pocas palabras, nuestro Señor intenta que el Dey argelino comprenda que esta guerra la tiene perdida con el paso del tiempo, que este enfrentamiento permanente con España puede significar su colapso económico y social. Hasta ahora, la pérdida de buques a nuestras manos era compensada por los beneficios que le reportaba el corso y la redención de cautivos. Sin embargo, el hecho de recibir en forma periódica graves daños en su capital, así como la necesidad de concentrar sus gastos y esfuerzos en una defensa totalmente improductiva, debería forzarlo a una paz duradera que acabará por llegar, tarde o temprano, si no cejamos en nuestro empeño. España, libre de guerras europeas o coloniales, puede imponer estos castigos con cierta regularidad, lo que provocaría la ruina de la Regencia en poco tiempo.

El paje picó la hora conveniente, con lo que, a continuación, escuchamos el toque de corneta para armar mesas y repartir el rancho, que no provocó movimiento alguno entre los presentes.

—Esto quiere decir que seguimos en la línea acertada, por lo que no deberíamos abandonarla. Nada de desembarcos costosos en hombres y bastimentos, como los acaecidos en otros tiempos no tan lejanos y de luctuosa memoria. Bombardeo de duro castigo, alargado en la máxima medida, gracias a las cañoneras ideadas por nuestro general, don Antonio Barceló, que comienzan a copiar otros reinos. Mientras tanto, los buques grandes se mantienen a distancia y las unidades medias o menores, como la nuestra, se encuentran en apoyo permanente frente al esperado ataque de las embarcaciones enemigas que pretendan impedir la acción. Hemos de reconocer que la jornada llevada a cabo el año pasado tomó desprevenidos a nuestros enemigos, lo que presentó signos de relativa sencillez en su ejecución. Sin embargo, no será así en esta ocasión, para nuestra desgracia.

Dejó caer las últimas palabras, a la vez que desplazaba su cabeza hacia los lados,

una posible señal para reforzar el argumento expuesto que pasó a explicar con detalle.

—Según los informes de algunos cónsules extranjeros, diversos comerciantes que trafican con Satanás si es preciso, así como avistamientos de nuestras propias unidades, desde hace meses se observan incesantes preparativos de defensa en la ciudad de Argel. Son conscientes que recibirán una medicina de estilo parecido a la del año pasado, cuando se alcance la temporada adecuada para las operaciones. Han reconstruido los fuertes dañados entonces y edificado una nueva fortaleza con más de cincuenta piezas artilleras, todo ello con el importante concurso de ingenieros europeos de armamento, algunos de ellos de naciones amigas, a pesar de las protestas elevadas por nuestro gobierno. Además, a pesar de la paz concertada con la Sublime Puerta, paz que se estima sincera y definitiva, han arribado a Argel más de cuatro mil soldados turcos voluntarios, transportados en este caso por buques mercantes que también enarbolan pabellones de naciones amigas y no ven con buenos ojos nuestro posible auge comercial mediterráneo. Es mucha la hipocresía entre los príncipes cristianos.

—Partida de bellacos. ¿Cómo consiente acciones de ese tipo nuestro Señor?

El comisario, fiel a su extrovertida forma de ser, había lanzado la frase más como verbo propio que en forma de pregunta. La mirada del segundo comandante pareció congelarlo, aunque el comandante intervino con rapidez.

—Porque la política es falaz, don Francisco, y a ella se entregan los príncipes, amparados en sus alas. Pero en el caso que nos ocupa, los preparativos argelinos, la parte más importante se centra en la construcción o adaptación de más de setenta embarcaciones, entre pequeñas goletas, escampavías, galeotas y lanchones armados, que suponemos lanzarán contra nuestras cañoneras para evitar o estorbar su acción. Y es ahí donde estaremos preparados, para apoyar nuestras pequeñas unidades cuando sea necesario —hizo un ademán con su mano, como si hubiese finalizado la exposición—. Y éste es, señores, el plan estratégico que deseaba exponerles, siguiendo las instrucciones del general. ¿Tienen alguna pregunta antes de pasar al detalle de la operación?

Se mantuvo el silencio. El segundo dirigió la mirada hacia el contador, que derivaba la suya hacia la mesa. De esta forma, el comandante se decidió a proseguir su ya largo monólogo.

—La escuadra será elevada en número, más poderosa que la empleada en la jornada precedente, aunque ya les avisé que el factor sorpresa queda descartado. Por nuestra parte, el teniente general don Antonio Barceló ha izado su insignia en el navío Rayo, al que acompañarán otros tres de dos puentes. También se han previsto cuatro fragatas de fuerza, aunque dos de ellas, la Carmen y la Rufina, están siendo desarmadas y aparejadas en conveniencia, para embarcar la mayor cantidad posible de pólvora y armamento, necesarios en las cañoneras. Pero a las fragatas Santa Rosa y Santa Clara que partirán englobadas en la escuadra desde el primer momento, se unirán, si se consigue el propósito, las que se encuentran en crucero por levante,

Nuestra Señora del Loreto y Nuestra Señora del Carmen, todas ellas de 34 a 40 cañones de porte.

Nuevo descanso y repetida mirada hacia las notas acoderadas a mano.

—Como unidades de apoyo dispondremos de la división de jabeques, compuesta por doce unidades, tres bergantines grandes y cuatro pequeños, tres balandras, dos faluchos, una escampavía, tres tartanas de transporte y cuatro viejos bergantines, preparados para su utilización como brulotes, por si fuera propicia la ocasión. Bueno, en realidad, la mayor parte de las unidades grandes ejercerán funciones de apoyo, transporte y posible remolque de las lanchas. Pero, por favor —hizo una señal con la mano en rotación—, pregunten al paso si alguna idea no les queda clara.

—Y dispondremos del concurso de otras naciones que sufren la piratería en sus carnes como nosotros, aunque les cueste reconocerlo —apoyó el segundo comandante para recordar, quizás, un punto olvidado.

—Tiene razón, segundo, que pasé por alto tan importante aspecto. En efecto, en esta ocasión podemos decir que se trata de una liga cristiana, aunque el apoyo sea testimonial en número. Por parte del Reino de Nápoles, y bajo el mando del almirante Bologna, se unirán a nuestras fuerzas dos navíos, tres fragatas de pequeño porte, dos jabeques y dos bergantines. Por la Orden de Malta, bajo el mando del almirante Basciero, se ofrecieron un navío, dos fragatas y cinco galeras que pueden ser de gran oportunidad. Y finalmente, por parte del Rey de Portugal y bajo las órdenes del almirante Ramírez de Esquivel, se nos unirán dos navíos y dos fragatas. Todas estas fuerzas se incorporarán a las nuestras aquí en el puerto de Cartagena, o a lo largo de la derrota hacia bahía de Argel, que no parece muy determinado tal aspecto. Como ven, se trata de una nueva Santa Liga contra el infiel —palmeó la mesa entre risas—. Bueno, y todo ello sin contar nuestras lanchas cañoneras que ejercerán el papel principal del combate.

—El número de lanchas será abultado —aprovechó la ocasión el teniente de fragata don Francisco Espino.

—Ha sido y es obsesión de nuestro general, contar con el mayor número posible de esas embarcaciones, incluso muchas de ellas sin las protecciones que caracterizan su idea general, es decir, con blindaje protector. La actividad de don Antonio Barceló en los últimos meses ha sido incesante en ese aspecto. Tengan en cuenta que el año pasado se emplearon un total de 49, mientras que, en esta ocasión, formarán un conjunto de 71.

—Las más de ellas serán cañoneras puras^[72] —me atreví a intervenir con soltura.

—En efecto, Leñanza, de aquellas que marinaban contra la plaza gibraltareña —me dirigió una sonrisa—. Dispondremos de 24 cañoneras clásicas, con una pieza de a 24 a bordo. Pero también ocho unidades con un cañón de a 18, y siete más con calibres menores y aumentadas de personal fusilero para posibles abordajes con las gemelas enemigas. En cuanto a bombarderas, con morteros de doce pulgadas, serán 24 las disponibles. Y, por último, ocho obuseras con obuses de a 8 pulgadas^[73]. Un

conjunto espléndido que no contenta al general en su amplitud, porque esperaba alcanzar el centenar de unidades. Para su información puedo asegurarles que no queda una sola lancha o lanchón de cualquier tipo en el arsenal, porque todos han sido aprestados para la jornada con el armamento que son capaces de transportar y disparar. Esto último supondrá una rémora para la escuadra en general, como pueden comprender.

—¿Por qué esa rémora, mi comandante? —preguntó inocentemente el alférez de fragata Diego Desloves.

—Por el transporte. Se trata de unidades con escasa estabilidad. Muchas de ellas pueden aparejar un palo con vela latina y podemos decir que son independientes, siempre que la mar se mantenga en límites adecuados. Pero otras disponen de remo solamente, con lo que se ha previsto su posible embarque o remolque que, según me temo, nos tocará en sorteo a las unidades menores. Pero también las piezas artilleras presentan su problema, porque con objeto de aligerar el convoy y aumentar el andar del conjunto, las lanchas instalarán su armamento en el mismo escenario, lo que también necesita de favorables condiciones climatológicas, que no se trata de esmeriles sino de pesadas piezas. En fin, que necesitamos buena mar y viento escaso, si no queremos sufrir una catástrofe y regresar con el rabo entre las piernas. Por esa razón se ha esperado a estos días que, según los viejos hombres de mar, deben traer vientos propicios y bonancibles.

La sesión se prolongaba demasiado en el tiempo, por lo que el rostro de algunos oficiales mostraba signos de cansancio nervioso, el peor de los posibles. Aunque también se podía esperar, como era mi caso, que las tripas comenzaran a rugir en espera del cotidiano sustento. Pero ya continuaba nuestro comandante, que deseaba rematar la faena.

—Como pueden suponer, los navíos y fragatas quedarán por fuera del alcance de las baterías enemigas, a no ser que se estime necesario su concurso en momentos precisos, especialmente las últimas con su abundante artillería y facilidad de maniobra —chasqueó los dedos, como si hubiese recordado un tema de especial interés—. Por cierto, olvidé mencionarles que, en esta ocasión, los argelinos dispondrán de balas rojas, con el peligro aparejado que conllevan. Si son ciertas las informaciones aportadas por un marino genovés, los argelinos recibieron remesas inglesas de hornillos adecuados a la operación.

El comandante volvió a ojear un documento abierto sobre la mesa, como si hubiese perdido el hilo de sus argumentos.

—Como es lógico, el ataque y bombardeo principal será llevado a cabo por las cañoneras, que deben cubrir todo el frente de norte a sur, entre fuertes, suficientemente separadas entre sí para no ofrecer blancos compactos, pero por parejas para disponer de apoyo mutuo en caso necesario. Los bombardeos se iniciarán, si las condiciones de viento y mar lo permiten, en las primeras horas del alba cada día, una vez aprovisionados de pólvora y munición en los buques mayores

y transportes. Pero debemos esperar fuerte oposición, por lo que es previsible que los argelinos envíen sus unidades menores con fuerte armamento portátil para estorbar el trabajo de nuestras cucarachas. Ahí entraremos jabeques y bergantines en el necesario apoyo, aunque nos pongamos en posición de recibir regalos desde tierra, calientes o fríos.

El comandante volvió a esbozar una sonrisa, con lo que parecía corroborar el excelente humor que gozaba en aquellos momentos. Elevó las manos como si, en principio, hubiese acabado su exposición. Fue el segundo quien entró en el necesario recuerdo.

—¿Piensa exponer nuestras operaciones iniciales, señor?

—Gracias por entrar en ese punto, don Ciriaco, que ando estos días con demasiados legajos en la mollera —volvió a pasear la mirada en círculo, antes de continuar—. Como les adelanté, la escuadra de jabeques bajo el mando del capitán de navío Gravina, se hará a la mar en la mañana del domingo 26, dos días antes que el grueso de la escuadra. Nuestra primera misión será la de llevar a cabo una descubierta en el sentido de la marcha, cruzando la derrota prevista, aunque no se espera oposición de envergadura, que los pocos navíos y fragatas de que disponen los argelinos habrán sido puestos en situación segura en otros puertos de la Regencia. Una vez realizada la maniobra, regresaremos a las cercanías de Cartagena, para comprobar la salida del convoy. En ese momento, nuestra actuación dependerá de las órdenes del general y condiciones meteorológicas reinantes. O bien emprendemos derrota directa hacia Argel, para limpiar el camino y observar esos nuevos armamentos en su punto exacto, o navegaremos a proa de la escuadra en descubierta, que ya nos llegará la orden. Espero que en esos días sople alguna brisa propicia, si hemos de llevar a cabo la inspección general de las fortificaciones, embarcaciones en puerto y todos aquellos detalles que se consideren de utilidad para nuestro general. Si es necesario, acercaremos los penoles hasta el punto caliente que se estime oportuno.

Dejó sus últimas palabras en el aire, esperando alguna pregunta o ratificación. Fue el segundo comandante quien tomó la palabra en cuestión que estimaba de su competencia.

—De esa forma, señores, tomen las disposiciones necesarias cada uno de ustedes en sus respectivos destinos a bordo, para encontrarnos al alba del domingo en situación de salir a la mar con cada ratón en su celda.

—¿Albergan dudas o preguntas que formular, señores oficiales? —El comandante parecía desear el fin de la reunión.

Algunos parecieron dudar unos segundos, pero la oscuridad comenzaba a reinar en la cámara y las almas pedían el necesario descanso, tras un día alargado y agotador.

—En ese caso, nada más. Segundo, tome las disposiciones necesarias, que estos señores andan con rostro desencajado por el aroma de las carnes. Como suele ser norma habitual, se repartirá rancho extraordinario pasado mañana, sábado, día previo

a la salida a la mar en operaciones. Muchas gracias por su atención y ya saben que los jabeques siempre han mostrado a las claras su capacidad de entrega y combate. Espero que todos ustedes cumplan por encima de sus posibilidades, si es preciso.

El comandante abandonó la cámara con rapidez, tras avisar al segundo que tomaría su colación en privado. Al quedar en recogida soledad, pronto aumentaron de nivel los murmullos y comentarios. Sin esperarlo, escuché una voz a mi lado que parecía provenir del más allá. Pronto comprendí que se trataba del cirujano, quien parecía hablar consigo mismo.

—Nunca he entrado en combate hasta el día de hoy.

—Pues lo hará pronto —respondí con cierta autoridad—. Y puede estar seguro que podrá ejercitar sus extendidos conocimientos, que también deberá entender de los heridos en las lanchas, además de los propios a bordo si los hubiere.

No contestó a mis palabras sino que permaneció ensimismado en sus pensamientos, perdido quizás en escenas de sangre, que tan sólo en los libros podía haber presenciado. Pensé para mis adentros que de poco le serviría tanto latinajo corrido, cuando se le presentara algún hombre con una pierna tronchada y la sangre salpicando su uniforme como fuente generosa.

Tomé los alimentos con hambre canina, que siempre esas situaciones nerviosas me han avivado el apetito. Tanto así, que solicité a Setum el pertinente auxilio sólido y líquido, porque era momento de entrar en agradable modorra. Habría gustado de la compañía de Pecas y discutir la operación de armas abierta, lo que me llevó a recordar con cierta nostalgia aquella lejana noche, víspera de nuestro primer ataque a Gibraltar con la querida y perdida cañonera número 23.

Tomé mi jergón con dulzura tras el oportuno trasiego del caldo espeso que, según cuenta el proverbio, repone la sangre en cantidad y forma adecuada. Intenté pensar en Cristina y en el hijo que llevaba en su vientre, carne de mi carne. Sin embargo, el perfil de la costa argelina, imaginada en mi pensamiento con fuertes y baterías a lo largo del horizonte, eclipsó otras imágenes que podían resultar más ideales. Aunque cueste creerlo a muchos, también la guerra produce en el hombre sentimientos de placer que embargan el ánimo como piel de mujer.

18. Rumbo a Argel

Tañían con fuerza las campanas de la ermita de La Guía, insistiendo a platillo y embargo, cuando el jabeque Murciano enfilaba la salida del puerto de Cartagena, con destino abierto a los cielos y los machos del espíritu cazados por corto. No es fácil exponer en unas cuartillas lo que siente el corazón en esos momentos, cuando parecemos cortar el cordón umbilical que nos une a tierra, y la suerte ha debido caer desde lo más alto en una banda todavía desconocida.

Los días de ejercicios a fondo se percibían en el trabajo del personal a mis órdenes, que la maniobra en el castillo se llevó a cabo sin una voz destemplada y con generosa rapidez. Y tanto avante con la punta de la Navidad, elevado en silencio el rezo de la primera vela, largamos el aparejo a reventar, acariciados por una brisa de levante que así lo propiciaba. También en este caso, el trinquete desempolvó su trapo como picado por avispa, buena gente a la faena, que en pocos segundos rumiaban los aparejos al compás apagado del pito nostramo^[74].

Aunque los jabeques formaban de ordinario y en tiempo de operaciones particulares escuadra propia, en este caso que nos ocupa, al ser incluidos en poderosa y general escuadra, pasaba a denominarse su conjunto como división, bajo el mando de un capitán de navío. De esta forma, las divisiones que solían quedar compuestas por tres o cuatro unidades, pasaron a denominarse flotillas, nueva acepción en nuestro grupo que a pocos satisfacía, porque más se asemejaba a una degradación en toda regla. Así, en unión del Gamu, de 32 cañones, y el San Blas, jabeque ligero o velachero de 14 piezas, formamos la tercera flotilla, con mando de la misma en la persona de nuestro comandante, por ser el más antiguo de los tres.

Abiertos a la mar en franquía, el jefe de la división ordenó aproar a conveniencia por flotillas para seguirle aguas, arrumbando en principio al ENE, cercano al límite de la bolina y braceadas^[75] las vergas al troncho. Aunque la misión de descubierta encomendada se consideraba más de nombre que otra cosa, y rutinaria al mil dadas las características del enemigo, era ése el rumbo aconsejable como primera escuadra de la derrota a seguir. Con esas proas recorreríamos unas pocas millas, para caer al sur y cerrar posteriormente el triángulo de regreso a las proximidades de Cartagena.

A lo largo de aquel primer día, navegamos con absoluta placidez, aunque reforzamos algunos ejercicios de cañón porque nunca el mando encuentra el ritmo de fuego como aceptable, y nuestra puntería era aún una asignatura pendiente de necesario machaqueo. Pero la mar aparecía desierta, como si alguna poderosa autoridad hubiese ordenado la cancelación de pesca y cabotaje, que ni un pequeño falucho de costa se dejó ver en el horizonte. Sin embargo, entrados en la noche, comenzó a rolar el viento al nordeste y aumentó su fuerza, hasta quedar entablado en fresco del segundo cuadrante, lo que nos hizo recortar el trapo a conveniencia.

Aunque sentíamos en nuestros cuerpos el rumor clásico que se sufre al entrar en

operaciones de guerra y combate, se fue allanando la corriente de nuestra sangre con el paso de las horas, porque el segundo día transcurrió en las mismas circunstancias de paz y sosiego. Sin embargo, comenzó a formarse una leve marejada del nordeste que nos preocupaba, no por la navegación del jabeque, airoso con tiempos duros, sino pensando en la salida y derrota de las lanchas hasta su lejano destino. Fue en la tarde de aquel día, cuando el serviola dio la voz que pareció sacarnos del letargo al que nos habíamos habituado.

—¡Vela, dos cuartas^[76] a babor!

Como nuestra flotilla se encontraba ligeramente destacada a proa del resto de la división, fuimos el Gambo y el Murciano los primeros en cantar el avistamiento. En aquel momento descansábamos algunos oficiales, departiendo con el comandante en la toldilla, por lo que, de forma instantánea, dirigimos nuestros anteojos en la dirección señalada al escuchar la voz de alarma, que siempre lo es en la mar un avistamiento desconocido. Pasada la señal a la capitana, se nos ordenó aproar en la dirección mencionada, para aumentar la información. Caímos a babor, a la vez que se ordenaba la maniobra para barloventear. Poco después, el guardiamarina enviado jarca arriba, comunicaba algunos detalles.

—¡Un bergantín de dos palos y gran cangreja en el mayor! Unos veinte cañones. No muestra pabellón.

Fue el comandante el primero en emitir una opinión, que dejó en el aire con autoridad.

—Será británico, que poco gustan esos bellacos de mostrar su bandera en la mar.

—O corsario —adelantó don Francisco Espino.

—En tal caso no mantendría esa proa, al avistar una agrupación como la nuestra. Un berberisco habría virado en redondo y salido de estampida con las alas.

Conforme cerrábamos distancia, el bergantín mantenía su rumbo de componente norte sin variación apreciable. Volvió a escucharse la voz del guardiamarina Moreno, extremeño pelirrojo, entrado en carnes y guasón, al que apodaban Poncho sus compañeros.

—Comienza a largar el resto del aparejo. Portas abiertas y cañones en batería.

—Seguro que es inglés —confirmó el comandante—. Aunque nos encontremos en paz con ese Reino —se dirigió al segundo—, dé la voz de prevención para el combate, que estos britanos disparan primero y declaran la guerra después, como ocurrió en tantas ocasiones.

Tocaba el cornetín la orden precisa cuando, por fin, se desplegó el pabellón británico en el pico de la cangreja, visible ya a nuestra altura. De todas formas, continuamos la aproximación, a la vez que el bergantín cerraba las portas de sus baterías y procedía a las señales de cortesía en la mar, que respondimos con prontitud. Nos cruzamos de vuelta encontrada y a pocas yardas de distancia, con lo que fue posible observar al comandante inglés en la timonera, un tipo alto y espigado como un palo enterizo. Estas acciones calmaron los espíritus, que volvieron al ritmo

acompañado.

Y tras aquel ligero avistamiento, todo volvió a la rutina y normalidad habitual. Pero preocupaba en general el estado del viento, que continuaba fresco y roladizo, aunque se mantuviera del mismo cuadrante. Y en estas condiciones aparecimos en la mañana del 28 frente a la isla de Escombreras, donde ya se encontraba el navío Rayo con la insignia del general desplegada al viento, a quien nuestro jefe de división reportó los acaecimientos habidos en la descubierta.

No eran favorables las condiciones, porque el viento se mantenía frescachón y del nordeste, no muy acorde con la estación, por lo que don Antonio ordenó el fondeo de las unidades que podían aguantarse al ancla sin merma, a la vez que posponía la salida de las menores hasta nuevo aviso. Aparecieron algunos problemas propios de la mar, como la rotura de la entena en la galeota Concepción, tras sufrir un duro balance, lo que le hizo regresar a puerto con necesidad de componer. Y para rematar las sorpresas del día, se unieron a la escuadra en aquel mismo punto las fuerzas navales prometidas de Malta y Nápoles, a las que recibimos con muestras especiales de bienvenida.

Y dando bandazos como borrachín de puerto en escapada nocturna, nos mantuvimos al ancla hasta las primeras horas del alba del día 30, momento en el que, entablado el viento del sudoeste y con fuerza variable pero escasa, se ordenó la salida general, momento en el que comenzamos a ceñir a voluntad para barajar la costa hacia nuestro destino, siguiendo las órdenes de la capitana. Tal y como se preveía, a la división de jabeques se nos ordenó navegar en avanzada, abiertas las flotillas en línea, por lo que fue entonces, vista la escuadra con suficiente distancia, cuando quedé boquiabierto al contemplar aquella nube blanca que ocupaba gran parte del horizonte. La panorámica me hizo recordar aquella otra celestial visión en aguas de la bahía algecireña, al contemplar la escuadra de don Luis de Córdoba con más de cincuenta navíos. No eran de comparar ambas fuerzas, pero tampoco era norma diaria poder observar más de 130 velas abiertas en arco por el horizonte. Les aseguro que me sentí un ser privilegiado en aquellos momentos, como si un dedo divino hubiese tocado mis alas para concederme tal deseo.

Nuestro comandante se mantenía preocupado a causa de la situación de mar y viento, porque eran muchas las unidades frágiles mantenidas en conserva, que pocas olas soportan. Por mi parte, comenzaba a sufrir cierta desazón en las tripas, al comprender que no auguraban nada bueno aquellos primeros retrasos en la faena, y poco podíamos fiar en los designios de Eolo. El vientre de Cristina se apareció en mi cerebro como un relámpago, que no hizo más que ahondar pesadumbres en el barro. Pero no era cosa de contar los días o semanas y calcular planes previamente enhebrados, por lo que intenté borrar el calendario de mi cerebro, que bastantes entradas aparejaba como para cargarlo con otras adyacentes.

Al cuarto día volvió a rolar el viento al levante, saltando muy fresco hasta formar marejada de orden, lo que produjo importante avería en la galera capitana maltesa.

No debió gustar el ambiente atmosférico al general, hasta el punto que, dispuesto a evitar los males que se podían derivar de mantener a ultranza la ceñida, se vio obligado a ordenar arribada en vuelta del oeste, con lo que los ánimos se trabaron en tuerto hasta caer a mínimos.

Pero ya les he repetido que la mar es cambiante a capricho de barragana, como nuestras propias vidas, y siempre acaba por amanecer aunque la oscuridad se alargue leguas a proa. Aquella misma noche del día primero de julio, hizo el viento una total variación que pocos aventuraban, de tal forma que, tras unas pocas de horas de rolarse al noroeste y aumentar de fuerza, cayó en picado como el telón de los teatros, hasta quedar casi en calma de laguna. Poco después comenzó a soplar del levante y bonancible, lo que permitió a la escuadra hacer rumbo con placer a su destino en la bahía argelina.

En cuanto a la división de jabeques, dábamos viradas por avante y en redondo, así como continuas bordadas, con objeto de mantenernos a media legua del buque insignia en sentido de la marcha. Al mismo tiempo, llevamos a cabo algunos avistamientos, que procedimos a reconocer con el resultado de ser mercantes de países amigos en derrota de trabajo. Sin embargo, el día 6 aparecieron por nuestro costado de estribor dos navíos y una fragata que, tras el inicial revulsivo, resultaron pertenecer al Reino de Portugal, que llegaban a incorporarse a la Santa Liga, como seguía llamándola en chanza nuestro comandante. Por lo visto, una fragata más de nuestros vecinos occidentales llegaría con algún retraso a la jornada, al haber entrado en el puerto de Lagos para reparar un mastelero partido.

Y navegamos con placidez los siguientes días, en circunstancias favorables, con vientos flojos del tercer y cuarto cuadrante, a favor de los cuales recalamos al alba del día 8 de agosto sobre la punta del Pescado^[77], a distancia como de 4 leguas. Fue entonces cuando pudimos reconocer la costa en toda su amplitud. Para sorpresa mía, no presentaba los colores ocres y dorados de la playa marroquí donde entrara en cautividad años atrás, y que estimaba continua en toda la ribera norte africana. Por el contrario, se trataba de un litoral rocoso de color ceniciento, y tan sólo en la lejanía del interior se podía apreciar alguna duna perdida.

Avanzamos con dificultad el resto del día, nueve de agosto, una vez aflojado el viento de levante en nueva y caprichosa variación. Por fortuna, quedaba a nuestro favor la corriente que deriva pareja a la costa, con lo que pudimos alcanzar el barlovento de la bahía argelina pasado el mediodía, momento en el que el general ordenó fondear con rapidez para evitar una arribada forzosa. Pero no era ésa la idea decidida en un principio, como nos confirmó el comandante.

—Se ha visto forzado el general a ordenar el fondeo en esta situación, que no era la elegida, sino más al sur para facilitar el sostenimiento de los ataques —señalaba en la carta el emplazamiento exacto—. Supongo que lo enmendaremos a la primera oportunidad.

—Esperemos que el viento se normalice de una vez, que hace más giros que las

bailaoras de Granada —afirmó don Francisco Espino con rotundidad.

—Y no le falta razón. Pero ya se estabilizará, que no es normal esta trifulca de roles, como títere de feria, en los meses de estío.

Fue entonces cuando, en las últimas horas de la tarde, pude observar con tranquilidad y detenimiento la ciudad de Argel. Les aseguro que, a pesar de los años transcurridos, vuelve a mi memoria aquel dulce pantallazo que recibí al pronto, como el repentino haz de luz solar que nos hiere al abrir las contraventanas a mediodía, u observar la caída de los rayos en una tormenta seca en la mar. Sin embargo, aquel pantallazo estaba compuesto de blanco y oro. Y no crean que los años me hacen desvariar, que así me pareció cuando el sol daba sus últimas boqueadas. El blanco pertenecía a las casas nobles o palacetes, elevados en altura, que así me lo pareció en la distancia, mientras que el oro era el baño de luz que las casas de adobe recibían en el crepúsculo. Pero les prometo que fue así, una enorme ciudad bañada por aquellos dos colores.

Y como singular añadido, se encontraban sus defensas. No todo eran palacios, minaretes y casas. La ciudad se mantenía fuertemente protegida por una muralla de fábrica y estructura sólida, con unos ocho baluartes en forma circular, artillados generosamente. De forma especial destacaba el de la puerta de mar, henchido como panza de cochino, con más de quince piezas a la vista. También pude descubrir los fuertes y castillos desplegados de sur a norte, en especial el que llamábamos de Carlos V, reconstruido después de la jornada precedente. Y por último, aparecía en punta, como baluarte de espolón adelantado en la mar, la batería cubierta del Escollo, con más de diez piezas, que sería un punto caliente en nuestro trabajo.

Y así quedamos en principio, fondeados, para pasar la primera noche en aguas enemigas, con lo que se tomaron las medidas de prevención y vigilancia necesarias. Como una precaución adicional que nunca sobra, se ordenó a nuestra flotilla de jabeques y dos de los bergantines, llevar a cabo una pasada a corta distancia de tierra, para verificar que no intentaban ningún ardid los moros en cuestión de brulotes u otros ingenios. Y en esta situación, navegando de norte a sur frente a los fuertes y baluartes, cuando ya la noche reinaba, escuchamos los primeros retumbos del cañón, tres fogonazos que en nada sirvieron sino para avisar de su apresto a la defensa. No fue cuestión fácil navegar por aquellas aguas poco conocidas, como ciego por estrecho carril, pendientes de cualquier escollo o el ruido de la rompiente que podía partirnos la barriga. Pero fue hermoso contemplar tan de cerca la ciudad entrada en la noche, como un pastel multicolor ofrecido en la distancia, que nunca se puede alcanzar.

Por parte de la jefatura de la escuadra se dictaron en aquella misma noche todas las disposiciones conducentes a que las lanchas cañoneras, bombarderas y obuseras quedaran no sólo aseguradas, sino también con el cargo completo de sus municiones y todo lo que les era necesario para operar a bordo, dispuestas para iniciar el primer ataque una vez clareara el día, si calmaba la mar y el viento del nordeste. Y en esta

disposición se mantuvieron, con balances peligrosos en ocasiones, dispuestas a todo cuando entrábamos en las primeras horas del día 10.

Pasamos la noche en blanco, disponiendo el buque para el combate, aunque pocos confiaran en la faena al comprender que el viento no amainaba lo necesario. Así nos lo comentó el segundo comandante, cuando nos reunimos con él los jefes de baterías, para dar la novedad de las mismas.

—No podremos comenzar los ataques en el alba próxima, ni mucho menos, que este viento no parece decaer sino muy al contrario.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —apunté con sinceridad—, aunque no sean éstas condiciones normales para la época.

—Deberemos esperar un día o más, que con esta marea no podrían disparar, ni siquiera maniobrar las lanchas más poderosas.

—Bien que lo sé, mi segundo —volví a intervenir con cierta confianza—. Si no es con mar llana o poco rizada, pierden las cañoneras casi toda su efectividad.

Y nuestros miedos se vieron confirmados. Al clarear el día continuaba la marea del nordeste y el viento del sudeste, por lo que se suspendió el primer ataque comprometido, dejándolo dispuesto para la próxima amanecida. Pero pudimos observar cómo los argelinos habían formado hasta 55 lanchas armadas desde la punta del muelle hasta la batería cubierta del Escollo, muy próximas a tierra, lo que me hizo pensar en posibles y peligrosas inconveniencias. Al mismo tiempo, desplegaron en los fuertes, baterías y murallas de la ciudad multitud de banderas, pendones, cornetas y gallardetes multicolores en confusa mezcolanza, agitándolos a banda y banda con energía, a la vez que nos llegaba el eco apagado de su normal griterío, más propio de jenízaros.

Fue entonces cuando se recibió la orden para dos de las flotillas de jabeques, entre ellas la nuestra, de levar el ancla y navegar en demanda de la costa, para observar más de cerca la situación de fuertes y baterías. Se recomendaba mantenernos al límite de la distancia del tiro enemigo, a no ser que estimáramos necesario recabar algún detalle importante, por lo que dejaban al libre discernimiento de cada comandante tomar su propia responsabilidad. Nos aprestamos a ello con rapidez y maniobra general, aunque tan sólo se ordenó largar la mesana y velas de fuerza, que se estimaba suficiente para la primera corrida de sur a norte. Alcanzamos las mil yardas al fuerte situado más al sur, llamado de Babaluet, momento en el que caímos a estribor para ceñir al norte con flameo inestable del trapo, que el viento entraba en rebufos de tierra y dificultaba nuestro andar con cierto peligro. Pero continuamos por derecho, con la dotación en los puestos de combate.

Cuando nos encontrábamos tanto avante con el fuerte, resonaron sus cañones, cayendo los primeros piques cortos, aunque no más de cien yardas, por lo que enmendamos a babor lo preciso, con el Gamo por nuestra popa, avisado de seguir aguas. De esta forma comprobamos que, en efecto, era mucha la artillería dispuesta en el castillo que llamábamos de Carlos V, muralla del muelle con sus baterías

corridas y aumentadas en la puerta, batería del Renegado, así como las dos establecidas en la Linterna. Sin embargo, fue al llegar a la altura de la batería cubierta del Escollo, metida mar adentro y acortada en distancia a nuestros buques, cuando los piques de sus disparos nos envolvieron por las dos bandas, con lo que abrimos fuego sobre ella con todas las piezas de babor, a la vez que el comandante viraba para cambiar el viento de banda y aligerar leguas. La batería bajo mi orden disparó con buen ritmo, aunque debimos corregir la elevación de continuo, con lo que el tiro resultó errático en altura y centrado en dirección. No recibimos impacto alguno por fortuna, aunque dos de las granadas reventaran a pocos metros de la amura, salpicando como fuente de agua nuestra cubierta.

Dada por finalizada la corrida, retomamos el fondeadero, a la vez que echábamos la lancha al agua para que nuestro comandante rindiera informe al general, lo que se confirmó por señales al ordenarse Consejo General a bordo del navío Rayo.

Por desgracia, todo el día 11 permaneció la marejada del nordeste, a la vez que se afirmaba el viento algo fresco del noroeste, con lo que uno hizo calmar a la otra, alcanzándose el crepúsculo de la tarde en calma agotada, que presagiaba buenos augurios para comenzar los ataques en toda regla en la madrugada siguiente. Y en dicho sentido se recibió la orden por la escampavía Ligera, que hacía las veces de batidor, con lo que se ordenó descanso a la dotación, mientras dos balandras continuaban la necesaria vigilancia de la costa, por si los moros intentaran alguna ofensiva o artilugio de guerra que no era de esperar.

Me derrumbé en el jergón con el ánimo rendido, que el día había sido largo y agotador, tanto de brazos como de mente. Pero la tensión se mantenía a través de las venas, porque ya se percibía en el ambiente el olor a pólvora y sangre, ése que suele llegar a nuestras narices antes de producirse, bien lo sé yo, aunque les cueste creerme. Pero entré en modorra con facilidad para mi bien, sin sueños blancos o negros, sino cerrados los escotillones a buen viaje y los cuatro vientos.

19. Comienzan los ataques

El general don Antonio Barceló había previsto comenzar las operaciones de guerra, si los dioses de la mar no se oponían a sus deseos, al romper la guardia de alba del día 12 de julio. Y no se trataba de simple capricho marinero, que no era su norma habitual, sino de aprovechar esa dulce y escasa brisa nocturna aparejada a la estación veraniega, cuando la tierra devuelve al mar parte del viento recibido a lo largo del día. De acuerdo con sus instrucciones, picaban las cuatro de la mañana cuando establecimos la situación de zafarrancho y prevención para el combate en el jabeque Murciano. Como un ejercicio más, todo el personal ocupó sus puestos con diligencia y precisión, sin necesidad de arrear las almas con el pito y los brazos.

Gracias a la luz ofrecida por una luna perezosa en retirada, con su disco a punto de rebosar, pudimos observar entre las sombras al comandante, vestido con uniforme aligerado de casaca y alzado como un dios particular sobre el tambucho de la toldilla. Con una energía que pocas veces desplegaba, lanzó a la dotación su particular y preceptiva arenga, en la que nos habló del necesario valor, la entrega a muerte y el noble fin que se perseguía para las armas de España y demás Reinos cristianos. A continuación, el capellán, don Pedro José Antolín, alicantino entrado en carnes y afectado en exceso por los balances del fondeo, encomendó nuestras almas a la Santísima Virgen del Carmen, prometiendo honra celestial a los que cayeran bajo el infiel fuego berberisco.

A las cuatro y media tronó la batería de la capitana en dos salvas repetidas, señal prevista de aprontarse para el ataque, con lo que cada unidad debía preparar sus bastimentos y ocupar la posición de acuerdo al plan ajustado. En aquellos momentos tan especiales que se sufren o disfrutan antes de entrar en combate, me encontraba apalancado en la meseta del palo trinquete, entre el tráfico del personal que acudía a sus puestos, con la sangre en verbena y el espíritu cerrado a escotillón. Fue entonces cuando pude comprobar la presencia de dos sombras acoderadas por corto a mis bandas, como chafaldetes en guardia de real personaje. A mi derecha se abría en amplitud la blanca dentadura de Setum, su fuerte corpulencia cubierta por camisola abierta y calzas partidas, con los brazos separados en jarras. Mi fiel secretario ajustaba un grueso chuzo de abordaje en su cinto, así como aquella gumía dorada de lejano y feliz recuerdo en falsa cordelada. Tan sólo necesité una leve mirada a la mueca de su rostro, para comprobar su disposición y sentimientos. Sin embargo, a mi izquierda apareció don Álvaro, encorsetado por dos bellas pistolas que se abrían en arco por su cintura, lo que me hizo sonreír.

—No se puede negar que viene preparado en conveniencia, don Álvaro.

A pesar de la semioscuridad que todavía reinaba, creí observar cierto gesto de inseguridad, como si dudara de la conveniencia del armamento dispuesto, por lo que me apresuré a intervenir.

—No lo estimo desacertado, ni mucho menos. Como aventurero a bordo, ninguna

ordenanza se opone a que incorpore las armas que estime oportunas en el combate.

—Me alegro de escuchar sus palabras, señor. No estaba seguro de la normativa y estas dos pistolas, única heredad que se me permitió de mi padre, componen todo el ajuar. Puede estar seguro que, llegado el caso, sabré hacer uso de ellas.

—No lo dudo, don Álvaro, aunque, en esta ocasión, no creo que lleguemos al combate personal de abordaje. Pero nunca viene mal esa compañía, por si se pone a tiro algún jenízaro asalariado.

—Le reventaré los ojos, puede estar seguro.

Siguiendo las órdenes del mando, dimos la voz de levar el ancla hasta dejarla arriba y clara, momento en el que comenzamos la maniobra, de acuerdo a los planes previamente dictados. Las flotillas de jabeques tres y cuatro, en compañía de dos bergantines y una balandra, así como las galeras de la Religión de San Juan, galeota San Antonio, y la mitad de los jabeques y bergantines napolitanos debíamos ocupar el flanco sur o izquierdo del frente. Nuestra misión inicial era apoyar el bombardeo de los fuertes y baterías con nuestra propia artillería, así como impedir que unidades menores argelinas salieran de la dársena e intentaran ofender en flanco a nuestras cañoneras en su trabajo de castigo. También se preveía la oportunidad de operar contra las lanchas enemigas, en caso de necesario auxilio.

Maniobramos con poco trapo en las vergas bajas y escaso viento de tierra, suficiente para aquel buque capaz de navegar con los pulmones de su dotación. Observamos cómo nuestras cañoneras comenzaban a formar una amplia línea, superior en su longitud a las trescientas toesas^[78], entrados a las cinco de la mañana. Pero el frente no cubría con exactitud la línea sur-norte de los blancos a batir, sino que el general lo había desplazado ligeramente hacia el sur, por encontrarse en esta dirección las fortificaciones con menor cantidad de piezas artilleras.

Daban las seis y media cuando el mando consideró que se encontraban las unidades prontas, y las lanchas con el personal sobre los remos. Fue éste el momento en el que pudimos observar cómo la falúa del general se abría paso a buen ritmo de boga, hasta ocupar la posición central y más avanzada del frente de las cañoneras, con su insignia flameando orgullosa al viento, que también don Antonio gozaba con el ceremonial que oprime el ánimo del enemigo. Al mismo tiempo y en tres botes cercanos se adivinaba la presencia de su Mayor General, el brigadier don José Lorenzo de Goicoechea, y ayudantes necesarios para impartir las órdenes oportunas, norma habitual en nuestro general que deseaba rapidez en impartir y comprender sus variaciones. Fue don Álvaro quien comentó a mi lado.

—No se arredra nuestro general un pelo. Pocos comandantes en jefe ocupan la primera línea de fuego, en lugar de quedar a bordo de la capitana con el antejo en la mano.

—Si lo conociera en persona no lo dudaría un solo segundo —comenté con una sonrisa y cierta nostalgia en el pensamiento—, que así es de bravo a diario por nacimiento. Según tengo entendido, de igual forma actuó en la jornada del año

pasado. Desea impartir sus órdenes con conocimiento y celeridad, por esa razón lleva como batidores cercanos a su Mayor General y los ayudantes. Pero no deja de ser peligroso ejercicio, que le caerán las bombas como en sagrado rosario a su alrededor, aunque poco le importe.

—Es excesivo el peligro que afronta. Pueden llegar a barrerlo con la fusilería ligera de esos jenízaros que tanto gritan.

—Si don Antonio escuchara esa observación, repetiría su famoso latiguillo: No han fundido todavía la granada que me lleve por delante.

—Esperemos que así sea. Y no lo digo solamente por el bien de la empresa, sino también por el respeto y cariño que usted le profesa.

—Así es. Momentos hubo en los que actuó como un padre para mí, y no son ésas marejadas para olvidar.

Por nuestra parte, ocupamos el puesto situado más a la izquierda del frente, rozando la escollera del Lazareto de forma peligrosa, momento en el que una bomba lanzada desde la batería del Renegado sobrepasó por alto la línea de las cañoneras en cien toesas, salpicando de agua la borda de una balandra. Pareció ser la señal convenida desde los cielos, porque picaba la campana las ocho horas, cuando el general dio la orden de ataque general. De esta forma, rompimos el ceremonioso silencio en mil pedazos, para dar paso a la colosal sinfonía de las balas en vuelo y la repetida explosión de las granadas.

Como cada unidad tenía asignada su misión con cierta precisión, comenzamos a disparar nuestras balas de a 12 y a 8 con las dos primeras baterías sobre el fuerte de Babasón, el situado más al sur, a la vez que las corridas más a popa lo intentaban de enfilada y a la luz contra las lanchas enemigas, formadas en línea frontal y en número de 67. Por suerte y para nuestro regusto, éstas formaban un confuso conjunto de cañoneras, bombarderas y galeotas agrupadas como faldellín, con lo que tan sólo debíamos apuntar al bulto para obtener algún resultado.

Por fortuna, no era nuestro comandante de los que andan en continuas miradas a las señales del mando, sino que ejercía su misión con fundamentos propios. Por esa razón, entrados en la segunda hora del combate, observamos una balandra argelina de regular porte, que se destacaba de su línea con ayuda de remos para atacar cuatro de nuestras lanchas, ligeramente descolgadas en solitario hacia el sur. Aunque dispusimos de la brisa necesaria en los primeros momentos, llegados a la zona de rebufos y encalmada debimos escalamar^[79] los remos previamente preparados a través de sus portañolas, para alcanzar posición de tiro sin dañar a las unidades propias. Y le lanzamos una descarga seca con todas las bocas, incluidos los pedreros, que quedó corta en el primer intento, aunque la segunda mordió su cubierta al relleno, de forma que viró con rapidez para regresar a su puesto en el interior de la dársena, no sin daños en estructura y personal.

Nuestros hombres cargaban y disparaban las piezas sin cesar, con un ritmo superior al esperado, pero así suele suceder en la guerra, especialmente en los

primeros momentos, cuando el ánimo se abre en ancho canal. Conseguimos centrar los tiros sobre el fuerte de Babasón y los dos primeros baluartes de la muralla con cierta precisión, por lo que alenté con gritos a mis sirvientes, aventurando dianas que sólo en mi mente se producían, por la dificultad de observar los resultados. Pero no era fácil la faena, que la distancia era muy corta, hasta alcanzar el límite de las cuñas de elevación. Y no crean que disparábamos con el placer del cazador apostado en parapeto, que las balas y granadas del fuerte nos salpicaban las orejas por ambas bandas y a pocas yardas, aunque la fortuna nos ofrecía la mejor de sus caras.

Pero la suerte acaba por tomarse un descanso tarde o temprano, y así sucedió. Debíamos alcanzar el final de la segunda hora del ataque, cuando una granada que por milagro divino no llegó a reventar por fallo de su espoleta, rebotó en el pico de nuestro bauprés. El ruido fue formidable, al punto de que algunos marineros creyeran haber sido desarbolados en toda regla. Sin embargo, los daños fueron escasos y tan sólo quedó tronchado el caperol del palo saliente y desbrincado el estay primo^[80], lo que nos hizo arriar el poco trapo desplegado del trinquete con rapidez, para evitar mayores inconvenientes. Por desgracia, uno de los astillazos alcanzó al grumete Pedro Santibáñez en el vientre, y allí se clavó como estoque de caballero muy adentro. El pobre jovenzuelo murió minutos después con gestos de visible sufrimiento en su rostro, con el galeno entregado a su inútil curación, en la que suponía primera de nuestras bajas.

Por fin, a las diez y veinte minutos se ordenó cesar el ataque y recuperar posiciones de seguro, por haber acabado las lanchas con sus cargos de municiones. Era momento para tomar un ligero descanso, mientras los buques preparados al efecto procedían a embarcar pólvora y balerío en las pequeñas cucarachas. El municionamiento se llevó a cabo con extraordinaria rapidez, quedando todo preparado para el próximo ataque, que se preveía llevaríamos a cabo en las primeras horas de la tarde.

Es en esos momentos de descanso y alivio, cuando en verdad analizamos lo sucedido minutos atrás con suficiente detenimiento, al punto que a muchos embarga un pavor no sentido en la lucha. Llega a percibirse como fantasmagórico suceso, la cercanía de la muerte o la sangre derramada por uno y otro bando, que en la pelea quedan los ojos del corazón en blanco y sin mirada lejana. Reconocí con placer que el primer ataque se había llevado a cabo con acierto, diligencia y valor generalizado. Y de forma especial en nuestra dotación, de la que podíamos mostrarnos orgullosos, que pocos rebencazos hubo que repartir entre algunos morosos.

La lucha se había generalizado de tal forma que hasta las fragatas de la escuadra, a las que se suponía debían mantener sus puestos en el surgidero, llevaron a cabo meritorios ataques con indudable peligro, manteniéndose al límite de los frentes y por fuera de ellos, aunque siempre al alcance de las baterías enemigas. Era fruto de la libertad de acción que el general otorgaba a sus comandantes. Pero donde la batalla se llevó a cabo de forma encarnizada fue entre las lanchas propias y argelinas, que las

nuestras debían atender a defenderse de éstas, a la vez que disparaban hacia sus blancos asignados en tierra. Y a todo esto, la falúa de don Antonio recorriendo el frente, como gacela airosa parapetada con divino escudo. Por fortuna, pudimos comprobar como ciertos los avisos previos, en el sentido de que la artillería enemiga era de menor calibre y peor calidad que la nuestra, con muchas piezas desgastadas y con tiro errático.

Sentí cierto orgullo y regusto interior al observar entre nuestras cañoneras, los botes y falúas de las unidades mayores, incorporados a la pelea por decisión propia, con gran cantidad de oficiales a su mando, algunos de elevada categoría, expuestos al fuego directo. Y hubo que lamentar pérdidas, como era de esperar en combate cerrado. Tal fue el caso del caballero de Forteguerni, Mayor General de las fuerzas sicilianas incorporadas a la causa, que cubrió en una falúa uno de los frentes del ataque.

Cavilaba estos pensamientos, cuando encontré en cubierta al joven galeno, desarmado de cuerpo y alma, como si hubiese corrido medio mundo a lomos de caballo salvaje. Intenté animarlo con palabras precisas.

—Presumo que ha sido su primera entrada en acción de guerra, don José. No se preocupe, que a todos les ocurrió suerte pareja en la ocasión. Para bien o para mal, nos acostumbramos a lo bueno y a lo malo en esta vida.

Pareció despertar de un pesado sueño con mis palabras. Las suyas sonaron como llegadas en la distancia, un triste y socorrido lamento.

—Nadie había muerto en mis brazos hasta el día de hoy. Ese grumete era un niño todavía.

—No hay niños en la mar, cirujano, que el agua salada consigue suplir los años con soltura.

Dejé al hombre en soledad con sus tristes pensamientos, porque debía sedimentarlos por su cuenta en aquellas circunstancias. Estaba seguro que en la próxima ocasión vería con otros ojos la muerte, hasta conseguir su amistad y conocimiento, que todo llega en esta vida.

Cercano el sol a la meridiana, reunió el comandante a los oficiales de guerra en la toldilla para analizar los resultados del primer ataque, una vez recibida la noticia puntual de la capitana. Mostraba el teniente de navío Girón rasgos de placer en su rostro, orgulloso quizás del empeño ofrecido por su dotación.

—Bien, señores, hemos de felicitarnos por esta primera acción, llevada a cabo con la bizarría y acometividad que de todos se esperaba. Aunque hayamos sido desflorados en el bauprés —señaló hacia proa con una sonrisa en su cara—, no explotó la granada a bordo por designios celestiales y la herida quedó en sencillo rasguño. En otro caso, habría barrido al personal de proa y lamentaríamos ahora un buen número de bajas. Y también la suerte nos ha favorecido porque era poco el trapo desplegado, que en caso contrario podíamos haber perdido algún mastelero. Espero que el trabajo de nuestros carpinteros, que ya se encuentran en faena, lo dejen en

condiciones de uso con la suficiente rapidez.

—Parece que la precisión de nuestros disparos ha sido de predicar en púlpito —intervino el segundo con su habitual inexpresividad—. Se observan ruinas poderosas en gran número de edificaciones, un baluarte derruido y fuegos abiertos en la ciudad que intentan apagar con baldes en formación.

—Mucha población emprendió desordenada huida hacia el campo —subrayé con decisión—. Y de sus unidades, además de la balandra a la que hicimos numerosas bajas, han volado cuatro de sus lanchas y otras seis quedaron chamuscadas.

—En las nuestras también sufrimos percances, más por defecto de nuestras armas que otra cosa, lo que suele ser habitual con las granadas y obuses de tan peligroso uso. En la cañonera número 23 ha explotado una granada propia, por haberse corrido la espoleta.

Sentí cierta desazón y añoranza al escuchar el número de la cañonera, que tanto había significado en mi vida años atrás. Aquella denominación parecía presagiar malos vientos a su alrededor. Pero todo se repone en esta vida y ese número sería utilizado una y otra vez, aunque una lejana voz en mi interior lo rechazara. Me atreví a preguntar.

—¿Con muchas bajas?

—El condestable y tres marineros muertos, más seis heridos de consideración. En una obusera, la número 6, han sufrido diversas heridas por astillazos el teniente de artillería don Ignacio Muñoz y un grumete.

—Y en la bombardera número 19, un artillero herido grave —apostilló don Ciriaco—. También en una cañonera napolitana murieron dos marineros, por haberse inflamado el cartucho al introducirlo en el cañón.

—Son gajes del oficio que no se pueden evitar, hasta que se perfeccionen esas baterías de nuevo cuño —el comandante parecía admitir las pérdidas como normal sucedido—. Aunque también hemos de reconocer que, a veces, no se siguen las recomendaciones necesarias, en especial para la recarga de las piezas. Bien, debemos repartir el rancho, que en las primeras horas de la tarde atacaremos de nuevo, con la misma disposición de las unidades.

—Si el viento lo permite —apostilló el teniente de fragata Espino, mientras miraba en dirección a los cielos.

—No sea usted gafe, don Francisco.

—No quisiera serlo, señor. Pero comienza a levantar una brisa de levante, que debe aumentar con el paso de las horas hasta la noche.

—Deberemos dar sepultura al grumete caído, mi comandante —intervino el segundo—. Si le parece bien, podemos esperar al ocaso para llevar a cabo la ceremonia.

—De acuerdo.

Y volvimos a la normalidad, entendiendo por esta condición encontrarnos fuera de la distancia de tiro de las baterías argelinas. Se repartió el rancho a la dotación con

generosidad y añadido de vino, a la vez que se ordenaba reponer las municiones en las inmediaciones de las piezas. Como entraba dentro de mi destino a bordo, comprobé el trabajo de reparación en el bauprés, dirigido por el primer carpintero don Sebastián Ibáñez. Y quedé maravillado al observar la habilidad propia de su facultad, que con poca herramienta y elementos improvisados, dejaron el bauprés como flor de primavera, a la vez que zunchaban el estay en un tamborete de fortuna que ofrecía todas las garantías.

Según pudimos saber, en el ataque mantenido durante la mañana se estimaba que los argelinos habían disparado sobre nuestra fuerza un total de 202 bombas y 1164 balas, mientras que por nuestra parte arrojamos sobre ellos 600 bombas, 260 granadas y 1440 balas. Aunque parezca absurdo, eché de menos no poder divisar las acciones del bergantín Infante, asignado al flanco norte, con lo que no me fue posible observar la figura de Pecas en ninguna ocasión. Estaba seguro que, en aquellos momentos, bebería de una frasca en compañía de otros oficiales.

Las lanchas quedaron reemplazadas de municiones con rapidez, así como dictadas las disposiciones del general que en poco se diferenciaban a las de la mañana. Sin embargo, no fue posible llevar a cabo la acción programada, y no por falta de acometividad en nuestras fuerzas. Poco después del mediodía refrescó el viento de levante más de lo esperado, de forma que impedía la actuación de las cañoneras. El teniente de fragata Espino sonrió con malicia, al ver corroboradas sus sospechas. De esta forma y ya entrada la tarde, se recibió notificación de la capitana en el sentido de que se suspendía el ataque previsto hasta la madrugada del día siguiente.

Aquella tarde se dio descanso al personal, salvo los asignados a las guardias pertinentes. Pero no crean que acabaron los sobresaltos, que todavía sufrimos bajas en la escuadra. Tuvo lugar la desgracia cuando comenzaba a declinar la tarde. Se escuchó una larga y profunda explosión, más parecida a retumbo de santabárbara herida. Como después supimos, fue la cañonera número 27, mandada por los oficiales napolitanos, alférez de navío don José Rodríguez y alférez de fragata don Carlos de Arfand, la que voló por los aires. Según parece y por descuido del personal, se prendió fuego a la caja de pólvoras embarcada. Los dos oficiales y catorce miembros de su dotación murieron en el acto. Sólo pudieron recogerse de las aguas seis marineros, alguno de ellos con la piel chamuscada y heridas graves.

Tocábamos el crepúsculo con la mano, cuando cumplí mi última ronda por cubierta, momento en el que se incorporaba a la escuadra la fragata portuguesa que quedara reparando en el puerto de Lagos. Percibí la figura de Don Álvaro en el castillo, que parecía observar maravillado el trabajo realizado con precisión por los carpinteros.

—Han trabajado bien nuestros hombres.

—Parece imposible que con tan escaso material y en meseta de tan reducido tamaño, hayan sido capaces de reparar este desaguisado.

—Y esperemos que no deban realizar otras proezas mayores, como aclarar la

caída de un mastelero. Pero a bordo se acostumbra a trabajar con precisión, rapidez y, lo que es principal, con los medios de los que se disponga o inventen si es preciso. La repetida necesidad consigue formar virtuosos de la fortuna.

—Lo he podido comprobar.

Nos mantuvimos en silencio unos segundos, mientras observábamos los movimientos de algunos botes entre las unidades mayores. Creí que aquel buen hombre merecía una felicitación.

—Ha trabajado muy bien y con demostrado valor, don Álvaro.

—Todos lo hicimos, pero le agradezco sus palabras. Si quiere que le diga verdad, desesperaba por una acción cercana —me miró a los ojos con sinceridad—. Habría deseado un abordaje y un encuentro sangriento en toda línea, aunque sea egoísmo por mi parte.

—Si pierde la vida no podrá recuperar...

—¿El honor? —Sonrió con tristeza.

—No quería decir eso. El honor no se pierde cuando se dispone de él bien amadrinado a la sangre ya que, en mi opinión, es cualidad intrínseca a la persona, que no sólo al caballero, como muchos creen. Después de todo, no es más que el severo cumplimiento de nuestro deber, con independencia del escalón social en el que nos movamos.

—Concuerdo con usted, señor, aunque no sea ése el concepto general. Pero también se extiende ese concepto a la honra propia, lo único que queda al caballero cuando ha perdido su hacienda, su nombre y su amor.

No quise entrar en detalles que le produjeran mayor dolor, que ya entendía por dónde andaban sus pensamientos.

—Ya le llegará el momento. En la mar se descubre la verdad tarde o temprano.

—Dios lo quiera así. Pero tiene razón en lo que decía sobre la vida, necesaria para recobrar lo perdido. Por desgracia, no siempre se aprecia en su justa medida o no se estima como necesaria. Por esa razón gustaría del peligro extremo.

—En el día a día también se demuestra el valor, aunque sea más costoso. Hoy, por ejemplo, cuando voló la granada, no devolvió usted un paso. Y el significado es elocuente.

—Esa astilla que se clavó en el estómago del joven grumete pasó a pocas pulgadas de nosotros. Tenga por seguro que no me habría importado recibirla, si eso supone el fin del viaje. Caer en combate es una forma digna de morir.

—No hablemos de muertes, que nos resta mucha batalla por la proa —intenté desdramatizar la conversación—. Mañana será otro largo día y volverán a caer las granadas cerca de nuestros bigotes.

—¿Cuántos combates hemos de acometer? ¿Hasta la rendición de la plaza?

—No es ésa nuestra misión, sino la de ofender al máximo a nuestro enemigo y producir el mayor destrozo en ciudad, fortificaciones y unidades a flote. Que comprenda el Dey que no le cabe otra medida que firmar una paz duradera y sincera

con nuestro Señor, dando fin a la piratería y la esclavitud. En cuanto al número de combates, no podría asegurarlo pero dependerá del gasto de munición y las condiciones de mar y viento. Pero todavía deberemos afrontar ocho o diez más, si los cálculos no fallan. Por mi parte, desearía que acabaran cuanto antes, que gustaría de estar presente cuando nazca mi hijo.

—Le doy mi enhorabuena por ese estado, señor, y espero que le sea posible.

—Tiene que serlo. Se lo prometí a mi mujer y suelo cumplir las promesas.

Por fin nos retiramos. Poco a poco se entablaba una especial relación entre aquel aventurero y yo, como si se tratara de dos viejos amigos separados por el tiempo o la distancia. Dicen que siempre fui defensor de causas injustas, condición que no me favoreció en algunos momentos importantes de mi vida. Pero la satisfacción interior es siempre muy superior al ornamento externo, aunque muchos jamás hayan disfrutado de tal experiencia.

Y entramos en la noche con los corazones abiertos y en espera de que los designios superiores nos mantuvieran en cuidado. Recé con especial devoción antes de caer rendido por el sueño y el cansancio, como si Nuestra Señora de Valdelagua, que tantas veces salvara mi cabeza, se encontrara más distante y lejana. Y por fin apareció el rostro de Cristina, ausente en las últimas jornadas. Recordé mi promesa y aumenté los rezos para que los vientos nos fueran propicios en los siguientes días.

20. Continúa el castigo

Desperté con el toque de campana al picar la hora tercera, y en esta ocasión debí esforzar los largos porque el cuerpo solicitaba seguir rendido. Sin embargo, recobré la razón en pocos segundos y comprendí que las acciones de guerra previstas para aquella mañana corrían grave peligro de ser canceladas. El barco se movía con esa característica lentitud y modorra hacia las bandas, a la vez que el maderamen crujía de forma acompasada, claro indicio de que la mar o el viento no habían decaído según las previsiones.

Sentí cierta desazón general y no sólo debido a mi compromiso personal con el necesario retorno a Santa Rosalía en fecha fija, sino por ese deseo que nos acomete a veces de rematar por lo llano la faena emprendida. Pero el duende volvía a avisar y la premonición que se entablara en mi cerebro tomaba fuerza, como si una voz interior me avisara que sería difícil cumplir el compromiso adquirido, costumbre a desterrar por los hombres de mar, sujetos a variables que sólo los cielos pueden descubrir. La visión de Cristina en soledad, sufriendo el trance más importante de su vida, acaricié mis ojos con tintes dolorosos, que en poco conciliaban los humores levantados.

Tomé con cierta desgana unos trozos de tasajo deshilachados y poco sabrosos, lo que compensé con las preceptivas migas en dulce de las que tanto gustaba. Comprobé mi triste presencia en la cámara de oficiales, donde tan sólo el joven cirujano, cariacontecido y turbado de alma todavía, mostraba rasgos en su rostro de haber dormido pocos minutos. No molesté su deseada soledad y salí pronto a cubierta, donde el buque comenzaba a tomar vida con cierta ralentización, consciente de que el día permanecería en blanco.

Cuando llegó la orden de la capitana para mantenerse al ancla en el surgidero, y llevar a cabo ejercicios y mantenimientos de forma independiente, ya se habían dictado las órdenes del comandante en dicho sentido, que no se necesitaban especiales luces para entenderlo con ese rumbo. El viento que naciera en las primeras horas de la mañana del nordeste y frescachón, fue llamando poco a poco hacia levante, a la vez que arreciaba en su fuerza hasta entablarse de dicha dirección, cascarrón^[81] y racheado. Fue necesario acoderar en firme las lanchas a sus madres, a la vez que la galera San Luis y el jabeque napolitano llamado El Defensor solicitaban con urgencia amarras de prevención, ante los socollazos que rendían sus cables.

No vestían los cielos con tintes de amaine en sus crestas sino más bien al contrario, con disgusto extendido de general a grumete. Las rachas de viento aumentaron en fuerza con talante inesperado, hasta formar un ventarrón duro y aturbonado, al punto de estimarse necesario arriar las vergas de juanete por las unidades de la escuadra. Debemos recordar que la costa en la bahía argelina se presenta casi en dirección norte-sur, con lo que los vientos levantinos entraban con porta franca en el fondeadero, hasta producir violentos bandazos en las unidades,

pendientes todas ellas de sus respectivas llamadas al ancla.

Y como suele suceder en estos casos, el delfín mudó en tintorera con inesperada rapidez. La balandra 1.^a Resolución comenzó a garrear ligera de alas, lo que no pudo remediar un segundo hierro largado en emergencia. Y en las mismas condiciones se atravesó el jabeque San Blas, con dirección temeraria hacia el martillo de la escollera. Vista la situación como peligrosa, ambos comandantes decidieron picar los cables por llano y darse a la vela, que abierto a las aguas por derecho se aguanta mejor la mar que en fondeadero sin resguardo.

Revisados nuestros aparejos sin novedad, en especial las reparaciones de fortuna habidas recientemente, pude dedicar algunos segundos para contemplar con cierta tranquilidad la ciudad de Argel y sus defensas. Todavía escapaban humos de algunos edificios chamuscados, en los que podíamos observar ruinas en caprichoso clareo. También destacaban con nitidez los daños producidos en la muralla y sus baluartes, así como en el fuerte Babasón que, precisamente, habíamos batido con nuestra artillería en fondo y forma. En éste último se apreciaba un nutrido pelotón de hombres al tajo, para llevar a cabo las necesarias reparaciones en merlones y parapetos, así como cambiar algunas piezas de artillería. Sin embargo, me deprimía considerar que el tiempo jugaba en nuestra contra, porque el descanso del día posibilitaba remozar algunos daños infligidos al enemigo.

Y transcurrió la jornada con ánimos encontrados y caras de través, que en esos periodos de calma guerrera parecen avivarse los sentimientos de todo tipo, más a las malas que otra cosa. La única novedad digna de mención fue comprobar el arribo al fondeadero e incorporación a la escuadra, en las primeras horas de la tarde, de las fragatas Santa Clara, Nuestra Señora del Carmen, Nuestra Señora del Loreto y Santa Rosa, destacadas por el general en crucero de disposición hacia levante días atrás, una precaución que nunca sobra. Y ya caía la tarde cuando la sombra de Setum apareció a mi lado, con la preocupación marcada en su rostro. Podía leer sus pensamientos, que en algo debía trasvasar a mi alma sus dotes de brujería.

—No parece que estos vientos largos nos sean favorables, señor.

—Por desgracia, tienes razón, Setum. Y no es el viento la peor cualidad, que aunque decaiga lo preciso, esta marejada abierta del levante nos dejará marea^[82] en vivo durante algún tiempo. Y es esa peor condición para las cañoneras, que se ven desquiciadas y en vuelo permanente.

—Pues deberá amainar en plano hasta la calma muerta, se quiera o no, que hemos de cumplir nuestro programa. La mar es hermosa aunque excesivamente caprichosa en sus movimientos, como pechos de mujer, y la considero capaz de mantenernos con estos violentos bandazos durante semanas.

—No seas cenizo, por favor. La estación del año no augura ese negro panorama, ni mucho menos, sino vientos en regla que remiten con la misma rapidez que nacen. De todas formas, lo que ha de ser, será.

—Pues deberá serlo en el sentido conveniente.

Setum se mantuvo en silencio, con la mirada perdida en el horizonte y los dedos de su mano en extraño movimiento. Estaba seguro que, en su interior, elevaría aquellas extrañas jaculatorias a sus lejanos dioses africanos, tan contrarias a su religión mahometana, para conseguir sus particulares anhelos que, después de todo, eran los míos. Pero así era él. Lo dejé hacer, que prefería no pensar en sus brebajes curativos y rezos poco edificantes, tras comprobar sus positivos resultados.

Y pasamos dos jornadas completas en las mismas condiciones, que no es maroma a desgajar, con talante tan partido al bies que chascaban los frenos del carruaje. Pero bien sea por los manejos de Setum o los designios de un dios desconocido, el viento cayó como cruz en picado durante la noche del día 13, hasta quedar bonancible en la madrugada del 14. Sin embargo, la marea continuaba en vivo y no era posible acometer operación alguna.

Quizás para mantener el espíritu en sus lindes adecuados, nuestro jefe de división ordenó a las flotillas, de forma consecutiva, llevar y cobrar una pasada de observación sobre la teórica línea de demarcación, así como un cercano crucero y descubierta a vista de la escuadra. Fue un alivio adecuado y necesario, que el buque es animal más apropiado para tomar las olas en movimiento que amarrado por cable al fondo, lo que impide su natural desplazamiento. Desde las baterías de tierra nos dispararon algunas salvas, más por desagravio propio que otra cosa, sin resultados.

Por fin, el día 15 amaneció en cuerdas, con viento bonancible del sur y mar en condiciones. Se aprestó la escuadra al ataque con las mismas disposiciones habidas en la primera oportunidad, embarcado el general Barceló en su falúa y centrada en esta ocasión la línea más hacia el norte, en aquel juego continuo de intentar sorprender al enemigo con nuestras variaciones tácticas. Al mismo tiempo, se reforzaron las extremidades con obuseras para enfrentar a las lanchas enemigas crecidas en número, que por lo visto debía ser llevadera la reparación y andadura carpintera en sus atarazanas.

En esta ocasión, a la división de jabeques nos correspondió la tarea de batir las posiciones defensivas situadas entre el fuerte de Babasón y el de Bitel, a la vez que auxiliábamos las pequeñas unidades de acuerdo a nuestro propio criterio. Por su parte, los argelinos cambiaron de táctica y en lugar de esperar sus lanchones, elevados en número hasta los 69, en la dársena interior, avanzaron con firmeza para ofender a nuestras cañoneras antes de que éstas alcanzaran distancia de tiro a la plaza, lo que se produjo a las seis y media de la mañana.

El fuego fue muy nutrido por ambas partes, al punto de parecer imposible que no saltara por los aires una lancha cada minuto. Al estruendo de la artillería se unían los gritos acostumbrados de los argelinos, tan desgarrados en ocasiones que semejaban plañideras en noble ejercicio. Durante la segunda hora se destacó en avanzada nuestra línea de estribor, que atacaba el flanco norte, para aprovechar el hueco ofrecido y dañar el castillete con sus fuegos. De esta forma, pasadas las nueve y rematadas las municiones de las cañoneras, se ordenó su repliegue a las madres, acción que debió

ser auxiliada por los jabeques del ala derecha, especialmente el Catalán. A esta protección colaboró de forma decidida y sorprendente el navío Rayo, que se aproximó a distancia de tiro por primera vez, e intentó barrer con sus fuegos la línea de las lanchas argelinas que intentaban perseguir a las cucarachas en su retirada sin armamento. Se consiguió rechazar el intento y forzar su regreso hacia la dársena interior.

Fue, sin duda, una jornada de intenso combate y con graciosa fortuna, porque en nuestras unidades de primera línea, tan sólo la cañonera número 5, mandada por el teniente de fragata don Manuel Irigoyen, y la obusera número dos, recibieron un balazo a la lumbre del agua, que pudo ser reparado en calor para continuar sus fuegos. Es necesario destacar la diligencia de los navíos portugueses, aprovechando las condiciones de la batalla para mudar al norte de la escuadra y proteger el ala más comprometida, con sabias y precisas maniobra que demostraban su pericia marinera. Una vez disipada la niebla de los disparos, pudimos observar con alegría que la batería del Escollo, que tanto dañaba a las lanchas con sus balas de metralla, presentaba sus merlones derruidos en gran proporción.

Y como el tiempo se mantenía con parejas características de mar y viento, aquella misma tarde, una vez municionadas las cañoneras, se brindó un nuevo ataque. En esta ocasión parecieron comprender los argelinos las órdenes emanadas desde la falúa del general, situando en previsión 42 de sus lanchas hacia el norte, con lo que la acción prevista se dificultó sobremanera, hasta el punto de suspenderla el general para no caer en su juego, y evitar el bombardeo de la ciudad con peligro propio. Por esta razón recibimos la oportuna orden posterior, una vez aliviados en el fondeadero, en el sentido que para los posteriores ataques no se llevara a cabo señal alguna. En su lugar, al amanecer deberían encontrarse las dotaciones sobre los remos, para seguir en directo los movimientos del general.

A pesar de tan importante derroche naval en armas y hombres, la jornada argelina se encontraba en su primera fase todavía. La moral de la dotación del Murciano se mantenía alta, aunque fuese necesario arrear mangas para mantener el ritmo de fuego y efectuar las necesarias maniobras de mar, con los vaivenes normales en cualquier actividad humana. El día 16 se llevaron a cabo dos nuevos ataques con resultados variables, en aquel juego de intentar evitar las lanchas enemigas y batir los objetivos en tierra. Se consiguió meter bombas en la Linterna, así como en las fortificaciones de la Marina, intactas hasta el momento. La lucha encarnizada entre lanchones y cañoneras continuó a su ritmo, arriesgando el general su posición de acuerdo a la costumbre.

Debíamos entrar en la segunda hora del combate vespertino, cuando se produjo un incidente digno de reseñar, que nos cazó el corazón como puño de gavia. Intentaba desatascar el oído de una pieza con ayuda del condestable, cuando escuché el grito del alférez de fragata don Pedro Lázaro a pocas yardas de mi posición.

—¡Han alcanzado la falúa del general! Pueden imaginar mi estado de ánimo cuando intenté divisar la insignia de don Antonio, por encontrarnos a corta distancia de su posición. Abrí mi anteojo con la máxima celeridad y el espíritu encogido, para enfocar en la dirección adecuada, aunque en los primeros momentos me ocultara la visión el jabeque Gamo que cruzaba en salida. Pocos segundos después podía comprobar que, en efecto, una bala rasa había impactado de lleno contra la falúa generala en la línea de flotación, a ras de su amura, dejándola a pique. Como era de suponer, saltaron los conocidos astillazos, a la vez que se producía un violento bandazo que dio en el agua con la dotación al completo, incluido el achacoso cuerpo de nuestro general. Pensaba gritar en dirección al puente para acudir en socorro, pero comprendí lo innecesario de la medida, que ya dos cañoneras se abarloban para recoger al personal.

Sufrí terribles momentos de duda y confusión conforme observaba, entre la maraña de unidades, los trabajos de rescate, sin percibir la figura de don Antonio por banda alguna, hasta llegar a temer lo peor. Pero no era presa fácil el aguerrido general mallorquín que, como bien decía, no estaba dispuesto a morir de disparo berberisco. Por fin, respiré aliviado al comprobar que era izado por dos marineros a bordo de la cañonera número 19, con sus escasas greñas pegadas al rostro, perdida la peluca entre las aguas para su comodidad y gesticulando con los brazos. Sentí no encontrarme a su lado para lanzarme al agua en auxilio y escuchar sus blasfemias que, estoy seguro, habrían llenado un buen costal. Como después supimos, en la acción perdió la vida un marinero de Palma al que llamaban Vizoso, tras serle arrancada la pierna derecha, así como otro herido de cierta gravedad por astillazo en el pecho. Pero ya andaba el general en la cañonera impartiendo órdenes y arengando para continuar la faena con más ímpetu si era necesario.

Fue muy comentado el incidente entre todas las dotaciones, en especial los adjetivos dirigidos por el general hacia los argelinos cuando, empapado en aguas, quedaba restablecido a flote, descalzo de pies, pecho al aire y cubierto tan sólo por unas calzas abiertas en jirones. Es fácil comprender la admiración que todos sentíamos por nuestro jefe, quien tuvo sus primeras palabras para los marineros heridos, antes de arreciar el ataque, porque seguimos en él como si nada hubiese sucedido.

Poco después, debimos cerrar distancias por nuestra parte y auxiliar a la galeota San Antonio, embarcada en peligroso cerco por cuatro lanchas argelinas. Entramos a muerte con todo el trapo y pasada corrida, batiéndolas con nuestros fuegos por ambas bandas. Pero también recibimos dos regalos que, para nuestra fortuna, dejaron intactos los cuerpos. La primera bala, de calibre pequeño, nos desbrincó un cañón de a 4 en la cubierta principal, partiendo su cureña y dañando la porta. El hecho de que ningún astillazo o madero suelto dañara a nuestro personal, debía ser por la delicada advocación mariana. Y la segunda bala rasa se empotró en el maderamen del costado de babor, dos cuartas por encima de la lumbré, sin más complicaciones porque allí

quedó sin traspasar el forro. Como éxito singular y devolución del regalo recibido por don Antonio Barceló, se consiguió poner en severo trance a la falúa generala enemiga, casi a pique por balazo de a 24, que debió ser remolcada a su dársena con peligro de inminente hundimiento.

Y continuaron los ataques sin descanso, siempre que las condiciones lo permitían. Había días en los que ya no sentíamos el retumbo de los cañones, el vuelo de las balas o los estallidos de las granadas, tal era la continuidad en las acciones. Y no crean que el cuerpo llega a sufrir más por el empeño sino que, por el contrario, parece aligerar nuestras alas el fragor del combate, hasta el punto de hacernos insensibles al esfuerzo y adormecer otras necesidades como el yantar, la bebida o el descanso.

Creo que fue en la tarde del día 16 cuando divisé a don Álvaro Galdomar con una llamativa venda sobre la cabeza, ligeramente tintada de rojo, a la vez que su rostro mostraba un color ceniciento poco recomendable. Volvía de recibir instrucciones en la timonera y temí que hubiese sido alcanzado de gravedad, por lo que lo abordé con preocupación.

—¿Habéis sido herido?

—Levemente, señor. La pieza número dos debió disparar algún saquete sobrecargado y salió de batería con desmedida fuerza hasta partir el aparejo. Por desgracia, me encontraba en su recorrido. Rodé como madero por la cubierta y recibí un contundente golpe en la sesera, con pequeña herida abierta. Pero ya la curó el cirujano con rapidez y aquí estoy dispuesto a continuar.

—Descanse algunos minutos, que se le ve más cercano de la caída que otra cosa.

—No es necesario, señor. Le aseguro que me encuentro en condiciones y ya debe andar cercano el fin de este periodo.

Era de envidiar el espíritu de aquel hombre, lo que anoté en el caletre para el informe adecuado. Pero allí continuó, a pesar de que la mancha roja llegó a embadurnar el curioso turbante, más propio de los enemigos.

Como era normal en aquella estación, el día 17 amaneció con densa niebla, que solo permitió llevar a cabo un ataque, aunque de gran recorrido y consistencia, por municionar en exceso algunas unidades. En esta ocasión, el general decidió centrar los fuegos sobre las lanchas enemigas, amalgamando en la acción las unidades mayores que el espacio posibilitaba, lo que les produjo un duro desgaste a los argelinos. De las 59 que comenzaron la defensa en cuña adelantada, se pudo observar que entraban en su dársena solamente 37 tras la acción, con gran regocijo por nuestra parte al comprobar la significativa merma. Ese día fue de destacar la actuación del comandante de la escuadra portuguesa, que se hizo cargo personalmente de una cañonera y dos bombarderas en sucesivos ataques.

Y continuando aquella faena que no parecía auscultar túnel definitivo, el día 18, si los recuerdos y escritos no se mezclan en mi gastado cerebro, los argelinos sufrieron en mar y tierra un ataque de larga duración, el de fuego más vivo hasta el momento,

porque se empeñaron en él todas las unidades de la escuadra, abierto el frente al máximo de su arco. Se percibía el desgaste producido en fuerzas y moral de los berberiscos, hasta el punto de ofrecer escasa resistencia a flote. De esta forma, sus pequeñas lanchas sufrieron la directa sacudida de nuestra fuerza, estimándose en 40 las pérdidas que les ocasionamos. Pero fue de destacar el castigo rendido sobre la Linterna, fuertes paralelos y ciudad, cuyos efectos eran visibles entre los humos. En la tarde de ese día, el general Barceló ofreció una calurosa felicitación general por el éxito total de la acción.

Y continuando con este rosario de acciones guerreras que parecía alargarse hasta el infinito, el 19 emprendimos nuestro séptimo ataque. Fue entonces cuando comencé a sentir que el tiempo se perdía como bruma en la memoria. Deben creerme si les digo que ya no sabía en que día del mes bailaba a ciencia cierta, si julio o agosto, mañana o tarde, que los problemas menores pasan a la espalda cuando se escucha tanto clamor. Y es necesario recordar que en los periodos de descanso, además de los precisos municionamientos de todas las unidades con mermas notables en sus cargos, algunas reparaban sus aparejos dañados y desperfectos de casco, mientras diversas lanchas recorrían sus fondos por necesidad, depositando previamente sus morteros y pertrechos en los navíos, funciones que siempre suponen un penoso esfuerzo en la mar. El efecto del día fue parejo al anterior, aunque nos sorprendió la capacidad de reposición del enemigo en aquellas pequeñas unidades, que parían como conejas cebadas. Claro está que disponer de arsenal en campo propio, facilita siempre las acciones de manufactura y reparación.

Y en el continuo vaivén de las condiciones meteorológicas, el día 20 volvimos a sufrir adversas condiciones de mar y viento, por entrar fresco del noroeste y con marea viva. Fue un respiro que agradecemos, por mucho que el cuerpo nos pidiera rematar la jornada, sabedores que poco camino restaba por andar, porque las municiones en las madres debían encontrarse por sus últimos cuartos. En la tarde de aquel teórico descanso, me espetó una advertencia el segundo en malas formas, que cargó la moral hasta la sentina. Sin aviso adelantado, entró por derecho mientras repasaba algunas piezas con el alférez de fragata a mis órdenes.

—Mucho se descompone la artillería asignada a sus manos. Demasiados fallos — el tono de su voz, desabrido y culebrón, levantó mi sangre.

—No sé a que se refiere, señor —contesté con subordinación aunque firme de voz—. Tan sólo hemos sufrido taponamiento en el oído de tres piezas, condición normal a bordo, y desbarate de algún aparejo por exceso de pólvora, que a los arsenales debemos achacar.

—No culpe a los arsenales de todos nuestros problemas y trabaje con eficacia.

Y me dejó con la respuesta en la boca, que ya marchaba con el rostro avinagrado en dirección a popa. Respiré tres veces hasta los bajos para calmar el ánimo, tal y como me recomendara un viejo oficial años atrás, e intenté atravesar el suceso. Pero no es fácil olvidar las ofensas, por mínimas que sean, cuando no se sustentan en la

verdad. Por desgracia, he observado conductas parecidas y peores en diversas ocasiones. Hay oficiales que no comprenden el rendimiento tan negativo que supone para el servicio, brindar actuaciones de este tipo en quien no lo merece. Pero ésa también es cara de quita y pon en la milicia, donde caben por desgracia las ratas de almacén.

Y otra vez el 21 amaneció con densa niebla, repetición de otros crepúsculos matutinos, pero acabó por disipar en tiempo de disponer un nuevo ataque a las siete y media. En esta ocasión adelantaron los argelinos mar adentro hasta 27 de sus lanchas, una variación más con objeto de perturbar nuestros planes. El fuego mutuo fue duro y constante, que era de admirar el tesón mostrado por las cañoneras de ambos bandos, con muchos días de penoso esfuerzo en sus lomos. Sin embargo, debo exponer por las claras que ese día se adelantó el ataque por absurdo error. Disparaban unas obuseras al mundo para calibrar su alcance, cuando sus disparos fueron entendidos como inicio de las acciones por las avanzadas, lo que confundió a nuestras fuerzas. Es fácil imaginar lo que pudo salir de la boca del general, que hizo trabajar a los sirvientes de su falúa hasta la extenuación, con tanto ir y venir entre líneas para ordenar lo correcto.

De esta forma, a las diez y veinte minutos se dio por finalizado el ataque, ordenándose el regreso a los nuevos puestos establecidos en el surgidero, que ya andaba el fondo arenoso erizado por las uñas de nuestras anclas. Entre los caídos en aquel día, debo destacar la heroica actuación del guardiamarina portugués don Prudencio Rebollo, alcanzado en la bombardera número 1, donde una bala le arrancó la pierna derecha por su nacimiento.

Llegados a nuestro puesto, más al norte en esta ocasión y a pocas yardas de la fragata Santa Clara, dejamos caer el ancla grande de 24 quintales, que debió entrar en pozuela porque casi revienta su cable en la malla de protección. Dimos una segunda de 19 quintales para asegurar el fondeo y en silencio pasamos al almuerzo con los brazos caídos, que ya andaban los cuerpos rezumando temblores de agotamiento.

Esa misma tarde nos sorprendió la llamada a Consejo General del Comandante en Jefe de la Escuadra, a la que se aprestaron con la necesaria prontitud todos los generales y comandantes de buque. Tal medida dejaba atisbar, en principio, cambios importantes en las inmediatas operaciones, lo que nos llevó a elucubrar diferentes suposiciones a bordo. Como después nos comentó el comandante en junta particular, se debatió la oportunidad de continuar los ataques, teniendo en cuenta la grande oposición de las lanchas enemigas, su casi inmediata reposición, así como la merma notable de munición propia. En general, se estimó como adecuado y notable el castigo ofrecido a la ciudad, castillos y fortificaciones, así como el elevado número de bajas en sus unidades, por lo que se tomó la disposición de abandonar el fondeadero a la mayor brevedad, una vez llevadas a cabo las laboriosas faenas que tal decisión conllevaba.

No he de negar que nos colmó de alegría la medida, que ya parecía la función

abordada en su conjunto y la misión cumplida con generosidad. Se ordenó abastecer de víveres a los que lo necesitaran, levar los anclotes de las lanchas y pasar a desembarcar sus morteros y cañones, lo que originó las prisas para aprovechar lo bonancible del tiempo, condición imprescindible para llevar a cabo tales operaciones. Pero no nos ofrecieron los dioses el necesario resguardo, que metidos en la lenta maniobra, entró viento del nordeste y fresco en la misma noche, hasta provocar una inesperada mar gruesa a lo largo del día 22.

El personal asignado a las misiones de descarga y estiba sufrieron el golpe definitivo. En los claros de mar se aceleraba la maniobra, acción difícil porque el día 23 amaneció llamando el viento de levante y refrescando con inesperada fuerza, de forma que llegó a garrear el navío insignia, y de la misma forma le faltaron los dos cables al jabeque Catalán, jefe de nuestra división. El general debió tener en cuenta estas condiciones y las futuras poco halagüeñas, de forma que izó la señal de picar cables y abandonar el fondeadero con urgencia.

Dura fue la maniobra de salida, si tienen en cuenta el desconcierto que un temporal inesperado produce en fuerza tan numerosa. Pero Dios nos ofreció la necesaria calma y sin mayores contratiempos quedamos zafa de puntas a las cinco de la tarde, momento en el que se ordenó a la fuerza arrumbar en demanda de nuestro puerto en Cartagena.

Ya en tranquilidad de navegación abierta, nos reunió el comandante en la cámara de oficiales, para ofrecernos los datos principales de la jornada en su conjunto, así como las disposiciones generales para los próximos días. Aunque parecía cansado y con el rostro ligeramente abatido, abordó la cuestión con prontitud y energía.

—Bien, señores, en primer lugar quiero hacerles extensiva una felicitación en toda regla por parte de nuestro general, que deberá ser anotada en sus hojas de servicio como prescriben las ordenanzas, por el brillante comportamiento de la fuerza, y de este jabeque bajo mi mando en particular, en los muchos ataques llevados a cabo contra la ciudad y fortificaciones de Argel.

Fiel a su costumbre y permanente precisión, extendió sobre la mesa una pequeña carpeta, donde anotaba las ideas que debía anunciarnos. Las ojeó con rapidez antes de continuar.

—En el Consejo General se ha estimado como excelente el resultado global de las operaciones, aunque debamos reconocer que los daños infligidos a la ciudad y fuertes hayan sido de menor cuantía a los producidos en la campaña del año pasado. No nos cabe duda de que la causa ha sido la ausencia de sorpresa, esa poderosa preparación en fuertes y baluartes que hemos podido comprobar, así como el elevadísimo número de lanchas aprestadas a su defensa, que evitaron concentrar nuestros fuegos sobre fuertes y edificios. Pero también las pérdidas de unidades menores suponen un elevado gasto para las exhaustas arcas del Dey que, después de todo, es la razón principal de la misión.

Nos observó con una sonrisa de complacencia antes de continuar.

—Como feliz resumen de las operaciones llevadas a cabo, podemos asegurar que la ciudad queda tras los ocho ataques recibidos con severas y numerosas ruinas a la vista, por lo que será necesario un generoso esfuerzo en almas y bienes para reconstruir edificios, fuertes y murallas, así como las instalaciones interiores de su Marina. En cuanto al aspecto puramente artillero, por la Mayoría General se ha estimado que nuestras unidades dispararon un total aproximado de 13 000 balas, 2500 granadas, 4500 bombas y 400 saquillos de metralla. Por la parte argelina y en conjunto, 1300 bombas y 13 000 balas rasas y de metralla. En cuanto a pérdidas humanas, debemos lamentar en la escuadra combinada un total de 53 muertos y 64 heridos. Aunque parezca mentira y sea tema más que comentado en nuestras unidades, buena parte de esas bajas ha sido producida por fallos en el propio armamento, esos morteros con espoletas de tan peligroso funcionamiento, que nuestros ingenieros deberían perfeccionar de una vez.

Abrió los brazos en abanico, como si hubiera llegado a término de su exposición y esperara alguna pregunta. Sin embargo, decidió dar una última información.

—Al escuchar el número de disparos ofrecido contra el enemigo, me ha parecido observar gestos de asombro en algún joven oficial. Para que se hagan una idea del castigo artillero que hemos conferido a la ciudad de Argel, es necesario recordar en orden comparativo un inolvidable ejemplo. Durante el famoso y épico asedio que sufrimos en Cartagena de Indias por los buques ingleses, desde el 15 de marzo al 20 de mayo de 1741, la ciudad y sus fortificaciones recibieron 6000 bombas y 18 000 balas en su conjunto. Pero no deben olvidar que ese durísimo bombardeo se llevó a cabo durante dos meses y cinco días. En nuestro caso nos presentamos el 10 de julio en la bahía argelina, que abandonamos el día 23.

Parecieron causar la debida impresión los datos ofrecidos y a mí con especial intensidad, que no había pensado en tal comparación. El comandante recogió su carpeta, ofreciendo una nueva sonrisa.

—Creo que debo destacarles a título personal, mi especial estima y admiración por nuestro general, cuyo valor y temerario arrojo ha servido de ejemplo y acicate para nuestras dotaciones, como ha de ser si seguimos al pie de la letra el espíritu que emana de las ordenanzas de Su Majestad. Pocas veces se ha de ver al Comandante en Jefe embutido a toda hora en su falúa entre las lanchas propias, a veces en la misma punta de la vanguardia y a muy corta distancia del enemigo. Como ya nos había adelantado en el consejo previo, de esta forma y según su pensamiento, puede distribuir las diferentes unidades a conveniencia, así como retocar su colocación de acuerdo a los movimientos enemigos, lo que es de cuidar en beneficio de nuestras cañoneras y otras unidades de la escuadra que pudieran quedar al descubierto.

Se hizo un ligero silencio mientras todos asentíamos con la cabeza, al concordar por completo con tales afirmaciones. Sin embargo, nos sorprendió el segundo con su inmediata intervención.

—También debemos otorgar semejantes atributos al general argelino, Abdelhamid Ibn Yazub, al frente de las unidades navales. Aunque debamos aclarar que imitó las acciones de don Antonio Barceló a partir del segundo ataque, como si deseara seguir el ardoroso ejemplo o recabar un duelo entre mayores y en primera persona.

—Habla en razón, segundo, y no es desdoro por nuestra parte sino que, muy al contrario, ofrece más mérito a las acciones acometidas. No es de ganar honra, cuando se lucha contra blandos y cobardes. Hemos de reconocer que los argelinos de mar y tierra han presentado batalla en todo momento, con eficacia y valor hasta el máximo extremo. Por desgracia, los que poco saben de estos temas criticarán a nuestro general con estúpidos comentarios, faltos de criterio.

—Serán los de siempre —comentó en forma brusca el contador—, todos aquellos que guardan el trasero en sillón acolchado mientras los criticados baten las olas.

Aunque el segundo le dirigió especial y conminatoria mirada por el tono empleado, ya aprobaba el comandante aquellas palabras.

—Aunque no sea muy edificante por mi parte, así debo reconocerlo, don Francisco. Pocos comprenden que esta táctica del desgaste continuo a la Regencia argelina, es mucho más ventajosa y barata que cualquier otra. A costa de un escasísimo número de bajas, las que puede sufrir un solo navío en ligero combate, y unos pocos lanchones a remo, hemos producido un durísimo castigo a un enemigo que no conseguimos anular durante siglos. Ya se olvidan otros intentos más queridos por nuestro Ejército, con desembarcos no siempre ordenados y sangrientos combates en tierra que, sin conseguir tales dividendos, fueron de elevadísimo costo en cientos de vidas y generosos dineros. Además, con estas acciones debe comprender la Regencia su negro y costoso futuro, que jornadas como la realizada continuarán de forma periódica y sin término, lo que no deja más salida al Dey que firmar la paz con nuestro Señor^[83].

Otra vez el silencio, que anunciaba el fin de la reunión. El comandante abandonó su asiento, mientras nos dirigía sus últimas palabras.

—Naveguemos en paz de retorno a nuestros hogares, que nos esperan unos días de descanso por todos merecidos. Ordenó el general que se permitan desembarcos y francos a todas las dotaciones, llegados a puerto, lo que pueden transmitir al personal a sus órdenes.

Y se levantó la sesión con rapidez. Pueden creerme si les digo que sentí cierto alivio y euforia, como si los datos expuestos me hicieran ver de pronto la importancia y el aspecto tan positivo de la jornada acometida. Pero para seguir el buen ejemplo ofrecido por los mayores, reuní en el castillo a mis más directos subordinados, para hacerle extensiva la felicitación del general, así como ofrecerles los datos más significativos de las operaciones. Tan sólo me pareció observar un rastro de desilusión en la cara del aventurero, que veía con cierta desgana el regreso a puerto, como si hubiese perdido una magnífica oportunidad para demostrar su valor personal. Comprendí sus sentimientos como propios, aunque no se pudiera solucionar su

tristeza con palabras.

Me retiré aquella noche feliz y contento. Cumplido el objetivo que nos marcaran para la jornada de Argel, navegábamos hacia Cartagena con viento fresco del sudoeste y el futuro abierto, que pronto debían esperarme jugosas emociones familiares. Por fin, el rostro de Cristina se abrió con nitidez en mi cerebro, por lo que pasé a recrearme en él con verdadero placer.

21. Tornaviaje

Y navegamos en libertad, aunque les parezca extraño leer estas palabras, que siempre se asume la mar como libre en todos los sentidos del pensamiento. Quiero expresar de esta forma el sentimiento que embargaba mi alma, al sabernos dueños de rumbo y maniobra, después de tantos días inmersos en aquel tumulto abigarrado de unidades, con derrotas cortas y precisas, más pendientes de los movimientos enemigos y nuestra propia acción a bordo, que el simple y maravilloso hecho de contemplar los horizontes abiertos a nuestras bandas.

En la tarde del primer día nos mantuvimos en conserva con el resto de la escuadra, abierta la división de jabeques al norte en teórica prevención, lo que nos permitió desmadrarnos de pequeños y poco atractivos pormenores, porque todavía las cañoneras y otras unidades andaban en tarea revuelta de embarques y remolques. Pero por fortuna, pronto cayó la mar y el viento que nos hiciera abandonar de estampida el surgidero argelino, por lo que acariciados por un viento fresco del sudoeste, navegamos a un largo con todo el aparejo alzado a los cielos.

El comandante ordenó mudar las guardias de mar, en lo que entendía como formación progresiva de los jóvenes oficiales. He de reconocer que me colmó de satisfacción tal medida, al endosarme en la ronda la guardia de aguja y navegación en la toldilla. Allí se respiraban mejores olores, a la vez que se mantenía la sangre arrimada al viento, como marino en ejercicio, oteando el aparejo en su conjunto para modificarlo, en ausencia del comandante, de acuerdo a mi propio criterio. Es cierto que sentí correr los nervios como anguilas por mis brazos en los primeros momentos, pero también que gocé como niño en empedrado, al dar mis primeras instrucciones a través de la bocina.

Aunque la navegación como tal ciencia y práctica correspondía al piloto, de acuerdo a su calificación como piloto práctico o de altura, era nuestra responsabilidad comprobar que cumplía con tal obligación, aunque se tratara en general de personal competente y comprometido a fondo con su gestión. En nuestro caso particular, el piloto destinado a bordo, don Salvador Oliva, se encontraba calificado como práctico, aunque poseía conocimientos más que suficientes para obtener la graduación de altura. Había navegado con el comandante en diversas unidades y mantenía una excelente relación con él, aunque como primer piloto obtuviera por sí el simple empleo de alférez de fragata. En el jabeque Murciano también se encontraba embarcado un pilotín habilitado, don Miguel Comenche, oficialmente llamado como aspirante a piloto, aunque ya se encontrara clasificado como de tercera.

Era obligación del piloto más graduado o antiguo de los embarcados a bordo, mantener a su cargo todos los efectos que sirven para el desempeño de su sabia profesión, o tienen con ella alguna relación más inmediata, como las banderas y faroles de seña, correderas, ampolletas, agujas y demás aparatos, estando subordinados a ellos directamente los de menor graduación y el personal destinado a

custodiar sus efectos profesionales. Todos tienen la obligación de llevar puntualmente su diario de navegación, así como ofrecer al comandante, al mediodía, una papeleta con precisa expresión de la latitud observada y del punto de situación de la nave.

Se refieren estas obligaciones a las ordenanzas antiguas sobre el pilotaje, porque era conocida la corriente establecida en los últimos años, en el sentido que los oficiales del cuerpo general asumiesen dichas funciones en forma progresiva. De esta forma, los profesionales del antiguo cuerpo se encontraban en clara disminución de atributos, que no de presencia a bordo de buques, cuyas plantillas seguían observando gran cantidad de ellos, dependiendo del porte de la unidad en cuestión. En la práctica, éramos los de mi cuerpo los responsables de supervisar la función de aquellos hombres aunque, en múltiples y variadas ocasiones, nos dieran vuelta corrida en su oficio navegador.

Y ya de entrada he de reconocer que mucho aprendí del piloto, así como del pilotín, que a pesar de tal nombre me adelantaba en un lustro la edad. Pero este Miguel Comenche era persona alegre y dicharachera, con lo que fue fácil entablar una estrecha y amistosa relación, que me hizo progresar muchas millas en la sabiduría náutica. Porque hablando en verdades, estaba flojo en los adelantos de la navegación, razón por la que pensaba apuntarme al primer curso de adelantamiento departamental, donde se explicaban con detalle los nuevos adelantos, incluso la utilización de esos fabulosos cronómetros que permitían el codiciado cálculo de la longitud, todavía escasos a bordo.

Y con esa mar tan cambiante, adherida a nuestro mar Mediterráneo como una lapa, pasamos de la luz a las tinieblas, y me refiero a las condiciones que nos ofrecían los cielos. De tal forma se produjo el cambio, que el segundo día entramos en una encalmada chicha y plana, hasta el punto de dejar las velas con las faldas muertas, mientras un bochornoso calor nos sacudía mente y cuerpo. En opinión del contramaestre primero, muy dado a los viejos refranes de la mar que tanta sabiduría encierran, y con muchos quinquenios en la sangre, era aquel un verano de ranas y comediantes. Con esta expresión, parecía dejar a las claras que no era de fiar el viento o la mar en momento alguno, sino de mucho mirar a los cielos, por mudar de color y expresión con extrema rapidez. Y parece que tenía razón, porque habíamos sufrido bastantes cambios bruscos en las últimas semanas.

La encalmada se mantuvo durante dos días, que ni siquiera al amanecer parecía soplar una pequeña brisa que alumbrara esperanzas. Cumplía la guardia de alba en uno de ellos cuando, entrados en el crepúsculo, se presentó el comandante en la toldilla. Tras rendirle la preceptiva novedad de navegación y aparejo, pareció que deseaba conversación para mitigar el aburrimiento de las alas caídas.

—Me alegro de poder hablar con usted, Leñanza. Quería expresarle mi más sincera satisfacción por su presencia a bordo. Aunque viniese recomendado por el mismo general, y no existe para mí mejor certificado, he de reconocer que nunca emito opinión hasta comprobar los hechos con mis ojos. Es usted oficial de valor y

con todas las dotes para ser un buen jefe de la Armada. Además, le felicito por su adecuada dedicación al servicio en toda hora y momento.

—Mucho le agradezco sus palabras, señor.

—Según tengo entendido, se encuentra cercano a ser padre por primera vez —sonrió al comprobar mi asombro, por no haber mencionado tal condición a bordo en ningún momento—. No se alarme, que como debe saber por haberse comprometido bajo sus órdenes un tiempo corrido, don Antonio gusta de hablar en detalles y por esa vía me llegaron las nuevas. Espero que todo se alcance por su pie y con buenos vientos, que los primeros partos tardan su tiempo en aparejar el velacho.

—Eso dicen, mi comandante. Si todo continúa su marcha y no se ha presentado condición desfavorable, mi esposa deberá alumbrar en la tercera semana de agosto.

—Llegaré con tiempo suficiente, aunque debemos esperar varios días la aparición de la escuadra, que navegará como vaca perezosa. Creo que viraremos hacia el sur y nos acercaremos a ella, si las condiciones del viento nos lo permiten alguna vez.

—No debe durar mucho más esta odiosa encalmada.

—Debe tener razón, aunque en la mar los presagios caen como gotas de aceite en el agua.

Se mantuvo en silencio, mientras dirigía la mirada con interés hacia el levante, donde clareaba con fuerza el nuevo día. No interrumpí sus pensamientos, en espera de que continuara la conversación si así lo decidía, lo que llevo a cabo un par de minutos después.

—¿Piensa permanecer mucho tiempo destinado a bordo de este jabeque?

Me tomó desprevenido la pregunta, sin saber lo que debía responder. Pero me lancé con sinceridad, siguiendo el viejo consejo paterno.

—Si le digo la verdad, mi comandante, no he pensado siquiera en dicha posibilidad. Fue el general Barceló quien me indicó esta unidad como apropiada para formarme como oficial, y seguí su consejo como siempre, honrado por ello. Pero no sé qué nos deparará el futuro, porque se habla del desarmado de muchas unidades.

—Tiene razón don Antonio, como siempre, que en estas unidades se desbravaron las mejores cabezas de la Armada. Pero no creo que nos afecte la baja de números, en esa torpe manía de nuestra Administración que pocos comprenden, si se desea ser poderosos en la mar, a no ser que se firme una rápida paz con la Regencia. Después de todo, somos como peones de feria, que en todo momento y para cualquier concurso se utilizan. Salimos al primer aviso de corsarios y llevamos la responsabilidad del transporte con las islas Baleares en muchas ocasiones, aparte de otras diligencias menores que saltan como liebre encamada. Pero es posible que algunas unidades de la división pasen a desarmado, aunque no podría asegurarlo. Por desgracia, poco tiempo aguantan las dotaciones en estos buques, con embarques y desembarcos continuos, que en poco benefician el correcto servicio de las armas. Pero así es la política de nuestra Secretaría.

—Sí, señor. Eso se comenta entre los oficiales.

—Ya llegará la noticia, que en nuestra carrera todo anda en variación y sorpresa. Lo que haya de ser será. De momento piense solamente en su primer hijo, quien heredará el título que bien se ganó usted por huevos, lo que es de orgullo. Tampoco a mí deben quedarme muchos meses a bordo, que espero ascender a capitán de fragata en pocas semanas, según se me anunció. Y desearía pasar al continente americano, que recuerdo con añoranza mis navegaciones por aquellas lejanas e inolvidables aguas claras.

—También es ése mi sueño desde la más tierna infancia. Y espero conseguirlo algún día.

—No lo dude un momento. Le quedan muchas millas por la proa y volveremos a guerrear con el inglés, más temprano que tarde, en aquellas aguas.

Para mi desgracia, se presentó el segundo comandante a nuestro lado en aquel momento, con lo que finalizó una conversación amena y de confianza, en la que gozaba. Me retiré de la pareja con la necesaria discreción y quedé de nuevo sin cometido alguno, porque seguíamos parados como cochino desuñado. Me retranquéé a popa y deje volar los pensamientos, con la mirada puesta en los cielos que comenzaban a pasar del rojo al azul brillante a toda velocidad.

Por fin, comenzó a soplar una ligera brisa de levante que nos permitió respirar con cierta esperanza. Aprovechamos la ocasión para virar y aproarnos con rumbos de componente sur, con lo que aquella misma tarde divisamos las velas de la escuadra que parecían remolonear como potros engolfados. Dimos vuelta ancha para comprobar que no se encontraba ninguna unidad rezagada, con lo que en nueva excursión, retomamos el destacamento hacia el nordeste, conforme refrescaba el viento, entablado del sudeste y arenoso.

Aunque comenzara el tornaviaje con los ánimos abiertos y la esperanza ardiente, se hizo larga la travesía en aquel ir y venir, con más encalmadas que otra cosa. Por fin, recalamos directamente sobre el cabo Tiñoso desde el sudeste el día 11 de agosto, cuando ya los nervios comenzaban a roer mi barriga, que la fecha del envite se acercaba en demasía. Y allí, frente a la isla de Escombreras, en la entrada al puerto de Cartagena, nos mantuvimos cruzando la derrota, en espera de la escuadra que no se percibía en el horizonte por más que desplegara mi antejo. Aquella noche tomamos el fondeadero frente al pueblo costero que llamaban Mazarrón, famoso por sus minas que ya utilizaron los romanos, aunque no quedaba casi nada de aquella riqueza.

En la mañana del 12 avistamos la escuadra, de la que se destacaba con claridad el navío insignia hacia el puerto. Le seguimos aguas por encontrarnos en situación, fondeando frente a la muralla del mar cartagenera a mediodía, dando fin de esta forma a la que se conoció como jornada de Argel de 1784.

Como pueden comprender, me encontraba nervioso, esa típica excitación que sufre el marino al entrar en puerto, aunque luego rumie hierba para salir cuanto antes. Esperaba la entrada del bergantín Infante y poder charlar con Pecas para planear

nuestra marcha hacia Santa Rosalía, que no había podido verlo ni de lejos en todos los días habidos en la costa africana, destacados siempre en bandas opuestas. Pero el destino me tenía reservado experiencias inesperadas, y no saben hasta qué punto.

Habrán escuchado de mi boca en más de una ocasión, que nuestra vida en la Armada se precipita por rampas desconocidas con la misma rapidez con la que puede sacudirnos un golpe la mar. Y así es, sin asomo de duda. Paseaba por cubierta con el anteojo en la mano y la mirada hacia la entrada del puerto, comprobando el paso de las diferentes unidades de la escuadra, cuando un bote del arsenal tomó nuestro botalón. Del mismo descendió un joven oficial del cuerpo de Batallones, con sobre lacrado para el comandante.

No le concedí mayor importancia al suceso hasta que, pocos minutos después, el cornetín nos ofrecía la llamada de oficiales. Al comprobar que el comandante deseaba reunimos en la cámara, comencé a barruntar posibles contrariedades aunque todavía sin motivo alguno, pero ya los años de servicio me concedían aquella premonición.

Poco después, con la oficialidad en pleno, entraba el comandante en la cámara. No era muy grato su semblante, que siempre buscamos rastros como los perros de caza, por lo que me temí malas noticias. Pero pronto entró en detalle, pues se apresuró a dirigirnos la palabra.

—Siento comunicarles, señores, que debemos cambiar nuestros planes. Les prometí unas semanas de descanso que todos merecemos, pero es necesario aplazar durante unos días ese periodo festivo, por necesidad del servicio. El destino nos ha elegido con su mágico dedo, que bien podía haber guardado en esta ocasión —esgrimió una cansada sonrisa—. En las primeras horas de esta tarde nos embarcará una compañía de Dragones, que debemos transportar de guarnición al puerto de Mahón. Una vez desembarcados, regresaremos a este puerto con alas y rastreras en los hombros. Tomen las medidas oportunas —dirigió la mirada hacia el contador—, en especial en cuanto a víveres y aguada se refiere, si se considera necesario.

Y con la misma rapidez abandonó su asiento. Comenzó a desfilar hacia proa, pero al llegar a mi altura, se dirigió a mí con tono paternal.

—Muy justo le va a llegar el tiempo, Leñanza. Pero no se preocupe, que las primeras camadas son lentas como tartanas de transporte. A ver si gozamos de vientos frescos y llega con justa medida al alumbramiento de su primogénito. Le advierto que de mis cinco hijos, alguno conocí cuando había echado los dientes.

Entre sonrisas me ofreció una cariñosa palmada, por mucho que mi espíritu andará metido en otros derroteros. Tan sólo pude contestar con cortesía.

—Muchas gracias, señor.

Y como a bordo las noticias corren como grajos en picado, al salir a cubierta me esperaba Setum con el semblante alicaído y la esperada pregunta a flor de sus labios.

—Señor. ¿Es cierto que...?

—En efecto —corté con decisión—. Debemos salir de transporte hacia la isla de

Menorca esta misma tarde.

—Pero eso no es posible. Si no fallan mis cálculos, deben faltar...

—Setum, por favor, no alargues la herida. También yo pensaba salir al galope para la hacienda, pero no es posible. Nadie más que yo deseaba estos días en libertad.

—¿No puede alegar...? —Dejó la frase en suspenso, al observar el gesto de mi cara.

—Nada es posible. Tanto es así, que me conformaría con pasar aviso a mi cuñado en este sentido, y que vuele por cuenta propia a Santa Rosalía. Al menos, su presencia mitigará el dolor y es de la mayor importancia.

—Acaba de entrar el bergantín Infante y fondeado a corta distancia —me señalaba la silueta del buque, a cien yardas de nuestra posición—. Si quiere, puede pedir el bote y le ofrezco el recado.

—Tienes razón. Avisaré al patrón para que te lleve. Escribiré una nota con rapidez.

En efecto, cuando la luz comenzaba a decaer, aparecieron dos lanchones de transporte, de los usados para transbordar víveres, pero en esta ocasión con numeroso personal del Ejército. En total, embarcaron 77 hombres, de los cuales siete eran oficiales, lo que desató la lengua del alférez de navío Fernando de Soria, que charlaba conmigo en cubierta.

—Y para colmo de desgracias, siete oficiales de cuña que deberán arrancar con nosotros en la cámara. Más estrechos y en peores condiciones para la comida y dormida. ¿Por qué nos habrá tocado esta bola negra, entre tanto concursante? Nos encontraremos como cochinitas en madrigal. Siempre debemos bailar con la más fea. Perra suerte la de los jabeques, que más parecemos rabizonas de puerto, dispuesta a cualquier deseo.

—Tomemos la cuenta como nos alcanza, que nada ganamos con renegar. Bastante lo sufro yo, con mis planes enhebrados al detalle.

—Mala cosa planear algún aspecto de nuestra vida, mientras seamos oficiales de la Armada. Cuando observé el bote con el sobre lacrado, me dije que nos llegaba un jugoso regalo. Nunca falla.

—¿Cuántas millas nos separan de Mahón? —pregunté para calcular a ojo.

—Poco más de trescientas en derrota directa. Pero eso es lo de menos, porque en estas semanas podemos sufrir otra encalmada que nos desarme durante días. Maldita sea la zorra culebrona que parió a la madre...

Dejé a mi compañero con sus especiales jaculatorias, al observar la presencia de Setum, regresado del barqueo.

—¿Hablaste con don Santiago?

—Sí, señor. Y no sabe las barbaridades que pudo decir. Quería hablar con el general Barceló de forma inmediata, lo que, en su opinión, debía haber hecho usted con la necesaria diligencia. Pero como les conozco a ambos, conseguí evitar sus acciones, que es muy lanzado a la ventura don Santiago, como bien sabe.

—¿Partirá hacia la hacienda?

—Una vez calmado de la noticia inicial, me aseguró que saldrá para allá esta misma tarde. Y que no se preocupe de nada, que vuelva cuanto antes para conocer al pequeño gigante, según sus propias palabras —sonrió al repetir el comentario—. También me dijo que tomará su carruaje por diversos problemas habidos con el suyo. Pero que lo mantendrá al punto para su regreso.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor. Bueno, me endosó tres garrafas de vino y dos paletillas para su uso, aunque es de la opinión que el vino anda un poco mareado. Pero asegura que no le queda otra cosa.

Sonreí al recordar a mi buen amigo. Estaba seguro que él no habría sufrido situación como la mía, al mover los hilos adecuados a la coyuntura. Pero no era esa mi forma de ser ni mi estilo, que cada cual bate las olas a su propio costado.

Y con personal en cada milímetro de la cubierta, salimos a la mar, lo que complicaba la maniobra con estorbo permanente. Por fortuna, arrancamos con viento fresquito de levante que nos permitió aparejar en cercanía, antes de arrumbar hacia fuera. No puedo negar que andaba con el ánimo bajo mínimos, pero siempre supe encapillar la marejada en su sitio, que la profesión era elegida.

Entrados en la noche poco después, me retiré a descansar. La dormida se complicó a la brava, como anunciara Fernando de Soria, pero encontré aceptable rincón y allí me dejé caer. Temía cerrar los ojos porque estaba seguro de la visión. En efecto, el rostro de Cristina, con la tristeza reflejada en canal, se hizo presente, lo que acentuó el dolor en silencio. Recordé las sabias palabras de aquel profesor en la Escuela Naval: Para el servicio en la Armada, es mejor navegar ligero de compromisos amorosos, que llegan a ofender y rebajar el entusiasmo de muchos oficiales, en detrimento del servicio.

22. Viento y mar

Entré en la guardia de alba a las cuatro de la mañana, con el espíritu renovado a luces, porque esa hora era, como norma, mágica para mí en cualquier circunstancia. Conseguí alzar un poco más los rumores internos, al quedar deslumbrado por una amanecida esplendorosa, de las que todo hombre desea en la mar: cielos despejados con trenzas blancas, tumba abierta en el horizonte, viento fresco de levante y suaves crestas en la superficie de las aguas. Borré los negros pensamientos con decisión, que a nada conducían, para ahondar en la parte positiva de aquella comisión de transporte tan poco apetecida, excepto por algún marinero menorquín que deseara retozar durante unos escasos minutos con su amor perdido.

Encontré a Miguel Comenche, el pilotín, tomando medidas en una carta de marear, que él denominaba con visible regusto como padrón de navegación, muy al estilo antiguo, tan propio en los oficiales de su cuerpo. No se trataba de ejemplar riguroso sino copiado a la vela, sucio y de bordes desgastados por el uso, muy parecido a los que utilizábamos a diario en la Escuela Naval para nuestras prácticas de navegación. Se encontraba trazada sobre ella la derrota base elegida por el comandante, es decir, los puntos de recalada que intentaba conseguir, dependiendo de la generosidad que nos pudieran ofrecer los vientos. Intenté enhebrar conversación con quien ya consideraba buen amigo y excelente persona.

—Pasaremos cerca de la isla Formentera —comenté en pregunta cerrada.

—Esa es la idea, aunque este viento de levante nos beneficie bien poco en el andar por derecho. Debemos recalar sobre el cabo Berbería o Punta Rotja, al sur de esa isla. Desde ahí —extendía su mano en la carta para mostrar la dirección—, nueva recalada en la isla de Cabrera, para pasar a barajar la costa levantina de Mallorca. Una vez cruzado el freu^[84], avistaremos la isla del Aire en Menorca, si Nuestra Señora del Rosario así lo permite, a pocas millas de la entrada a la ría de Mahón. Si gozáramos del bendito leveche que tanto gusta de estas aguas, podríamos hacer derrota directa, como las antiguas galeras. Pero si se mantiene el actual, será necesaria alguna bordada, porque el comandante prefiere no separarse demasiado de la base establecida.

En efecto, con aquel viento navegábamos casi de bolina, aproados al NNE, ciñendo al límite de nuestras posibilidades, mientras el cabo de Palos se perdía en la distancia por nuestra aleta de babor. En aquel momento tan dulce del alba, un extraño pensamiento cruzó por mi cabeza, como si observara signos evidentes en el jabeque de tomar la mar con alegría, feliz de encontrarse una vez más en su medio natural, sin los frenos que sufre por boca en puerto o fondeadero. Y no crean que es cosa de locura tal aseveración, ni mucho menos. Los buques manejan vida propia desde la botadura, con sus lamentos, risas, alegrías y pesadumbres correspondientes. Y como decía el viejo marinero Ventura en las cañoneras, pobre de aquel hombre de mar que

no crea en tal circunstancia, o verá cuartelada su alma por el viento. Sin embargo, para convencerse en forma definitiva es necesario escuchar su voz en el momento postrero, cuando toda embarcación eleva el último mugido preñado de dolor a los cielos, conforme es devorada por las aguas o destrozada contra los rompientes. Puedo dar fe de esta última cuestión, que mis ojos lo vieron y sus lamentos acariciaron estos oídos medio derruidos con tristeza infinita en más de una ocasión.

De esta forma continuamos nuestra derrota, con bordadas largas, facilitada la maniobra a partir del mediodía, al rolar el viento y meterse por derecho en el segundo cuadrante, lo que nos permitió navegar casi a un largo y ligeros de ropa, directos a la recalada. Sin embargo y como aseguraba don Antonio Barceló en sus animados soliloquios profesionales, la mar es caprichosa y mudadiza como mujer cortesana, y así lo creía yo fervientemente. Pero en muy contadas ocasiones a lo largo de mis corridos años de mar, que no son pocos, pude comprobar tan abrupta variación, como si todos los dioses erigidos a lo largo de la Historia se decantaran en conveniencia a un solo plato de la balanza, de prodigioso salto. De tal forma, nos vimos envueltos en la manta negra, como algunos viejos marinos denominan tan negativo efecto, si han disfrutado de la suficiente suerte para superarlo.

Las condiciones se mantenían de buen cariz cuando tomé el jergón a hora temprana, por corresponderme la guardia de media. Pero debía andar metido en pesada modorra un par de horas, cuando un violento bandazo me hizo golpear la cabeza contra una banda. Creí en principio que se trataba de un mal sueño, pero no era tal. El Murciano gemía de guinda a sentina como cochino en matanza, y las fuertes sacudidas indicaban un brusco cambio en las condiciones de mar y viento. Intenté dormir todavía algunos minutos, aferrado al batiente, pero opté por abandonar la empresa poco después y salir a cubierta.

Trabajo me costó mantener en vela la escotilla del tambucho, a la vez que una ráfaga de mar salada salpicaba mi cara con fuerza, esas gotas cuyos efectos en la piel asemejan balines de mosquete. Circulé a tientas, porque la noche se cerraba a mis ojos como boca de lobo, y a duras penas alcancé el pasamanos de la escotilla mayor, cerrada a buen viaje, prevención tomada en rigor a causa del nuevo cariz abierto. Una mano de persona acostumbrada a la oscuridad me tomó por el hombro. Escuché la voz del primer guardián, que reconocí al momento.

—Afiérrese a la barloa^[85] que acabamos de tender, señor —acercó mi mano a la maroma de seguridad, que tomé a tientas—. Andamos metidos en malos augurios.

—Ya lo compruebo, don Andrés, todavía ando ciego de luces pero no de sentidos. ¿Cuándo ha saltado este maldito ventarrón?

—Hace pocos minutos y de forma inesperada. Comenzó cabrilleando la mar con las últimas luces del día, y todavía pudimos observar como se ampollaba en grueso poco a poco, hasta arbolar espuma. Y de acuerdo con ella, el viento roló a tramontana en tan corto espacio de tiempo, que más parece obra de Satanás en inmerecido castigo, a la vez que aumentaba en fuerza hasta sentirse cascarrón y diría que con

visos de atemporalarse en corto.

—¿Tramontana dura en esta época del año?

—Así es, señor, por extraño que le parezca, y con cizaña sembrada en su espalda. Una vez la sufrí metido en los calores de agosto, a bordo de la fragata Santa Cecilia, y prefiero no recordarlo, porque mucho nos hizo sufrir en el freu hasta desplumarnos las cofas. Pero no es condición normal, y menos en estas aguas. Por desgracia, la mar no admite normas escritas y es reina de su hogar.

—Razón tiene.

Abandoné a mi subordinado al pie del palo mayor, para pasar a la toldilla con indudable esfuerzo, porque el viento zumbaba a muerte entre mechones. La oscuridad era absoluta, aunque se divisaran los rociones de espuma blanca que hacían estremecer el casco del jabeque como tiovivo arrebatado. En la timonera se encontraba el comandante, junto al piloto y el segundo en opaca conversación. Un poco separado del grupo, se mantenía en inestable equilibrio el oficial de guardia, Fernando de Soria, a quien debía relevar a medianoche.

—Has endemoniado los vientos en tu guardia.

—Y no sabes cómo. Te juro por mis antepasados que jamás vi un cambio tan repentino y formidable. Debíamos andar al sudoeste del cabo Berbería y unas sesenta millas, cuando se rompió el marco establecido. Nunca sufrí una tramontana de calibre en estas aguas, en pleno verano.

—¿Y el aparejo?

—Fuimos cerrando conforme aumentaba el rocío, hasta arriar las vergas de juanete. Navegamos todavía con las gavias algunos minutos, incluso se ordenó tomarles rizos, pero acabamos por aferraría. Sufrimos un ventarrón en toda regla y para mí que aumentando. Si por desgracia no me equivoco, entraremos en temporal antes de que pique la hora nueva. Llevamos el viento cuartelado a su voluntad, que tampoco se acomoda con la mar.

—¿Derivamos mucho?

—Según el piloto, debemos correr hacia el sudeste. Al menos, andamos claros de fondos en esa dirección. Supongo que el comandante ordenará ponernos en capa en cualquier momento.

Cuando acababa esa frase, pude observar una cresta gigantesca que nos entraba por babor. Se la señalé a Fernando y nos aferramos a muerte en los pernos. Nos tomó la montaña de espuma con fuerza guerrera, hasta pasarnos por los cuernos a ronda y dejar las ropas empapadas.

—Dicen que los temporales de agosto son malos de capear —indiqué mientras quitaba el agua de mis ojos.

—No empieces con viejos refranes, que ya nos largó tres o cuatro don Antonio Plomer y de poca guasa. Para mí que el temporal nos come.

—Pues ya sabes, barco a la capa, marinero a la hamaca^[86].

En efecto, el comandante ordenó ponerse a la capa con rapidez. El viento se abría

atemporalado con claridad y la mar arbolaba crestas hasta la cima. Y no era tarea fácil aquella, metidos en plena oscuridad y sufridas condiciones. Los pitos de los contramaestres apenas se escuchaban entre el bramido del viento y los gualdrapazos de las velas, aunque allí trepaban por las jarcias los marineros, afirmados como perchas a los flechastes. Por fin, tras una hora que se eternizó al límite, conseguimos dejar el foque de capa, un borriquete de trinquete y la mayor con todos los rizos tomados. En cuanto al mesana, se cazó a tachón en el escudo de popa, con lo que algunos, el contramaestre primero entre ellos que presumía de verbo antiguo, la denominaban capuchina.

Pero todo tiene un precio en esta vida y en aquella maniobra perdimos el primer hombre, un gaviero catalán, menudo y pecoso, al que apodaban Palamós. La mar se lo llevó y allí quedó para siempre, en ese cementerio particular de tantos marinos.

Y entré de guardia a la capa, aunque era absurda la medida porque casi todos los oficiales andaban por cubierta o en la toldilla, en alerta de maniobra. Creo que fue cerca de las cuatro de la mañana cuando embocamos el peor momento. Nunca había imaginado que la mar pudiera ofrecernos una cara tan feroz, dispuesta a tragarse el mundo, al punto que ya no gobernábamos en ningún sentido, sino que nos batía la mar y el viento a voluntad, mientras el Murciano abatía lastimero como corcho a la deriva.

Salí de guardia pero permanecí en la toldilla con el ánimo encogido, que la verdad no duele. Pero no comprenderán tal estado de ánimo si no han sufrido un temporal de tamaño sobrenatural en alguna ocasión, y así lo entendía yo cuando creemos a ciegas que la mar acabará por tragarnos como a un bizcocho. Y entrábamos en las primeras luces, por llamar de alguna forma aquel copete gris, sucio y renegrido sobre nuestras cabezas, cuando escuché un terrible golpe, como si hubiesen machacado algún palo de proa o una rompiente golpeará el casco a muerte. Volví a escuchar el pito inconfundible del primer contramaestre a llamada de emergencia, siempre atento al quite, al tiempo que comprendía las palabras emitidas por el comandante al segundo.

—Maldita sea la bicha que parió al viento. Hemos debido partir un palo alto. Ya le decía que si la situación lo hubiese permitido, debíamos haberlos calado.

En efecto, se había tronchado el mastelero del trinquete, con el infernal enredo de cables, jarcia y aparejos que acumula en cubierta a su caída. También se escuchaba algún perdido lamento, por lo que se podía aventurar más de un herido entre nuestros hombres. De la escotilla mayor aparecían cabezas que se lanzaban a la barloa para intentar progresar hacia proa, decididos a cumplir las órdenes que se recibían en su clave sonora habitual.

Aunque parezca difícil de creer, la situación a bordo se normalizó con inusitada rapidez, y sólo unos pocos marineros resultaron con diversas contusiones, escasas de gravedad. No podrían creer como posible que aquel mare mágnium desordenado pudiese cobrar el aspecto de buque aliñado, con el personal picando cables y jarcias, mientras el jabeque seguía debatiéndose entre bandazos y cabezadas tan violentos,

que se debía mantener una mano aferrada al mundo, mientras la otra trabajaba para salvar el pellejo. Los desperfectos no afectaban al escaso trapo de capa desplegado, por lo que de momento la preocupación era despejar la cubierta y hacer posible la maniobra del personal, lo que se consiguió en un par de horas.

Alcanzamos una situación en la que, con el buque batido por las olas y el viento en tan inmisericorde furia desbaratadora, creía posible sufrir en cualquier momento un nuevo golpe de mar al través o una cabezada que nos enviara al fondo del mar sin más remedio y pronta diligencia. Es en estos momentos cuando la figura del comandante a bordo se transforma en un verdadero dios, y por mis reales creencias eso era en aquel punto, elevando la voz con la bocina, las greñas deshilachadas al viento, mientras se aferraba con la mano izquierda al pasamanos de la timonera. Todos lo mirábamos a hurtadillas, en la creencia que era el único factor capaz de sacarnos de aquel infierno, si ello era posible.

Y continuamos a régimen de temporal toda la mañana, cuando ya los cuerpos daban poco de sí y aflojábamos el espíritu a rendimiento. Pero para nuestro mal no había dado fin la tortura, ni mucho menos. El comandante departía a gritos con el contraestre y el segundo en la timonera, no para imponer su criterio sino por ser la única forma de hacerse escuchar entre el bramido del temporal.

Creo que debíamos andar mediada la tarde, que no es sencillo concretar la situación, con la capa descompuesta en las plumas, cuando Setum apareció a mi lado con un trozo de galleta y una rica tajada de paletilla, parte del regalo recibido por Pecas. Aunque parezca insana incongruencia, sentí ganas de reír al observarlo. Qué empresa no sería capaz de acometer aquel hombre.

—Debe comer, señor. Poco resistiremos si no cargamos la tripa. El ambiente no alimenta tintes de remitir.

—Dios te bendiga, Setum —ataqué la tajada con fervor, comprendiendo que, a pesar de la situación, el cuerpo pedía un condumio olvidado—. Como Dios no abra sus alas, partiremos al infinito.

—Ha de abrirlas, no lo dude. Ya elevé mis rezos y no ha de olvidarnos Alá en este trance.

—Cualquier dios es válido si aplaca este infierno.

—No es momento de exponer la casaca a esos pensamientos tan poco oportunos —utilizó la grave expresión que tan bien conocía, como quien se ve obligado a regañar una postura infantil.

Fue entonces precisamente, pensando en su razonamiento, cuando la vi, al tiempo que se erizaba el vello de mis brazos. Debí ser de los primeros, porque a renglón seguido escuché la ronca voz del contraestre en ahogado socorro, que señalaba en la dirección, por el costado de babor.

—¡La Manta! ¡Mi comandante, a babor!

También la vio el comandante, que sólo pudo emitir una orden con inesperada frialdad.

—Timonel, trinca la caña al estrobo.

No puede imaginar tal espectáculo, grandioso y fantasmal, quien no lo haya sufrido. No era una ola sino una montaña descomunal la que navegaba contra nosotros, y no les exagero un ápice, una montaña de agua con la espuma en sus bordes altos, como las crestas nevadas de un picacho serrano en invierno. De forma automática elevé lo que entendía como un último rezo a Nuestra Señora de Valdelagua, porque ningún buque, ni el navío Santísima Trinidad sería capaz de soportar el envite de aquel monstruo. Pero no pude pensar más, porque sentí cómo las garras de Setum me tumbaban a cubierta, boca abajo, a la vez que asía mi mano al perno más cercano. Todavía escuché su voz.

—Agárrese a muerte, señor, o nos llevará con ella.

Y llegó la montaña. Tan sólo recuerdo que me vi inmerso en la mar, comido entre sus entrañas, mientras el jabeque crujía a dolor y llanto por los cuatro costados, como si se desbaratara en las mil maderas originales que compusieron su esqueleto. Pero, al mismo tiempo, me pareció percibir una nueva sensación. Con la oreja izquierda pegada a cubierta, sentí una extraña vibración, como si aquella vida de madera y clavazón se negara a darse por vencida, una lucha final a muerte contra el dios del mal. Sumido en la oscuridad y creyendo que descendíamos a las profundidades del infierno, pude escuchar un ruido espantoso, como si hubiese reventado la santabárbara o la quilla se partiera en mil pedazos. Recordé la voladura de las pólvoras en la flotante San Cristóbal, aunque no me anegaba la nube dulce y blanca en esta ocasión. Todavía un nuevo sentimiento se aferró a mi cuerpo, al sentir una pesada carga contra mi espalda.

Tardé en comprender que el jabeque había superado aquella ola monstruosa, esa manta que según algunos es prueba a muerte para todo buque. Sentía los movimientos de su estructura bajo mi cuerpo, pero no cuadraba la situación con la oscuridad absoluta que me embargaba, más propia del fondo del mar, así como la pesada carga apretada contra mi espalda. Por fin, ante un nuevo bandazo comprendí que el peso se debía a la capuchina del mesana, abatida por la montaña a su paso, por lo que intenté apartarla de mí sin conseguirlo. Pero como celestial sonido, escuché las palabras de Setum, que llegaban a mis oídos con extraña entonación y cierto eco lejano.

—¿Se encuentra bien, señor?

—¿Setum? ¿Qué nos ha sucedido? Creo que tenemos encima la vela del mesana.

—En efecto. Ha partido el palo de popa, posiblemente a flor de cubierta.

—¿Partirse el mesana? No es posible.

Fue Setum quien, con su extraordinaria fortaleza, comenzó la tarea de incorporarse y tratar de aligerar todo lo que reposaba sobre nosotros. Intenté ayudarlo y alzar el cuerpo, lo que conseguí tras ímprobos esfuerzos, hasta que rebasamos el borde de la vela. Fue entonces, con la luz grisácea de la tarde, cuando pude comprobar la situación del jabeque o los restos del mismo, que todo parecía en plena

descomposición.

Tal y como adelantara el sabio Setum, nuestro palo de mesana se había tronchado como un palillo de juguete unos cuatro pies por encima de la cubierta. Parecía imposible creer que algún accidente, sobrenatural sin duda, partiera un mástil de aquel calibre, que mostraba las gruesas astillas abiertas al aire. Como es fácil deducir, la toldilla presentaba un aspecto desolador. Pero ya andaba el personal en faena y cuando comprobé la presencia del comandante y el contramaestre a corta distancia de mí, percibí la sensación de haber resucitado. Retornaba a la vida que estimaba perdida, aunque para seguir sufriendo. Las olas de sensacional tamaño seguían barriendo el pobre casco herido, como si desearan ofrecerle la estocada final en el pecho.

Sufrimos momentos de tortura, aunque ya el espíritu se encontrara cebado a muerte, con lo que todo es tarea sencilla y llevadera. Poco a poco, entre carpinteros, contramaestres, guardianes, marineros y cualquier mano en estado de arrimar, se fue aclarando lo que más parecía un pañol de desbarate, hasta convertirse en la silueta de un buque que mostraba a las luces terribles heridas. Y no sólo en la toldilla se sufría, porque algunos cañones habían navegado por libre, a pesar de ir trincados a la bretona, hasta desembocar en la mar tras abrir tronera nueva. La escotilla de proa había volado como pájaro de primavera, lo que hacía embarcar agua a tonel. El Murciano no sólo se encontraba con grave enfermedad, sino atiborrado de agua que hacía más lentos y penosos sus movimientos.

Además de las faenas de aclarar el material y estibarlo en conveniencia, que todo navegaba por su aire a pesar de las trincas de capa, se entoldaron las escotillas y portillos abiertos, para cerrar la espita generosa. Al mismo tiempo, se ordenaron brigadas para el servicio de las bombas de picar, porque era mucha el agua embarcada y no debíamos favorecer las acciones de las olas. Y otras mil faenas que se acometen en buque sufrido de males. No olviden que una embarcación es como un castillo en movimiento.

De esta forma dio comienzo una nueva noche, una de las más largas y terribles que sufrí en mi vida, cerrada a luces y esperanzas. Nada positivo abrigaba el espíritu, ni abarcando sueños imposibles por largo.

23. Una vela

Sufrimos una noche de extendido terror y padecimiento, aunque sea verdad irrefutable que el trabajo evita otros pensamientos más tenebrosos en nuestro cerebro, hasta llegar a nublar la realidad en beneficio propio. Pero cuando la mente queda en blanco por un ligero descanso, volvemos a comprobar que nuestra vida pende de un hilo, que en realidad podemos perderla en cualquier momento, que la ola siguiente puede ser la definitiva, y es entonces cuando pensamos en los que dejamos para siempre en este mundo y en la necesaria oración, que hasta las almas más negras entran en trance religioso cuando ven las ascuas cerca de los pies.

El extenuante trabajo al que nos sometía la mar y el viento, se veía perturbado en toda regla por la presencia a bordo de tanto personal del Ejército, ocupando espacios necesarios para la maniobra, estiba o reparación y sin el normal acomodo de la gente de mar a un medio tan hostil. Por fortuna, acabaron por seguir la orden, bien que a las malas, de arrancar en fortuna por la cubierta baja y aligerar así los claros necesarios, medida que pocos aceptaban en principio, convencidos de perder la vida en aquella navegación y sentir cierto alivio al mantenerse en cubierta a la vista del mundo.

Cuando amaneció el día 15 en las mismas y tenebrosas circunstancias, me sentí derrotado a muerte por primera vez. Y conjugaba a favor de tan penosa sensación aquella luz gris y plomiza que radiaban los cielos, más propia de opereta trágica, como si un espeso y siniestro velo se fijara en permanencia para filtrar los rayos del sol y mantener la desesperanza. Fueron minutos de profunda tristeza, con mi alma tendida al desnudo porque, después de todo, la mar y el viento seguían batiendo nuestro barco con la misma furia. Es tan cierto como la muerte, que poco confiábamos en mantenernos a flote, por mucho que las palabras de Setum batieran el cobre de la ilusión con su especial fuerza mental.

El último e importante problema añadido se abría por luces, ante la imposibilidad de achicar el agua en la medida que el buque la tomaba, a pesar de entrar el personal del ejército en las rondas para picar las bombas a martillo. Eran muchas las heridas abiertas en cubierta y casco, por donde se tragaba líquido a borbotones. Además, los oficiales de mar informaban de continuas pérdidas de material y aparejos necesarios que la mar nos arrebatava golpe a golpe, en especial la monstruosa manta negra que pareció despojarnos de casi todo lo estibado y arranchado en la cubierta, hasta privarnos de los primeros pañales.

Aunque les parezca extraño, pocos eran los que intentaban proveerse de algún alimento, extremados en otros quehaceres más perentorios, lo que supone un error fundamental que aprendí para futuras experiencias. Por fortuna para mi persona, era atacado por Setum en forma periódica, apareciendo siempre en el momento oportuno con bebida y comida que tomaba al salto, y digo verdad, porque hasta era difícil mantener los alimentos en la mano. Así entramos en una preocupación más, porque muchos de los toneles y pipas en los que se almacenaba el agua habían sido

machacados con sensible pérdida, siendo necesario restringir su consumo. Y se trataba de una medida teórica, porque con las preocupaciones habidas en seguir a flote, no se llevaba a cabo la vigilancia que se extrema en las ocasiones de racionamiento al cazo, que el mismo temporal lo impedía o se consideraba un problema de segundo orden.

Todo el día 15 continuamos sumergidos en aquel infierno, como si la mar quisiera ofrecer el último y definitivo golpe en cualquier momento. Pero el jabeque Murciano, como si perteneciera por carácter propio a ese mundo en permanente movimiento, se resistía a emitir el último quejido, levantando la proa de forma altiva y orgullosa a cada nuevo embate, aunque remoloneara en exceso y con evidente peligro por el agua embarcada. Y de esta forma entramos en una nueva y negra noche, echando en falta la luz de alguna perdida estrella, cuando ya la dotación comenzaba a cumplir las órdenes con menor diligencia, incluso a los pitos de los contramaestres en llamada de emergencia, un toque que parecía habitual y ordinario.

Pero nos llegó el cable salvador cuando menos se esperaba, enhebrado seguramente por todos los santos del cielo en bendita conjunción, aunque yo lo endosara a Nuestra Señora de Valdelagua, que nunca me falló a lo largo de esta azarosa vida. Como les expliqué en su momento, la mar es mudadiza como cortesana, pero en ambos sentidos, que no amarra en picado solamente. Debíamos entrar en la hora cuarta del día 16, que ya ni siquiera picaba la campana, cuando se produjo el milagro, y así me pareció entonces, aunque lo haya observado con el paso del tiempo en más de una ocasión. De pronto, tras recibir una ola de respetable tamaño que hizo temblar nuestro casco como tabla de rastrillo, comenzaron a batirse los rayos a nuestro alrededor sin dejar punto oscuro en la bóveda, de forma tan colosal que podíamos observar detalles del barco que quedaban en la penumbra a diario.

Los truenos chascaban de forma formidable en continua sinfonía, como magníficos fuegos artificiales de Corte. Sin embargo, en mis adentros esperaba que algún rayo perdido nos entrara por la guinda del palo mayor que, para sorpresa general, se mantenía erguido como el pico de un águila orgullosa. Y pocos minutos después llegó el agua, lluvia torrencial durante una hora larga, con un caudal como sólo en los mares tropicales pude presenciar años después. Por fin, escuché una frase mágica que aligeró mi alma hasta las alas, formulada con suficiente convicción por el contramaestre que se mantenía cercano al comandante.

—Esta lluvia nos salvará las cuadernas, mi comandante. Nada amansa las aguas como un buen torrente.

—Y acabará por hundirnos, sin duda. Es mucho el líquido que se embarca por los orificios abiertos.

—Bendita sea de todas formas, que el agua amansa lo que el viento levanta.

—En este temporal nos ha provisto con un buen saco de proverbios, don Antonio —terció el comandante con buena cara y media sonrisa.

—En ellos se encuentra la mejor escuela de mar, mi comandante.

Y tenía razón don Antonio Plomer, porque en el mismo momento que cesó aquella torrencera descomunal, entrados en el crepúsculo del 16 de agosto, se calmó la mar como si recibiera orden del mismísimo Creador. Por más que miraba hacia la superficie de las aguas en todas las direcciones, era difícil creer que en tan escaso tiempo se amansaran todas al ras, aunque todavía la mar de fondo mantuviera nuestro buque en movimiento. Me encontraba de guardia, aunque ya los turnos eran difíciles de respetar y saltar a alguno en conveniencia, cuando vimos los primeros rayos de sol, esa luz que abre los corazones heridos con más rapidez que los brebajes específicos de los galenos. El rostro del comandante se trabó en amplia sonrisa, lo que significaba la mejor de las noticias.

—Bien, señores, creo que hemos superado un temporal en toda regla, y de esos que marcan nuestro cuerpo con muescas al fuego.

—Ha sido más que eso, señor. Hemos sufrido una manta negra que sólo por la ayuda de Dios superamos. Y son pocos los que pueden contarlo —dijo con firmeza el contraмаestre.

—Déjese de prevenciones, don Antonio, que bastantes le escuché en las últimas cincuenta horas —regañaba el comandante entre sonrisas—. Por fortuna, aguantamos el embarque de agua, aunque el jabeque se presenta bien pesado de movimientos y bajamos la línea de flotación hasta nivel peligroso. Si continuamos picando a este ritmo, deberemos secar la sentina en pocas horas porque ya no entra la mar.

—Se hará sin problemas —intervino el segundo—. Conseguimos poner en funcionamiento la bomba que partió su émbolo.

Pero todo en esta vida presenta su cara amarga, aunque bendita sea si se puede narrar en seco. Llegó el momento del triste recuento de material y personal, novedad exigida por el comandante a todos los oficiales. En cuanto a maniobra marinera, aspecto de la máxima importancia, el palo trinquete quedaba en uso solamente para la vela de su nombre, inutilizados el velacho por pérdida de su verga y los juanetes por su mastelero desyuncido. El palo mayor podía ser nuestro orgullo a plena satisfacción. Allí se mantenía al completo como mozo altivo, incluido su mastelero que no había sido calado por imposibilidad material y resistió de forma milagrosa los embates de la mar. En cuanto al mesana, se encontraba tronchado y sin posibilidad alguna de aparejar trapo, aunque se mantuviera todo su material estibado en conveniencia. También podíamos utilizar el foque y un estay envergado en tornillo.

Les he expuesto el trapo que podríamos envergar, en caso de disponer de las velas necesarias. Y digo esto porque en los embates de las olas perdimos algunos ejemplares, o se picaron los guardianes en última necesidad. Por fortuna, toda vela a bordo dispone de su repuesto, menos los foques y estayes, de los que tan sólo cumplíamos un ejemplar. De esta forma podíamos navegar con un foque, el trinquete en el palo de proa, las velas mayor y gavia en el palo incólume, así como incorporar un juanete de mayor adaptándole el de proa deslomado. Nada más de momento, hasta que los veleros intentaran alguna obra especial tan propia de ellos, aunque la

clasifiquen como imposible en un primer análisis. Y todo lo anterior dando por hechas las faenas necesarias, para aparejarlo todo con el desbarate amurado en cubierta, que todavía cabalgaban los enanos en vía libre.

En cuanto a la artillería, quedaban a bordo dos cañones de a 12, trece de a 8 y dos de a 4. La mar se había tragado la mayor parte de los armados en la cubierta principal, así como los pedreros en su totalidad. Todavía debíamos reconocer el estado de las pólvoras, por haber embarcado agua hasta el último rincón del jabeque, aunque confiábamos en la estanqueidad de las jarras de cobre. Y aunque parezca difícil de creer, no sufrieron las anclas en demasía, porque tan sólo perdimos una de las de 19 quintales, aferrada a babor.

Otro aspecto de la mayor importancia era el de la aguada, que tanto hace sufrir a las dotaciones de los buques en largas navegaciones. El Murciano embarcaba en su salida a la mar por comisión mediterránea, víveres para 17 días y agua para ocho. Sin embargo y tras el temporal, de los 112 toneles, mismo número de toneletes, así como la pipería^[87] compuesta por doce pipas y cien cuarterolas^[88], podíamos estimar que se encontraban en uso una tercera parte, sin comprobar las filtraciones. Con estos datos se estimaba una cantidad suficiente para el consumo de tres días escasos, dato que obligaba a imponer un racionamiento de dos cacillos, también llamado de media dureza.

Y por fin, con los cielos despejados en luz y color, corazones al trote y sonrisas envergadas a la rasa, la dotación en pleno se dedicó a restañar las heridas abiertas. Nadie trabaja mejor que hombre resucitado de la muerte segura, lo juro por mis barbas. Y no era poco el material dañado en palos, aparejos, cabuyería, borda, cubiertas y escotillas. Bien aprendí la estimada lección, que los pesos en movimiento, destrincados por las olas, son tan peligrosos o más que un disparo enemigo. En especial, habían sido los cañones desbrincados los que destrozaron todo a su paso como horda bárbara, por increíble que parezca al observar sus firmes trincas de joya y culata^[89].

Pero ya se respiraba otro ambiente, de vida podría decir sin entrar en error, tras ese negro periodo de casi tres días en continuo sufrimiento a muerte. Tan sólo el recuento de personal nos ofrecía la peor cara de las jornadas padecidas, porque una vez recibida la novedad de las diferentes brigadas, se estimó que habían perdido la vida, bien por heridas abiertas o arrebatados por las olas, 6 soldados de tropa de infantería y artillería, 7 artilleros, 14 marineros, un paje y dos criados particulares. En cuanto a los heridos, se contaban un total de 32, con los que el galeno debía aumentar su competencia profesional. Sentí con tristeza la pérdida de algunos de mis hombres, muy jóvenes en su mayoría, con sus vidas truncadas tan a flor. Pero como decía el farolero mallorquín metido en cocinas, retomaríamos parte de sus almas en los peces que arribaran a la costa, única ventaja de los perdidos para siempre en la mar.

Aunque no lo observara en directo y recibiera puntual información del guardián afecto al trinquete, uno de los heridos por contusión era nuestro aventurero, en su

permanente disposición de aprestarse al más peligroso ejercicio. Fue don Álvaro quien trepó por la jarcia en los peores momentos, para asistir a un gaviero herido y bajarlo a cubierta. El esfuerzo físico fue tan notable, que ambos cayeron sobre las tablas, con la fortuna de encontrarse ya cercanos a ellas. El aventurero sufría ligeras contusiones en cadera y piernas, aunque ya andaba a la coja con rastros de felicidad en su cara.

Aquella misma mañana llevamos a cabo el tradicional ritual mariner, enviando a las profundidades los cuerpos de los hombres caídos a bordo, oficio presidido por el comandante y capellán. Me impresionó el silencio de la ceremonia, una ausencia de voces, pitos y bramidos gozada por primera vez en muchas horas, así como el ruido de los cuerpos enrollados en lona y lastrados con bala de cañón, al caer al agua. Tras la ceremonia, nos reunimos los oficiales con el comandante en la toldilla, para aventurar los planes inmediatos o futuros. Con rapidez y sin más cortesías de su parte, preguntó al piloto en la timonera.

—Veamos, don Salvador. ¿Dónde nos encontramos? Espero que no hayamos derivado hasta la costa africana.

—No señor, pero si continuamos unos días más, este temporal nos habría arrojado contra los fuertes argelinos que batimos hace días —se abrió en risas, mientras batía palmas de su propia chanza—. Pero hablando en seriedad, he calculado que en los días de temporal abatimos unas cuarenta millas largas al SSO. De esta forma, partiendo de la última situación estimada, debemos encontrarnos aquí. Todo ello con la necesaria reserva que la estima^[90] me ofrece.

El piloto señaló un punto marcado en la carta. El comandante dirigió la mirada con rapidez, aunque parecía desear información verbal para el público.

—¿A qué distancia nos hallamos de Mahón, Cartagena y Palma de Mallorca, que es donde podemos reparar las graves averías sufridas?

—Pues si mis cálculos son más o menos acertados, que no es fácil aventurar movimientos en temporal, debemos andar 80 millas al sur de la isla Formentera, o lo que es igual —medía con el compás de puntas mientras hablaba con voz ronca—, a unas 200 millas de Mahón, 150 a Palma de Mallorca y 80 de Cartagena, justo por su levante.

—Bien, señores —el comandante se dirigía a todos con cierta severidad—, aunque la misión encomendada por el mando era la de transportar esta compañía de Dragones a la isla de Menorca, en vista de las circunstancias que sufrimos a bordo tras el temporal, situación precaria del buque en maniobra, efectos y aguada, así como la necesidad de acometer profundas y necesarias reparaciones, nos dirigiremos hacia el puerto de Cartagena. Allí, en su arsenal, este buque que ha demostrado su sólida construcción y gran poder mariner, deberá sufrir algunas semanas de asalto y composición por poco que le guste. Segundo, aproemos a poniente en cuanto nos sea posible.

Y hablaba de la posibilidad tan sólo, porque de aquel furioso ventarrón sufrido

durante tantas horas, habíamos entrado en una ventolina esmirriada del nordeste que, según los más curtidos, acabaría en un levante flojito. Al menos, si permanecía en esa dirección, nos empujaría con suavidad hacia nuestro destino, justo lo que necesitaba nuestro maltrecho aparejo. He de reconocer que me alegró la noticia, porque tal medida acertaba la distancia hasta Santa Rosalía, mi destino seguro, aunque la satisfacción interior se desbordaba por muchos motivos, que todo rendía en color de rosa como pendón ganado en concurso.

Los viejos lobos de mar tenían razón, aunque sólo en parte. Tal y como anunciaron, el viento roló a levante y flojito, pero a las pocas horas entramos en una encalmada absoluta, con lo que las escasas y desaparejadas velas del Murciano rendían a pique. Pero no crean que sufrí los nervios de la pronta y necesaria llegada, nada más lejos de la realidad. Eran muchos los placeres a saborear, tras el susto de la manta negra, como si levantáramos la cabeza en una nueva vida. Comí y bebí sin gastar un cacillo del agua racionada, que el vino también sirve para mantener los humores en crujía. Siempre gusté del caldo rojo y espeso, bien lo sabe Dios, pero pocos se saborean tan al gusto como el ingerido tras furioso temporal. Aunque la mar en sus embates rompiera hasta la flauta del cornetín, Setum abrigó las frascas con suficiente cariño y ninguna se abrió por falso.

Toda la tarde del día 16 y la madrugada del 17 nos mantuvimos clavados en la fosa, sin aire para respirar. La marea que marcaba los restos del temporal había remitido, con lo que una mar llana y chicha nos envolvía a gusto en su manto. Sin embargo, tras la meridiana del nuevo día pareció levantar un suave leveche poco a poco, aunque no fuera un viento en coyuntura favorable a nuestro destino, que lo deseábamos por el anca^[91] para dirigirnos en derecho. Pero más valía ese pequeño manantial que otra cosa, por muchas bordadas que fuese necesario ofrecer, siempre que no aumentara desmadrado en intensidad con la escasa fiabilidad de nuestro aparejo.

Y embridados por corto, con cien ojos en los aparejos, entramos en las primeras horas de la tarde. Por desgracia debimos cargar los juanetes del mayor, al no acomodarse los de fortuna al nuevo palo y ser necesario retocar sus puños. Pero con las velas trinquete y mayor dejábamos cierta estela, por pobre que fuese, y acertábamos la distancia, aunque ya pensábamos en larga travesía si no aumentaba un poco la fuerza del viento o rolaba a ese levante que tanto deseábamos. La dotación no protestaba de momento por la escasa agua a disposición, a pesar del calor agobiante, entrados en la normalidad del agosto mediterráneo.

Hablaba con Fernando de Soria en la toldilla, preparado para tomar la guardia de sus manos, cuando escuchamos la voz del marinero izado en la cruceta del palo mayor, el atalaya o serviola que anuncia los avistamientos en todo el horizonte.

—¡Vela por el través de babor!

A la vez que enviaba aviso al comandante, inquirí una mayor información al grumete Meléndez, con cierta experiencia de reconocimientos y asignado a mi

guardia. Al poco de llegar a la altura conveniente y provisto del necesario anteojo, tronó su voz.

—¡Tres palos! ¡Aparejo de fragata! No se distingue su pabellón.

Con el transcurrir de los primeros minutos, llegaban algunos oficiales a nuestra posición. Ya se hacían visibles las velas en mi catalejo, aunque no pudiera distinguir detalle interesante o clarificador. Pero comenzaban a escucharse los comentarios apropiados al momento.

—¿Será de las nuestras? —preguntó el alférez de fragata Desloves.

—No lo creo, viniendo de esa situación. Debe ser británica —sentenció el segundo.

—Eso espero —intervino el comandante con voz queda, dejando en el aire cierta premonición pesimista que no llegué a comprender de momento.

Las opiniones seguían variadas, sin conformarse, porque la falta de viento mantenía el personaje desconocido a distancia, aunque ésta se acortara paulatinamente. Por mi parte, tan sólo entendía como segura su maniobra, ya que cayó ciñendo a babor, con lo que parecía arrumbar en corte de nuestra proa. Volvimos a escuchar la voz del grumete.

—Ha izado su pabellón. Triangular en tres franjas, roja verde y roja. La banda inferior con dibujo que no consigo distinguir.

—Bandera argelina —sentenció el comandante sin apartar el anteojo de su cara—. La franja inferior mostrará dos sables cruzados. Pero puede ser de dominio particular y uso mercante, con lo que no debería sernos peligrosa. Mucho cuidan de su carga esos becerros y no todos obedecen los designios del Dey.

—¿Una fragata de la Regencia? —preguntó el teniente de fragata Espino con cierta alarma en su voz—. ¿No habían enviado sus buques de gran porte hacia los puertos abrigados de levante?

—Es posible que se guareciese en algún surgidero de regencia amiga. Por desgracia, sus intenciones parecen claras, en derrota directa hacia nosotros. Pero si pretende entablar combate, debería mostrar en su palo mayor...

Pareció como si el grumete hubiese escuchado las últimas palabras, ya que vino a corroborar la información.

—¡Nuevo pabellón en el palo mayor! Bandera cuadra azul, con grabado en el borde de envergadura.

El comandante habló mientras miraba a través de su anteojo.

—El dibujo en la parte de verga mostrará un brazo doblado por el codo y mano armada con pequeña cimitarra. Y esa es, señores míos, la bandera de combate de la Regencia argelina. Con posterioridad mostrará otros pendones, cornetas o gallardetes. Posiblemente arbole en el trinquete una bandera roja, bordada con un rostro moruno de generoso tamaño y turbante blanco, señal de buque corsario propiedad del Dey.

—¿Una fragata argelina corsaria? —preguntó el contador, que se había sumado al grtipo.

—Disponen de tres, que yo sepa —confirmó el comandante—. Una la apresaron tres de sus jabeques al Reino de Nápoles hace pocos meses, mientras las otras dos fueron construidas en Esmirna por los turcos dos o tres años atrás, y vendidas al Dey. Espero que sea la primera, con escasa artillería, porque las dos restantes disponen de más de 30 cañones.

Nadie se despegaba un milímetro de su posición. En las tres horas siguientes, cerca estuve de perder la vista, arrimado el ojo en secuencia continua para atisbar el menor detalle. Por fin, nos llegó el informe de su armamento, y así entramos en nueva prevención.

—Porte de 34 cañones aproximadamente. Largando alas y rastreras. Proa al ENE.

—Vienen por nosotros —la voz del comandante se mantenía en tono inexpresivo, aunque ya conocíamos de su frialdad en los momentos especiales—, y nos alcanzarán, aunque con esta ventolina les cueste algún tiempo. Han debido observar nuestro estado, muy parecido a un venado herido de muerte y fácil de cobrar.

—Porque hemos perdido parte de nuestra artillería —aventuró Espino—. En caso contrario, podíamos ofrecer combate en toda regla.

—Antes del temporal disponíamos de 34 cañones, pero no del mismo calibre de los que monta esa fragata —el comandante parecía hablar con jóvenes guardiamarinas—. Es posible que incorpore alguna pieza de a 24 a proa y bastantes de a 18. Mucha tela para que corte nuestro sastre. Segundo.

—Diga, mi comandante.

—¿Cuántos remos nos dejó la mar?

—Solamente dos. Los demás volaron de sus estibas con esa manta del demonio.

—Maldita sea la ballena parturienta de morenas —el comandante continuaba con el tono de voz en bajo nivel, aunque emitiese sus conjuros personales—. Para una vez que los necesitamos de verdad.

Conforme bajaba la tarde, era visible cómo cerraba distancia la fragata, con lo que ya podíamos observar con cierta nitidez sus líneas y aparejo. El grumete seguía insistiendo con información suplementaria, hasta que se le hizo bajar a cubierta, porque todo andaba al ojo cierto, incluso pudimos comprobar cómo abría sus portas y preparaba la artillería, señal inequívoca de sus intenciones.

Apareció en escena el carpintero primero, don Sebastián Ibáñez, a requerimiento del segundo. El buen hombre sudaba la gota espesa por su dedicación permanente al trabajo, que era grande su toro a lidiar. El comandante se dirigió a él con benevolencia.

—Veamos, don Sebastián. ¿Cuántos remos podría fabricarnos a la mayor brevedad?

—¿Fabricar remos? —Aunque extraordinario profesional en su facultad, era conocido por sus cortas luces—. No le entiendo, señor.

—Disponemos solamente de dos remos. Y si mira por nuestro través, podrá observar una fragata argelina que no viene en señal de parlamento precisamente. Y

como no es mi intención acabar los días en una prisión argelina o formar parte de su chusma, hemos de escapar. Nuestra única ventaja son los remos y que el viento baje su intensidad. ¿Me comprende?

—Se refiere a los remos de cuerpo. No es fácil tal manufactura.

—Lo comprendo. ¿Puede hacerlos?

—Sí, señor. Disponemos de madera del mesana y, en especial, la entena al completo. Si dispusiera de hombres...

—Puede disponer de toda la dotación, si es preciso.

—En ese caso, será un trabajo lento y no saldrán perfectos como los del arsenal, pero...

—No quiero perfección alguna, solamente que puedan ser escalamados en sus portañuelas. La rapidez por encima de cualquier consideración, aunque sean cuadrados. Tome los hombres y el material que considere necesario y arranque a todo trapo con esa confección. Y para modelo reglamentario, utilice uno de los que mantenemos con vida.

El buen hombre abandonó la toldilla con rapidez, para ponerse manos a la obra que ejecutaría, sin dudarlo, a la perfección. Pero ya andaba el comandante en más inquisitorias. Volvió a preguntar al segundo.

—Recuerdo que hemos perdido el bote pero la lancha quedó en condiciones. ¿Dispone de sus remos?

—Sí, señor. La lancha presentaba ciertos desperfectos que fueron remediados por su patrón, don Juan Ventayol, auxiliado por un carpintero. Pero mantiene en su interior sus ocho remos.

—Perfecto —emitió una sonrisa por primera vez—. Esa es nuestra única baza, de momento. Si volvemos a caer en encalmada, y todo apunta en ese sentido, intentaremos alargar la distancia con el remolque de la lancha, hasta que dispongamos de suficientes remos propios. Hemos de acercarnos a nuestra costa lo más posible, por si caboteara alguno de nuestros barcos.

Y de esta forma comenzamos los preparativos, conforme se cerraba poco a poco la distancia. Como pueden comprender, de nuevo se cerraban los espíritus a quebranto, que casi preferíamos la manta negra a luchar con una fragata argelina en aquellas condiciones. Pero ya la noche caía y debíamos elevar nuestros rezos una vez más, ahora pidiendo en contrario por una encalmada en toda regla.

24. La caza

Abro de nuevo mi pluma para continuar el relato de aquellos momentos, cuando la fragata argelina que, según supimos después, llamaban Gloriosa, pretendía darnos caza con indudable superioridad de aparejo, andar, armas, hombres y fortaleza. Y no tengan muy en cuenta el nombre endosado a la unidad berberisca, porque no era fácil traducir a nuestro idioma aquel galimatías de signos extraños, trabajo pergeñado por un marinero tarifeño que aseguraba conocer el idioma de nuestro enemigo, en sus años de esclavitud bajo la bota del Dey.

La situación real era tan desfavorable para el sufrido jabeque Murciano, que suponíamos al arráz henchido de alegría mientras observaba el desbaratado aspecto de nuestro buque, dando por cobrada una codiciada pieza sin mayor quebranto de su parte. Tal y como vaticinara el comandante, la fragata acabó por izar en la guinda del palo trinquete el gallardete con el rostro moro adornado de turbante blanco, en colosales proporciones, así como otros pendones estrechos y alargados en trenzas deshilachadas, dibujados en vivos colores verdes y rojos. Con tanto flamear de enseñas, parecían querer mostrar su superioridad y extrema gallardía.

Les adelanto en verdad y sin las exageraciones propias de la juventud, haber sufrido todo tipo de avatares en mis muchos años de mar, por causa de temporales, mares desconocidos, epidemias, naufragios, efectos naturales sorprendentes y encuentros con el enemigo. Sin embargo, es posible que uno de los más curiosos y sorprendentes, por su variedad y especiales características, sea el que paso a narrarles, la caza a que nos sometió la fragata argelina y su final desenlace.

Transcurrió la noche en negro trance de espera. Por fortuna, los dioses ofrecieron la razón en pleno a nuestro comandante para nuestra gracia, y la encalmada se produjo a batida de estera. Pero no esperamos con los brazos cruzados, perdida la mirada en la lejanía, sino que largamos la lancha al agua por medio de la candaliza^[92], retocada por necesidad tras el temporal. Y de esta forma comenzó la boga de los marineros en la lancha, duro trabajo de forzados, aunque se cumplían relevos permanentes a los que entraba todo aquel que supiera remar de lejano.

Por difícil que parezca al observar la diferencia de tamaño, la pequeña lancha comenzó a remolcar el jabeque con sus posibles, aunque no se formara estela de torbellino. Arrumbamos al punto más cercano de la costa española, navegando unas pocas yardas que podían significar nuestra salvación. Manteníamos la referencia de la fragata a causa de su prepotencia, porque no se puede explicar de otra forma aquella falta de profesionalidad. Aunque en nuestro caso se prohibió cualquier mínima luz que pudiera orientar a los berberiscos sobre el jabeque, ellos parecían gozar en superioridad y dejaban escapar diferentes y cambiantes iluminaciones que indicaban, de forma poco responsable, su presencia en la mar con exactitud.

Pero caímos en cierta desesperanza al clarear el nuevo día y observar cómo la

fragata era remolcada a su vez por la falúa y dos botes abiertos a cuartas, con lo que no habíamos ganado una sola pulgada o, en todo caso, perdida alguna. Deben tener en cuenta que nuestra lancha no era adecuada a la maniobra, al encontrarse previsto, en teoría, los remos de emergencia que por desgracia faltaban. Mirábamos a los cielos y las velas propias en prevención, rogando con firmeza para que Eolo se mantuviera en otros océanos y no arrimara el ascua a la sardina enemiga.

A media mañana se levantó una ligera brisa de levante, la pedida en otros momentos y de la que ahora renegábamos a muerte. La Gloriosa embarcó sus botes, porque ya su proa bebía las aguas lo suficiente para hacer inútil la maniobra de remolque. Nos reconcomía las tripas observar su airosa figura, que era hermosa y estilizada de líneas, adivinándose agilidad y fácil maniobra en sus movimientos. Y para colmo de males, mantenía todo el trapo disponible largado a los vientos, hasta la camisola del cocinero, con lo que era visible su lenta aproximación para intranquilidad de nuestros alicaídos espíritus.

Traspasada la meridiana y entrados en la tarde, podíamos estimar su distancia por nuestra aleta de babor en milla y media, lo que dejaba cercano el momento de utilizar su artillería de proa, con un alcance estimado de mil yardas^[93]. También habían aplicado labores adecuadas en su armamento, que en nada satisfacían nuestra esperanza. Como ya podíamos observar hasta la roja nariz del arráez, comprobamos el trasiego en sus piezas, principalmente el traslado a proa de dos magníficos cañones de bronce que estimamos de a 24, con los que pensaban batirnos una vez entrados en distancia. Al comprobar tal maniobra, fue el segundo quien emitió una sentida queja.

—Siempre hablamos de inferioridad en la artillería berberisca, y ahí nos presentan dos cañones de bronce que ya los quisieran muchos de nuestros mejores navíos. Ese arráez debe ser pariente cercano del Dey, para conseguir un suministro de tal categoría.

—Deben ser en forma y calibre muy parecidos a los que montamos en las flotantes durante el ataque a Gibraltar, señor —indiqué con cierta nostalgia.

—Seguro que aquellos habrán sido recuperados del fondo de las aguas por los britanos, que no desprecian ni un mosquete requisado —apuntó Diego Desloves.

—Cuando entren en las mil y pico yardas comenzarán a comprobar su puntería —el comandante hablaba con cierto optimismo, como si nos encontráramos sometidos a un divertido juego—. Ya veremos si dispone de buenos artilleros.

No me agradaban mucho aquellas gracias porque, sin remedio a la vista, el futuro se abría en negras carnes para nosotros. Por mi parte, no cesaba de dirigir la mirada hacia proa, esperando descubrir costa española, lo que no parecía quedar muy por corto. Incluso llegué a pensar con cierto fundamento en el posible error del piloto y que, en verdad, nuestra posición fuese más hacia levante de la estimada.

En tales cavilaciones nos mantuvimos hasta bien entrada la tarde, momento en el que, por disponer de seis remos de tripulación, se ordenó embarcar la lancha. Fue entonces cuando comenzamos a bogar con nuestros propios medios a bordo del

jabeque, tras la magnífica labor llevada a cabo por los carpinteros, al manufacturar cuatro plumas^[94] que parecían sacadas de los talleres del arsenal. Don Sebastián Ibáñez, el primero de su especialidad, mostraba con evidente orgullo el fruto de la tarea, que fue alabada por todos. Pero al mismo tiempo, fue urgido a perseverar en la faena y fabricar en más cantidad. De todas formas, vino a mi recuerdo el antiguo proverbio marinero que aseguraba con razón, más vale palmo de vela que remo de galera.

De esta forma emplazamos los seis remos, tres por banda, a través de sus respectivas portañuelas. Pude comprobar entonces el extraño sistema utilizado por los remeros, dadas las especiales características de la plataforma. Como es fácil comprender, al ser los remos enterizos y de tan solo 32 pies de longitud, debían entrar en el agua muy en vertical, como las bateas de estero. A la vez, por no disponer a bordo de bancadas ni situación especial para los remeros, éstos se mantenían en pie, bogando cuerpo al arado, con lo que el impulso ofrecido era menor. Pero no deben olvidar que se trataba de un sistema de emergencia.

Cada remo era movido normalmente por dos hombres, situados a cara de perro, de forma que el bogavante^[95] lo hacía mirando hacia popa, mientras el segundo sirviente se enfrentaba a él y en realidad sólo ejercía fuerza sobre el guión. Sin embargo y en esta especial ocasión, ante la perentoria necesidad de impulsar el buque al máximo, se emplearon dos hombres más, en posiciones cercanas al escálaro y con difícil postura, aunque el impulso ofrecido era sin duda mayor.

Comenzaba la anochecida cuando nos sorprendió el primer cañonazo de la Gloriosa. Me encontraba con don Álvaro y el primer guardián a pie del trinquete, discutiendo la posibilidad de ofrecer algún trapo más que aligerara el andar, cuando se escuchó el retumbo del disparo. Con rapidez nos llegamos al combés, momento en el que el pique formaba su clásica fuente de agua, a unas cien yardas por nuestra aleta.

—Si seguimos en estas circunstancias, pronto comenzarán a agujerear nuestro casco —argumentó don Andrés Cerda con marcado pesimismo.

—Dios no lo quiera —alegué mientras intentaba ofrecer una falsa sonrisa—. Ha aumentado un poco la brisa y se acercó demasiado en las últimas horas.

—Conque los gavieros soplen con fuerza en sus vergas, nos darán alcance. Por desgracia, esa fragata es ágil de alas.

—Más valdría hacer por ellos y luchar —afirmó el aventurero con firmeza.

—Y no le falta razón, don Álvaro. Supongo que será la decisión final del comandante, si la fragata nos entra de lleno. Pero estos berberiscos no son tontos y saben que pueden batirnos a voluntad manteniendo la distancia, sin permitir el combate a tocapanoles^[96]. Deben estar convencidos que arriaremos nuestro pabellón llegado el momento.

—¿Arriar nuestro pabellón? —El aventurero parecía realmente asombrado—. Espero que no cometamos tal bajeza.

—No me gustaría acabar mis días en una mazmorra argelina —el guardián parecía gemir su comentario.

—No desesperen, que saldremos de ésta y no se arriará pabellón alguno, que ya lo clavó el guardiamarina —ofrecí una seguridad que no sentía—. En ultimo caso, ofreceremos resistencia, que somos muchos a bordo. Y más vale morir de astillazo severo que en cautividad. Y hablo por experiencia, que ya la sufrí en mis carnes una vez.

—Más honor se encuentra en bala gloriosa, que en cautividad penosa —dictó el aventurero en poética declamación.

—Ya veo que se hace a la mar, don Álvaro. Se va pareciendo a nuestro primer contraestre en sus dichos y proverbios.

La fragata hizo algunos disparos más, con objeto claro de amedrentarnos, aunque ya nuestros cerebros se abrían en velas de pasión y tormento. A bordo se bogaba a muerte y entrada la noche incorporamos dos remos más, que la fábrica se encontraba a plena producción. Por desgracia, al no disponer de machos suficientes, el carpintero se vio obligado a empatar las plumas a la galocha, aunque no ofreciesen la misma robustez. Todos pensábamos en la manta negra, que nos arrebatara el aparejo y, más importante en este caso, nuestros preciados remos de haya.

Entré de guardia a las cuatro de la mañana, recibiendo la buena noticia de la falta de viento, así como la mala de haber partido un remo empatado, por lo que se ordenó no apretar demasiado la boga y reducirla a dos hombres por pluma solamente. El comandante, una vez entrados en la oscuridad, había cambiado el rumbo al norte, intentando sorprender al argelino y aumentar distancias, aunque no se tratara de rumbo directo a nuestra costa. Pero amaneció con nueva brisa de levante, a imagen del día anterior, con la fragata un poco alejada aunque navegando a mayor velocidad que nosotros, olvidados sus botes de remolque.

Empeñados en cualquier argumento que pudiera mejorar la situación, incrementamos al máximo nuestro aparejo con los escasos medios disponibles, que también los veleros trabajaban a destajo en componendas de fortuna. Por fin, aliñamos un juanete y sobrejuanete en el mayor, así como un estay de gavia envergado a la tirolesa. No cuadraban en marco, pero debían ofrecer algún aliento. Sin embargo, aunque se intentó por moros y cristianos, no fue posible recuperar el mastelero del trinquete, desbastado en demasía para tal faena.

Y sufrimos un nuevo día en parecidas circunstancias; poco trapo y mucho remo por nuestra parte, mientras abrían vela ancha en la fragata. Los santos parecían dudar sobre el apoyo a ofrecer, que daban una de cal y otra de arena. Por momentos se levantaba la brisa de levante con más fuerza, para caer en encalmada que nos hacía soplar de esperanza. Y a todo esto, sin observar la costa española en el lejano círculo, ni una maldita vela en el horizonte. La situación de paz que se vivía en España no era buena para las navegaciones de nuestros buques, tan poco propicios al adiestramiento particular o de escuadra.

Por la tarde volvió la Gloriosa a disparar con sus cañones de mira^[97], acercándose tanto que cuando comenzaba a morder el disco solar la línea del horizonte, se produjo el primer impacto a la lumbre del agua en la amura de babor, con el único daño de hacer saltar la retenida del ancla estibada en dicha banda. Inspeccionada la amurada, no fue necesario taponar ni tomar otras diligencias. Pero se trataba sin duda de la señal prevista para achicar más los corazones, en especial de la marinería y los soldados de Dragones que veían de cerca la muerte o el cautiverio.

Dos disparos consecutivos cayeron al agua a pocas yardas de nuestro costado y uno tercero impactó en plena cubierta, a la altura de la mesa de guarnición del mayor que, por fortuna, no afectó a su jarcia. Muchos pensaron que sólo restaba sufrir daños en el palo que se mantenía virgen al cien por cien, para entrar en negra desgracia. Pero el disparo se cobró sus prendas porque, a pesar del empalmetado, resultaron heridos de astillazos dos marineros, uno de ellos con suficiente gravedad como para darlo por perdido.

Y entre tristes cavilaciones, entrados en el crepúsculo, fuimos llamados por el comandante a consejo, al que nos aprestamos con escaso optimismo y abiertos en duda sobre las posibilidades que podía ofrecer. Nos reunió en la cámara para deliberar con la suficiente discreción, y abrió la sesión con rapidez.

—Como pueden comprobar, señores, parece que vienen mal dadas las cartas en esta ocasión, como si nos cebara el cochino de la desgracia al salir de Cartagena en esta comisión de sufrimiento. Antes de tomar una decisión, querría escuchar sus opiniones. Parece que mañana se abrirá más el viento y aumentará de fuerza, si no erramos los que aventuramos en la materia. Si tal efecto se produce, la fragata se mantendrá a distancia de fuego para batirnos a gusto, hasta la rendición que espera o entrar en corto y rematarnos. Nuestro piloto opina que todavía debemos encontrarnos a bastante distancia de costa, según el intento de sonda que llevó a cabo, por lo que es posible calibrar un mayor abatimiento del estimado durante el temporal.

Se atascó en silencio, observando nuestros rostros con preocupación. Nadie intentó intervenir, que no era llegado el momento. Volvió a dirigirnos la palabra, entrado su rostro en arrugas que poco alentaban.

—Como saben, disponemos de ocho remos y podremos llegar a doce en la mañana siguiente. Pero de poco servirán si sopla el levante fresquito que aventuro para el alba. Por lo tanto, como opciones alternativas tenemos la rendición que rechazo de plano, y así lo proclamo en alto por si caigo herido, confiar en que el viento se mantenga blando, boga a muerte de nuestros hombres aunque partamos algún ejemplar de fortuna, o...

—Atacar —otra vez el duende habló desde mi estómago por libre y en clara descortesía. Me sentí observado por todos, como si hubiese declarado alguna noticia extraordinaria.

—¿Atacar? —El comandante mostró una franca sonrisa por primera vez—. ¿Qué tipo de ataque sugiere, Leñanza?

—Con todo el respeto, señor, he pensado que al amparo de la noche, que se presenta oscura a cerrazón, y con el efecto sorpresa que tanto beneficia, podíamos cerrar distancia a remo y entrar a muerte contra la fragata.

—Me alegra escuchar sus palabras porque algo similar aparejaba en mi cerebro durante las últimas horas. Por fortuna, esos berberiscos nos imaginan a punto de arriar la bandera y mantienen luces al candil que ofrecen magnífica referencia. Nos separan unas mil trescientas yardas, distancia que deberíamos mantener hasta la medianoche, momento ideal para virar hacia ellos y entrar a boga tranquila, con lo que en menos de una hora podemos llegar a su posición.

—Pero si echan los botes al agua para el remolque, darán aviso con tiempo suficiente y fallará la sorpresa —alegó el segundo.

—No es probable que intenten un remolque, porque la ventolina les produce el mismo andar —afirmó el comandante—. Ya la pasada noche obviaron el procedimiento. Podemos entrarles a besar los costados, armar toda nuestra artillería a babor, endosarles dos o tres andanadas y abordarlos.

—Una andanada de su artillería a tan corta distancia, nos enviaría al infierno. Seguro que mantendrán cubiertas las piezas a toda hora. Además, nos superan en personal —era el teniente de fragata Espino quien hablaba.

—Pero no en demasía, que disponemos de una compañía de dragones a bordo, detalle que desconocen. El principal problema es la dificultad de entrarles en pecho, con la diferencia de altura existente entre las bordas. Es posible que les dé tiempo a batirnos antes de pisar su cubierta, lo reconozco. Pero, por otro lado, deben estar confiados a pleno y no esperarán tal acción de los que creen perdidos. Las dos terceras partes de su dotación se encontrará durmiendo y nosotros entraremos al bocado con todos nuestros hombres.

—Podemos incendiarlos, señor —volví a intervenir con decisión, perdidos los primeros nervios.

—¿Incendiarlos? ¿De qué forma? —preguntó el comandante interesado.

—Como hacía don Antonio Barceló con sus jabeques hace cuarenta años. Si conseguimos aparejarnos a su costado, besando las bordas sin que adviertan nuestra presencia, podemos rociarlos con todos los frascos de fuego a nuestra disposición, que deben ser 120, y las camisas de fuego.

—Si tocamos con los penóles, podemos enredar los aparejos y quedar a demasiada distancia, a no ser que entremos en cuña —aclaró el segundo.

—Envergamos a diferente altura —aseguró el comandante—, y si desarbolamos en común, mejor para nosotros, que llueve sobre mojado y disponemos de remos. Pero volviendo al tema, Leñanza, se presenta un problema para su plan. Sólo disponemos de dos camisas de fuego, que no estoy seguro se encuentren en uso tras el temporal.

—Pero son fáciles de fabricar —insistí con decisión—. Tan sólo necesitamos lona, que no nos falta, brea de calafatear y pólvora. También le escuché al general

Barceló, que es ideal lanzar alguna camisa grande, cebada con mucha brea líquida y bien avivada de fuego, contra las jarcias, de forma que prendan en ellas. Si se adhieren en forma, son difíciles de apagar las llamas en altura. Y una vez rendidas sus jarcias, no podrían navegar.

—No es fácil esa maniobra —afirmó el comandante—. Suponiendo que consigamos abarloarnos a su costado, ¿quién podría adosar a su jarcia una de esas camisas grandes?

—Necesitaríamos dos hombres en cada una de nuestras mesas de guarnición, dispuestos a todo, con las camisas tomadas por un par de bicheros. Al estar a su altura, deberemos prenderlas y atocharlas con fuerza entre sus flechastes.

—Esos hombres morirían por seguro, al ser el primer blanco de los fusileros.

—Es más rentable dos muertes que perder el buque, mi comandante —repliqué con el corazón alborotado y lanzado al grano—. De la jarcia del trinquete nos encargaremos el aventurero y yo, si me lo permite.

Por primera vez se hizo el silencio a toque de ánimas. Pero pronto saltó la voz del alférez de fragata Benigno Gamarra.

—Cuenta conmigo para el palo mayor con el guardiamarina Moreno Alcalde, mi comandante.

—Y si lo permiten, me encargaré de su mesana —se escuchó la voz aflautada de alférez de fragata Lázaro. Ya buscaré mi pareja para la faena.

Y volvió el silencio. El comandante jugaba con una pequeña ampolleta en las manos, la más severa expresión encajada en su semblante. En esta ocasión nos habló con afectuosa entonación.

—No es mala su idea, Leñanza —parecía pensar en voz alta—. Deberíamos emplazar toda la artillería que nos queda a babor, una penosa faena que escorará el jabeque y será necesario compensar. Disparamos tres descargas antes de que se aperciban de nuestra presencia, dirigida en elevación hacia sus piezas de artillería. Y todos los frascos de fuego lanzados a la vez, tanto hacia la cubierta como a través de sus portas, que quedarán a la altura de nuestra borda. Y esas camisas de fuego que debemos preparar con rapidez. Acepto su ofrecimiento, señores —se dirigió a los tres declarados como voluntarios—, que dice mucho de su valor. Tan sólo me ataca una duda. ¿Se encuentran utilizables los frascos de fuego tras el temporal? ¿No rompieron sus cristales?

—Todos sin novedad, señor —declaró el segundo—, al encontrarse en cajas rellenas de paja, no sufrieron quebranto alguno.

—Además —el contador entró en escena, lo que nos extrañó debido a su normal actitud silenciosa—, puedo anunciarles que disponemos de mayor cantidad de esos artefactos.

—¿Cómo es eso, don Francisco? —preguntó el comandante que ya barruntaba veredas.

—Cuando nos abastecimos por última vez en la bahía argelina de la fragata de

municionamiento, les sobraba gran cantidad de cajas con esos peligrosos artefactos. Como sabe, mi comandante, no rechazo ningún ofrecimiento y embarqué algunas de más en la santabárbara. Es posible que mi actuación no haya sido muy correcta, pero estimo que contamos con un número de frascos cercano a los doscientos, ochenta por encima del cargo.

—Pues Dios bendiga esa irregularidad y su persona —el comandante parecía de excelente humor—. De acuerdo, señores. Trabajemos a fondo. Preparemos la artillería, los frascos, las camisetas de fuego como ha indicado Leñanza y una vez en disposición, viraremos para dar su merecido a esos corsarios, partos de bujarrona de puerto y tiburón. Y que Nuestra Señora del Carmen, bajo cuya advocación permanecemos, nos eche una mano. Por cierto, ¿hemos perdido a nuestro capellán?

—Se encuentra ofreciendo los últimos sacramentos al marinero herido, que sufre su postrer momento.

—Bien, al tacho sin tregua —el comandante se encontraba ya en pie—. Espero que todos echemos fuego por la boca si es necesario. Dividan nuestra borda en diez equipos, más o menos, y preparen a su personal. Y los oficiales de dragones que adiestren con rapidez a sus hombres en el manejo de los frascos, que necesitaremos brazos. Por si no los han utilizado en combate, he de recordarles que son muy peligrosos, si se aguanta la mecha hasta el momento oportuno. Pero hay que entrar por la brava y cruzar los pechos hasta el gallardete.

Levantamos la sesión con otro espíritu. Aunque no sea fácil de comprender, me sentía alzado a los aires, con el ánimo abierto en esperanza, sabedor que, después de todo, era yo quien había lanzado la primera idea, aunque el comandante la barruntara de lejos. Y nos pusimos en faena, que pocas horas restaban para la arriesgada maniobra y mucha la preparación pendiente. No pensé en el combate ni sus posibles consecuencias, aunque una voz alertaba de lo mucho que nos jugábamos. Cualquier pequeña contingencia, aviso de botes o luz perdida podía desbaratar nuestro plan y enviarnos al infierno, como bala de cañón hundiéndose en el agua. Tampoco pensé en el alto riesgo que asumía, ni en el número de hombres que encontrarían la muerte. Pero así era la guerra, después de todo, una situación que embarga el alma como el más rico de los vinos.

25. A muerte

La actividad en el jabeque se hizo frenética y difícil, porque el manto de la oscuridad en poco beneficiaba las maniobras de alistamiento. Por esta razón, decidí confeccionar las nuevas camisas de fuego en la cubierta baja, iluminados en pañol cerrado, con ayuda del calafate don José Miras y el condestable Miñambres. Y a fe mía que realizamos el trabajo a conciencia, hasta dejar embadurnadas las lonas en brea y pólvora a la perfección, aunque poco espacio de nuestra piel quedara exento de aquel viscoso y maloliente pegatoste.

A medianoche, todavía andaba el personal en tumultuoso aunque silencioso zafarrancho de mudanza y aliño. La acción más sufrida y difícil fue la de encarar los cañones de babor por los huecos habidos en la banda contraria. Tomamos la decisión de abrir tres nuevas portas en cubierta, desmochando portañuelas y fabricando aparejos de fortuna para la necesaria retenida, de forma que, al final, conseguimos alistar las diecisiete piezas disponibles a babor, así como disponer los saquetes de pólvora y balerío en sus inmediaciones. Para compensar los pesos que escoraban el jabeque a la banda artillada, transbordamos toneles, alimentos y aparejos lastrados, reduciendo notablemente la inclinación. Se distribuyó todo el armamento portátil entre el personal, a lo que ayudó el cargo propio embarcado por la compañía de Dragones, cuyos componentes mostraban la natural euforia de ser útiles a bordo y en favor propio.

Dispusimos de escaso tiempo para adoctrinar al personal, incluidos algunos soldados de Dragones, en el uso de los frascos de fuego, elemento principal en el ataque, porque a los llamados por ordenanza a dicho servicio, se sumaban muchos otros, decididos a llevar a cabo el lanzamiento al unísono y de una sola tacada. Se debía prender la mecha y esperar a que se consumiera la distancia precisa, lo que se conseguía por medio del dedo pulgar, apretado sobre el gollete, para lanzarlos al sentir la quemadura en dicha extremidad. Pero eran utensilios de peligroso manejo y aventuraba prendimientos a destiempo o retardos excesivos que conllevarían penosas quemaduras. Por último, las parejas voluntarias para incendiar las jarcias enemigas, instalamos nuestras camisas de fuego a la altura de las propias, adosándoles unas pequeñas perchas de madera proporcionadas por los carpinteros, elementos parecidos a los bicheros^[98] de bote. Fui yo quien decidió hacerlas firmes en la lona con ligadura de cruz para asegurar el efecto, aunque puntearan por largo, lo que podía beneficiar llegado el caso. Una vez acabado el trabajo particular, pude hablar con el aventurero en ambiente de cierta intimidad.

—Le agradezco que sea voluntario conmigo para esta peligrosa faena, don Álvaro.

—Sabe muy bien, señor, que soy yo quien debe agradecersele, por el honor conferido y la posibilidad que me ofrece. Puede estar seguro que no le fallaré.

—No me cabe duda al respecto. Tan sólo deseo repetirle la necesidad de no excedernos en el trabajo, que bastante peligro acarrea por sí mismo. Cuando nos encontremos besando los costados, si lo conseguimos y no se estorban las vergas entre sí, dispondremos de escaso tiempo. Llevaremos dos chispas cada uno y prenderemos la camisa a la orden de fuego. Una vez la lona en primera llama, debemos alargar las picas con decisión y embutirlas a fondo en los huecos de la jarcia, a la mayor altura posible. Como puede imaginar, con el resplandor propio del artefacto seremos un fácil blanco para los fusileros argelinos, que intentarán impedir nuestro trabajo.

—Lo comprendo muy bien, señor. Por San Genaro que incendiaremos esa jarcia del trinquete enemigo cueste lo que cueste. Y una vez más, muchas gracias por esta oportunidad que, bien sabe, persigo con ahínco.

—Pero no olvide que hemos de sobrevivir para contarlo —esboché una sonrisa en la oscuridad, porque nos movíamos entre sombras—. Bueno, creo que se acerca la hora definitiva y viraremos en cualquier momento.

—El arrojo excesivo beneficia al enemigo —medió Setum, que se amadrinaba a mí en todo momento peligroso—. Actúen con valor, pero sin largar la espada por la hoja.

—No te preocupes, Setum, que saldremos de ésta como otras veces.

Nos encontrábamos cerca de la hora primera del nuevo día, con la noche oscura y cerrada a gruta, cuando el comandante recibió la última novedad. Todo se encontraba preparado para la arriesgada misión que abordábamos, con los corazones abiertos a la gloria, aunque se tratara de un intento de supervivencia. Éramos conscientes de lo que nos jugábamos en aquel envite, donde no sólo se entregarían vidas de nuestros hombres, sino que podíamos perder el buque y las almas también. Por fin, reunidos todos los oficiales junto al comandante en la timonera, escuchamos sus últimas palabras. Hablaba con voz queda, como si temiese ser escuchado por el enemigo.

—Vayamos a por ellos, señores. Ya saben, ni un solo ruido, ninguna luz, silencio sepulcral hasta encontrarnos jarcia contra jarcia. Si aparecen los botes al remolque, peharemos a muerte e intentaremos un difícil abordaje. Si acaso se tocan las maniobras y se impide el acercamiento a besar, arrancaremos la escena y utilizaremos los garfios de abordaje. Pero espero que no sea necesario. La señal será mi voz de fuego, momento en el que todos los cañones dispararán la primera andanada. Atentos los artilleros a elevar las piezas de forma que inutilicemos el mayor número de sus cañones, así como recargar a la velocidad que nunca soñaron alcanzar. Antes de que despierte el arráez, deseo tres o cuatro andanadas en su barriga y el costado de su fragata abierto. ¿De acuerdo?

No se oyó una sola voz en contestación, aunque se aventuraban movimientos afirmativos de cabeza. Pero ya seguía el jefe con las instrucciones finales.

—Y de forma simultánea, los frascos de fuego. Deben tener en cuenta que su borda se elevará sobre la nuestra en tres o cuatro cuartas, porque a pesar de la

nivelación de pesos, mantenemos una notable escora a babor por causa de la artillería desplazada. Bueno, ya sé que es difícil conseguir la simultaneidad en el lanzamiento con tanto personal empeñado en la misma faena, poco espacio disponible y en absoluta oscuridad, pero debemos intentarlo. Los asignados a incendiar la cubierta baja, que acierten a meterlos por sus portas abiertas; son los únicos que dispondrán de una segunda oportunidad. El resto deberá ser esparcido sobre la cubierta en diferentes direcciones. Segundo, ¿cuántos frascos se lanzarán al tiempo?

—Unos ciento ochenta aproximadamente, señor. Será peligroso con tan intenso hacinamiento en cubierta, pero lo conseguiremos.

—Muy bien. Mantengan baldes dispuestos para apagar los que revienten en casa propia. Los sirvientes de los frascos, con los esmeriles^[99], fusiles y pistolas a mano, para disparar contra todo lo que se mueva en la fragata una vez liberados de sus artefactos. Y creo que no me queda nada en el tintero. No esperen orden de ningún tipo e improvisen al tiempo según estimen oportuno, una vez metidos en fregado abierto. Confío en todos ustedes. Larguemos tres o cuatro andanadas, incendiemos esa fragata del demonio y salgamos con los remos a muerte y las mínimas bajas entre nuestro personal. Ocupen sus puestos que vamos a virar.

Poco después, el timonel metía toda la caña a estribor para navegar de vuelta encontrada. Como manteníamos la fragata bien marcada por sus luces, fue sencillo aproar hacia ella con exactitud. Sin embargo, al ser sus candiles producto de acciones puntuales y personales, durante algunos segundos quedábamos sin referencia, cerrados en la boca del lobo, para reconocer enseguida con alivio alguna vela perdida.

La boga se llevaba a cabo en silencio absoluto y palada lenta. Me situé muy a proa en el castillo, para avisar con mensajero de la aproximación, cuando consiguiera distinguir el bulto del buque enemigo o el previo avistamiento de botes, una posibilidad ésta que me preocupaba a fondo. Sentía correr las hormigas por el estómago, porque el tiempo pasaba y de acuerdo a mis cálculos debíamos encontrarnos cerca del objetivo, sin que fuese capaz de percibir nada con mis ojos abiertos a palmos. Pero fue al pronto, como mágica aparición, cuando conseguí divisar la negra silueta, por contraste con un candil abierto en su proa. Nos encontrábamos en buena posición, casi paralelos, aunque levemente inclinados a babor, por lo que ordené al mensajero caer con poca caña una cuarta a estribor. Partió el marinero a la carrera, para dar la noticia al comandante.

La silueta de la fragata se vislumbraba, no sin esfuerzo, cuando se ordenó cerrar adentro los remos de barlofuego y evitar su rotura. En aquel momento me encontraba en los primeros flechastes de la jarcia del trinquete, manteniendo la pica con el brazo amarrado, mientras la otra batía el chisquero. Don Álvaro adoptaba la misma posición, a mi izquierda y un poco elevado, para permitir el necesario movimiento. Y fue entonces, sin esperarlo, cuando el infierno pareció abrirse bajo nosotros.

—¡Fuego!

Creo que no llegamos a escuchar la palabra completa, emitida en feroz grito por

el comandante, cuando todos nuestros cañones retumbaron al unísono como los tambores del infierno. En ese mismo momento prendí la camisa que mantenía con don Álvaro, aunque todavía no divisara con exactitud la jarcia donde debíamos atocharla. Sin embargo, cuando nuestras piezas vomitaban la segunda andanada, pareció hacerse de día en segundos, como si ofreciéramos los más maravillosos fuegos de artificio con motivo de boda real, mientras los gritos de alarma en la fragata sonaban como riego de plañideras. Los frascos de fuego, lanzados por los miembros de la dotación y soldados de Dragones, comenzaron a reventar e incendiar la cubierta enemiga, con lo que pude observar nuestro objetivo, la jarcia de su trinquete, desplazada un metro a la izquierda, lo que complicaba sobremanera la misión.

Por más que tendíamos la pica, alargando el cuerpo al vacío, no alcanzábamos la meta perseguida, lo que forzaba nuestra desesperación. Ya la camisa abría sus fuegos por las cuatro esquinas, con lo que debíamos ser un blanco perfecto a los disparos que ya se escuchaban en nutrido chapoteo. El comandante o algún santo del cielo pareció comprenderlo, así lo supuse entonces, porque el barco se retranqueó unas pulgadas hacia popa, posiblemente por la acción de los remos de estribor, verdadera bendición del momento. Por fin, conseguí hundir mi pica entre dos flechastes, al tiempo que don Álvaro, con un arrojito temerario de más, saltaba a la borda contraria para embutir a fondo nuestro artilugio.

Aunque la acción que llevamos a cabo durase unos pocos minutos, pareció toda una eternidad. La fragata berberisca aparecía iluminada por sus cuatro costados, así como en la cubierta inferior. Eran muchos los frascos de fuegos abiertos en llama, lo que dificultaba las acciones en defensa de sus hombres. Por fortuna, tan sólo cinco reventaron en nuestras manos, siendo sofocados con rapidez. Sin embargo y como era de esperar, comenzamos a escuchar sus disparos de fusilería en crecido número, así como los de nuestros hombres en brava respuesta, especialmente de los soldados en transporte, una vez liberados de los frascos y tomadas las armas en sus manos.

Pero yo me encontraba más atento a la maniobra del aventurero, que se mantenía en la jarcia enemiga embutiendo la camisa a cerrazón, a pesar de mis gritos que le ordenaban el inmediato regreso. Por fin se decidió a saltar, haciéndolo contra nuestro aparejo como un saltimbanqui de feria. Y ese fue el momento terrible. Cuando en la caída atrapaba un flechaste entre sus manos, con una pierna metida entre los inferiores por el impulso, le alcanzó una bala. Y no crean que lo advertí en un principio, que ya me bajaba a cubierta para cubrirme. Pero lo comprendí al observar su postura, como si intentara soltar una mano atrapada por el maligno.

Las balas silbaban a nuestro alrededor como moscas en la miel y en aquel momento tronaron algunos de los cañones argelinos, posiblemente de a 18. Y gracias a Dios que bastantes de sus piezas debieron quedar fuera de servicio con nuestras primeras andanadas. Mientras se producían los impactos a bordo con sonoro estruendo, don Álvaro se mantenía unas doce cuartas por encima de la borda,

enredado en la jarcia, con movimientos lentos que nada bueno auguraban. Sin pensarlo dos veces trepé hacia él, en insensata maniobra. Fue fácil llegar a su altura, aunque no tanto el intentar ayudarlo en el descenso. Pude escuchar sus palabras, desgarradas por el dolor.

—¡Déjeme aquí y baje a cubierta, señor, que estoy muerto por bala en el pecho!

—Aquí no muere nadie, don Álvaro. Ayude en lo que pueda y lo bajaré a cubierta.

Había descendido unas pocas cuartas, apoyándonos con medio cuerpo en el interior, cuando sentí un intenso dolor en la mano izquierda. No supe a qué achacarlo en los primeros momentos, aunque pronto comprendí que debía ser herida seria, porque un líquido fresco y viscoso mojaba mi mano en amplitud. Pero no hice caso y continué con el trabajo para dejarme resbalar por la jarcia. No conseguía el propósito ni en tablas y me encontraba cercano a la extenuación, cuando un poderoso brazo me tomó por la cintura, un puente salvador en la figura de Setum que aguantaba el peso con los pies en la borda. Por fin, nos dejamos caer en cubierta, enredado en cestón con mi buen africano y el aventurero entre los brazos. En esa acción debió actuar Nuestra Señora de Valdelagua a tambor batido, que fue milagroso no haber sido alcanzado más que en la mano y Setum ileso como torcaz de escapada.

Cuando alcé la cabeza por encima de la borda con la pistola en la mano, nuestro barco comenzaba a separarse y los remeros batían el cobre a tono. La fragata, con focos de fuego abiertos en diferentes partes de su cubierta alta y baja, desfilaba hacia popa rascando la mesa de guarnición. Dirigí la mirada hacia la jarcia del trinquete, comprobando que gracias a los manejos de don Álvaro ardía con sus llamas en briosa cabalgada hacia la cofa, lo que me hizo sentir una enorme satisfacción. Por fortuna, observé a tiempo un berberisco asomado a la porta frente a nosotros, a escasa distancia, con un mosquete en la mano. No lo dudé un segundo y disparé contra él, rompiendo su cara en sangre. En ese momento pasábamos a la altura de la jarcia del mesana, que también ardía, aunque muchos argelinos la empapaban a tiempo y podrían evitar su falla. Por desgracia, el alférez de fragata Gamarra y su acompañante no pudieron cumplir su trabajo, al ser abatido el guardiamarina Poncho de un certero disparo en el vientre, en los primeros momentos.

Parece mentira cómo aquello que se planea con el tiempo y nos parece un mundo en su conjunto, puede llegar a desarrollarse como la rápida caída de un rayo. Cuando tomaba la pistola de don Álvaro para disparar de nuevo, comprobé que el jabeque caía con toda la caña a babor. No comprendí la maniobra en un principio, hasta comprobar que nos situábamos perpendiculares a la popa de la fragata y abríamos fuego contra ella. En esta ocasión recibimos una andanada de sus cañones de guardatimón^[100] a corta distancia, que nos impactó de lleno, aunque sólo se tratara de dos piezas. Pude observar cómo una bala desbarataba nuestra lancha como botijo al caer sobre el suelo. Pero ya disparábamos en serie conforme la batería corría sobre su popa, batiendo la balconada y, más importante, su timón, hasta quedar dañado en

profundidad. Comprendí que el comandante pretendía dejarlo sin gobierno, o castigarlo para obligarle a una larga reparación.

Y continuando con nuestra boga a muerte comenzamos a alejarnos, ahora ya de forma definitiva por la aleta de estribor de la fragata, intentando cerrar a popa para que no pudiera disparar sobre nosotros. Por mi parte, me incliné sobre el cuerpo de don Álvaro, comprobando que respiraba todavía.

—¿Cómo se encuentra, amigo mío? No se preocupe que lo llevaré a la enfermería —pasé mi mano por su espalda para incorporarlo.

—No me mueva, por favor —sus palabras se escuchaban en un penoso gemido llegado del más allá, gorjeando la voz entrecortada como si brotara la sangre de su garganta—. Me quedan pocos segundos de vida y así lo siento.

—No puede morir, don Álvaro. Sólo los héroes son capaces de llevar a cabo acción tan meritoria como la suya —era más un ruego que una aseveración—. Haré venir al médico en pocos segundos.

—No distraiga de su trabajo al galeno, son muchos los gemidos que se escuchan. Tan sólo quiero pedirle un último favor.

—Lo haré, sin duda, aunque espero que no sea el último —mentí mientras sentía una inmensa tristeza.

—Tome el sello que llevo en mi mano derecha. Y por favor, hágalo llegar a María Antonia de los Gavilanes. Dígale que he muerto con honor, ese honor perdido que deseaba recuperar por ella. Asimismo, asegúrele que la he seguido amando hasta el último aliento de mi vida, que nada se olvidó en mi...

Y cayó sobre mi brazo, donde lo mantenía incorporado. La oscuridad me impidió ver su rostro, pero estaba seguro que ofrecería un gesto de orgullosa satisfacción, porque así mueren los valientes en casos extremos como el suyo. Permanecí largos segundos con su cuerpo sobre mi brazo, ajeno al mundo que me rodeaba. Sin embargo, una formidable explosión me hizo volver a la vida. Creí que volaba nuestro barco, porque el estampido se asemejaba en mucho a la explosión sufrida en la flotante San Cristóbal. Por fortuna, lo comprendí al incorporarme.

Para nuestra satisfacción, era la fragata argelina la que se mantenía con llamas elevadas al cielo, tras reventar posiblemente sus pólvoras. A la primera y gigantesca explosión siguieron otras de menor cuantía, que lanzaban restos de palos y aparejos en todas direcciones. En nuestro buque se mezclaban los gemidos de dolor con los gritos de alegría, una imagen que suele acaecer cuando se libra batalla cerrada, donde todo cabe en la saca común. La Gloriosa se consumía entre las llamas, abiertas ahora en globo a su alrededor, mientras podíamos observar cómo algunos cuerpos se lanzaban al agua, en un último intento de salvar la vida.

Mientras me incorporaba hacia la toldilla, comprobé que retornaba el olvidado dolor en la mano, en esta ocasión con agudos pinchazos. La palpé con la sana, para comprobar que me faltaba el dedo índice de la izquierda, tronchado en su mitad como pepino cercenado, posiblemente a causa de bala berberisca. Desgajé un trozo de mi

camisola y lo anudé con fuerza, intentando cortar la hemorragia que goteaba hasta el codo. Pero no le concedí mayor importancia de momento, que el galeno andaría en mayores preocupaciones.

Cuando alcancé la toldilla, el comandante dirigía su anteojo hacia los restos en llamas de la fragata. Como se habían encendido fanales y luces por todos los rincones para auxiliar a los heridos, pude distinguir el rostro de satisfacción del segundo y algunos oficiales.

—Buena acción la llevada a cabo contra la jarcia del trinquete, Leñanza —comentó el segundo, a la vez que golpeaba mi brazo con inesperado afecto—. Fue excelente su idea y si no hubiese reventado la fragata por los aires, no podría haber utilizado ese palo.

—Pude hacerlo gracias a la heroica acción del aventurero que, por desgracia, ha muerto. Un valiente que no merecía ese destino.

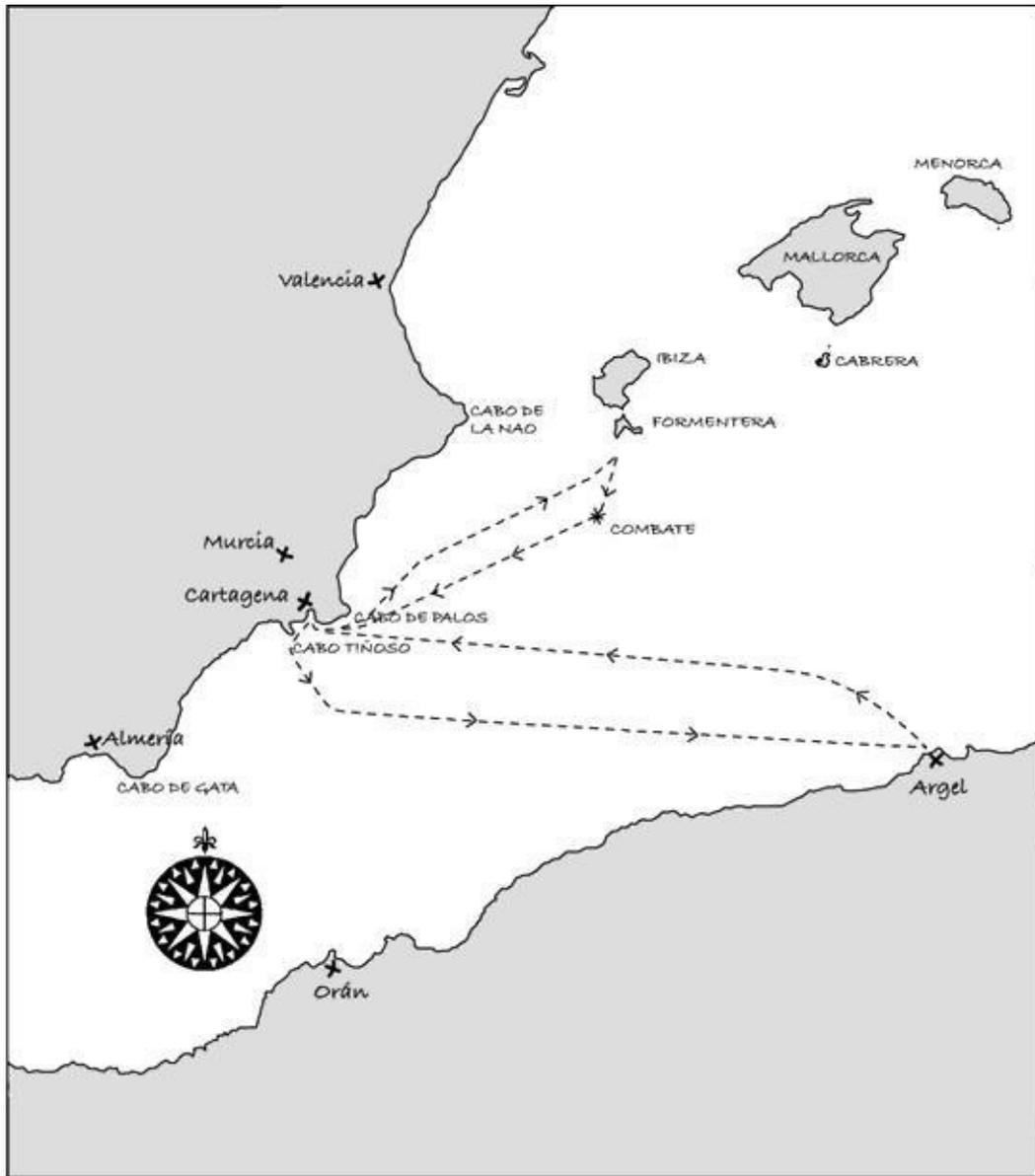
—Siento su pérdida —intervino el comandante—. Pude apreciar su acción llevada a cabo con desmedido valor, tanto así que más parecía buscar bala enemiga contra su pecho. Era un valiente en toda regla, y así será anotado en el preceptivo informe. Pero también la suya es digna de elogio, Leñanza. No comprendo cómo se libró de la fusilería enemiga, que tan pronto reaccionó contra nosotros.

—Tan sólo perdí un dedo —elevé el paño enrojecido con una sonrisa—. Bajo precio para el fin conseguido. Supongo que reventó su santabárbara.

—Así debió ser —confirmó el segundo—, porque la explosión llegó hasta las nubes. Un jabeque desarbolado y maltrecho ha enviado al infierno a una maravillosa fragata del Dey argelino, a quien Satán reciba pronto en su seno.

—Mucho tiene que ver Leñanza con esta hazaña —apuntó el comandante—. Ahora procedamos al recuento, triste y doloroso como siempre.

Fui recuperando la normalidad poco a poco. Es cierto que metidos en faena de combate, sólo atiende uno al palo frente a los ojos, sin ver todos los que nos rodean. Pero el dolor en la mano se extendía en oleadas hasta hacerse duro de aguantar, por lo que me dirigí hacia la enfermería. Debía haber perdido bastante sangre y comencé a sentir cierta flojera en las piernas. A pesar de ello, conforme descendía la escala hacia la cubierta baja, sentía una gran satisfacción, a la vez que un profundo dolor por la pérdida de don Álvaro. A la luz de un candil observé el sello de la casa Galdomar y lo engarcé en mi dedo para no perderlo. En su momento debería hacerlo llegar a su destino, en forma apropiada. Era de ley restituir el honor de aquel gran hombre, un valiente que no mereció tan adverso destino.



Ruta seguida por el jabeque *Murciano*.

26. Proa a casa

Nuestro joven cirujano, metido en faena durante muchas horas y con salpicaduras de sangre hasta la galleta, cauterizó mi herida con efectiva rapidez, como velero que recompone el trapo rifado. Y si les confieso la verdad en confianza, mucho debí apretar los dientes, rehusado a la brava el escaso láudano disponible, aunque trasegara una frasca de vino como torrente por gorguera, que me concedió agradable euforia.

A pesar del intenso trabajo y duras emociones recibidas, el galeno parecía de buen humor.

—Le rebanaron el dedo como si lo cortaran con afilado cuchillo —parecía interesado el facultativo en mi mutilado apéndice—. Parece increíble que una bala secciona con tal limpieza. Si encuentra la extremidad perdida, puedo guardarla en frasco con líquido especial y mantenerlo así para el recuerdo.

—¿Cómo trofeo de caza? —Reí con ganas su salida—. Si fuera una pierna completa merecería la pena, pero medio dedo es de escaso tamaño para instalarlo entre cuernas de veinte puntas.

Una vez liquidada la maniobra de cura, Setum llevó a cabo su propia inspección, escéptico con los métodos del, en su opinión, inexperto cirujano. De esta forma, destapó la herida con posterioridad y escancié unas hierbas de su propia cosecha, para evitar males mayores, según sus palabras. Si recuerdan experiencias anteriores sufridas en mi persona, comprenderán que confiara más en sus curanderías que en la ciencia homologada del licenciado.

Los heridos fuimos relevados de guardias y trabajos, con lo que caí en un duermevela inquieto sobre el jergón hasta bien entrada la mañana. Aunque debí sufrir alguna fiebre nocturna, me sentí renovado al aplacar el hambre con una paletilla al completo servida por Setum. Según sus propias palabras, la ingestión de carne es el mejor remedio para recobrase de las heridas, y en verdad que la falta del dedo parecía propiciar mi apetito con generosidad. De esta forma, renovado en cuerpo y alma, salí a cubierta, donde encontré a Fernando de Soria, también a la pata coja por herida abierta en el muslo.

—¿Una bala? —pregunté, interesado, mientras señalaba la venda que forraba sus calzas.

—Un pequeño astillazo sin mayor importancia. Y fue grande mi suerte. Lo que a mi pierna rozó tan sólo, alcanzó de lleno al segundo carpintero, situado a mi lado, en el estómago, hasta producirle la muerte.

—¿Hemos perdido muchos hombres?

—Menos de lo esperado. Veintisiete muertos y más de treinta heridos. A destacar la pérdida del guardiamarina Moreno y el aventurero, como bien sabes. Cinco oficiales heridos, uno de ellos, el teniente de fragata Espino, de cierta gravedad, aunque no se teme por su vida.

Giré la vista a mi alrededor, para comprobar que todavía se percibían por doquier los rastros del combate.

—Casi nos destrozan.

—Peor les fue a ellos en el envite. Esta mañana recogimos nueve náufragos, que engrosarán la lista de forzados en el Cuartel de Presidarios y Moros de Cartagena. Por nuestra parte, quedamos sin lancha, nueve agujeros de grosor rematados en el costado, que todavía entapujan los carpinteros, cuatro cañones desbrincados y borda abierta por babor en su tercera parte, lo que no preocupa mucho si se mantiene esta mar chicha. Y como efectos de orden menor, destrozos visibles en escotillas, portas, mesas de guarnición, tambuchos y timonera. Debemos parecer en la distancia el barco perdido del infierno. En cuanto al aparejo, nuestro palo mayor sin novedad, protegido de todos los males por algún duende amigo. Confiemos en él porque es quien debe retornarnos a casa.

—Parece mentira que saliéramos tan bien librados.

—Y que lo digas. Bueno, creo que perdiste un dedo. Mutilado de guerra —reía con fuerza—. El cirujano anduvo en su búsqueda, como si se tratara de piedra preciosa. El pobre ha dispuesto de un bautizo de guerra sonado. Dice que han de afilarle las sierras de tanto cortar brazos y piernas. La práctica hace el maestro.

—¿Se recogió algún resto de la fragata argelina?

—Poca cosa, por desgracia. Al amanecer sólo flotaban algunos maderos ennegrecidos, a los que se asían los náufragos rescatados. El reventón de la santabárbara, atiborrada de pólvora para varios meses, debió producir terrible mortandad. Debes tener en cuenta que su dotación superaba los cuatrocientos hombres, según nos informaron. Sobre una tabla flotaba el gallardete del Dey un tanto mugriento y deshilachado. El gran jefe ha ordenado lavarle la cara, para ofrecerlo al general Barceló cuando arribemos a puerto.

—Y ya, rumbo a Cartagena.

—En efecto. El comandante tenía razón en su predicción, que al alba se levantó el levante fresco que nos acaricia las aletas a voluntad en derrota derecha. Debemos avistar la costa en pocas horas, a no ser que el piloto necesite reciclar sus conocimientos.

Me sentía feliz mientras paseaba por cubierta. Inspeccioné el palo trinquete que no había sufrido un solo rasguño, aunque el foque quedara desvergado y se encontrara en manos de los veleros para su composición. Al contemplar la jarcia donde llevé a cabo el peligroso trabajo con don Álvaro, volví a sentir la tristeza de su muerte, a la vez que contemplaba su sello de oro. Una vida perdida para recuperar el honor, en quien tan alto lo mantenía. Injusticias de esta vida que reparte las bolsas sin equidad. Recordé mi promesa, un compromiso que ejecutaría en su momento como correspondía.

Navegamos con regular andar, que tampoco era cosa de arriesgar el escaso aparejo disponible. Confiábamos que el viento se mantuviera en fuerza y dirección,

porque en verdad parecía enviado en nuestro auxilio por los santos del cielo. Y salvo algún amago de encalmada que alzó los nervios dormidos, se mantuvo en fresco el tiempo necesario.

Por fin, cuando ya desesperábamos de divisar tierra en aquel día, con las últimas luces del crepúsculo, recalamos en el cabo de Palos, para regocijo del pilotín que aventuraba aquella zona aproximada. He de reconocer mi sorpresa y la de otros oficiales, que estimábamos como segura una recalada más al sur. El comandante enmendó el rumbo para abrirse a babor, calculando la entrada en puerto para la mañana siguiente, si las condiciones se mantenían favorables. Acababa de izar con mis hombres el foque restañado, cuando me atacó Setum con una sonrisa ancha en su cara.

—Seguro que su hijo ha nacido sin complicaciones, que lo soñé esta noche.

—Si se retrasa algunos días, podría llegar con tiempo para el alumbramiento.

—No llegará, señor. Debió nacer la semana pasada.

—¿Es grande? Porque con tus brujerías eres capaz de saberlo con detalle —lo tomé por el hombro con cariño—. Espero que todo se haya producido con la bendición de Dios y la señora se encuentre en buen estado.

—Seguro que ha sido un varón.

—Suponiendo que haya nacido, que si no he perdido la cuenta, hoy debe ser el día 22 de agosto.

—Ha nacido un niño, señor. Estoy seguro.

—Si tú lo dices, habré de creerlo a pie juntillas.

Esa noche dormí poco a causa de la inquietud que forzaba mi corazón. Parece mentira que la batalla sangrienta nos produzca escasos sentimientos, mientras pequeños detalles como aquel nos turben el pensamiento en furiosa cabalgada. Cuando se abrió la amanecida, me empeñé en trepar a la cruceta del trinquete, aunque Setum lo desaconsejara por el estado de mi dedo, cuyo dolor remitía poco a poco. Y allí arriba volví a experimentar la dicha infantil, sentirme dueño del horizonte y de mi vida una vez más, con la costa grisácea extendida a la vista.

Por desgracia, el viento había caído, lo que retrasó nuestra entrada en puerto hasta mediodía. Una vez en la dársena y con el problema añadido de nuestras anclas, el comandante decidió arrumbar con los remos hacia el arsenal, donde atracamos en el muelle de poniente sin permiso del Comandante General. De todas formas, el aspecto de nuestro jabeque dispensaba por sí de la necesaria prevención.

Conversábamos en la toldilla con el ánimo distendido, cuando escuché la voz del comandante.

—¿No es ese su carruaje, Leñanza? ¿Envió paloma mensajera con anuncio de la llegada?

Dirigí la mirada hacia el muelle y, en efecto, allí se encontraba el landó con las armas de Tarfí, mientras Martín paseaba a su alrededor. Quedé parado y sin habla, como si se tratara de una visión celestial. Como después supe, Pecas había ordenado

mantenerlo en la ciudad, con vigía en el castillo de Galeras para aprestar mi recogida. Sólo a una persona como mi buen amigo, se le ocurriría una medida tan extrema.

En realidad, ahora entrado en la vejez comprendo perfectamente los sentimientos que me asaltaron en aquellos momentos. En pocos segundos volvía a esa otra vida, tan diferente y querida a la vez. Es cierto como la misma muerte, que los marinos nos dividimos en dos mitades contrapuestas a veces, o dos vidas llegaría a afirmar, según nos encontremos en tierra o abiertos a la mar. Pero fue la fuerte voz del comandante la que me devolvió al presente.

—No se quede ahí parado, que ha debido nacer su hijo. Vaya corriendo a conocerlo o al parto si llega a tiempo.

Y las prisas se cebaron en mi espíritu como la pólvora en el oído. Intenté buscar a Setum, sin comprender que ya se encontraba a mi lado con una bolsa en sus manos.

—¿Has preparado...?

—Con esto es suficiente, señor. ¿Partimos? Me dirigí al comandante para pedirle permiso, que las ordenanzas son tajantes en ese extremo.

—Mi comandante, si lo considera oportuno desearía...

—Vamos, Leñanza. Márchese de una vez. Y no vuelva hasta que haya cicatrizado la herida, que mucho le debemos a su dedo.

Y para mi sorpresa, el avinagrado segundo se unió a las recomendaciones.

—Espero que se haya producido el alumbramiento con fortuna y sea un varón para el bien de su casa. Ofrézcale a su señora nuestros respetos y deseos de felicidad.

Pero ya jalaba Setum de mi casaca con fuerza, por lo que en pocos segundos me vi en el interior del carruaje, batiendo alas por las puertas del arsenal. Tan sólo escuché la voz de mi secretario, dirigida al viejo Martín.

—Pon la proa a Santa Rosalía y cobra las riendas como escota de mayor. Que echen el bofe los caballos si es preciso. Y nada de paradas, salvo por motivo de tu muerte.

Aunque Martín poco sabía de proas y amuradas, debió comprender la orden con precisión, que parecíamos mensajeros del Rey en urgente aviso.

Aunque el viaje fue duro para animales y personas, no lo sentí en mi cuerpo. Por el contrario, contaba las leguas en el cerebro conforme las tragábamos a marcha rendida. De esta forma, embocamos la entrada de la hacienda cuando ya las luces se apagaban por el coto serrano, dando una última y pronunciada brincada el carruaje al tomar una rodera abierta en profundidad.

Por fin, como la llegada de los sueños, que de eso se trataba sin duda, arribamos a la rotonda de las flores. Y como es fácil suponer, allí se encontraba Pecas con mirada torcida, amante del teatro en todo momento. Antes de que chascara el freno del carruaje, escuché sus primeras palabras.

—El señor conde de Tarfí navegando con intenso placer, mientras el idiota de su amigo se ve obligado a ejercer labores de padre y tío. Es el colmo de la desvergüenza.

Me abracé a él con alegría y cierta prevención, que temía elevar la pregunta.

—¿Ha..., ha...?

—Sí que nació, hace cinco largos días. Un nuevo Gigante, con peso excesivo, que más parece ternero. Cerca estuvo de descoyuntar a mi pobre hermana. Pero ya se lo avisé y no siguió mis consejos, de no casar con gigantones de San Juan de Berbio.

Cambió el gesto a una sonrisa abierta, a la vez que entonaba con suavidad.

—Enhorabuena, Gigante. Tienes un hijo guapo como su madre y de tamaño respetable como el padre. Ven a verlos, que Cristi se encuentra en cama impaciente.

—¿En cama? ¿Padece fiebres?

—Ni fiebres ni nada. Pero el médico de ese pueblo, que poco sabe en mi opinión, recomendó reposo de diez días.

Subí las escaleras con más ligereza que la jarcia los marineros en llamada de emergencia. Entré como un torbellino en la alcoba y descubrí un cuadro que nunca he llegado a olvidar. Cristi se encontraba en la cama, con el niño prendido a uno de sus pechos. Y cómo tragaba el pequeño Leñanza, que parecía cercano a arrancar el pezón materno. Quedé parado como una estatua junto a ellos.

—Es muy grande nuestro hijo. Más o menos, como tú.

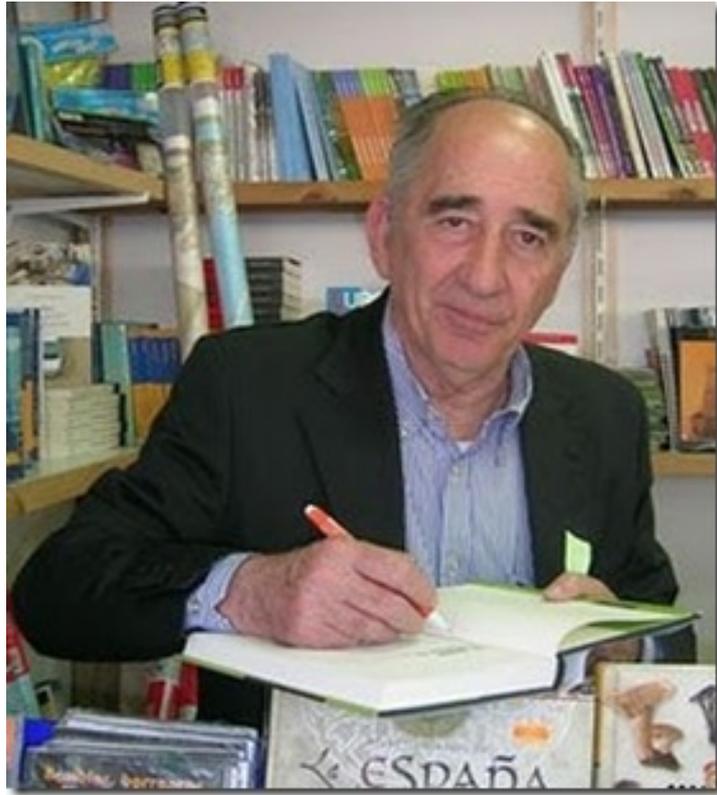
La voz de Cristina se clavó con dulzura en mis oídos. Tomé asiento en el borde de la cama con cierta precaución en los primeros momentos. Sin embargo, acabé por abrazarme a ellos con fuerza. Es cierto el proverbio al afirmar que los partos embellecen a las madres. Cristina estaba más hermosa que nunca.

—No aprietes o ahogará al pequeño, querido mío.

Dirigí la mirada hacia la cara sonrosada, carne de mi carne. Tomé una de sus manos con un dedo, sintiendo la presión que ejercía. Por fin, besé a Cristina con especial cariño, como si volviera del infierno al cielo en muda acelerada. Volví a mirar a mi hijo y aunque les parezca extraño, quedé convencido en aquellos momentos de que esa diminuta figura seguiría mis pasos en la Real Armada. Y como era de esperar, sonó la voz de Pecas a mi espalda.

—Tiene suerte el niño porque será mi ahijado. Sentará plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, de eso no hay duda, en cuanto pueda mantener un florete entre sus manos. Y le atisbo una prometedor carrera, que ya manejaré los hilos en forma conveniente. Hasta es posible que le ceda uno de mis títulos, con más categoría que ese esmirriado condado de Tarfí.

Mientras Cristina reía, me dediqué a grabar aquella escena en el cerebro, ese maravilloso cuadro que ahora rememoro como si hubiera tenido lugar en el día de ayer. Qué necesarios son esos recuerdos, cuando nuestra vida entra en carena y son los únicos palos donde envergar nuestras escasas esperanzas.



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] En las navegaciones, intervalo de veinticuatro horas que, ordinariamente, comienzan a contarse al comenzar un nuevo día. <<

[2] Bitácora: Especie de armario, fijo a la cubierta e inmediato al timón, donde se coloca la aguja de marear, para gobierno del timonel. Cuaderno de bitácora: Libro donde se apunta el rumbo, velocidades, maniobras y demás accidentes acaecidos en la navegación. <<

[3] Embarcación de dos palos, mayor y trinquete, de velas cuadras y cangreja como mayor. <<

[4] Secretaría de Estado y del Despacho de Marina, llamada posteriormente como Ministerio de Marina. <<

[5] Pequeño molusco que perfora la madera sumergida, causando graves daños en las construcciones navales. <<

[6] Grande de España, grado máximo de la nobleza española. <<

[7] Buque de tres palos y un mínimo de dos puentes o baterías corridas por cada banda. Eran los elementos más poderosos de las escuadras. <<

[8] Buque de cruz y tres palos, menor que el navío, del que se diferencia por disponer solamente de una batería corrida. <<

[9] Buque de dos o tres palos enterizos, con velas cuadras y sin cofas, de casco muy semejante al jabeque. <<

[10] Nombre despectivo con el que los ingleses apodaron, en los primeros momentos, las lanchas cañoneras acorazadas ideadas por el general Barceló, para sus incursiones nocturnas contra la plaza sitiada de Gibraltar. Tras su indudable éxito, dicho mote fue utilizado por los españoles con orgullo. <<

[11] Embarcación pequeña de un solo palo. <<

[12] Buque peculiar del Mediterráneo, de tres palos y vela latina, con remos auxiliares. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a aparejar velas cuadras, con lo que se denominaron jabeques redondos. <<

[13] Embarcación dispuesta con diversas materias inflamables, para darle fuego e incendiar unidades enemigas. <<

[14] Fondeadero, lugar donde largan el ancla las naves. <<

[15] Galera menor, que tenía de 16 a 20 remos por banda y un solo hombre en cada remo. <<

[16] Barco de pequeño porte y muy velero que acompaña a otro más grande y le sirve como explorador. En el Mediterráneo utilizaba, normalmente, aparejo latino. <<

[17] Juego de naipes francés, muy popular entre los oficiales de la Armada en el siglo XVIII, a pesar de su prohibición. <<

[18] Chambequín: Jabeque con aparejo de cruz y velas redondas. También se denominaron como jabeque-polacra o jabequín. <<

[19] Se denomina como navegar en conserva, cuando dos o más embarcaciones lo hacen juntas, para auxiliarse o defenderse. <<

[20] Camino que recorre un buque en la mar. <<

[21] Embarcación de vela latina muy usada en el Mediterráneo, con aparejo similar al jabeque, del que se diferencia en ser más alterosa, más llena de proa y mayor calado.

<<

[22] Se denominaba puente a las andanas o baterías en las que se instalaba la artillería. El navío denominado como de línea, solía ser de dos puentes y un porte aproximado de 74 cañones. <<

[23] Se denomina el viento a fil de roda, cuando la dirección de éste coincide con la de la quilla por la parte de proa. Ceñir el viento a fil de roda es una exageración marinera, utilizada para denominar una embarcación que puede navegar muy contra el viento. <<

[24] Tablón o tabloncillo que cubre todas las cabezas de las ligazones en su extremo superior, para formar el borde o borda de las embarcaciones. <<

[25] Embarcación latina de tres palos y una sola cubierta, menor que el jabeque y mayor que la galeota. <<

[26] En los buques, se entiende por galleta los discos redondeados que rematan los palos. Por extensión y en sentido figurado, se entiende por galleta del cuerpo humano a su cabeza. <<

[27] Cañón corto, de poco peso y mucho calibre, montado sobre corredera. <<

[28] Buque ligero de remos, con uno o dos palos, que se empleaba normalmente como explorador. <<

[29] Alusión al oído del cañón, estrecho orificio al que una vez cebado con pólvora, se acerca la mecha prendida para disparar la pieza. <<

[30] Aplícase al buque y al aparejo que incorpora velas latinas, es decir, triangulares envergadas en entenas. <<

[31] Voz que daba el cómitre en las galeras, cuando se pedía el máximo esfuerzo de boga a los remeros. <<

[32] Capitán o patrón de embarcación árabe o morisca. <<

[33] Recipientes de vidrio rellenos de pólvora, al que se amarraba en su parte central y más estrecha una larga mecha. Al impactar contra la cubierta, derramaba la pólvora que se inflamaba, ocasionando fuego sobre el enemigo, municiones, etc. <<

[34] Las camisas de fuego, también llamadas camisas alquitranadas o embreadas, se formaban por un cuadrilongo rectangular de lona embreada o alquitranada, con mixtos y pólvora, utilizadas para incendiar al enemigo. <<

[35] En periodos de paz, era condición normal desarmar buques y mantenerlos en los arsenales. <<

[36] En los buques, se denomina como picar las bombas, cuando se hace accionar éstas para extraer el agua de la sentina u otros compartimentos, lo que también se expresa como dar a la bomba o pompar. <<

[37] Cruzar las regatas: Pasar al barco con el que se ha abarloado, para luchar en él. <<

[38] Buque semejante a una barca, con un solo palo, vela latina y dos proas, normalmente destinado a la pesca o transporte de cabotaje menor. <<

[39] Codo: medida que se utilizaba en la construcción naval, equivalente a 24 pulgadas y 9 líneas de Burgos, es decir, 574 milímetros. <<

[40] Aunque tomaran ese nombre, en realidad, los velacheros eran pequeños barcos de cabotaje con dos palos, de vela redonda el trinquete y el mayor con latina, mientras a popa incorporaba una pequeña mesana llamada baticulo. <<

[41] Verga inclinada de los barcos latinos, compuesta por dos piezas llamadas car y pena, unidas por medio de amarradura denominada enchina. Ambas partes pueden resbalar entre sí para modificar su longitud. <<

[42] Los tres palos del buque se denominan, de proa a popa, trinquete, mayor y mesana. <<

[43] Especie de mesera que se forma en lo alto de los palos, sobre las crucetas establecidas. <<

[44] Los buques de palos enterizos y sin cofas, utilizaban para el puesto de serviola o atalaya una especie de cestón adosado al mismo palo, llamado galcés, garcés o carches. <<

[45] En la Armada se denomina tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de galeras, constituye la dotación. <<

[46] Joven que embarcaba en los bajeles de guerra como aspirante o meritorio, para optar al primer grado en el servicio de la Armada. No gozaba de sueldo ni uniforme, pero sí de alguna gratificación para la mesa. Debía alternar con los guardiamarinas.

<<

[47] Embarcación pequeña, de un solo palo muy inclinado hacia proa y vela latina. <<

[48] La primera bomba de vapor existente en España, primera utilizada en un arsenal militar en el mundo, se instaló en el arsenal cartagenero, construida por el jefe de escuadra don Jorge Juan y Santacilia. <<

[49] Hueco o claro practicado en el costado de los buques, desde la cubierta a la borda y a la altura del palo mayor, para el embarco y desembarco de gentes y efectos. <<

[50] La cubierta que sirve de techo a la cámara, y se extiende desde el palo de mesana hasta el coronamiento de popa. <<

[51] Dentro de las clases en los oficiales de mar, el experto en faenas marineras. Su uniforme se distingue por un pito de plata, pendiente de un cordón enlazado en el ojal, con el que ordena las maniobras bajo la voz del oficial. <<

[52] Nombre que se aplicaba a una clase de contramaestres, inferior a la de primeros y segundos, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como tercer contramaestre, dentro de los Oficiales de Mar. <<

[53] Los comandantes recibían, aparte de sus haberes personales y los de sus criados, las cantidades establecidas en concepto de mesa para la cámara de oficiales. <<

[54] El calibre de los cañones se medía por el peso de la bala que lanzaban, expresado en libras. De esta forma los había de a 36, a 24, a 18, a 12 y a 4. <<

[55] Se denominaban antiguamente como pedreros los cañones que lanzaban balas de piedra, llamadas bolaños. Sin embargo, en estos últimos años del silo XVIII, los pedreros eran de calibres menores y disparaban balas de hierro, aunque no formaran parte del armamento principal. <<

[56] Medida de longitud utilizada en la construcción de buques, equivalente a 0,278635 metros. <<

[57] Maroma muy gruesa que, asida al ancla, se utiliza para amarrar el buque en un fondeadero. <<

[58] Se denomina palanqueta a una barra de hierro ochavada, que por uno y otro extremo remata en una base circular del diámetro de la pieza artillera. Se disparaba a corta distancia contra los aparejos del buque enemigo. <<

[59] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[60] Nudo: Medida de velocidad equivalente a una milla por hora. <<

[61] Los remos podían ser enterizos o de una sola pieza —de 24 a 32 pies—, o a la galocha, ensamblados de dos cuerpos y de mayor longitud, para uso en las galeras —hasta 55 pies—. <<

[62] Puertecilla que se abre entre las portas de artillería para el empleo de los remos, en las embarcaciones que los usan como alternativa. <<

[63] Sur-sudoeste, rumbo intermedio entre el sur y el sudoeste. <<

[64] Escota: Cabo que, hecho firme en los puños de las velas, sirve para cazarlas.
Braza: Cabo que, hecho firme al penol o extremo de la verga de cruz, sirve para ponerla en situación. A este efecto se le denomina bracear. <<

[65] Las tres guardias de noche se denominan prima, media y alba, de cuatro horas de duración, comenzando a contar desde las ocho de la tarde. <<

[66] Anclas. <<

[67] Vela de paño fuerte que se enverga en el trinquete con tiempos duros. <<

[68] Se denomina capa, capear, en capa o a la capa, cuando se dispone el aparejo de forma que, por conveniencia o precisión, se desee que el buque ande poco o retroceda lo inevitable, bien en situación de temporal o por necesidad de esperar otra unidad.

<<

[69] Navegar de forma que la línea de la quilla forme el menor ángulo posible con la dirección del viento. También se denomina ceñir. <<

[70] Calcular la situación del buque, bien por observaciones astronómicas, estima u observaciones de accidentes en la costa. <<

[71] Conocido normalmente en tierra como catalejo, a bordo se usaba la voz antejo o largomira. <<

[72] Aunque en general se denominaban a las pequeñas unidades como lanchas cañoneras, eran éstas en verdad las que incorporaban un cañón clásico como armamento. Pero también se encontraban incluidas las llamadas bombarderas y obuseras, que incorporaban morteros y obuses, respectivamente. <<

[73] En morteros y obuses se comenzó a emplear el diámetro de su ánima para expresar el calibre, en vez del peso de la bala o granada a disparar. <<

[74] Antigua voz o tratamiento del contramaestre. <<

[75] Se denomina bracear o brazar, cobrar de las brazas para situar las vergas en el plano conveniente, según el ángulo que hayan de formar con el viento. Se bracea al troncho o al filo, cuando se intenta ceñir al máximo. <<

[76] Se entiende por cuarta cada una de las 32 partes en que se divide la rosa náutica.

<<

[77] Promontorio situado al noroeste y tres millas del puerto de Argel. <<

[78] Medida de longitud que equivale a los dos metros aproximadamente. <<

[79] Se llama escálamo a una estaca pequeña y redonda, encajada en el borde de la embarcación, a la cual se ajusta el remo por medio de un estrobo. Por extensión, se denominaba como escalamar el acto de aparejar los remos al escálamo. <<

[80] Estay más alto o primero, que corre desde el caperol del bauprés hasta su encapilladura en el último mastelero o mastelerillo del palo trinquete. <<

[81] Se denomina al viento como cascarrón, siguiente en la escala de fuerza al frescachón, cuando es necesario tomar rizados a las gavias para reducir velamen. <<

[82] Además de la clásica acepción de la palabra marea, movimiento periódico de ascenso y descenso en las aguas, se denominaba de esta forma en los siglos XVIII y XIX a la que hoy en día catalogamos como mar de fondo, agitación de las aguas en alta mar, que en forma atenuada alcanza la costa. <<

[83] De hecho, esta fue la última operación contra la Regencia argelina. Poco tiempo después se iniciaron los preparativos de paz, que se vieron culminados con la visita de buena voluntad al puerto de Argel por la escuadra del general Mazarredo. <<

[84] Freu, estrecho o canal de Menorca. <<

[85] Se denomina como barloa de mal tiempo, al calabrote tendido en cubierta de proa a popa y en la banda de sotavento, para que circule el personal con cierta seguridad.

<<

[86] Refrán con el que los marineros deban a entender que, una vez puesto el buque a la capa, nada más queda por hacer. <<

[87] Conjunto de pipas, botas, cuarterolas y barriles en que se lleva la aguada. <<

[88] Barril que hace la cuarta parte de un tonel. <<

[89] Se entiende por trinca en general, la ligadura con que se amarra cualquier objeto a bordo. En cuanto a la artillería, se denomina trinca de joya la que se da al brocal de los cañones de la primera batería en temporal. Y trinca de culata, la que se forma al cascabel de los mismos. <<

[90] Se entiende como navegar de estima o situación de estima aquellas que se prevén teniendo en cuenta los movimientos de rumbo, velocidad, deriva y abatimiento del barco, sin avistamientos de tierra o cálculos astronómicos. <<

[91] Se denomina al viento por el anca, cuando ataca al barco por su aleta, es decir, entre su través y popa. <<

[92] Aparejo con corona que pende del palo mayor y se utiliza para meter o sacar las lanchas y botes. <<

[93] Medida de longitud equivalente a 0,914 metros. Dos mil yardas componen una milla marina. <<

[94] Al remo también se le denominaba como pluma, percha y, con más antigüedad, rimo. <<

[95] Era el primer remero de banco en una galera. Por extensión, se denomina de esta forma el situado más hacia dentro en cualquier unidad, encargado de repalear. <<

[96] Se denominaba combate a tocapiques cuando los buques se encontraban a tan corta distancia que se tocaban los extremos de las vergas entre sí. <<

[97] Se denominaban cañones de mira o cañones de punto de mira las dos piezas que se instalaban sobre el castillo, a cada lado del bauprés, para hacer fuego en las cazas. También recibían el nombre de cazadores. <<

[98] Asta larga, parecida a una garrocha, con hierro de punta y gancho en uno de sus extremos. Lo utilizan los proeles para atracar y desatracar las embarcaciones menores. <<

[99] Pieza de artillería antigua y pequeña, algo mayor que el falconete. <<

[100] A los cañones que se sallan y asoman por las portas abiertas en popa se les llama guardatimones. <<